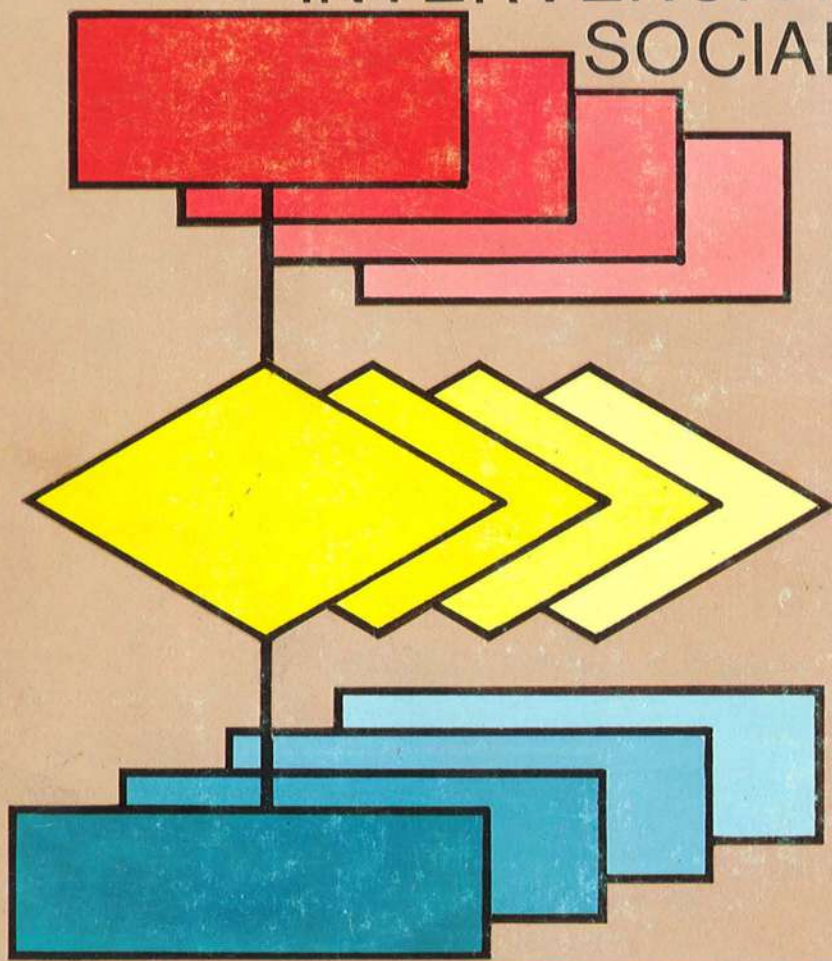


DOCUMENTACIÓN SOCIAL

REVISTA DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE SOCIOLOGIA APLICADA

MÉTODOS DE INTERVENCIÓN SOCIAL



DOCUMENTACION SOCIAL

REVISTA DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGIA APLICADA

N.º 81

Octubre-Diciembre 1990

Consejero Delegado:

Fernando Carrasco del Río

Director:

Francisco Salinas Ramos

Consejo de Redacción:

Javier Alonso
Enrique del Río
Carlos Giner
Miguel Roiz
María Salas
José Sánchez Jiménez
Colectivo IOE

EDITA
CARITAS ESPAÑOLA
San Bernardo, 99 bis, 7.º
28015 MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCION Y VENTA 1989

España: Suscripción a cuatro números: 2.400 ptas.
Precio de este número: 800 ptas.
Extranjero: Suscripción 65 dólares.
Número suelto: 20 dólares.

(IVA incluido)

DOCUMENTACION SOCIAL no se identifica necesariamente con los juicios expresados en los trabajos firmados.

METODOS DE INTERVENCION SOCIAL

**DOCUMENTACION
SOCIAL**

**REVISTA DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGIA APLICADA**

Depósito legal: M. 4.389-1971

Gráficas Arias Montano, S. A. - Móstoles (Madrid)
Diseño portada: M.ª Jesús Sanguino Gutiérrez

SUMARIO

- 5 ● Presentación.
- 9 ● 1 Un universo complejo. Los paradigmas en la
intervención social.
M.^a Teresa Zamanillo.
- 35 ● 2 Métodos de intervención social: algunas
preguntas.
Víctor Renes
- 53 ● 3 Ideologías de la Intervención Social en la Es-
paña de los 90.
Miguel Angel de Prada
- 65 ● 4 Aspectos prácticos del proceso de programa-
ción y evaluación.
M.^a Elena Alfaro
- 81 ● 5 La supervisión como instrumento de Inter-
vención Social.
Jesús Hernández
- 99 ● 6 Los procesos de reinserción de grupos mar-
ginados.
Lola Arrieta
- 131 ● 7 Reflexiones sobre el cuánto, el modo y el
destino de los recursos destinados a la acción
social.
Javier Alonso Torrén

- 141 ● 8 Entre la protección social y el bienestar social.
Gregorio Rodríguez Cabrero
- 165 ● 9 Intervención en el campo de las toxicomanías.
Miguel Angel García Sánchez
- 175 ● 10 Métodos de intervención con los indomiciliados y transeúntes.
Clemente Martín
- 187 ● 11 Experiencia educativa con gitanos.
Avelina Zorrilla Torras y Luis Felipe Martín Lluh
- 197 ● 12 Métodos de intervención en el medio rural.
Preescolar Na-Casa
- 211 ● 13 Indices.
Mónica Martín y Remedios Alves

Presentación

Por método entendemos «un plan prefijado, con reglas determinadas, aptas para conseguir un fin». El método constituye la «clave» para «leer» la realidad y descubrir en ella lo que tienen de inteligible, lo que ella significa. El método resulta útil cuando permite saber «qué hacer» y «cómo hacerlo». En definitiva, el método nos proporciona no sólo la «noticia» de la realidad sino un «saber para hacer».

La vida humana no es algo «ya hecho» acabado, se trata de algo «por hacer» y «para hacer». Para esto, el hombre debe afrontar dos tipos de realidad: las cosas y los hombres. Desde este punto de vista, el hombre y el mundo (cosas) se relacionan de forma continua, esto supone la transformación de las cosas en bienes y la relación necesaria con los otros hombres, para poder transformar las cosas. En definitiva, el hombre «se hace» a través de la praxis y de la acción transformadora, en una palabra, a través de su trabajo.

DOCUMENTACIÓN SOCIAL, al abordar los «Métodos de Intervención Social» quiere analizar esta doble realidad, en donde tenemos que tener presente que:

- El «sujeto» de la metodología es el hombre en la medida en que crea y participa en una sociedad de personas.
- El dominio del mundo por el hombre se logra por medio de una tarea de trabajo creador, no de un trabajo que sirva para dominar a otros hombres y para explotarlos.
- Si el análisis histórico y estructural revela la existencia de un siste-

ma u orden social en que los hombres se esclavizan unos a otros, en que el trabajo no libera sino que oprime, cabe plantear la alternativa de romper esa situación, cambiar ese sistema y luchar para la construcción de un orden nuevo que permita al hombre su realización.

Los artículos que forman parte del presente volumen se pueden agrupar en dos bloques. En el primero se hacen planteamientos generales sobre los métodos de intervención social; mientras que en el segundo, se analizan experiencias de acción social que sugieren métodos de intervención.

En el primer artículo, T. Zamanillo y A. Rodríguez estudian, llevadas de la mano de la sociología, los paradigmas críticos y de planificación social, así como el modelo sistémico y creativo y el psicoanalítico, desde un enfoque psicológico; en la tercera parte del artículo plantean los enfoques teóricos relativos a dichos paradigmas. El universo que se plantea no es simple sino complejo, «en esta medida se hace, dicen los autores, imprescindible formular o situar contextualmente el problema de tal forma que en una acción "reflexiva" desde dentro del sistema, consigamos algún tipo de perturbación, movimiento».

V. Renes en su artículo no pretende hacer un repaso de los métodos y/o técnicas de diverso tipo, «sólo pretende dejar constancia de una serie de cuestionamientos que se refieren a la propia intervención social y a una serie de elementos decisivos cuya distinta configuración metodológica pueden dar una diferente intervención social». Descendiendo a aspectos prácticos, E. Alfaro nos resume en su artículo los principales errores a la hora de programar y evaluar, a la vez que nos ofrece las líneas prácticas para realizar la programación y evaluación. Finalmente, reflexiona sobre la humanización de la técnica para actuar más «con» las comunidades que «por» las comunidades.

El Colectivo IOE, en un esfuerzo en síntesis, hace un análisis de las «ideologías de la intervención social en la España de los 90», pues el papel de los «agentes de intervención social, en la España actual, no puede comprenderse sin tener en cuenta la dinámica socio-económica global, el entramado institucional de las intervenciones y los intereses profesionales de los propios agentes.

L. Arrieta y J. Hernández plantean, en sus respectivos artículos, dos elementos importantes en la intervención. Por un lado, se plantea los «procesos de reinserción» como fases secuenciadas que se suceden en el tiempo, transformaciones que se enlazan unas con otras a partir de un conjunto de influencias que dependen mucho de cómo se han llevado a cabo la intervención y las condiciones que le han afectado. Por otro lado,

se plantea la supervisión como un instrumento de reflexión que posibilita la creación y mantenimiento de identidades profesionales-personales y se puede convertir en modelo de intervención social, y concluye diciendo que «tal vez lleguemos en España alguna vez a la figura profesional del supervisor como profesional de ayuda a los profesionales de lo social, como ocurre ya en otros países».

G. Rodríguez Cabrero, en el artículo «Entre la protección social y el bienestar social», analiza primero las claves teóricas del debate actual en política social, después hace una breve reflexión, basándose en la experiencia española, del Estado autoritario del bienestar al Estado democrático del bienestar. Finalmente, habla de las políticas de protección social futuras que deben ser adoptadas, no sólo por el Estado, sino por el conjunto de los ciudadanos y sus organizaciones sociales. J. Alonso, por su parte, reflexiona en voz alta sobre el cuánto, el modo y el destino de los recursos destinados a la acción social y concluye diciendo que «está pendiente de una rigurosa investigación».

El segundo bloque de artículos recoge cuatro experiencias de trabajo; los autores llevan muchos años dedicados al colectivo del cual escriben; ante el grave estado de necesidad del medio rural, en concreto, del mundo rural gallego, hay un camino que ha iniciado «Preescolar na Casa» hacia 1977. Hoy son muchos los logros alcanzados, por eso afirman que «en contra de la opinión, bastante generalizada, sobre la atonía y falta de tiempo de la gente del mundo rural, se puede decir que todavía es posible una acción de desarrollo rural, siempre que exista un programa de trabajo serio y continuado y sea respuesta a las necesidades de ese medio».

La «experiencia educativa con gitanos» en un barrio de Madrid viene a plantear que no hay intervención aislada que valga, toda acción debe enclavarse dentro de un tronco global de desarrollo comunitario. En concreto, los autores afirman que, «en los barrios marginados, toda acción debe ir dirigida a eliminar los "ghettos" del tipo que sean y los poderes públicos estatales y locales deben actuar en los barrios con programas globales, enmarcados en proyectos de desarrollo comunitario».

Otro artículo analiza los «métodos de intervención con los indomiciliados y transeúntes», se concluye que «el momento actual de estos servicios se halla definido por la pretensión de encontrar una respuesta ajustada a las necesidades, cuyas líneas básicas son la superación del asistencialismo mediante la articulación de unos servicios de atención integral a los diferentes tipos de transeúntes. Finalmente, el Servicio de Atención a las toxicomanías de Cáritas de Salamanca, expone su experiencia

de tres años. Es un servicio que se va adaptando en cada momento para ser eso mismo, «servicio» a las personas y a la sociedad.

El número contiene también un índice cronológico de los temas tratados en Documentación Social desde el número 51 hasta el 80 y un índice alfabético de los mismos.

DOCUMENTACION SOCIAL agradece la colaboración de los autores que escriben en este número, a la vez que deja constancia que no necesariamente se identifica con las opiniones que se expresan en los mismos.

FRANCISCO SALINAS RAMOS
Director de DOCUMENTACION SOCIAL

Un universo complejo. Los paradigmas en la intervención social

Teresa Zamanillo
Alfonsa Rodríguez

Filósofos, hombres de ciencia y ciudadanos ya no habitan en dos universos cerrados y carentes de comunicación alguna entre ellos. El mundo de las ideas ha entrado de lleno en el mundo de los hechos y fenómenos de la vida cotidiana. Prensa, televisión y demás medios de comunicación se encargan de lanzar a la calle los resultados de nuevas exploraciones, tanto técnicas como filosóficas y artísticas. Aun sin poder identificar a Freud u Ortega, muchas personas «de la calle» conocen hoy la importancia de una evolución infantil sana para el desarrollo emocional de la persona, o el condicionante derivado de su relación con sus circunstancias de vida. Ello tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

Entre las primeras no cabe dudar que tal fenómeno de expansión cultural contribuye al aumento de calidad de vida. Sin embargo, es necesario tener en cuenta ciertos problemas derivados. Por un lado, el conocimiento científico se convierte, en boca de los profanos, en opiniones generalizadas, que, poco a poco, van tomando cuerpo de rígidos tópicos. Con la costumbre de un uso indiscriminado pierden su valor principal: contribuir a la reflexión, en nuestro caso de conductas personales, que fomenten el mejor vivir.

Por otro lado, este estado de cosas no es ajeno tampoco a los profesionales de campos de la intervención social. Este tipo de profesionales manejan un conocimiento muy cercano al común de la vida cotidiana de los hombres; es el conocimiento práctico para solucionar los problemas diarios que se presentan a los individuos que solicitan los servicios profesionales. Es frecuente que el acervo intelectual de muchos trabajadores, del ámbito que estamos analizando, esté compuesto, fundamentalmente, por un conjunto de ideas, preconcepciones y creencias acerca del comportamiento humano, tomadas y reunidas sin sistematicidad ni rigor alguno, y procedentes de diversas visiones,

enfoques o puntos de vista que forman un sistema de conocimiento desordenado y superficial.

Se desprecia, además, la teoría en pro de la adquisición de destrezas y técnicas que ayuden a resolver los problemas. La relación teoría-práctica no se entiende como tal, a no ser que se trate de «una teoría» que proporcione las «recetas», *ad hoc*, para cada situación. Esa teoría en forma de valores e hipótesis que orientan la acción se tiene por inservible, especulativa y separada de la realidad.

Sin embargo, el elemento ideológico de estos colectivos profesionales, en el nivel implícito, es muy alto; ese conjunto de preconcepciones acerca de su tarea profesional es incuestionable. Forma parte de los rígidos dogmas que dan identidad a estos colectivos.

Conscientes de los problemas que comporta este modo de hacer las cosas hemos reflexionado en este artículo sobre los distintos paradigmas que orientan la acción de estas profesiones. Estamos seguras que muchos profesionales podrán identificarse con algunos de los supuestos que se manejan en cada modelo de una forma más o menos explícita, ordenada o desordenada. Ofrecemos este panorama porque sabemos que el elevar al plano de lo manifiesto estas cuestiones, ayuda a establecer una mejor relación con determinadas cosas de uno mismo: la propia ignorancia, el deseo de cambio, la motivación para estudiar más, la autocritica, la necesidad de clarificarse, etc.

El artículo ha sido elaborado para todos los profesionales de la intervención social que les interese. Por esa razón usamos el término de trabajo social de una forma genérica, no referido en concreto a la profesión de trabajador social. En la primera sección se estudian los paradigmas crítico y de planificación social cuya orientación es sociológica y en la segunda el modelo sistémico o creativo y el psicoanalítico, de enfoque principalmente psicológico. En una tercera sección estudiamos los enfoques teóricos correspondientes a estos paradigmas, para terminar con unas breves conclusiones, en las que destacaremos lo más significativo del trabajo que hemos realizado.

DE LA MANO DE LA SOCIOLOGIA

La historia del pensamiento muestra un proceso insistente e ininterrumpido de explorar, indagar, ir más allá y relacionar modelos teóricos. Se produce así una acumulación de conocimiento producto de

la continuidad y la reflexión; el científico no parte nunca de cero y el progreso de la ciencia es el resultado de una profundización y ampliación intelectivas cada vez mayores.

Una concepción opuesta a ésta supone la existencia de revoluciones o saltos paradigmáticos que hacen progresar el conocimiento. Kuhn, autor destacado de esta corriente, sostiene que el progreso de la ciencia se debe a rupturas con la línea de pensamiento que hasta un momento determinado explicaba la totalidad de los fenómenos del mundo natural. Estas rupturas desembocan en una crisis científica, cuya manifestación más concreta se encuentra en la aparición de muchas teorías que pugnan entre sí y se muestran insuficientes para dar cuenta de los fenómenos percibidos. Es así como un viejo paradigma es sustituido por uno nuevo (M. Beltrán, 1979).

Kuhn utiliza sus conceptos sólo para explicar el progreso científico de las disciplinas físicas y naturales. La noción de paradigma es cuestionable para algunos, en cuanto a su aplicación a las ciencias sociales, porque todavía subsiste la duda acerca de su estadio en una situación preparadigmática por no haber cumplido los requisitos de «ciencia normal». Mas no es en esta lucha de status científico en la que nos queremos centrar. Traemos el debate a colación sólo para situar el término paradigma y poder acceder a una explicación del mismo.

Paradigma, en tanto que modelo o sistema conceptual, contiene en sí mismo un conjunto de hipótesis y explicaciones teóricas acerca de los fenómenos observados que, verificados, no obligatoriamente a la manera empírica, han sido legitimados y refrendados por la comunidad científica.

En las profesiones de trabajo social se actúa con frecuencia a golpe de voluntad y espontaneidad, mas no por ello la acción es exclusivamente pura y exenta de valores, ideologías o supuestos teóricos que la orienten. Consciente o inconscientemente, total o parcialmente los trabajadores sociales son guiados por ideas o creencias, teorías o doctrinas que habitan en los espacios del conocimiento, bien sea común o más riguroso y selectivo.

Creemos que los más comunmente utilizados en trabajo social, insístimos, manifiesta o implícitamente, son los modelos: Psicoanalítico, creativo o sistémico, crítico y de planificación social. El modelo funcionalista, al que vamos a hacer escasa referencia, sería aquel en el que nadie se reconoce, pero hoy todavía dirige mucha de la recóndita

ideología, no confesada, de estas profesiones y del diseño actual de sociedad en la que nos movemos. Los términos de marginación e integración dan prueba de lo poco que hemos cambiado en nuestras prácticas sociales y en la representación que tenemos de los grupos excluidos. Mas por tratarse de «vergonzosos vestigios de conducta dominadora» obviaremos su descripción.

Comenzaremos analizando el paradigma dialéctico, para otros llamado crítico, que toma su doctrina de la filosofía marxista. Nos acercaremos a ese análisis haciendo una somera comparación con el positivismo, ya que el nacimiento del modelo crítico está en estrecha relación con la contestación que éste dio a aquel. En efecto, la teoría crítica ocupó el lugar del acentuado positivismo que dirigió, en un momento de la historia, los procesos de intervención social y las actuaciones profesionales. Pero no se puede hablar de la sustitución de un modelo por otro, ambos coexisten, ejemplo de ello lo encontramos en la utilización extensa que se tiene del enfoque conductista en determinados programas psicosociales. Además, alguno de los presupuestos tanto del paradigma funcional como del crítico han sido subsumidos en el enfoque del cambio planificado.

Resumimos a continuación algunos de los supuestos más importantes para nuestro análisis, de la teoría crítica. La importancia que la teoría crítica presta a la cuestión del orden social, para explicar sus proposiciones frente a la teoría comtiana, nos ayudará a comprender ambas posiciones en relación a una cuestión fundamental para la teoría de la intervención social. Se trata del papel que cumple el orden y el conflicto como categorías analíticas de los fenómenos sociales que son observados por las materias dedicadas al trabajo social.

En concreto, la disciplina del trabajo social, al igual que la sociología, tiene una amplia lucha ideológico-teórica entre estas dos corrientes. La concepción funcionalista del trabajo social, así llamado por la corriente dialéctica del movimiento reconceptualizador de Iberoamérica, ha sido interpretada en la historia del pensamiento de trabajo social bajo presupuestos de: Adaptación del individuo a su medio, junto con la necesidad de lograr una reconstrucción de su personalidad que le proporcione el equilibrio perdido por esa desadaptación. En definitiva, priman los objetivos de reforma social y de defensa del orden establecido sobre cualquiera otros que supongan el cuestionamiento de ese orden. Se acentúa la cooperación armónica de los individuos en la integración del sistema social, frente a los «impul-

«hostiles» que las personas tengan al no poder adaptarse a la homogeneización del todo social.

La reacción en el trabajo social hispanoamericano fue intensa. ¿Cómo adaptar al hombre a un medio que le es hostil?, ¿cómo mantener un orden social injusto que tiende a la desigualdad para preservar su equilibrio?

Por todo ello, el movimiento reconceptualizador se plantea como tarea urgente el cambio de una concepción de un trabajo social que trate al hombre como mero objeto, al que se ayuda a resolver sus problemas de adaptación, por otra que conciba al hombre como sujeto, es decir, como productor de su propia vida. El objetivo es lograr la transformación de las estructuras sociales y la emancipación del hombre, tarea que debe llevarse a cabo mediante una crítica reflexiva del medio social.

El objeto del trabajo social pasa de ser el hombre en una situación de carencia, «cualquier clase de hombre» (S. Bowers, 1937), a un hombre particular, el «hombre oprimido» para unos o «las clases populares» para otros.

Algunas de las premisas de la teoría marxista están contenidas en las breves líneas que hemos dedicado a la corriente crítica del trabajo social. Siguiendo a Zeitlin (1986) destacaremos dos: la perfectibilidad del hombre y la alienación. El hombre para Marx es capaz de desarrollar sus potencialidades y facultades creadoras latentes ilimitadamente. El problema es que éstas se hallan sofocadas y reprimidas por la situación propia de todas las sociedades clasistas. El capitalismo no sólo le impide realizarse, sino que además le despoja de sus necesidades primarias. Por ejemplo, el hambre es una condición de privación impuesta por otros hombres.

La deshumanización del hombre es una consecuencia de la alienación. En efecto, según Marx, los hombres, para evitar morir de hambre, deben vender su fuerza de trabajo. Capitalista y trabajador entran así en una relación instrumental, sus intereses son antagónicos y ambos permanecen ajenos el uno del otro. En ese proceso de trabajo Marx afirma que el hombre «se niega a sí mismo, no es feliz sino desdichado, no desarrolla libremente su energía física y mental sino que mortifica su cuerpo y arruina su mente» (cit. por Zeitlin, 1986, 101).

Perfectibilidad y alienación en la práctica se relacionan de modo

tal que en cuanto el hombre pueda conocer y desarrollar su sentido crítico, respecto a su situación de alienación y necesidad, podrá salir de ésta y encontrarse a sí mismo. Es la emancipación y transformación de las estructuras sociales lo que, decíamos, se persigue, mediante un proceso de crítica reflexiva del medio social.

Esto último nos lleva a una de las proposiciones metodológicas más importantes para el análisis que estamos desarrollando, a saber: la unidad sujeto-objeto. Mediante esta concepción, Marx libera al hombre de toda posición meramente contemplativa. Los filósofos deben ahora transformar el mundo. Se trata, dice Beltrán, de una «epistemología activa en la que la praxis es una nueva forma de conciencia en la que el sujeto es idéntico con el objeto y que implica una inmediata transformación de la realidad» (M. Beltrán, 1979, 203).

Esta toma de postura respecto al conocimiento rompe con la dualidad sujeto/objeto de tal forma, que ambos están obligatoriamente vinculados en un proceso recíproco de transformación. En la medida en que el sujeto, al conocer «lo otro» se conoce a sí mismo, obtiene un nuevo conocimiento de ambos que les modifica. En este sentido se comprende la expresión de Lukács «el autoconocimiento... es, ya como conocimiento, algo práctico» (cit. por M. Beltrán, 1979, 203).

No obstante, el movimiento crítico reconceptualizador de América Latina ha hecho su autocrítica de estas posiciones, tomadas en los años sesenta con la rigidez metafísica que acompañó el proceso teñido de contestación a «la colonización estadounidense en materia profesional». Es importante señalar algunas de las observaciones que muchos testigos y protagonistas del movimiento hicieron: confusión profesional por no saber utilizar la teoría dialéctica, el activismo político; el radicalismo y la intransigencia, la desprofesionalización la falta de respeto a la autodeterminación, etc.

En resumen, las proposiciones expuestas (énfasis en el conflicto social como impulsor de los cambios sociales y de lucha contra la desigualdad social, producida por los intereses de clase, la perfectibilidad del hombre, la alienación y la unidad sujeto-objeto), han inspirado uno de los enfoques teóricos más interesantes para la intervención social, visto desde su dimensión metodológica. Nos referimos a la investigación-acción participativa, que analizaremos en breve.

El modelo crítico es también un método de análisis comprensivo e interpretativo, por tanto cualitativo, no exento por demás del empi-

rismo obligado en el análisis de los hechos sociales, tratado con la objetividad que requiere la observación. Un análisis de esta síntesis se puede encontrar en el artículo de José Manuel Fernández: «Relaciones entre Sociología y Trabajo Social: de una visión unitaria a un pluralismo paradigmático».

No obstante, el modelo crítico contiene unas grandes dosis de utopismo. La ingeniería utópica, método de planificación por fines que tratan de ser determinados de una manera racional y de «una vez para siempre», ha sido duramente criticado por Karl Popper, quien nos proporciona una visión de la «ingeniería social», que hemos tomado como el substrato teórico del paradigma de planificación social.

Para Popper, el ingenio utopista adolece de un deseo de transformación social que, a la manera de «prejuicio», le lleva a proponer el deber de «refundir en moldes enteramente nuevos toda la estructura de la sociedad». La reconstrucción de la sociedad por medio de la provocación de cambios de vasto alcance y mediante la pretensión de planificar racionalmente el desarrollo total de la sociedad es la empresa que intenta alcanzar el «ingeniero utopista», al que se opone Popper con varios argumentos, entre los que destacan:

— En la actualidad no poseemos el conocimiento sociológico suficiente y necesario para llevar a buen término tan ambiciosa pretensión.

— Podemos llevar a cabo, que en realidad ya se está haciendo, experimentos en «pequeña escala» sin revolucionar toda la sociedad.

— El «método gradual» que Popper propone permite la repetición de los experimentos a la manera de prueba y error, y mediante un largo y laborioso proceso por el que se puedan hacer los ajustes necesarios (1982, 157-166).

Así Popper rechaza los métodos y filosofías que «sueñan con la revolución apocalíptica que habrá de transfigurar radicalmente todo el mundo social». Platón y Marx son los primeros que entran dentro de estas categorías.

Mas hablar de Popper exige centrarse en algunas de las proposiciones que han dado consistencia a la figura del filósofo. Por ello queremos destacar fundamentalmente dos:

En primer lugar, su crítica del historicismo, tanto por su utopismo, como por su «peligroso hábito de profetizar y la creencia en el

mito del destino de una forma fatalista, bien porque se dé crédito a un historicismo psicológico, espiritualista, económico o naturalista. Esta crítica nos interesa, sobre todo, porque la utiliza para analizar los «principios de la reconstrucción social democrática», principios que él denomina «la ingeniería social gradual» y que defienden la posibilidad de una reforma democrática.

En segundo lugar, queremos resaltar ciertas cuestiones metodológicas de este filósofo:

— Su advertencia sobre el peligroso ideal de «querer hacer felices a los pueblos» es útil para las profesiones de trabajo social. Para Popper este deseo lleva «invariablemente a la tentativa de imponer nuestra escala de valores “superiores” a los demás, para hacerles comprender lo que a nosotros nos parece que es de la mayor importancia para su felicidad» (1982, 403).

— Su fuerte oposición a la filosofía del conocimiento y el método interpretativo. De aquella, dice, que excluye los aspectos sociales del método científico y considera la ciencia como un «proceso en la mente del hombre» que le hace asemejarse a una «ciencia individual» y subjetiva. Frente al método que él denomina «socioanálisis», mediante el cual Mannheim propone limpiar la mente del investigador para librarse de prejuicios y preconcepciones ideológicas que empañan el análisis científico, Popper promueve la «crítica libre», de experiencias que, una vez elaboradas en teoría y publicadas, puedan ser refutadas o confirmadas por la experiencia. Este es el carácter público del método científico que contribuirá a lograr el máximo de objetividad e imparcialidad posible, ya que Popper piensa que «todos somos víctimas de nuestro propio sistema de prejuicios (...) y todos consideramos muchas cosas evidentes por sí mismas; (del mismo modo que) las aceptamos sin espíritu crítico...» (1982, 382-286).

— Por último, el racionalismo, con su fe en la razón, no sólo la propia, sino también, «y más aún» en la de los demás, significa para él, entre otras cosas, tolerancia. La defensa del racionalismo, mantenida desde argumentos éticos, le lleva a concluir que «está estrechamente vinculado con la exigencia política de una ingeniería social práctica (gradual, por supuesto) en el sentido humanitario, con la exigencia de la racionalización de la sociedad, de la planificación con sus miras a la libertad y al control mediante la razón» (1982, 404).

En conclusión, la fe en la razón como medio de alcanzar «algo de objetividad», la planificación gradual de la sociedad, el compartir la

experiencia mediante la crítica libre y pública, sometida a refutación, son cuestiones de método que, llevadas a la práctica en la materia que nos ocupa, proporcionarían el debate que no existe en los experimentos sociales y el rigor y la exigencia de control de resultados, con la consiguiente disminución de dosis de espontaneísmo, voluntarismo y anarquía.

Popper tiene con Mannheim un punto en común muy fuerte: la necesidad de una planificación democrática y racional; mas se aleja profundamente de él en su rechazo a la sociología del conocimiento. A diferencia de Mannheim, cuyo padre doctrinal fue Marx, Popper es heredero del pragmatismo de Dewey, quien concede un valor esencial a la reconstrucción de las instituciones sociales. Dewey también concibe una filosofía práctica que adopte una actitud de cambio que ayude a fomentar una sociedad más libre, más humana, gratificadora e inteligente. De ahí su filosofía de la educación, cuyo fin es el desarrollo de una inteligencia crítica (Bernstein, 1979). Es el pragmatismo racionalista lo que está en el sustrato de la ética y el método popperiano, doctrina que ha inspirado el enfoque, hoy más corrientemente utilizado en la intervención social, el cambio planificado.

DE LA MANO DE LA PSICOLOGIA

Nos ha parecido oportuno para mayor claridad de la tarea que nos ocupa, dejarnos llevar de la mano de autores que han sido y son fieles a la tradición psicoanalítica (que han ahondado y/o reformado parcialmente sus postulados básicos), y de otros que han elevado una mirada crítica. Lo anterior está justificado porque sin desdeñar las valiosas aportaciones que acarreo dicho paradigma, pensamos con Peterfreund (1976) que si bien las teorías tienen el enorme valor de organizar las observaciones en relaciones significativas, aquéllas siempre son heurísticas y siempre son explicaciones incompletas, aunque explican.

El psicoanálisis constituye por excelencia y magistralmente el intento de desentrañar los grandes interrogantes planteados en torno al significado de nuestra experiencia. El objetivo último que persigue es: progresar en el conocimiento humano y elaborar una teoría general de la conducta. Y sin embargo, en ese intento de explicación y comprensión del carácter subjetivo de la experiencia, «... sólo podemos

enunciar algunas de las condiciones de su acaecimiento, no podemos explicar todos los aspectos, tan complicados, de dicho acaecimiento» (1977, 39). Sí nos ofrece valiosísimos caminos para una observación más comprensiva.

Freud parte de preguntarse el por qué; quiere desentrañar, comprender. Sus biógrafos plantean que tenía una actitud de «sumisión» frente a los testimonios que sus enfermos le daban. Mediante este método se pone el énfasis en las fuentes internas de información para desestimar las externas, y así hoy por hoy consideramos que es lo que mejor da cuenta de los fenómenos y manifestaciones intrapsíquicas.

Los desarrollos teóricos del psicoanálisis son inseparables de su historia y del contexto científico-social donde hallaron cuna. A finales del siglo XVIII y principios del XIX se estaba concibiendo una psicología que «...consideraba al hombre como un ser racional, con voluntad y capacidad para dirigir sus actuaciones» (cit. por T. Tossel, 1989). Frente a esta manera de ver las cosas, aparece el siguiente planteamiento freudiano: «el hombre no es nunca soberano de su alma».

De todos es sabido que la teoría psicoanalítica, tal y como fue planteada por Freud, no constituye un todo lineal y coherente, y que si lo que él emprendió fue una aventura intelectual, ésta no está exenta de retrocesos y recovecos. Nuestro objetivo es mostrar cuáles son aquellos fundamentos psicoanalíticos formulados por Freud, que en su conjunto constituyeron una revolución o cambio cualitativo muy importante para entender la experiencia humana.

Han sido muchos los intentos que se han hecho por sistematizar los fundamentos psicoanalíticos. Uno de estos intentos de ordenación y clasificación ofrece el resultado de agrupar los diferentes conceptos freudianos en los siguientes puntos de vista: el topográfico, el dinámico y el económico; está asimismo implícito el punto de vista genético (lo histórico del acaecer psíquico) y la concepción estructural del psiquismo (Greenson, 1986). Integradas en cada una de las perspectivas encontramos las ideas-guía contrales: conflicto psíquico, pulsión, defensa, consciencia, motivación, inconsciente, lo onírico.

La hipótesis topográfica «... supone una diferenciación del aparato psíquico en cierto número de sistemas dotados de características o funciones diferentes y dispuestos en un determinado orden entre sí, lo que permite considerarlos metafóricamente como lugares psíquicos» (Laplanche y Pontalis, 1983). Coexisten tres sistemas: inconsciente, preconsciente y consciente, y tenemos que mientras este últi-

mo está definido como «... los aspectos de la función mental, que en el momento de la observación se hallan dentro del conocimiento corriente del individuo» (Dewald, 1984, 4,5), el sistema inconsciente está constituido por aquellos procesos que por lo general no están en la conciencia y que requieren un notable gasto de energía psíquica para pasar a hacerse conscientes.

El proceso primario gobernaría el material inconsciente, que sólo tiene como objetivo la descarga y en donde se hallan los modos de funcionar más arcaicos y primitivos, donde no hay tiempo, orden ni lógica; mientras que el proceso secundario regiría las funciones del pensamiento, atención, acción controlada, etc.

La concepción dinámica (o segunda tópica freudiana) es inseparable de la distinción sistema inconsciente-consciente. Aquella aporta una visión antropomórfica y plantea tres instancias psíquicas que siempre se hallan en conflicto: «... el ello, polo pulsional de la personalidad; el yo, instancia que se rige en representación de los intereses de la totalidad de la persona, y por último, el superyo, instancia que juzga y critica, constituida por la interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales» (1983, 78). Según este modelo, las relaciones intersubjetivas y los sistemas se representan como personas relativamente autónomas dentro de la persona (visión antropomórfica a la que se aludió). La naturaleza de dichos sistemas es intrínsecamente contradictoria ya que tienen objetivos mutuamente incompatibles, por lo que aparece el conflicto psicológico o conflicto psíquico como constitutivo del ser humano: conflicto entre dos sentimientos contradictorios, entre los diferentes sistemas..., o bien, conflicto entre el organismo del individuo y el ambiente exterior (este último desde esta perspectiva también se relaciona con un conflicto intrapsíquico).

¿Por qué desde la perspectiva psicoanalítica un conflicto con el medio remite a un conflicto psíquico? Porque habría un estado dinámico invariable que cambia o fluctúa, según los elementos aportados de la experiencia objetiva, subjetiva y el comportamiento que en su conjunto constituiría el resultado «... de la interacción de todas las fuerzas activas, pasadas y presentes, que inciden en el organismo» (1984, 44). Por todo lo cual desde esta visión hemos de prestar igual atención tanto a la realidad psíquica como a la objetiva, y si no son coincidentes hay que «escuchar» qué significa tal diferencia.

Por último aludiremos a la perspectiva genética, la cual unida

al abordaje dinámico y económico nos proporciona el concepto de determinismo psíquico, con el que concluiremos esta parte de la exposición.

Lo genético remite al origen de desarrollo de los fenómenos psíquicos (no se alude a lo hereditario transmitido por «genes»). En psicoanálisis este grupo plantea un modelo de evolución ontogenético, la cuestión es cómo se lleva a cabo la evolución individual posterior al nacimiento. Freud plantea un modelo de desarrollo evolutivo de la libido (o energía psíquica) con sus diferentes etapas y sus consecuentes logros y fijaciones; las adquisiciones se van incorporando en estrecha relación con las condiciones exteriores del sujeto, sean éstas traumáticas o no, de manera tal que el resultado será la estructuración del psiquismo.

Finalmente la noción de determinismo psíquico sostiene que «... todos los fenómenos de la vida mental y del comportamiento viven determinados selectivamente por la interacción simultánea de todas las fuerzas y todas las experiencias pasadas y actuales, tanto conscientes-preconscientes, como inconscientes: en la vida mental no ocurre nada por azar o sin selección...» (1984, 45).

El psicoanálisis da cuenta de la conducta como producto de procesos intrapsíquicos, tiene en cuenta sólo parcialmente las condiciones ambientales. Pues bien, la consideración en torno a este tema que sostenemos las autoras es la siguiente: la naturaleza humana no es independiente de las condiciones ambientales, ni es el producto de procesos intrapsíquicos, sino que es el resultado del interjuego de procesos recíprocos de ambos extremos. El paradigma sistémico nos proporciona el marco de análisis adecuado en donde cabe la comprensión de la complejidad (interjuego de procesos recíprocos), objeto de estudio de los trabajadores sociales, bien estemos hablando de individuos, grupos, etc.

Haremos un breve recorrido sobre los conceptos de la Teoría General de Sistemas, que estudia la ordenada composición de elementos (mentales o materiales) en un todo unificado, y nos brinda un marco abstracto y general para abordar la complejidad, ya se trate de sistemas biológicos o sociales.

Dicha teoría general, junto con la cibernética (que permite que podamos trasponer el modelo de sistema al análisis concreto de la realidad), nos permite conocer las funciones y las reglas estructurales válidas para todos los sistemas. Aquí es necesario señalar que dicho

modelo, en ocasiones, ha sido emparentado con el funcionalismo. Confiamos que a lo largo de la exposición se puedan delimitar leyendo entre líneas las diferencias entre ambos.

Tomamos como punto de partida la clásica definición de sistema que proporcionan Hall y Fagen: «Sistema es un complejo de elementos o componentes directa o indirectamente relacionados en una red causal, de modo que cada componente está relacionado, por lo menos, con varios otros, de forma más o menos estable, en un lapso dado» (cit. en Buckley, 1982). Es de todos conocido que la propiedad por excelencia de los sistemas alude a la totalidad, que, siguiendo a Watzlawick, se puede definir negativamente y decir que el todo (sistema) es más que la suma de sus partes (no-sumatividad). Así, supuestamente un cambio introducido en una parte del sistema llevará a un cambio en el sistema total. El autor se pregunta «si las partes de un sistema no están relacionadas en forma unilateral o sumatoria (¿de qué manera están unidas?)» (Watzlawick, 1981, 122).

Y aquí aparece la segunda propiedad del sistema, que surge del concepto de retroalimentación, que es el modelo más elemental de circularidad (opuesto conceptual a la linealidad). El razonamiento causal es intrínseco a la naturaleza humana, siempre se piensa en una secuencia de causa y efecto que remite a una primera causa, que la confirma o modifica. Pero desde el punto de vista de la Cibernética, por el que «... innumerables elementos de un sistema son recíprocamente contingentes e influyen sus conductas entre sí de una manera compleja» (Stierlin, 1988, 64), se alude a «la manera compleja» frente a causalidad lineal; esto es, el hecho que A cause B no es más que una parte del circuito que lleva de B a C y de A a A. Siguiendo a Keeney, el hecho de observar un fenómeno supone trazar una demarcación (diferencia) respecto a otros muchos que quedan fuera. Así, es el observador el que de acuerdo con la «construcción» que él lleva a cabo y guiado por sus intereses, objetivos o sesgos, selecciona esa parte del circuito. Desde el punto de vista comunicacional lo anteriormente aludido es denominado por Watzlawick «puntuación arbitraria de la secuencia de hechos».

En las primeras formulaciones sobre sistemas sociales que se llevaron a cabo estaba presente el problema de la relación sistema-medio ambiente; el término estabilidad se utiliza para referirse a «... la capacidad que tiene un sistema dinámico para establecer el equilibrio tras las perturbaciones desencadenadas por la interacción con el me-

dio» (1988, 146); sin embargo, hemos de tener en cuenta que la estabilidad:

1. Es simplemente un modelo que permite diferenciar un sistema de su medio.
2. Es siempre relativa, ya que los límites del sistema con su medio sólo pueden definirse con respecto a la propia coherencia del sistema, y

3. por coherencia del sistema se entiende la capacidad del mismo por mantener un equilibrio dinámico en interdependencia con el medio, lo que nos lleva finalmente

4. al concepto de coevolución por el que se entiende la dependencia recíproca sistema-medio. Así tenemos, pues, que «el impulso que inicia un proceso de coevolución se origina en un estado de desequilibrio que obligará al sistema a la adaptación, no obstante es imposible prever qué actividad producirá el restablecimiento del equilibrio dentro del sistema» (1988, 68).

En las cuatro consideraciones señaladas aparecen conceptos como impredecibilidad en el comportamiento del sistema, coevolución sistema-medio ambiente, etc., que marcan un cambio de orientación muy importante en la muy corta historia de los científicos sistémicos. ¿Por qué esto es así? En contestar a esta cuestión está el peso de nuestro interés en la actualidad por este modelo.

¿Qué significado tiene que hablemos de impredecibilidad del comportamiento de los sistemas en el marco de la perspectiva sistémica? La estrechez a la que nos veíamos sometidos, frente a la consideración de que los elementos de un sistema estaban adscritos a un programa prefijado por las regularidades y constancias del mismo, hacía que nos encontráramos ante un modelo determinista (ahora al individuo lo determina el sistema y no lo intrapsíquico, como veíamos en la perspectiva psicoanalítica).

Otros argumentos señalan este determinismo al que aludíamos, rescatando la dimensión temporal (obviada en el análisis cibernético, ya que sólo se tenían en consideración las relaciones entre interacciones sincrónicas). M. Elkaïm (1989) plantea gráficamente cuál sería la visión del científico de sistemas aproximándose a la realidad. Esta se presentaría como una partida de ajedrez en curso, y en donde para enfrentarse a ella con el objetivo de «aprehenderla» o «comprenderla»

no fuera necesario conocer quién efectuó la primera jugada, quién anunció el jaque mate, etc.; es decir, se obviaría la dimensión temporal (histórica), sólo le importaría considerar el «aquí y ahora pragmático, negando una parte de la realidad, ya que el pasado deja su marca, que se viene a actualizar en el presente.

La introducción del concepto de «sistema autorreflexivo» propone la necesidad de tomar en consideración el problema de la «intencionalidad», de la causalidad lineal y del significado, dentro de la autonomía relativa reconocida a las partes (individuos, grupos específicos) dentro de un sistema más amplio (F. Castillo, 1988). En consecuencia, el desarrollo de cualquier sistema será un proceso «creativo infinito», según el autor; su evolución habrá de hacerse de forma subjetiva o singular; habrá que retomar lo histórico para entender el proceso interactivo y recurrente; y tomar en cuenta que «... los significados son generados, mantenidos y cambiados a través de la interacción recursiva entre los seres humanos».

Los conceptos señalados en la primera parte de esta exposición que se refieren al sistema como tendente a la estabilidad, donde prevalecían conceptos como homeostasis, reglas, etc., del cual genéticamente podemos destacar la concepción del carácter determinista del ser humano (éste estaba determinado por el sistema), constituyen lo que se ha venido en llamar «Primera Cibernética». Con la siguiente afirmación de M. Selvini (1990), sintetizaremos (pese al riesgo de dejar otras valiosas aportaciones) las diferencias cualitativas que introducen la orientación llamada «Segunda Cibernética»: «la realidad humana al incluir la reflexibilidad o la autoconciencia, es de un orden cualitativamente muy diferente al de cualquier otra realidad, física o biológica, e incluso, en el caso de la relación terapéutica, diferente al de la antropología o la sociología, debido a que se trabaja a partir de una demanda de cambio». Lo que la autora señala es que si bien hay que seguir considerando el carácter independiente de individuos y grupos que participan de un todo coherente y con el cual coevolucionan, aquéllos son también impredecibles (respecto al todo) ya que son más o menos autónomos (hay determinantes psíquicos y contextuales) para efectuar actos de elección (dentro de los límites que le sean posibles). La anterior consideración introduce notables cambios en las orientaciones de la estrategia de intervención. Lo veremos con más detalle en el apartado del enfoque teórico.

En síntesis, la concepción de los sistemas humanos como sistema «complejo» nos conduce, dice F. Castillo, hacia una concepción mul-

tidimensional de los sistemas humanos: «... tenemos ante nosotros un tejido dinámico, particular, invariantes relaciones respecto a una historia, con una serie de sucesos aleatorios, con intenciones de índole individual y/o grupal (poder, jerarquía) y metas...» que distinguen, pero no separan al individuo de su entorno. finalmente es preciso decir que desde esta perspectiva ningún modelo universal será apto sin una operación de ajuste del mismo a lo particular, a lo singular, de manera tal que lo haga inteligible y útil. Ese es el papel que cumple el enfoque teórico.

EL ENFOQUE TEORICO

Modelo, enfoque teórico y técnicas son tres elementos de un sistema en constante movimiento circular y en recíproca alimentación y metabolismo continuo. El enfoque teórico proporciona los supuestos necesarios para la elaboración de hipótesis que orienten la acción. Así la realación de retroalimentación continua que mantienen teoría y práctica da sentido a la ya famosa frase de Kurt Lewin: «No hay nada tan práctico como una buena teoría».

En lo que sigue exponemos los enfoques teóricos que se relacionan con los paradigmas estudiados, no sin antes advertir al lector que el esquema que aquí presentamos adolece de cierta rigidez obligada, sólo y exclusivamente a efectos analíticos y didácticos. En la realidad es cada vez mayor la libre circulación de ideas, de presupuestos y de planteamientos teóricos, así como de distintas elaboraciones de síntesis entre las escuelas, libertad que está produciendo un enriquecimiento y amplitud de conocimiento extraordinario en las ciencias del hombre.

En primer lugar, ciñéndonos al orden de la exposición de los modelos que hemos venido realizando, el modelo crítico, decíamos, inspiró, en la disciplina de trabajo social, toda una corriente que trató de dar contenido teórico al llamado «método único». Diversos condicionantes que han sido analizados por algunos autores vinieron a mostrar que ese método fue aplicado también de la manera «practicista» que había tratado de erradicar en el anterior método. Pronto mostró que su única utilidad consistía en la necesidad de disponer de un procedimiento sistematizado. Aunque carente de contenido teórico alguno, por lo que no puede considerarse método en su sentido riguroso, proporcionó a la disciplina esa sistematicidad que necesitaba.

Sin embargo, hubo algunas versiones de este enfoque que sí lograron llenar su vacío teórico con el paradigma dialéctico. Entre éstas es de destacar la de Boris A. Lima, quien se nutre de autores marxistas y Paolo Freire para elaborar su «modelo de intervención en la realidad social». Sus notas sobresalientes son: la aprehensión sensible para captar el mundo de la apariencia y los prejuicios de las personas, la investigación participante; y la elaboración de planes de acción diversificados en distintos «modelos» que, a la manera de programas, centran la atención en la capacitación, la organización y la movilización de la comunidad para lograr sus transformación.

Todos estos enfoques metodológicos orientan sus esfuerzos en la comunidad. El más conocido de todos es la investigación-acción participativa, que es aplicada fundamentalmente en el campo de la animación socio-cultural y educación social.

El concepto de investigación participante es utilizado de una manera genérica para referirse a todos aquellos procesos de investigación por los que los actores sociales no son considerados como un objeto pasivo de estudio, sino que se implican en la investigación de tal forma que ellos van a ser quienes identifiquen los problemas, realicen un análisis crítico de su situación y propongan las soluciones correspondientes. Entendido así, muchos procesos de psicoterapia de grupo e individual, el grupo operativo y diversos otros métodos de grupo son investigación-acción participante. En general las técnicas del método cualitativo tienen ese enfoque en mayor o menor grado.

Mas este concepto ha tomado fuerza e identidad a raíz de la investigación del trabajo en comunidades, sobre todo a partir de la metodología de Paolo Freire. Para Pedro Demo, la investigación-acción debe realizarse dentro de un marco dialéctico, aunque él mismo advierte sobre los riesgos que este enfoque puede tener; sobre todo que se convierta en una «farsa» y se caiga en el «izquierdismo» y «activismo».

El objetivo de la investigación participante es crear saber popular. Se parte de la idea siguiente: el dominio del saber es una fuente de poder. Así el conocimiento que debe alcanzar la población debe conducirla a obtener una información de las cuestiones de la vida social y cultural, al control del trabajo y de las técnicas de investigación y a «reconocer la ciencia como parte del quehacer diario de la comunidad» (Pedro Demo, 1971). Por medio de la investigación-acción se pretende conocer los condicionamientos objetivos de la vida de la co-

munidad y su percepción subjetiva, en un proceso de coparticipación con los profesionales. Así, éstos ya no pueden situarse en la cumbre del «saber verdadero» que debe producir un discurso para los que «no saben» y están fuera como «sujetos marginales». Es la unidad sujeto-objeto de conocimiento la que está en el substrato teórico de este enfoque. Asimismo, la unidad teórica-práctica, como conocer-actuar-transformar.

Las técnicas que se utilizan en este enfoque son las generales de documentación, observación, cuestionarios, entrevistas, discusión en grupos etc., sin preferencia especial por aquéllas derivadas del método cualitativo o cuantitativo.

En segundo lugar, pasamos a describir el enfoque o método de *cambio social planificado*. Es sabido que las diversas profesiones del trabajo social, educadores de calle, trabajadores sociales, animadores, terapeutas familiares, etc., son definidas por algunos autores como profesiones del cambio. Estos «agentes de cambio» consolidan su identidad en presupuestos filosóficos y teóricos de la planificación guiada, la educación gradual y la ingeniería social. Los profesionales del cambio ayudan a las personas a utilizar la energía más productivamente, a introducir cambios funcionales o estructurales en el sistema, a modificar situaciones que por diversas razones han devenido en deterioro y a lograr más control personal o comunitario sobre la propia vida.

Para Lippit y sus colaboradores, el cambio puede ser impulsado por una crisis, por malestar, por comparación con otros que están en mejores condiciones o por la revisión constante de lo que es la buena salud y el uso más eficaz de los recursos disponibles. El deseo de cambio puede ser promovido por el propio sistema o bien ser inducido por un profesional o equipo que haya observado síntomas de malestar o disfunción.

Este enfoque dirige su intervención hacia el sistema organizacional, grupal, individual o comunitario. Dedicaremos un breve comentario a la organización comunitaria, como enfoque modelo del cambio planificado.

Para Marie Antoniette Rupp la organización comunitaria destaca «el esfuerzo deliberado de reconstrucción social en el nivel de la comunidad local». Se trata de un «proceso que modifica la vida social de manera ordenada y planificada gracias a la intervención de un especialista» que trata de reorganizar la comunidad con la participación de población (1972).

La planificación social y los planes de movilidad guiada en la comunidad local fueron programas dirigidos por trabajadores sociales en la década de los sesenta en los Estados Unidos. La crítica que se les hizo desde la perspectiva sociológica hizo variar algunos planes hacia una mayor racionalización en su oferta de servicios. Esta crítica residía en lo siguiente: eran planes que concedían mayor atención a «necesidades de baja prioridad» (mejora para la conducta para el tiempo libre y estimulación de la conciencia del vecindario) que a «necesidades de alta prioridad», como: las oportunidades de trabajo, aumento de la capacidad educativa, la elevación de los ingresos, la discriminación racial y la solución a los problemas sociales y psicológicos básicos que predominan en la clase baja.

El programa que propone el profesor Gans, a quien debemos las anteriores observaciones, es muy incisivo. Consiste, además de la atención a estas últimas necesidades, en plantearse como profesionales de la sociología, la reforma radical de las instituciones sociales, económicas y políticas «que resisten el cambio». Nos encontramos de nuevo ante el concepto del cambio institucional de Dewey.

El método básico de trabajo social, con las fases a las que hace referencia de conocimiento global del campo de actuación profesional, análisis, diagnóstico, planificación, ejecución y evaluación es un enfoque derivado, fundamentalmente, de la planificación social. Este enfoque considera a la comunidad como un ámbito en el que es necesario generar cambios, sobre todo en relación a las necesidades y recursos. De ahí la dotación de profesionales *ad hoc* para introducir esos cambios.

La perspectiva psicoanalítica permitió poder conceptualizar la psicología como una psicología dinámica, en el sentido al que aludíamos respecto al conflicto psíquico y oposición de fuerzas dentro del psiquismo, y es desde ahí que podemos hablar de *enfoque psicodinámico*, proceso en extremo complejo. Peterfreund lo define como un sistema de procesamiento de comunicación y de aprendizaje, en cuyo campo se incluyen tanto el terapeuta como el paciente. Asimismo, «... desdén el orden y la organización, lo conocido y familiar, y se ha de tolerar temporalmente el desorden y la desorganización; tiene que tener presentes muchas variables y sus posiciones y relaciones mutuas; plantear muchas hipótesis para estar dispuestos a abandonarlas», así finalmente crear un nuevo orden más satisfactorio. (1976, 282).

El tipo de información que hay que procesar, desde esta perspec-

tiva, es complejo e incluye aquellos fenómenos de la experiencia interna (pulsiones, emociones, fantasías...), no sólo del cliente, sino también del profesional. El propósito es compartir con el otro lo que el autor llama «significados connotativos privados», que estarían determinados por emociones, fantasías, pensamientos, etc., que constituyen en definitiva la realidad psicológica, sin olvidar que, para conectar con esa realidad «del otro», con lo que contamos es con nuestro propio inconsciente y nuestra propia personalidad. P. Marty afirma: «es necesario un profundo conocimiento sobre el sí mismo para poder acceder a la comprensión de los individuos, tanto si la relación que con ellos se establece es a través del diálogo como si es por cualquier otra vía» (1984, 76).

En términos generales sustentamos la afirmación de T. Rossell, quien afirma que «... no todo el conocimiento se traduce en acción, sino en comprensión». El enfoque psicodinámico nos va a permitir situarnos ante una relación asistencial de manera tal que permitamos «... al usuario ponerse en contacto con elementos y contenidos propios y en relación a otras personas de su entorno» (1989, 42). La autora menciona, reiterada y en numerosas ocasiones, la necesidad de no caer en la falacia de pensar que los trabajadores sociales que se adscriban a la perspectiva psicoanalítica, vayan a tener que interpretar el inconsciente del sujeto, o disociemos al individuo de su entorno y sólo tengamos en cuenta su realidad subjetiva y vivencial. El problema que se está planteando, no con toda la extensión que tal vez fuera necesaria, ha sido formulado en numerosas ocasiones y desde dimensiones muy variadas: «los trabajadores sociales como psicoanalistas de los pobres», los menos formados del equipo interprofesional o pseudoterapeutas, etcétera.

Las autoras consideramos enriquecedor y de gran utilidad práctica tomar elementos que aporta este enfoque, para incorporar instrumentos útiles y aplicarlos en los difíciles procesos a los cuales los trabajadores sociales nos enfrentamos. Añadiremos que la aplicación de estos conceptos o elementos habrá que considerarla no sólo a la luz de la relación profesional-cliente o a los trabajadores sociales como profesionales, sino también en un trabajo de introyección y reflexión sobre nuestra propia evolución personal.

Hay una consideración metodológica, que en este punto es importante que hagamos; así como la teoría psicoanalítica nace en fusión con la experiencia clínica, el enfoque psicoanalítico o psicodinámico

mico está íntimamente ligado a la técnica. El modelo de investigación coincide con el procedimiento curativo: más conocimiento sobre el sí mismo, más curación (Etchegoyen, 1986).

¿Qué elementos podemos tomar para la comprensión de lo observado en la práctica profesional? La noción de conflicto psíquico evoca un juego de fuerzas. En técnica psicoanalítica los dos extremos lo constituirían el deseo de recordar y el de olvidar el hecho traumático, lo cual, simplificando sobremedida, nos lleva a la piedra angular de la técnica psicoanalítica: la resistencia. Desde esta nueva luz, siempre que haya un deseo manifiesto de cambio y un movimiento inconsciente de no cambio habremos de tomarlo en cuenta como una dificultad más con la cual trabajar, habrá que entenderla y sólo comunicársela al «otro» cuando interfiera de manera notable en el proceso que se esté llevando a cabo. «Coaccionar» en el mejor sentido de la palabra (conducir al otro hacia una solución mas satisfactoria) ya no tiene objeto, así, tenemos que «escuchar» lo que el cliente nos está queriendo decir cuando dice que no puede cambiar.

Por otro lado, aun tomando en cuenta el complejo campo de estudio de los trabajadores sociales: persona, problema y situación (H. Harris Perlman, 1971), desde este enfoque tenemos que prestar igual atención tanto a lo que el individuo (o los grupos) nos transmiten desde su realidad vivencial, como a la objetiva; realidad vivencial que va a ser conectada con el «clima» (contexto) de la relación que establezcamos como profesionales. Este enfoque nos pide una exigencia más: tenemos que comprender al otro, tanto desde lo intelectual como desde nuestra capacidad de empatizar con él (nociones como transferencia y contratransferencia son en extremo importantes en este punto).

Por último, y no por ello menos importante, se ha hablado del componente ético que aporta este enfoque, ya que el tipo de relación profesional que se establece es de respeto, igualdad y búsqueda de la verdad «del otro» desde una posición neutral. «El otro» ha de sentirse aceptado con sus necesidades y con la propia definición que hace de sí mismo en un momento preciso. ¿Por qué esta última consideración que parece algo oscura? Porque si bien se ha hablado del trabajador social como modelo, figura significativa, etc., hemos de tener en cuenta que lo que vale para nosotros no tiene porque servir para «el otro», que cuando alguien se siente de tal o cual forma hemos de confirmarle en ese sentimiento genuino que manifiesta en ese momento preciso.

A continuación abordaremos el *enfoque sistémico*, para lo cual será necesario retomar algunos conceptos ya desarrollados que nos sirvan de orientación para este propósito. Confiamos en que el lector esté de acuerdo con la afirmación que hicimos en el apartado de los paradigmas, referida al siguiente hecho: el observador participa en definir lo observado. Así, pues, hemos de incluir al observador como agente constructor de la realidad que observa (la perspectiva más radical, el constructivismo, plantea la realidad como una construcción y no como algo que se descubre). ¿Qué implica la afirmación anterior? Que a partir de ahora vamos a estar interesados en los sistemas que denominaremos «sistemas observantes».

Con esta concepción de los sistemas observantes y desde el punto de vista de la acción-intervención, haremos determinadas hipótesis sobre la realidad, «... porque son útiles y porque encajan en ese momento determinado...» en el conjunto de que constituimos profesional-situación sobre la que actuamos. Nuestra hipótesis será útil en la medida en que encaje en ese sistema observante (AA.VV., 1990).

¿Qué clase de hipótesis tenemos la posibilidad de hacer si consideramos el carácter azaroso e impredecible de los sistemas? ¿Cómo se puede crear orden a partir del caos? ¿Cómo aprehender dicho caos?. La respuesta está en atender los significados de la acción/conducta, impregnándonos en el sistema (no se puede comprender desde fuera) para que su «desorden» (véase creencias irracionales, mitos, marginación, etc.) nos permita comprenderle e introducir algún tipo de input que produzca desequilibrio o fluctuación que lleve a un estado nuevo (siempre impredecible).

Hay que prestar especial atención a la consideración de complementariedad entre el sistema que observa y el sistema observado: «son complementarios en la medida en que existe una perturbación bidireccional entre ellos» (AA.VV.: 208); son sistemas que se acoplan y perturban mutuamente.

De todo lo dicho se pueden deducir importantes consideraciones, aplicadas a las estrategias de intervención:

1) Se hace imprescindible formular o situar contextualmente el problema planteando consideraciones en torno al binomio cambio/estabilidad.

2) Frente a plantear, instruir y resolver tenemos que potenciar, conversar y situar los problemas de modo tal que, en una acción «re-

flexiva» desde dentro del sistema, consigamos algún tipo de perturbación, movimiento.

Es el momento de resumir algunos de los aspectos más importantes de nuestro punto de vista acerca de las cuestiones que hemos analizado:

1) El proceso de conocimiento ha de romper la disociación sujeto-objeto. Desde la perspectiva sistémica recordemos que entre ambos hay una complementariedad recursiva, que tiene su parangón en el enfoque crítico al plantear la unidad sujeto-objeto.

2) Podemos observar que el concepto de emancipación en Marx presenta una notable analogía con el concepto de autodeterminación en trabajo social. Es un concepto que remite a un proceso de liberación del individuo, por el cual éste se hace sujeto capaz de tomar decisiones libremente. ¿Qué otros conceptos análogos encontramos en el resto de las perspectivas analizadas? El modelo psicoanalítico nos permite situarnos frente «al otro» desde una posición neutral y de respeto, permitiéndole que busque la verdad de sí mismo de forma que conquiste su propia identidad. Pero mientras el modelo crítico y el psicoanalítico enfatizan ora lo social ora lo individual, el modelo sistémico da un paso adelante al permitirnos acceder al conocimiento de la realidad estudiando el interjuego entre ambos elementos (individuo-situación). La emancipación ya no es una conquista personal o un cambio de la estructura social, por separado. La perspectiva sistémica nos proporciona los elementos operativos necesarios para lograr el cambio en instancias sociales intermedias (familia, grupo, organización).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- AA.VV.: *Desafío al Servicio Social*. Humanitas. Buenos Aires, 1976.
- AA.VV.: «Los sistemas observantes: conceptos estrategias y entrenamiento en Terapia Familiar Sistémica». Rev. «Asoc. Española de Neuropsiquiatría», Vol. X, núm. 33, 1990.
- BELTRAN, M.: *Ciencia y Sociología*. Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid, 1979.
- BERNSTEIN, R.: *Praxis y acción*. Alianza Universidad. Madrid. 1979.
- BUCKLEY, W.: *La Sociología y la teoría moderna de los sistemas*. Amorrortu. Buenos Aires, 1982.
- CASTILLO, F.: *La causalidad en terapia sistémica: ¿la equifinalidad?* Inédito, 1988.
- DEMO, P.: *La investigación participante*. Kapelusz. Buenos Aires, 1979.
- DEWALD, P.: *Psicoterapia: un enfoque dinámico*. Toray. Barcelona., 1984.
- ETCHEGOYEN, R. H.: *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Amorrortu. Buenos Aires, 1986.
- ELKAIM.: *Si me amas, no me ames*. Gedisa, Buenos Aires, 1989.
- FERNANDEZ, J. M.: «Relaciones entre Sociología y Trabajo Social: de una visión unitaria a un pluralismo paradigmático». «Cuadernos de Trabajo Social», núm. 3, 1990, Universidad Complutense. Madrid.
- GANS, H.: «La pobreza urbana y la planificación social». En la obra *Planificación sociológica de los problemas sociales*. Lazarsfeld et al (comp.). Paidós. Buenos Aires, 1971.
- GREENSON, R.: *Técnica y práctica del psicoanálisis*. Siglo XXI. Mexico, 1986.
- KEENEY, B.: *Construcción en Terapias familiares sistémicas*. Amorrortu. Buenos Aires, 1987.
- LAPLANCHE, J., y PONTALIS, J. B.: *Diccionario de Psicoanálisis*. Labor. Barcelona, 1983.
- LIMA, B. A.: *Epistemología del Trabajo Social*. Humanitas. Buenos Aires, 1983.
- LOPEZ DE CEBALLOS, P.: *Un método para la investigación-acción participante*. Popular, S.A. Madrid, 1987.
- MANNHEIM, K.: *Diagnóstico de nuestro tiempo*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Mexico, 1969.
- MARTY, P.: *Los movimientos individuales de vida y de muerte*. Toray, Barcelona, 1984.
- MEAD, H.: *Espíritu, persona y sociedad*. Paidós. Buenos Aires, 1982.
- PERLMAN, H.: *Trabajo Social individualizado*. Rialp. Madrid, 1971.
- PETERFREUND, E., y SCHWARTZ, J.: *Información, sistemas y psicoanálisis*. Siglo XXI. México, 1976.
- POPPER, K.: *La sociedad abierta y sus enemigos*. Paidós. Buenos Aires, 1982.

- ROSSELL, T.: *La entrevista en trabajo social*. Euge. Barcelona, 1989.
- RUPP, M. A.: *Le travail social communautaire*. Privat. Toulouse, 1972.
- SEIVINI, M.: *Los juegos psicóticos en la familia*. Paidós. Barcelona, 1990.
- STIERLIN, H. y otros: *Vocabulario de Terapia Familiar*. Gedisa, Buenos Aires 1981.
- WATZLAWICK, P. y otros: *Teoría de la comunicación humana*. Herder. Barcelona, 1981.
- ZAMANILLO, T., y GAITAN, L.: *Para comprender el Trabajo Social*. Ed. Verbo Divino. Estella, 1990. En prensa.
- ZEITLIN, I.: *Ideología y teoría sociológica*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 1986.

Métodos de intervención social: algunas preguntas

Víctor Renes
Técnico Cáritas Española

INTRODUCCION: Precisiones y cautelas

La orientación metodológica actualmente vigente en el trabajo social surge en oposición al método clásico como método «medicalizado», cuya finalidad perseguida era la terapéutica, mediante una acción asistencial y paliativa de los efectos sociales producidos por la desigualdad. Frente a él, el método «básico», «integrado» o «único», hace hincapié en la transformación de la realidad social de forma globalizadora, al tener en cuenta que los problemas con los que se enfrenta el trabajador social están determinados por condiciones estructurales más que psicológicas o individuales (1).

Tal orientación, generalmente, no está considerada en crisis. Sin embargo, y a pesar de ello, debemos constatar que se han producido una serie de cuestionamientos importantes en relación con el método. Es cierto que en cuanto a la teorización sobre el método se han dado cambios importantes, pero no así en el campo «operativo», en el que sus resultados se cuestionan como dudosos. Por lo que es necesario analizar qué está sucediendo en torno a una cuestión que parecía resuelta.

El esquema del método básico: estudio, diagnóstico, planificación, ejecución y evaluación; o conocimiento global del campo de acción profesional, interpretación de los datos, plan de trabajo, ejecución y evaluación, no es más que el enunciado de las operaciones a realizar. Sin embargo, en la situación social en que estamos, demasia-

(1) Cfr. TERESA ZAMANILLO: «Reflexiones sobre el método en el trabajo social»; «Documentación Social» núm. 69. Madrid, 1987; Cfr. N. AYLWIN, M. JIMÉNEZ, M. QUESADA: «Un enfoque operativo de la metodología del trabajo social». Ed. Humanitas; en especial para las características del método, pág. 23.

das veces se toma esta parcialidad por la totalidad de la cuestión del método. Quedan fuera las cuestiones de contenido teórico, así como la intención de la transformación o cambio estructural que se pretende alcanzar. Por lo que es lógico que surja la pregunta por el método, pues la sola enunciación de las operaciones a realizar no garantiza los resultados de su aplicación.

Así pues, la pregunta sobre los métodos acaba resolviéndose en la pregunta por los modelos de intervención social que son los que orientan el método, pues son los que dotan de contenido a las operaciones. El concepto de cambio no define por sí mismo su dirección, ni su sentido, ni la naturaleza de las modificaciones que se desean conseguir. De todas formas tampoco debería resultar nueva esta cuestión, pues el método básico fué impulsado por causas y factores bien diferentes, que respondían a enfoques diametralmente opuestos: el funcionalismo y la dialéctica (2). De modo que no podemos afrontar el análisis de los métodos de intervención social, si no afrontamos la cuestión de los modelos de intervención social.

Ante ello debemos aclarar que nuestra pretensión es más modesta y no desea sobrepasar los límites de una urgencia. No pretende, en consecuencia, hacer un repaso de los métodos y/o técnicas de diverso tipo (de conocimiento, psicológicos, sistémicos, participativos, intuitivos, etc.).

Sólo pretende dejar constancia de una serie de cuestionamientos que se refieren a la propia intervención social, y a una serie de elementos decisivos cuya distinta configuración metodológica pueden dar una diferente intervención social.

(2) T. ZAMANILLO, *ibíd.*, pág. 73.

INTERVENCION SOCIAL Y METODO

El método «prestacional»

Consideramos adecuada la tipificación histórica de José M.^a Lama de los pasos fundamentales (3) de la evolución de los modelos de intervención social, como punto de partida para detectar el significado de algunas cuestiones que afectan a la intervención social y, por consecuencia, sus efectos sobre el método.

1.º El paso de la acción puntual a la acción continua y ordenada. Es el paso que observamos en el cambio de la beneficencia a la asistencia social.

2.º El paso de la acción continua a la acción sistemática institucionalizada. Con ello se pasa de las asistencia social a los servicios sociales, que se fundamenta en el reconocimiento democrático de los derechos sociales por parte del Estado y aparece la figura del usuario.

3.º El paso de la acción sistemática institucionalizada a la acción transformadora y participativa, integral e integrada con el resto de las acciones. Se trata del paso del servicio social al trabajo social. De la acción compensatoria del Estado democrático a una intervención social participativa, en la que la figura del usuario ha dejado paso a la figura del ciudadano.

¿Cómo se encuentra hoy la intervención social, de acuerdo con este esquema? A ello nos vamos a acercar a través de una serie de cuestiones que recorren hoy la intervención social y que no pueden obviar las preguntas por el método.

1.^a A partir de la constatación de las condiciones de un mundo cada vez más veloz, la actividad de los que intervienen en el trabajo social ha quedado envuelta en un «pragmatismo de la planificación social», que ha relativizado y absorbido la vertiente teórica que está en la base del origen del método básico frente a la medicalización del método clásico. Por lo que la intervención social se adecúa a esta noción de cambio y pasa a ser una acción de orientación al cambio en la dirección de progreso que el sistema ha decidido emprender.

(3) JOSÉ M.^a LAMA: «Metodología de la Acción voluntaria»; *Cuadernos de la Plataforma para la promoción del voluntariado*, núm. 5. Madrid, 1990, pág. 21.

2.^a Como reverso de esta constatación, la intervención social está dominada por el «usuario», pues el objetivo fundamental pasa a ser la «prestación» de unos recursos que le permitan hacer frente a la complejidad social en la que se ve envuelto. Por lo que la intervención social se acaba resolviendo en un modelo «prestacional», y no en los procesos de transformación de las condiciones sociales y de participación social en el cambio de las mismas. Por lo que estamos en el paso segundo del proceso evolutivo de la intervención social.

3.^a Cuando la prestación es el término de la acción, su función queda reducida a «consumo». En el doble sentido de una vez dada, queda agotada, consumida; pero eso no supone cambio, sino mayor confirmación de una estructura de demanda que requiere nuevos consumos. Y en el sentido de que es apropiada individualmente, al modo del consumo mercantil; pero eso supone destruir la categorización de los problemas que originan la demanda pues, siendo «social», se da una apropiación individual de la prestación en tanto respuesta al problema.

4.^a La intervención social como prestación consolida la barrera prestador/protegido, consolidando la objetivización del ciudadano como usuario-objeto de la protección. Al reducir el demandante a usuario, y la respuesta a la prestación como método, la participación del «ciudadano» no puede ser más que externa al propio método. Por eso los «adjetivos» de este tipo de intervención son: «para y sobre», sin poder alcanzar el «desde», el «con», que tipificaría una intervención social realizada desde los supuestos del tercer paso de la tipología enunciada.

5.^a La cuestión de quién es el «sujeto» de la intervención queda sentenciada de parte de los formalmente denominados agentes sociales. De donde el usuario no es «actor» social, y no le alcanza el concepto de «ciudadano». Como consecuencia, el método, como conjunto de estructuras y procesos (4) queda reducido a las estructuras del servicio (5). Las estructuras de las prestaciones de servicios tipologizan la transformación de los sujetos en usuarios.

6.^a Dados estos supuestos difícilmente se puede concebir «el proceso de hacerse sujeto», como el proceso fundamental que estruc-

(4) N. AYLWIN y otros, o.c. pág. 18.

(5) Cfr. M. MARCHIONI: *Reflexiones en torno a la metodología de la intervención social en las nuevas condiciones de hoy*; «Documentación Social», núm. 69, pág. 54.

tura un método. El método pasa a ser el *método prestacional*; es decir, el servicio social pasa a ser considerado el espacio de la «racionalidad», de modo que por ser el garante de las prestaciones sociales, reclama para sí el protagonismo de la acción y el reconocimiento de que es el que consigue hacer «sujetos» sociales, y que, por tanto, se autodefine como el único que ha abandonado el asistencialismo.

La participación y los modelos de acción

En coherencia con ello, se plantea la cuestión de la participación como cuestión central. Es decir, no es suficiente declarar el rechazo del «tratamiento» como orientación metodológica, para que estemos en presencia de una metodología ligada a la transformación social. Es la participación la que operativiza esta teoría como existente o la declara como pura ideología. No es suficiente con declarar que se rechaza el enfoque asistencialista para garantizar que no se está haciendo «tratamiento». La cuestión es esta otra: ¿se puede decir que la intervención social parte de «un proyecto global de la comunidad»? Porque los elementos que componen el método básico no justifican por sí mismos la coherencia de las finalidades y de los instrumentos de la acción (6), pudiendo incluso encubrir la cuestión que le dio y dará sentido: la transformación de las condiciones sociales de los individuos y la necesidad de la intervención de los propios individuos en los programas de acción.

En definitiva, las cuestiones que recorren hoy la intervención social confluyen en la pregunta por el COMO como la auténtica CLAVE de las cuestiones que afectan al método. «La clave de una política social basada en el bienestar, lo que la dará validez o la invalidará, lo que la permitirá tener una capacidad transformadora por la que merezca la pena trabajar en ella está porque realmente será una aportación, está en el METODO. En el COMO» (7).

¿En qué consiste esta clave? Podemos formularla así: «sin una dimensión participativa y motivadora para el protagonismo de los propios miembros de la comunidad, permanecemos en un enfren-

(6) M. MARCHIONI, *ibíd.*, pág. 53.

(7) Presentación Fdez. Morales: «*Política Social*»; «Documentación Social» núm. 53. Madrid, 1983, pág. 38.

tamiento entre las tareas asistenciales y las de promoción y desarrollo social».

Cierto que desarrollar la política social desde esta clave hace que tengamos que enfrentar la orientación global de la sociedad en tanto adaptación sistémica de los usuarios a las condiciones de un mundo complejo que se les escapa. Pero eso no puede tomarse como excusa, porque «cuando la participación no es elemento básico en el proyecto global, cuando su logro no es el objetivo que orienta la planificación de los servicios y cuando la dinamización de las comunidades no es lo que inspira los programas a cuyo servicio se ponen las técnicas y los técnicos, algo importante falta. O, mejor dicho, lo importante no está. No está en las comunidades en que se configura la vida cotidiana de los ciudadanos el HACER. El HACER en y desde la realidad de hoy que es necesario y esperamos de una política social basada en el bienestar social. Porque además es posible» (8).

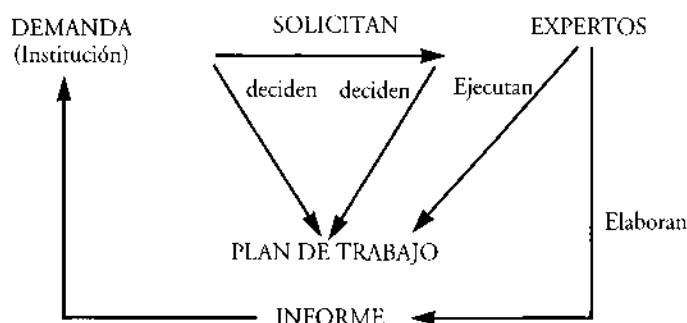
Es decir, el METODO, el COMO se convierte en CATEGORIA: «*HACER*» en y desde los propios sujetos y la propia comunidad como sujetos de la acción. Así pues, el tema que pasa a primer plano en relación con el análisis de los métodos de intervención social, es la cuestión de la capacitación de los usuarios en tanto sujetos y del propio tejido social en tanto autoorganización de los mismos.

Es, pues, la participación el elemento clave en el análisis de los métodos de intervención social. Y aunque su desarrollo sobrepasa los límites de estas reflexiones (9), es importante ver el cambio de funciones de los agentes sociales según el papel que juegue la participación. Dos modelos pueden servirnos para ejemplarizar este cambio, aun corriendo el riesgo de toda esquematización, de parecer demasiado simplistas.

(8) *Ibid.*, pág. 45.

(9) V. RENES: «Trabajo social, animación sociocultural y participación ciudadana». «Encuentro Internacional de Política Social». Vitoria, 1990.

MODELO A: LA PARTICIPACION ES EXTERNA



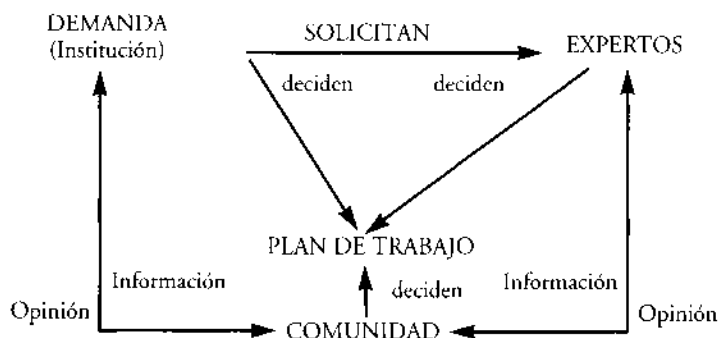
- La comunidad, el usuario, está ausente, no cuenta, pues no participa en ninguna de las fases: es objeto de la intervención y objeto de la elaboración del plan.

- Es espectador; de ahí la desmovilización, y la «objetiva e inconsciente» aquiescencia con los condicionantes de las situaciones sociales.

- Es dependiente de la institución que define el plan; queda como súbdito; la institución ejerce su protectorado realizando sus prestaciones.

- Es asistencialista: se consigue que dependa de las «larguezas» y «bondades» de la institución (con lo que se genera dependencia y se posibilita clientelismo).

MODELO B: LA PARTICIPACION ES INTERNA



- La comunidad, el usuario, es elemento que determina, pues está informado, tiene opinión, decide, actúa: es sujeto de la intervención y de la propia elaboración del plan.
- Es actor, capaz de generar nuevas relaciones, liberadoras, pues promueven su propia autonomía, así como la de la colectividad.
- Es protagonista; la institución se compromete a favor del plan, como apoyo, con un sujeto que actúa con capacidad y no como instrumento de otro, sino como actor que transforma la realidad social.
- Es promocional; o sea, se capacita para afrontar su propia autonomía y posibilidad de decisión, de autopromoción y superación.

Superar el estancamiento: abrir «otras» perspectivas

La cuestión del método se ha convertido en la cuestión de la participación. Pero es necesario evitar el simplismo. Y ello en un doble sentido, de pensar que de lo que se trata es de hacer «lo mismo» pero incluyendo la participación; y de pensar que el método básico es un método fenecido. Nada más lejos de la realidad.

El método básico de trabajo social, como «estructura básica de procedimiento» (10), es el punto de partida y no de llegada, si queremos superar los «impasse» en que se encuentra la intervención social. Pensamos que el camino sigue por vías como las marcadas por José M.^a Lama (11), que propone la incorporación de un *método específico de la participación* al repertorio metodológico de la intervención social. Y queremos resaltar como significativo en su propuesta, el esfuerzo por integrar este método de la participación en la estructura del método básico, con el objetivo no de sustituirle sino de concretarle.

Y en cuanto al modelo de trabajo social, es necesario plantearse qué parámetros son los que deben estructurar la intervención social, que sean capaces de asumir las exigencias de la participación, pues ya no se trata de hacer «lo mismo» sólo que con un elemento más. Se hace necesario un nuevo «paradigma», es decir, un nuevo modelo

(10) Según denominación de Ezequiel Ander-Egg; Cfr. «Metodología del Trabajo Social». Ed. El Ateneo, Barcelona, 1982.

(11) *Ibíd.*, págs. 56-67.

comprendido, cuyos elementos pueden intuirse cuando la intervención social transita:

- de la construcción de equipamientos a la «construcción» de la participación;
- de las actividades a los procesos educativos;
- de trabajar para a trabajar con.

Estas exigencias hacen necesario un tipo de intervención social que en sus parámetros básicos (12) implica pasar:

- de las obras y equipamientos sociales, al trabajo social comunitario;
- de las acciones de urgencia, a los procesos de trabajo;
- de la acción individual, a los espacios/estructuras de acogida;
- de la búsqueda de soluciones inmediatas, a los proyectos alternativos.

Es decir, reducir el trabajo social a los servicios sociales, viene a ser reducirle a las prestaciones sociales y a una relación con la comunidad «desde» el servicio social, que difícilmente se engranará con el HACER «desde» la comunidad. Por otra parte reducirle a técnicas de participación social puede correr el riesgo de que no se contemplen las necesidades que sufren los colectivos sociales. ¿Cuál es la cuestión? Plantear un método de trabajo que articule ambos aspectos. Y éste se encuentra en lo que se denomina trabajo social comunitario. Esto es, no en un trabajo social que se «confunde» con las prestaciones sociales, ni siquiera solamente dando un enfoque comunitario que hoy es evidente que hay que dar a la mayoría de las prestaciones sociales, sino con un trabajo social que se realiza en el territorio de la comunidad y no sólo con aquellos ciudadanos que necesitan determinadas prestaciones sociales. Lo que se denomina por algunos autores «la nueva organización de la comunidad» (13).

(12) Cfr. la exposición de estas ideas en «La acción social»; Cuadernos de formación núm. 1. Cáritas, Madrid, 1988.

(13) M. Marchioni: «Nuevos enfoques del trabajo comunitario en la actual etapa de los Servicios Sociales: entre la provocación y la utopía», en la obra *Primeras jornadas europeas de servicios sociales*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1985, págs. 51 y sig.

CRITERIOS METODOLOGICOS

Debatir sobre cuestiones referidas a los métodos de intervención social, necesita una perspectiva más amplia, y es la de abordarlas como cuestiones referidas a la propia intervención social. Pero dar razón, o al menos poder apuntar por qué estas cuestiones son relevantes, exige avanzar en mayor profundidad sobre la propia intervención social.

Y me voy a referir a algunas de ellas que se han venido planteando durante estos últimos años, pero que quizá no hayan tomado cuerpo como conjunto. Mi impresión es que deberían sistematizarse estos elementos dispersos de modo que pudieran dar base a un planteamiento estratégico diferente que pudiera sacarnos de los «impasse» que anteriormente hemos detectado. Con este objetivo voy a indicar algunos de ellos, a la espera de que en algún momento podamos disponer de una sistematización mayor de los mismos.

La obligada discusión de modelos sociales

Quiero mencionar en primer lugar, y como punto de partida, el aviso que en su día dio J. G.^a Roca sobre dos posibles modelos a seguir, y que en el consenso reinante en aquellos momentos de construcción del sistema de servicios sociales, no ha sido tenido en cuenta (14).

«... hay dos modelos plausibles que podrían tener vigencia histórica y que pugnan, más o menos conscientemente, por implantarse...

El primer modelo gira en torno al Bienestar Social, que se pretenden generalizar a la totalidad de la población. Los problemas sociales son simples desajustes de una sociedad integrada. Las desigualdades se superan garantizando la igualdad de acceso a la población mediante el crecimiento de recursos. Los Servicios Sociales se sostienen sobre una acumulación de profesiones que no superan la multiprofesionalidad y originan una segmentación administrativa. La política social se construye como respuesta a las necesidades registradas.

El segundo modelo, por el contrario, gira en torno a la Margina-

(14) «Modelos de Servicios Sociales y lucha contra la marginación»; «Documentación Social» núm. 64, Madrid, 1986.

ción Social, que pretende superar mediante un cambio planificado. El conflicto social penetra en el corazón mismo del sistema social y crea radicales desigualdades y profundas injusticias. Las desigualdades se superan garantizando la igualdad en los resultados y no en la mera igualdad de oportunidades, mediante el crecimiento de recursos orientados a las capas populares. Los Servicios Sociales se sostienen sobre la interprofesionalidad, que transforma el imaginario profesional en función de una complementariedad de saberes y originan una coordinación interinstitucional. La política social además de responder a las necesidades registradas se plantea inducir nuevas necesidades».

Apenas es necesario constatar que las líneas dominantes del modelo actual, especialmente el que se configura en las Leyes de Servicios Sociales y en los «discursos» dominantes entre los profesionales y expertos de los servicios sociales y del trabajo social, responden al primer modelo. Y, consecuentemente, a él corresponde la responsabilidad de las cuestiones que afectan al mismo, incluidas las de método. Y no es porque no haya habido otras referencias, entre las que quiero destacar dos. Una primera la de Marco Marchioni (15). Y otra la del propio J. G.^a Roca en un artículo sobre «metodología de la intervención social» (16). Y ello porque en uno y en otro autor, y en especial en el segundo, se pueden encontrar los elementos de discusión metodológica adecuados al punto de partida de un modelo que contemple la marginación como catalizador de sus determinaciones.

Me parece de la máxima importancia dejar constancia de cómo estos avisos no pueden ser postergados por más tiempo en una sociedad con graves fenómenos de exclusión social, y en la que los efectos del modelo de intervención social hace posible escribir sobre «el discurso esclerotizante del bienestar social» (17). Pues desde la lectura de textos como éste se constata que no se trata de volver para atrás, sino de que hemos entrado en una situación de estancamiento, por problemas sustantivos, «porque no responde a los problemas reales con los que se está trabajando».

(15) «Planificación social y organización de la comunidad». Ed. Popular, Madrid, 1987.

(16) «Metodología de la intervención social». «Documentación Social», núm. 69.

(17) M. GAVIRIA y otros: «Una docena de mitos, síndromes, limitaciones y mistificaciones acerca de los Servicios Sociales y el Trabajo Social». «Documentación Social», núm. 79, Madrid, 1990.

Esta es la cuestión que hay que afrontar: ¿por qué «no responde»? Y a ella queremos acercarnos, analizando los tipos de «discursos» que recorren la intervención social, y en definitiva la política social, y que constituyen su soporte.

Podemos categorizar tres tipos de discursos (18): *el individual-interaccionista, el de la modernización, el dialéctico-comunitarista*. Vamos a delinear con brevedad las características fundamentales de cada uno de ellos.

El discurso individual-interaccionista tiene un marco psico-social cuyo modelo ideal es un individuo exento de coacciones externas, convirtiendo las relaciones estructurales de la sociedad en meras interacciones simbólicas. El carácter profesionalista del mismo le lleva a la segmentación de las actuaciones y de su visión social. No se cuestiona el orden social, supuestamente dado, y por ello es «optimista» sobre las virtualidades de la organización social; sin embargo, su práctica cotidiana infunde un cierto pesimismo sobre las posibilidades de recuperación de individuos o grupos ya marcados, reconociendo así la existencia de un espacio de intervención al que no llega o sobre el que es ineficaz.

El discurso de la modernización es unidimensional en lo macro y pluridimensional en lo micro. Es decir, acepta que existen factores económicos y políticos condicionantes; sin embargo, el marco socio-cultural se presenta como unidimensional e inevitable. Sólo existe un sistema social y para todos. Esta insistencia en el carácter estructural y sistemático del conjunto social, permite calificar la intervención social que genera como estructural. Pero no se trata de que remita a las condiciones socio-estructurales como base de las situaciones concretas. La génesis de la problemática social se considera una cuestión básicamente individual, producida por desajustes de necesidades/recursos que afectan a los individuos en el sistema, desajustes que deben resolverse a través de los recursos del propio sistema social. Se propone por ello la capacitación de cada individuo para la resolución de sus problemas, lo que da como resultado la segregación de quien no se integre a partir de la oferta de recursos sociales. En cuanto a la programación y abordaje de la problemática es «profesionalista», segmentando los tipos de intervención según las especialidades del saber técnico.

(18) Esta tipología está tomada del estudio del Colectivo IOE para Cáritas sobre «contenido y estrategias de los programas dirigidos a jóvenes con problemas de inserción social, 1989». (Texto mecanografiado.)

El discurso dialéctico-comunitarista se presenta en sus características básicas como réplica invertida del anterior: pluridimensional en lo macro y unidimensional en lo micro. Hace incapié en la dimensión «participativa», que implica tanto la solidaridad redistributiva, como la solidaridad comunicativa de actuar desde las bases, rechazando la burocratización de las instituciones (aunque se reclamen recursos de las mismas, sobre todo del Estado). La acción desde las bases se realiza desde el respeto a las minorías y a los sectores menos integrados; o sea, se proclama la existencia de nuevos espacios sociales, con gran potencialidad en su interior y amenazados de extinción desde el exterior. Se hablará del «barrio» como unidad autónoma en el espacio metropolitano o de «sectores excluidos» en cuanto portadores de identidad colectiva y capacidad de autonomía y organización. Presenta por ello un componente crítico (dialéctico) en relación a la rigidez de un sistema social que excluye de sí a una parte, y otro componente idealista/utópico (comunitarista) que proclama la necesidad de crear nuevos «espacios» (ciertamente no en sentido geográfico) sociales que permitan actuar desde los excluidos dentro de esta sociedad.

Aunque huelga decirlo, toda reducción a un esquema deja a salvo la realidad concreta en cuanto no se identifica plenamente con ninguna elaboración teórica, es necesario llamar la atención sobre el *discurso de la modernización*. No sobrepasa el paso segundo de la evolución de la intervención social que tipifica J. M.^a Lama, pues, en definitiva, este modelo no supera la concepción de «usuarios» de la sociedad y de los sujetos, al quedar reducidos a objetos de las prestaciones de los recursos sociales.

Y de acuerdo con las cuestiones enumeradas al principio de estas reflexiones, tal parece ser el discurso dominante en el actual modelo de intervención social. Más allá de las formulaciones teóricas, en definitiva este es el resultado de contemplar el ciudadano como «usuario».

De ahí la importancia de clarificar las relaciones entre métodos y modelos de intervención social. Así el método «prestacional» está sirviendo a un modelo de sociedad que sitúa la exclusión social del lado de los individuos, y por ello «no responde» a los problemas con los que se está trabajando, pues no se estructura desde las condiciones sociales, desde las posibilidades de los sujetos y, por tanto, desde el proceso de pasar a ser los «actores».

La dimensión de la realidad como proceso o la «actividad» como método

Siguiendo la sugerencia de Teresa Zamanillo (19), pienso que la reflexión sobre el método debe retrotraerse al propio conocimiento, o, quizá mejor, al posicionamiento sobre la realidad. No olvidemos que el debate que da pie al método básico es un posicionamiento diferente sobre realidades en las que actuaba el método clásico.

«El conocimiento de la realidad social implica una toma de postura metodológica que, a su vez, está condicionada por la dimensión de la propia realidad que se estudia, por la naturaleza del objeto o problema que se quiere indagar con el fin de llegar a una solución óptima; y por las valoraciones éticas, culturales e ideológicas desde las cuales el profesional actúa.»

Con respecto a la «dimensión de la propia realidad», es necesario considerar el *ámbito de actuación* como «lugar social». Es cierto que la situación social está conformada por una serie de factores que se entrecruzan y que pueden tener dimensiones supralocales. Pero la acción en esos factores hay que «cotidianizarla», es decir, realizarla desde la forma concreta que adoptan tales factores y que dan una configuración característica a los propios medios sociales en que interactúan. Por lo que el propio medio social debe ser objeto de la intervención y no se puede deslindar de un modo simple la acción en unos factores de la acción en el propio medio social como tal.

Pues bien, lo que esto plantea es la inadecuación de un método de trabajo que no se realice dialécticamente relacionado con el propio medio social, con las propias condiciones sociales, con la promoción de un medio social participativo (tejido social), etc. Y para ello, la cuestión metodológica que me parece absolutamente imprescindible es desarrollar la categoría de *proceso* como la categoría hoy olvidada.

Es cierto que el propio método básico es entendido como conjunto de estructuras y procesos. Pero lo cierto es que no ha desarrollado el concepto de proceso más allá de lo que se puede denominar la «aplicación» de la estructura. Sin embargo creo que hay que desarrollar el concepto de «proceso» como una categoría (20).

(19) *Ibid.*, pág. 78.

(20) V. RENES, «Trabajo social, animación...».

Habría que repensar muchos proyectos de trabajo y muchas medidas de política social desde la categoría de PROCESO. Y entender PROCESO como categoría antropológica, histórico-dialéctica, socio-lógica y filosófico-hermenéutica:

— Como acción que responde a la interrelación de los problemas, comportamientos y valores (unidad de conciencia/acción), y que es el aspecto antropológico de la cultura.

— Como acción que responde a la interrelación de las estructuras socioeconómicas, de los grupos y movimientos sociales (unidad de elementos, de praxis/teoría), y que es el aspecto histórico-dialéctico.

— Como acción que responde a la interrelación de condiciones y problemas sociales-tejido social-agentes sociales (unidad de sujeto/objeto), y que es el aspecto sociológico.

— Como acción que responde al entendimiento de los significados desde los contextos y de las finalidades desde su instrumentación, (unidad de fines/medios), y que es el aspecto filosófico-hermenéutico.

Me parece importante caer en la cuenta de que la categoría de proceso *nos impide separar* entre análisis, es decir, el contenido de la acción; sujeto de la acción, es decir, la capacidad de obrar en común; realización de la acción, es decir, el programa de acción. Por lo que estamos obligados a romper definitivamente el esquema del ANTES y el DESPUÉS, como esquema invalidado, en el que lo primero sería crear el sujeto de la acción, y lo segundo sería su compromiso y su implicación en una acción que vendría después, entendiendo esto no sólo de forma conceptual sino en el tiempo.

Así pues, desde la categoría de proceso entenderemos mejor que no hay HACER sin HACERSE, e incluso, simplemente, que no hay HACER, sino HACERSE. Por lo que la cuestión del método hay que resolverla en el PROCESO DE HACERSE.

Evidentemente una comprensión del proceso como categoría implica una determinada «pedagogía». Una pedagogía por la que la comunidad se constituirá en sujeto de la acción. Lo que es exigencia de métodos adecuados; es decir, el COMO de la acción será transcendental. Metodológicamente hablando, se trata de una pedagogía inductiva.

Aquí sí que es importante referirse a un método que me parece de especial vigencia, pues recoge los criterios más decisivos del concepto de proceso, no como «aplicación» de una estructura que seguiría sien-

do el sustantivo, sino como categoría, y por ello con sustantividad propia. Y me refiero a la *investigación acción participativa* (21). Evidentemente los que mejor la conocen evitan considerarla como un fetiche salvador. Por eso es por lo que tiene una vigencia mayor. Pero me parece fundamental subrayar que, aún así, sigue siendo un método que «oficialmente» no está estructurado con el método básico de trabajo social. Por lo que considero este paso como el reto fundamental del desarrollo de la investigación acción participativa. De lo contrario puede quedar en «el margen» de la metodología o «para iniciados», no como algo que sustancializa el cambio metodológico necesario para el trabajo social.

Necesidades-recursos; de las carencias a las potencialidades

Considero este tema como de la máxima transcendencia. En definitiva, el binomio necesidad-recurso acaba constituyendo el propio objeto de la intervención social. Por lo que constituye un eje diferenciador de su orientación metodológica. ¿Cómo opera en relación a la metodología?

El objeto (22) cognoscitivo y operativo de la intervención social son los problemas que surgen en las interacciones del hombre con su medio social —entendido en sentido amplio— y que obstaculizan su normal desarrollo. La vivencia del malestar que producen en el individuo las dificultades con su entorno bloquea su crecimiento y la posibilidad de una vida digna. De acuerdo con ello, es el hombre el que debe ser objeto y sujeto de su propio cambio. Por tanto la relación profesional será una relación participativa basada en el diálogo. Algunos autores lo denominan proceso educativo.

Sin embargo, otros se inclinan por formular el objeto cognoscitivo y operativo de la intervención social como las necesidades sociales en relación con las carencias sociales. Lo que bloquea en este caso el desarrollo personal son las carencias que el sujeto padece, quedando difuminada su relación con el entorno. Dadas sus carencias, el hombre se convierte en destinatario de unos recursos, y por ello en objeto de la actuación de los profesionales.

(21) PALOMA LOPEZ DE CEBALLOS: «Un método para la investigación-acción participativa». Ed. Popular, Madrid, 1987. (22) Cfr. T. Zamanillo, *ibíd.*, págs. 78-79.

(22) Cfr. T. ZAMANILLO, *ibíd.*, págs. 78-79.

Esta concepción supone una limitación de la intervención social al nivel de los recursos. Y, sobre todo, la pérdida de las potencialidades que existan en los propios sujetos, en el medio social y en los propios recursos. Incluso, y más importante, en los propios profesionales del trabajo social (23).

Es necesario un giro total en el concepto de necesidad para que sea posible plantear la intervención social desde la categoría de «posibilidades» y no de carencias que hay que considerar como modelo ya agotado. El camino, en este caso, sigue por las vías trazadas por las reflexiones del «DESARROLLO A ESCALA HUMANA» (24).

En esta nueva comprensión, las necesidades «comprometen, motivan y movilizan a las personas, y por ello son también potencialidades, y más aún, pueden llegar a ser recursos», porque concebir la necesidad tan sólo como carencia implica restringir su espectro y que quede reducida a la «falta de algo».

Para ello hay que plantear las necesidades desde una nueva «matriz» que relacione las necesidades según las *categorías existenciales* (Ser - Tener - Hacer - Estar) con las necesidades según las *categorías axiológicas* (Subsistencia - Protección - Afecto - Entendimiento - Participación - Ocio - Creación - Identidad - Libertad). Desde esta matriz se puede evitar la falsa identificación de las necesidades con los «satisfactores» de las mismas que históricamente son cambiantes, y con los bienes que materializan su satisfacción. Se podrá, igualmente, comprender cómo la satisfacción/insatisfacción de alguna necesidad produce y/o está relacionada con otras, así como también se podrá clarificar cómo distintos «satisfactores» pueden estar contra la propia necesidad que dicen satisfacer, o son inhibidores de la satisfacción de otras, o son neutras para satisfacer necesidades interrelacionadas, etc.

Como consecuencia, se podrá acceder a la comprensión de «satisfactores» sinérgicos que, *por la forma* en que satisfacen una necesidad, estimulan y contribuyen a la satisfacción simultánea de otras. Por lo que son *potenciadores*.

Obviamente no se trata dar este tema como resuelto, por lo que no puede plantearse esta elaboración como «la» solución. Pero sí como

(23) M. GAVIRIA y otros, *ibíd.*, pág. 225.

(24) «Desarrollo a escala humana. Una opción para el futuro»; núm. especial de la Rev. «Development Dialogue», 1986; realizado por Fundación Dag Hammarskjöld (Suecia) y Cepaur (Chile).

muestra y verificación de que la cuestión necesidades-recursos se debe y *se puede* plantear desde otras bases que sean acordes a las demandas de un nuevo «paradigma» para la intervención social, con sus correspondientes consecuencias sobre el método.

Consecuencias lógicas, pues el método no es intercambiable. Es decir, no es el mismo método cuando se trata de una intervención «exógena» en que las necesidades se pretenden resolver desde fuera de las personas, lo que subvierte el sentido de la intervención social, pues su finalidad deben ser las personas y no los objetos. O se trata de una intervención «endógena» que potencia las posibilidades de las personas y de los grupos sociales de generar procesos en los que la satisfacción de las necesidades se convierta en motor más que en meta.

Las llamadas de atención que en nuestro primer mundo, «rico y satisfecho», se están haciendo sobre la insatisfacción de las necesidades, están dando pie a un cambio axiológico, pues hay valores «materialistas» del bienestar que ceden su puesto a valores «postmaterialistas». Pero estas llamadas encuentran insuficiente el fundamento teórico que descansa sobre el supuesto psicológico de Maslow, al tiempo que urgen una reflexión que dé cuenta de este cambio de orientación «conjuntamente con las expresiones manifiestas de protesta y anomía. A su vez, tendríamos que atribuir éstas a las experiencias con los atentados contra formas vitales estructuradas de forma comunicativa peculiar y a las resistencias contra tales atentados» (25). Y aquí encuentran su sentido las reflexiones de las que nos hacemos eco, como una aportación teórica significativa. Al menos.

Me inclino a pensar que detrás de las preguntas por el método, es necesario repensar este nivel. De lo contrario serán preguntas puramente «tecnológicas». Hay algunas cuestiones que son de gran transcendencia, como el «cambio de método» en los Programas europeos de lucha contra la pobreza, que no se pueden afrontar desde el puro cambio de formas de los proyectos ocurrido entre el segundo y el tercer programa, y que remiten a las formas «endógenas» o «exógenas» de la intervención social y, en definitiva, a las formas de satisfacción de las necesidades, a la relación necesidades-recursos.

(25) J. HABERMAS, «Ensayos políticos». Ed. Península, 1988, pág. 255.

Ideologías de la intervención social en la España de los 90

Colectivo IOE

El propósito de este artículo es una invitación a tomar distancias respecto a las intervenciones sociales (1) que nos ocupan cotidianamente, salirnos por un momento del mundillo del trabajo social, de las angustias, agobios y rutina para reflexionar sobre su sentido de lo que hacemos. Aprovechando los resultados de varios trabajos empíricos recientes (2), presentaremos los enfoques dominantes sobre los «agentes» de las intervenciones sociales que se realizan hoy en España, desde un análisis de las principales ideologías que éstos sustentan. Se trata sólo de apuntes para un estudio crítico global de las estrategias de intervención social, que está por realizar (3).

I. EL PAPEL DE LAS IDEOLOGÍAS EN LAS INTERVENCIONES SOCIALES

¿Qué importancia tienen las ideologías de los agentes de las intervenciones? ¿No está todo dicho en las orientaciones estratégicas de los respectivos programas? Desde nuestro punto de vista la confrontación de intereses que resulta de una desigual distribución de la riqueza y

(1) Adoptamos el concepto «intervención social» propuesto para el conjunto de este número de *Documentación Social*, no en un sentido estrecho (sinónimo de asistencia social), sino entendiendo por tal el conjunto de prácticas de intervención sobre colectivos sociales en situación de exclusión, precariedad o indefensión.

(2) Ver, entre otros, Colectivo Ioé, *Iglesia y juventud excluida*, Cáritas Española (no publicado), «Infancia moderna y desigualdad social», en *Documentación Social* núm. 74, 1989, *Participación ciudadana y voluntariado social*, EFOSS/Ayuntamiento de Madrid, 1989 (*Documentación Social* núm. 80), *Extremadura: cuestión pendiente*, Cáritas Diocesana de Plasencia, 1990 y *Problemática social y necesidades en Castilla y León*, 1990 (en prensa).

(3) Por nuestra parte hemos avanzado algunas ideas en anteriores artículos publicados en esta revista. Ver Colectivo Ioé, «Las necesidades sociales: un debate necesario» (núm. 71) y «Participación ciudadana y voluntariado social» (núm. 80).

del poder en la sociedad se produce también en el campo ideológico. Por una parte, el sistema social en su conjunto necesita, para su estabilidad, de un discurso legitimador suficientemente aceptado por la mayoría de la población; es la *fuerza centripeta* de la discursividad social que tiende a crear una ideología homogeneizadora. Por otra parte, la diferente posición de los grupos sociales y la atracción que ejercen planteamientos alternativos tiende a producir discursos plurales, a veces enfrentados y hasta incompatibles; es la *fuerza centrífuga* de la discursividad social.

Las «cuestiones sociales» no escapan a este juego ideológico. Los problemas y necesidades son captados y contruidos selectivamente por los colectivos humanos, a través del filtro de sus valores y concepciones del mundo. A su vez, las ideologías evolucionan a lo largo del tiempo y suelen diferir según la posición social de los individuos (4). Las palabras no deben ser tomadas por explicaciones acabadas de lo que sucede; nos orientan e informan pero también están atravesadas de contradicciones, muestran tanto como ocultan, dan sentido a nuestras prácticas pero no las reflejan acabadamente. Las intenciones manifiestas de los actores sociales son una parte de la realidad social, pero generalmente no la más significativa. Por ello cabe —y es necesario— el análisis crítico de las ideologías (5). Sin embargo, aunque los valores y motivaciones dominantes entre los grupos sociales juegan un papel específico en la vida social, tampoco lo ideológico se explica por sí mismo. En concreto, el papel de los agentes de intervención social en la España actual no puede comprenderse sin tener en cuenta, además, la dinámica socioeconómica global, el entramado institucional de las intervenciones y los intereses profesionales de los propios agentes. Las líneas que siguen se circunscriben, no obstante, al ámbito de las ideologías.

(4) Hemos tratado esta cuestión con mayor detalle en Colectivo Ióé, «Las necesidades sociales...», *op. cit.*

(5) Hay dos concepciones que niegan esta afirmación. Por un lado, una visión idealista de los procesos y de las intervenciones sociales, que supone que las ideas de los agentes sociales *son* la realidad de sus intervenciones o, en todo caso, su componente fundamental. En el extremo opuesto, una concepción materialista mecanicista, que encuentra en las determinaciones económicas y macro-institucionales *todo* el «verdadero» sentido de las intervenciones, relegando el papel de las ideologías al de enmascaramiento de las prácticas objetivas.

II. EL NUEVO CONTEXTO IDEOLÓGICO EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

En España podemos distinguir un momento de inflexión importante en la transición del franquismo a la democracia. Coincidiendo con esa etapa, el tradicional enfrentamiento entre la derecha y la izquierda —las «dos Españas»— se fue diluyendo en favor de la nueva ideología hegemónica de la modernización. Al final del franquismo se enfrentaban la *mentalidad conservadora*, caracterizada por una actitud autoritaria-represiva y la afirmación de unos valores únicos y permanentes, y un *sistema de valores progresista*, que planteaba un cambio de modelo social (democracia, libertades, justicia social, etc.). Para el pensamiento conservador, dominante hasta los años 60, las desigualdades sociales quedaban «naturalizadas» y su regulación se ponía en manos de instituciones especializadas, entre ellas la Iglesia católica. «El recurso al mito de la solidaridad frente a las desigualdades y los problemas sociales reales conducía a que tales problemas se “resolvieran” mediante una estructura jerarquizada de instituciones sociales especializadas de apoyo a los sujetos con problemas, instituciones que creaban un espacio restringido y bien delimitado para los mismos y en el que aparecían garantizados unos mínimos materiales, siempre que el sujeto permaneciera vinculado a la institución y a sus reglamentos, es decir, una segregación crónica y ordenada» (6).

Frente a este planteamiento conservador, el discurso progresista, dominante al iniciarse la década de los setenta, surgió y se articuló en torno a la «conciencia de clase» del movimiento obrero y a sus organizaciones político-sindicales, propugnando inicialmente que el cambio social haría desaparecer las desigualdades y los problemas existentes. Más adelante, algunos sectores de la burguesía se adhirieron a este discurso, si bien desde un planteamiento modernizador-tecnocrático que ya se venía prefigurando desde los años 50 (7).

Ambas posiciones ideológicas limaron sus aristas en el momento de la apertura política de la transición. Los conservadores, reducidos al final al círculo más reaccionario del régimen («el búnker»), sufrie-

(6) ORTÍ, A., y COMAS, D., «Génesis de las drogodependencias y discursos sociales», en RODRIGUEZ CABRERO, G., *La integración social de drogodependientes*, Ministerio de Sanidad y Consumo, Madrid, 1988, págs. 221-222.

(7) En esta línea se inscribía la «mística del desarrollo» de los tecnócratas del franquismo. Ver AA.VV., *Las ideologías en la España de hoy*. Seminarios y Ediciones, Madrid, 1972, págs. 144 y sig.

ron una profunda quiebra, deslizándose muchos de sus adeptos a posiciones políticas más liberales (los «convertidos» a la democracia); por su parte, los progresistas recortaban sus aspiraciones más radicales (cambiar el modelo económico) en beneficio de la política de consenso. Se creó así un *espacio ideológico de centro* que renuncia a posiciones radicales y pone fin no sólo a la dictadura franquista sino a las alternativas planteadas tradicionalmente por la izquierda. En esencia, *el nuevo marco ideológico excluye de su campo de visión el eje político* (la discusión sobre «modelos de sociedad») y estigmatiza, como anacrónico o atrasado, todo intento de retomarlo. Entre los factores que hicieron posibles estos cambios de posición hay que tener en cuenta, en primer lugar, la correlación de fuerzas existente entre los llamados «poderes fácticos» presentes en el aquel momento y las nuevas fuerzas emergentes que buscaban el cambio social; en segundo lugar, la influencia del modelo político-económico vigente en el contexto de la CEE, con la que se mantenían fuertes vínculos desde 1970; en tercer lugar, para los sectores de izquierda, la pérdida de «conciencia de clase obrera» entre los asalariados, consecuencia de las nuevas pautas de la sociedad de consumo (8).

Hegemonía de la concepción modernizadora

El nuevo discurso hegemónico pasó a ser el de la *modernización*, «un discurso unidimensional en lo macro y pluridimensional en lo micro, democrático, profesionalista (y en este sentido corporativista e intervencionista), que apela a la igualdad de oportunidades frente a la inevitable desigualdad (el mito es el de la insolidaridad de base entre clases, grupos e individuos) y que propone la segregación del sujeto que tras un cierto umbral de ofertas se niega a integrarse y reivindica la capacitación de cada cual a la hora de resolver sus problemas (y en este sentido es neoliberal)» (9).

Aunque se acepta que existen factores económicos y políticos condicionantes, el marco sociocultural se presenta para este discurso como *unidimensional e inevitable*. Su referente comprensivo se sitúa

(8) Ver el análisis de la conversión de la «clase obrera» en «clase trabajadora» en EQUIPO DE ESTUDIOS, *Cambios en las relaciones sociales y en las formas de vida de la población trabajadora madrileña durante la crisis (75-85)*, Consejería de Ordenación del Territorio, Medio Ambiente y Vivienda, Madrid, 1985, pág. 235.

(9) ORTÍ, A., y COMAS, D., *op. cit.*, pág. 223.

en el nivel de las teorías de rango medio, es decir, describir y operar en la situación dada, sin preocuparse por explicar el sentido global del sistema, que se da por supuesto; dentro de este marco se admite una gran pluralidad de opciones y posibilidades. Se opera con un modelo ideal de individuo exento de coacciones externas, sumido en un mundo en el que las relaciones estructurales de la sociedad se han convertido en meras interacciones simbólicas. Por eso, la génesis de la problemática social se considera una cuestión básicamente individual, producida por desajustes de la persona; los casos «desviados» son descritos bajo el criterio de la *anomia*, de la a-normalidad, fundada en una concepción acrítica de «lo normal» (10). Consecuentemente, a la hora de intervenir ante problemas concretos, prevalece un carácter profesionalista que segmenta el campo social e impone una programación y racionalización de los recursos sociales desde la competencia específica del saber técnico.

La potencialidad simbólica de la ideología modernizadora radica en su evocación de la *racionalidad*, en su sugerencia de que existe una respuesta técnica (la de los expertos) a cada problema social, que el orden existente es esencialmente benigno y eficaz. Por tanto, los «integrados» pueden estar tranquilos ya que desde las instituciones se dedican unos recursos adecuados para atender los fallos de los «desviados». Así, se mistifica el orden social, se privilegia el papel de los expertos y se estigmatiza a los excluidos. A su vez, los agentes sociales se sienten autorizados para administrar la normalidad social, se ven como protectores de la sociedad integrada y como re-socializadores de los marginados; desde este enfoque las intervenciones sociales son ajenas al control y la dominación social, incluso las medidas coercitivas aparecen como benignas (concebidas siempre como pedagógicas, desprovistas de todo carácter represor).

Compartiendo el aspecto clave de la ideología modernizadora (el «olvido» de la dimensión macro-social y política de los problemas sociales) encontramos agentes que enuncian posiciones diferenciadas. En nuestras investigaciones hemos detectado tres. El discurso *institucional-tecnocrático* asume plenamente el marco de actuación definido ins-

(10) Dicha concepción de la norma «niega la ley que mantiene en equilibrio el sistema social. Esta negación le impide reconocer leyes alternativas (sólo observa conductas desviadas o anómicas de las reglas en las que se aplica la ley); y le impide reconocer las singularidades anómalas o excepcionales (...) que podrían transformar la ley, en ellas sólo ve residuos que no se integran en el sistema, gangas o excrementos». IBÁÑEZ, JESUS, *Del algoritmo al sujeto*, Siglo XXI, Madrid, 1985, pág. 172.

titudinalmente, propone como incuestionables los (sus) conocimientos técnicos y culpabiliza de sus déficits a todos aquellos marginados a quienes se les ha ofrecido algún servicio. *El institucional-crítico* señala, en cambio, numerosos fallos en las estrategias de intervención de las instituciones (en primer lugar, las públicas); el trasfondo de estas críticas sugiere que bastaría con «poner voluntad» para que las carencias sociales quedaran solventadas. Lo que no se indaga es por qué no se hace (qué/quién lo impide) y cómo podría llegar a implementarse (estrategia de cambio) tal orientación; son los límites de la crítica «profesional» al «mal funcionamiento» de las instituciones. El *modernizador de base* refleja la posición de agentes que trabajan en contacto directo con los sectores más precarizados. Sus preocupaciones oscilan entre una visión parcializada de la realidad social y una búsqueda de legitimidad dentro del entramado institucional de la política social, bien que conservando sus propias especificidades. Esta estrategia se autopostula como básicamente distinta a las impulsadas por las administraciones públicas. Frente a la frialdad burocrática, la lejanía de los despachos y las prácticas puramente asistenciales de éstas, se propone una intervención desde la base, en contacto directo con la población afectada y procurando su promoción a diferencia de las prácticas de la administración (según son percibidas desde el «trabajo en la base»). Las intervenciones se circunscriben al ámbito personal y familiar de los afectados. Para el modernizador de base lo que falla en la política social es que las grandes instituciones (las administraciones) no tienen en cuenta al voluntariado y a los colectivos de base: bastaría con reconocer y apoyar «desde arriba» tales iniciativas para que todo vaya mejor.

El contrapunto comunitarista

Los estudios empíricos muestran que la hegemonía del «discurso modernizador» es patente en el conjunto de la sociedad española y, también, entre los agentes de las distintas intervenciones sociales. Sin embargo, entre éstos se detecta una presencia notable de otro discurso: el *comunitarista*. En sus características básicas, aparece como réplica invertida del discurso hegemónico de la modernización: es pluridimensional en lo macro y unidimensional en lo micro, es decir, las formas de organización social global son cuestionables, los supuestos de la intervención comunitaria, no. Por lo demás, hace hincapié en la dimensión participativa, que implica tanto la solidaridad redistributiva de los

que tienen más con los que tienen menos, como la llamada a actuar desde las bases, rechazando la burocratización de las instituciones, respetando la identidad e intereses de las minorías y sectores excluidos.

Desde esta posición se actúa como si existiesen espacios sociales sin fisuras, con gran potencialidad en su interior y amenazados de extinción desde el exterior, como si las prácticas de dominación y exclusión se aplicasen desde «la sociedad» (lo exterior) sobre «la comunidad» (lo propio) y no existiesen en el interior de ésta. Por ejemplo, se piensa en «el barrio» como unidad autónoma del espacio metropolitano o en ciertas minorías oprimidas como portadores de identidad colectiva y capacidad de autonomía. Se trata de una posición que presenta un *componente crítico* en relación a la rigidez de un sistema social, que excluye a los pobres y marginados, y otro *componente idealista* en la medida que pretende intervenir en espacios cerrados o contaminados, sin plantearse la necesidad de estructurar ideológica y organizativamente alternativas más globales.

En principio, los «casos de marginación» no son catalogados como anómicos sino como producto de una *anomalía* social. El énfasis no se pone en la «reconducción del descarriado»; la existencia de éste aparece como denuncia de injusticias en el propio sistema social y en su normatividad dominante «anomalós», del griego, denota desigualdad o aspereza. Pero aunque en el diagnóstico de los procesos de exclusión se responsabiliza al sistema social, en las intervenciones se actúa sólo sobre el individuo y, como mucho, sobre su micro-contexto (familia, amigos, barrio). En este último aspecto, el enfoque comunitarista se aproxima al «interaccionismo simbólico», también presente en la ideología de la modernización, que acaba diluyendo los conflictos sociales y políticos en un mundo de relaciones inmediatas (familia, vecinos, etc.).

La potencialidad simbólica de la posición comunitarista radica en su evocación *nostálgica* de una situación mítica cuyo modelo más significativo es la pequeña aldea rural. Tal modelo estaría basado en un sentimiento de pertenencia, valores compartidos, compromiso con el grupo, ayuda mutua, estabilidad; todo lo opuesto a desarraigo, alienación o pérdida de vínculos sociales (11). Además, se postula que,

(11) Ver COHEN, STANLEY, *Visiones de control social*, Barcelona, PPU, 1988, págs. 178-192. Los primeros reformadores sociales que impulsaron las intervenciones «resocializadoras» y la crítica a las macro-instituciones represivas, atribuían los males de la infancia marginada a los «vicios de la ciudad», y añoraban el orden y la paz de las aldeas rurales. Ver PLATT, A., *Los salvadores del niño*, Siglo XXI, 1982, págs. 84-89.

en la actualidad, tales valores residen potencialmente en los espacios pequeños (núcleos rurales, barrios) o en colectivos minoritarios (gitanos, etc.). Por ello dirigen sus invectivas contra quienes coartan el despliegue de dichas pautas (las fuerzas del mercado y las políticas del Estado); pero simultáneamente se pretende que sea el propio Estado quien financie y apoye sus intervenciones. Se cae así en un «sentimentalismo anti-institucional» que pierde fuerza transformadora al no indagar (y actuar) respecto a los mecanismos y fuerzas sociales generadores de exclusión y control social. ¿Qué lógica tiene pensar que las fuerzas que destruyeron la comunidad añorada vayan a apoyar su reconstrucción?

También el comunitarismo presenta, dentro de una clave común (idealización del conjunto de la comunidad como pura víctima y, a la vez, como portadora de valores alternativos globales) posiciones diferenciadas. En nuestro trabajo hemos encontrado dos posiciones, en algunas cuestiones muy alejadas entre sí. *El comunitarismo agrarista* considera al pequeño mundo rural (basado en explotaciones familiares) como víctima de la «sociedad urbana» a la que alimenta; se denuncia un sinnúmero de agravios comparativos que «la ciudad» comete sobre «los pueblos», la gente del campo (¿toda?) es víctima inocente de estrategias que se deciden por (¿toda?) la gente del mundo urbano, nacional e internacional. Por tanto, las necesidades y carencias que requieren atención prioritaria son las «rurales». Todos estos problemas son achacados directamente a condicionamientos estructurales (política agraria de la C.E.E., neocapitalismo, consumismo que destroza culturas locales) que son fomentados institucionalmente. Por tanto, la resolución de las necesidades del mundo rural pasa por cuestionar la imposición de modelos desde fuera, y reclamar un proyecto autocentrado, que parta de la «propia cultura», diseñado por la gente del campo, aparentemente al margen de otros sectores de población que también son víctimas del mismo modelo social.

Por su parte, para el *comunitarismo urbano* los ámbitos marginales de las grandes urbes aparecen como un cáncer que «la sociedad» ha generado en su desarrollo y que nunca podrá asimilar, en tanto no cambien las condiciones que lo produjeron. Se postula la necesidad de un «acto solidario» de los sectores normalizados-integrados, la consideración de esa parte maldita y excluida como no-ajena. Se denuncia que, en su funcionamiento actual, las principales instituciones sociales excluyen, marginan y violentan a los grupos urbanos más dé-

biles. Dada su responsabilidad en la génesis de la marginación, dichas instituciones debieran dedicar más recursos y un cambio de orientación para garantizar la «verdadera protección» que requieren los colectivos más débiles. En definitiva, lo que late tras la reivindicación comunitaria y su crítica al sistema social, es la aspiración a una mejora en las condiciones de vida *del propio grupo*. Las proclamas de «solidaridad comunitaria», por un lado, se limitan en los hechos a un ámbito local, segando la posibilidad de coordinación con otras víctimas del modelo de desarrollo y, por otro, no pueden resolver con coherencia las contradicciones que aparecen dentro del espacio comunitario (por ejemplo: defensa y apoyo a los toxicómanos frente a demanda de mayor seguridad ciudadana).

III. RETICENCIAS ANTE EL NUEVO MARCO IDEOLÓGICO

El panorama español actual está dominado por la ideología de la modernización, que sólo encuentra un contrapunto de peso, entre los agentes sociales, en su reverso comunitarista. Ambos se mueven y polemizan *dentro* del marco socioeconómico e institucional construido a partir de 1975. Sin embargo, estas dos posiciones no agotan los discursos y orientaciones de los agentes de intervención social; existen otras dos ideologías que refutan el marco «modernizador»: una que apunta al pasado (discurso conservador) y otra que busca una superación futura (discurso crítico).

Subsistencia de concepciones conservadoras

Aunque minoritario, existe un sector de agentes que atribuye a la esencia del proyecto modernizador una serie de desajustes sociales. Estos se expresan en la pérdida de respeto a la autoridad (incluso se ha perdido el «temor de Dios») y en la confusión que introduce en las conciencias, sobre todo en niños y jóvenes, la libertad de pensamiento; en el deterioro de los valores de trabajo y austeridad en beneficio del hedonismo consumista (la perversidad del goce frente a la virtud del sacrificio); o en el triunfo de un individualismo egoísta sobre los valores de la solidaridad «orgánica». En definitiva, los valores que hoy

predominan socavan los supuestos de la familia tradicional, del amor a la tierra y el respeto a las instituciones, generando todo tipo de corrupciones sociales. Por tanto, estamos ante una crisis de valores y la estrategia de las intervenciones debería dirigirse a las conciencias, a mentalizar y moralizar, inculcar una ética de trabajo y de autocontención, el respeto a la autoridad y la búsqueda de una axiología colectiva de obligado cumplimiento para todos.

La ardua emergencia de un discurso crítico

La ideología *crítica* se niega, desde las antípodas del conservadurismo, a aceptar los límites que impone la discursividad modernizadora. El punto básico de enfrentamiento con ésta es la consideración de que el debate sobre el modelo social es imprescindible, ya que la «alternativa» modernizadora no es tal para los excluidos; por ello no pueden aceptarse sin discusión los límites de la actual forma de organización social. La única vía para salir de esta encerrona es «plantearse la ruptura», buscando nuevos horizontes, pero poniendo el eje en la elaboración colectiva y desde la base (participativa) de propuestas a todos los niveles.

Además, es necesario un enfoque globalizador que supere el comunitarismo y perciba que la exclusión no es sólo espacial ni sectorial, sino que existe una fragmentación que atraviesa a toda la sociedad. Esto obliga a que las intervenciones, necesariamente concretas, no se particularicen sólo sobre un sector, ignorando la potencialidad de un horizonte globalizador. Desde este análisis se cuestiona tanto la «lógica de supermercado» dominante en lo económico como la estrategia dominante en las intervenciones sociales, que se limita a «entretejer» a la población carential, convirtiéndola en consumidora pasiva de sus prestaciones, perpetuando así la marginación de los excluidos por el sistema.

Aquí se incluye un sector de agentes rurales y urbanos para quienes las necesidades más acuciantes no son las «del campo» o «los barrios pobres» en su conjunto, sino la de los sectores interesados en transformar la realidad social en un sentido solidario y renovador, sin hipotecarse a una dinámica productivista. El interrogante que se plantea es si tal proyecto puede desarrollarse en el actual contexto de «orfandad», debido a la crisis o ausencia de alternativas de cambio

social profundo (tanto en el campo ideológico como en el político). Por otra parte, esta línea de trabajo no es fácil de implementar porque hay que trabajar en un contexto en el que los intereses y las concepciones dominantes apuntan en la dirección contraria; hoy, según esta concepción, desde la propia institucionalidad democrática se fomentan mecanismos de competencia e insolidaridad, lo que obliga a una lucha desigual (de «enanos contra gigantes»), particularmente difícil de afrontar sólo por los agentes de intervención social.

* * *

Las ideologías que hemos descrito son una simplificación de la compleja discursividad social. En la realidad no existen los tipos puros; el análisis propone realidades «claras y distintas» allí donde la vida produce claroscuros y zonas grises. Por tanto, las categorías propuestas han de tomarse con precaución. En todo caso, como señalamos al comienzo, los posicionamientos de los agentes de las intervenciones sociales no pueden ser abordados sólo desde la vertiente ideológica. Pero, además, las actuales sociedades de masas funcionan desde una lógica de representación y liderazgo según la cual el papel activo corresponde a élites bastante reducidas (políticos, profesionales, miembros de organizaciones, etc.) mientras las mayorías sociales adoptan un papel dependiente (son destinatarios más que protagonistas). Al actuar dentro de esta dinámica podemos llegar a creer que el conocimiento de las posiciones de los agentes da cuenta de *todo* el campo de la intervención social, olvidando a las poblaciones destinatarias de las mismas. Sin embargo, puede ocurrir incluso que los discursos sociales que aparecen como más consolidados tengan poco que ver con las estrategias de supervivencia que se desarrollan en la periferia social (12). La propia posición comunitarista, que en principio pone énfasis en la participación y creatividad de los «ciudadanos necesitados», se ve atrapada con frecuencia en la práctica por la profesionalización de las intervenciones, la atonía participativa de los afectados y la tendencia al «seguidismo y dependencia respecto a las estrategias y recursos de las administraciones públi-

(12) R. VILLASANTE, T., «De la feria de la movida a las supervivencias periféricas», en AA.VV., *Crisis social de la ciudad*, Alfoz, Madrid, 1988, págs. 79-90.

cas» (13). Esto nos lleva a la necesidad de analizar, en paralelo y como polo de contraste, tanto las ideologías existentes entre las «poblaciones intervenidas», como las estrategias adoptadas por los agentes sociales más influyentes (políticos, responsables económicos, líderes de grandes corporaciones, etc). Pero tal objetivo excede el marco de este artículo (14).

(13) Colectivo Ioé, *Participación ciudadana y voluntariado social*, citado en nota 2. Puede encontrarse una versión resumida en *Documentación Social*, núm. 80, *op. cit.*

(14) Por nuestra parte hemos avanzado algunos análisis al respecto en los trabajos citados en nota 2.

Aspectos prácticos del proceso de programación y evaluación

María Elena Alfaro
Licenciada en Psicopedagogía

INTRODUCCION

Antes de abordar los aspectos prácticos, que hacen al proceso de programación como técnica, como un arte, haré unas apreciaciones generales que sirvan para orientar la lectura del artículo y su posterior análisis.

Estas generalidades nacieron de la práctica de programar, de la confrontación de esta práctica con compañeros de trabajo y con voluntarios que están dando su tiempo y sus capacidades en la tarea común que nos concierne a todos los que estamos en la acción social.

Quizá tengan también mucho de subjetivas, y es por eso que invito al lector a ser también un interlocutor para seguir participativamente creando nuevos cauces.

Confieso que me produce cierto desasosiego plantear un tema como el que nos ocupa en este número de DOCUMENTACION SOCIAL. Los aspectos prácticos sin un encuadre que defina qué entendemos por personas, qué entendemos por comunidades especialmente necesitadas, qué necesidades tienen las personas y grupos humanos, qué posibilidades hay en todo grupo por más degradada que esté su condición social y personal y un largo listado de etcéteras que concierne a cualquier situación de intervención con las personas.

Para aclarar desde qué contexto nos situamos y prevenir cualquier posible tecnicismo revisaremos unos conceptos previamente. La programación-evaluación en trabajo social deberá tomar en cuenta que las personas no son objetos de la programación, como pueden ser las cosas, el dinero, los números. Las personas y las comunidades poseen algo totalmente imprevisible, que es su libertad y su capacidad de aprendizaje.

Si alguna vez caemos en la equivocación de querer programar lo que no es programable y ponemos las personas al servicio de la técnica concreta de programar, es decir, acomodar las personas a nuestros esquemas teórico-técnicos y no al revés, la técnica al servicio de las personas, no estaremos más que reproduciendo lo que ocurre en tantos otros ámbitos de lo humano: la técnica en contra de los intereses de las comunidades. Nada más lejos de nuestra intención.

Y para no reproducir estas equivocaciones, nada más apropiado que analizar los errores en los que todos hemos incurrido al programar, para evitar tropezar nuevamente en la misma piedra. Lo importante es que lo sepamos ver, para no seguir con la inercia de reproducirlos. Estaremos entonces evaluando, estaremos conociendo nuestra propia realidad, primer paso en cualquier programación.

Una vez analizados los principales errores a la hora de programar y evaluar, continuaré con algunas anotaciones para los pasos que lleva toda programación.

Para terminar con esta introducción conviene sintetizar los objetivos del artículo:

- pensar en voz alta ciertas cuestiones sobre programación y evaluación;
- reflexionar sobre posibles errores para no tropezar otra vez en ellos;
- ofrecer líneas prácticas para operativizar la programación;
- humanizar la técnica para poder actuar más «con» las comunidades que «por» las comunidades.

A) PRINCIPALES ERRORES A LA HORA DE PROGRAMAR

1. Si tenemos claro que, es imposible hoy hablar de intervención social, sin hablar de una programación algo le debe pasar a nuestras programaciones para que una vez realizadas no las consultemos una y otra vez sobre la marcha del proyecto. Cabe entonces preguntarnos: ¿por qué nuestra agenda va a una velocidad uniformemente acelerada y nuestra programación queda muchas veces archivada con la declaración de principios hecha en el inicio del curso, del año, del periodo de intervención planificado? ¿Son, si esto sucede, programaciones realistas?

¿Nos ayudan en la acción? ¿Dejamos espacios para los imprevi-

tos? o ¿es que la distribución del tiempo habla de nuestro activismo, convirtiendo las programaciones en una sumatoria de actividades?

2. El error de ser dueños —casi exclusivos— en la detección de necesidades y en la elaboración de «análisis de la realidad» hechos desde fuera, sin detenernos a preguntarle a la comunidad «destinataria» si sufren o están excluidos, por qué creen que lo están, qué están dispuestos a realizar, cuánto están dispuestos a empeñar en su propia salida de la situación en que se encuentran, ¿cuánto pueden poner de sí mismos los que están bajo el umbral de la pobreza?

3. El exceso de confianza en nuestras especulaciones teóricas, que nos hace atribuir los fallos casi siempre fuera de la programación: «la gente no participa», «cada uno hace su vida», «este colectivo está muy deteriorado»... Quizá detenernos a evaluar será estar dispuestos a reconocer nuestras propias limitaciones, una vez asumidas como tales, tener que «quedarnos sin papeles» y enfrentarnos con el reto de tener que crear.

4. El error de ser dueños también de los objetivos. Cuando un grupo no tiene un objetivo común, no existe como grupo. Cuando una programación no tiene los objetivos asumidos por todos los que en ella están implicados, no existe como programación de ese grupo. Es la expresión de sueños y deseos de unos pocos, los que animan, los que programan, los que coordinan, que podrán ser muy válidos y muy bien intencionados, pero nuevamente quedan excluidos los principales interesados.

5. La escisión entre la teoría y la práctica: en teoría vemos la necesidad de una programación para despertar procesos educativos en la acción social, y en la práctica vemos todavía muchos grupos actuando como salas de urgencia, para solamente poder atender lo que aparece como de impostergable resolución. Predicamos que hay que programar en grupo, sin embargo, cuánto cuesta ver grupos de acción social que se detienen a programar con los mismos afectados. ¿Quizá la falta de creatividad se produzca —entre otras causas— porque observamos y escuchamos poco a la gente y todavía nos observamos y nos escuchamos mucho nosotros mismos?

6. La avidez que despierta el tema programación y evaluación y el espejismo de poder encontrar en jornadas de formación la solución mágica al problema. Quizá lo hemos complejizado demasiado y hemos acentuado los aspectos técnicos, cuando programar es un proceso tan natural como la vida misma. Si no fuera por una «programa-

ción» diaria, semanal, o mensual, o anual también, si no distribuyéramos diversas acciones en un tiempo y con un objetivo claro, no podríamos organizar un día de vida. Lo hacemos de manera automática, dictada por la naturaleza, que tiene sus ciclos y es respetuosa. Al tecnificarla demasiado, hemos perdido la confianza en saber hacerlo, y ahora buscamos recetas que nos transmitan el secreto. Recetas no existen. Sí hay pistas, pero nada más apropiado que decir que aprendemos a programar programando, como aprendemos, a andar en bicicleta, andando. Quizá haya quienes se empeñan en hacer de la programación un tema de especialistas solamente para evitar el protagonismo de los que parece que saben menos.

7. En el campo social es también un error, que muchas veces constatamos y cometemos, el cargar las tintas sobre los aspectos negativos del grupo o colectivo de que se trate. Programar desde lo negativo y para lo negativo nos causa una sensación de impotencia y su consiguiente desánimo, cuando a esto se le suman objetivos demasiado ambiciosos. Los puntos de partida, al contrario, deberían ser los aspectos que todavía laten en esa realidad en la que intervendremos o a la que simplemente acompañaremos, que ya es mucho.

Comenzar por lo que falta es repetir indefinidamente la queja de que no tenemos recursos.

Sobre realidades tan sobrecargadas de carencias claro que puede entenderse el asistencialismo como única alternativa. Si les falta todo habrá que darles. Dependerán de nosotros. Y es aquí cuando llegamos a la incoherencia entre medios y fines.

8. Otro error frecuente es programar desde los recursos y no desde los objetivos. Es cierto que los recursos (y sobre todo los humanos) son imprescindibles para elaborar un proyecto de trabajo. Pero no son los recursos la meta, sino los objetivos. Quizá, en una programación realista, una primera fase será construir los recursos, el equipo que animará la movilización del resto de la comunidad. «La gran catástrofe de la Humanidad no son las guerras, sino que estamos perdiendo nuestra capacidad de soñar.» Sin querer caer en un idealismo sin razón, también debemos evitar el error de plantear actividades sin creer y sin ilusión. Plantear los objetivos primero, y acomodar o buscar paralelamente los recursos será el modo mejor de orientar las acciones hacia algo. Es raro que la participación y la solidaridad no aparezcan cuando la programación responde a una necesidad sentida y detectada por una comunidad.

9. La queja de la escasa participación de la gente y la afirmación que hemos escuchado tantas veces «cuando les pides cosas sí dan, pero cuando les pides su tiempo no están». ¿No será que tendremos que plantear al revés el tema de la participación? ¿A quién le gusta hacer algo pensado, programado, diseñado por otros? ¿Por qué no provocar y reunir la creatividad de la gente? ¿Por qué nos quejamos de la falta de respuesta, cuando ni siquiera les hemos preguntado? ¿No pasará por estas cuestiones la operativización de ese gran criterio de acción social hoy de la implicación de las propias personas? Es bien sabido que cuando queremos conseguir algo (un objetivo), cuando lo tenemos claro, no hay quien pueda interferir los pasos para llegar a la meta. Habrá que tener metas claras y compartidas para que el proceso de participación se dé desde el mismo análisis de la realidad.

10. Programamos, demasiadas veces, en limpio y definitivo, cuando programar, dibujar previamente, debería ser un bosquejo tantas veces modificable y a lápiz como la realidad lo requiera. Claro que para borrar y hacer reformas habrá que estar en disponibilidad de evaluar y revisar periódicamente, y este ya no es el campo de las aptitudes sino de las actitudes. Campo que no puedo abarcar por la finalidad del artículo.

¿Por qué haber hecho esta enumeración de algunos de los principales modos viciados de programar?

— Porque es desde la percepción de nuestro propio errores, desde donde se nos ofrecen importantísimos caminos de aprendizaje;

— porque es desde una postura de discernimiento ante la propia realidad, desde donde se puede empezar a descubrir pistas coherentes y operativas;

— porque, de no hacerlo, corremos el peligro de que el tratamiento del tema «programación» entre a formar parte de un discurso cansado en el que sólo somos capaces de reproducir unos las ideas de los otros.

Para sintetizar estos párrafos, y plantear las cuestiones en positivo decimos que:

- La programación (y al decir programación decimos evaluación también) será un diseño corregible y de permanente guía-acompañamiento del proceso de intervención. Hablar de acción social es hablar de procesos programados.

- La programación es de todos los implicados y no propiedad de unos pocos.

- Las especulaciones teóricas están al servicio de las personas y no de la programación.
- La programación al servicio de las personas y de la comunidad.
- Los objetivos serán comunes a todos los integrantes.
- Si programamos, que no es lo mismo que sumar actividades, deberían ir desapareciendo nuestros modos de trabajar agobiados como en salas de urgencias.
- La programación social es una programación comunitaria.
- Aprendemos a programar, programando. Si podemos dar pistas para aprender el arte, es una habilidad y necesita ejercicios.
- Programar desde lo negativo causa impotencia y desánimo. A comunidades carenciadas «sólo» nos disponemos a darles.
- Programar es ordenar recursos en pos de unos objetivos y no al revés.
- La programación compartida crea ella misma participación.
- Programar en bosquejar previamente y estar dispuestos a modificar el bosquejo si la realidad lo requiere.
- La programación no es nunca neutra. A alguien beneficiamos. Depende de la finalidad. Programar —en la acción social— significa tomar partido por alguien.

B) PRINCIPALES ERRORES A LA HORA DE EVALUAR

1. Dificultades a la hora de la verdad:

Evaluar significa establecer una comparación ente lo deseado y lo realizado. No siempre estamos dispuestos a este «aterrizaje». Ya que del diálogo con la realidad pueden surgir nuevas demandas que, en ocasiones, nos exigen dejar la mesa en blanco, asumir la desorientación, reconocer los fallos, observar lo que hemos dejado de hacer, desterrar la idealización de lo que veníamos haciendo y comenzar nuevamente a sembrar con ilusión, pero no ya desde lo que nosotros pensábamos que era lo adecuado y oportuno, sino totalmente a la inversa: descubriendo lo que es necesario hacer.

2. Dificultades en el diálogo con la realidad:

«A veces justificamos nuestros fracasos, no por la insuficiencia de la propuesta, sino por trampas que nos tiende la realidad. Percibimos la realidad no como un desafío que hay que enfrentar, sino como un obstáculo que hay que domesticar, imprimiendo aún más fuerza en la aplicación reincidente del modelo.»

Percibiendo la realidad equivocadamente, claro que será equivocado también el proceso de evaluación. Del error del punto de partida dependerá el error del punto de llegada.

3. La subjetividad inoperante es otro de los errores más frecuentes a la hora de evaluar. Evaluamos personas y no procesos de intervención. Quemamos a muchas personas al evaluarlas. Obviamente que con esas mediciones subjetivas y autorreferenciales, permaneceremos en la inoperancia de cara al proyecto.

4. Las valoraciones apasionadas, o el otro extremo de los análisis superficiales, son otras dificultades: se generaliza la desilusión o se deja todo como estaba, en el segundo caso.

5. Las valoraciones sin descubrir las causas o sin dar alternativas nuevas. Para esta modalidad somos muy «adictos». Desde la teoría tiramos abajo el esquema, pero a la hora de dar una alternativa a lo realizado entramos en un letargo de creatividad.

6. La necesidad de cuantificarlo todo. Parece que lo no cuantificable no es evaluable. Y no es así. Hay modos de evaluar lo cualitativo, desglosando los objetivos en indicadores de evaluación.

7. La legitimación de unos pocos: nos sucede como en la programación: parece que la evaluación es también propiedad de unos pocos. Generalmente coincide que los mismos que programan son los que evalúan al terminar o sobre la marcha del proyecto. ¿Por qué no crear canales de información y retroalimentación del proyecto para que todos los implicados se hagan cada vez más responsables de los buenos resultados del proyecto? ¿Acaso evaluar no es en sí misma una actividad de crecimiento de la comunidad?

8. Confundimos los niveles de evaluación: una realidad es la evaluación del proyecto en su totalidad, otra la de la institución que los fomenta, otra la del equipo animador, otra la de un programa de la institución. Confundiendo los niveles, confundiendo los objetivos, logramos una evaluación confusa que no tendremos en cuenta a la hora de reprogramar.

9. Volver a planificar un nuevo ciclo sin pasar por la evaluación, y sin tomar habitualmente los datos que arrojó la evaluación anterior, para aprender de ellos.

10. Recogida de datos compulsiva, encuestas, cuestionarios, fichas de evaluación, pero no espacio para el posterior análisis de los mismos.

11. No devolución de la evaluación a todos los interesados en el proyecto. Para pedir datos somos muy propensos; para devolverlos, a veces nos caracteriza una extremada lentitud.

12. Evaluar para «cumplir el expediente». Hacerlo por una obligación formal, pero no valorar el proceso de evaluación con la dimensión que posee: como un nuevo análisis de la realidad, pero confrontado ya en la práctica.

Del mismo modo que hicimos con los fallos en la programación, para resumir estos puntos anteriores y expresarlos de manera positiva decimos:

- Evaluar es comparar lo que nos proponemos en los objetivos con lo que hemos sido capaces de realizar.

- La evaluación es un momento privilegiado de la programación: es el momento en que la realidad nos puede cuestionar el modelo de intervención.

- Debemos evaluar procesos y no personas.

- Necesitamos encontrar causas de los hechos, para evaluar con veracidad y para encontrar alternativas operativas.

- Hay realidades que aunque no puedan cuantificarse, son tan evaluables como las otras, a través de indicadores de evaluación.

- En la evaluación deben estar presentes todos los integrantes del proyecto.

- La evaluación, para que sea clara y operativa en propuestas de futuro, debe respetar los distintos niveles en que se ha llevado el proyecto.

- Evaluar es un paso imprescindible para una nueva re-programación.

- Los datos de la evaluación deben ser devueltos a todos los interesados, en los niveles y modalidades que a cada uno pueda serle útil y prudente.

- Es conocer nuevas perspectivas, aprovechar recursos y volver a conocer la problemática que nos ocupa, es poder y saber ponerle un termómetro al programa, facilita el proceso de toma de decisiones y mejora el proceso de intervención.

- Es poseer sentido de autocrítica, es asumir los propios fallos, es celebrar los propios aciertos y es encontrar nuevos atajos para las acciones futuras.

Sin caer en el desánimo, considero que la evaluación es una asignatura pendiente todavía. Sospecho que no es por falta de técnica, sino porque en la acción social estamos también un poco revestidos del amor propio de una acción que fue muy individualista, como el magisterio, y que todavía nos cuesta aprender de otros, con otros y comentarnos grupalmente los errores para volver a empezar.

En la medida que crezcamos en nuestro sentido comunitario, seremos cada vez más capaces de programar y evaluar con otros.

C) ALGUNAS OTRAS PRECISIONES SOBRE PROGRAMACION-EVALUACION

Para ampliar los conceptos que aquí muy rápidamente expondré, o mejor dicho, resumiré, es recomendable la lectura del folleto citado al pie de página (1).

La complejidad de los problemas a los que intenta dar respuesta la programación desde el punto de vista social, requiere una programación grupal e integral. Por grupal entendemos, realizada desde todos los componentes del equipo de intervención, y teniendo en cuenta, en forma grupal, interrelacionadamente, las necesidades de la comunidad a la que estamos considerando. Es verdad que desde una programación no podemos ni debemos abordar todos los problemas, pero sí es posible abordar un problema desde todos los puntos de vista. Cuando hablamos de esquemas de trabajo de características sistémicas, estamos sosteniendo nada más y nada menos que esto: abordar un mismo problema desde distintos puntos de vista, ya que es bien sabido y constatado que la situación actual es el resultado de encadenamiento de muchas variables que se han entrelazado en el tiempo y

(1) LAMA, José María: «Metodología de la acción voluntaria». Cuadernos de la Plataforma, núm. 5, Madrid, 1990.

en la intensidad para manifestarse en el aquí y el ahora. Cuando afirmamos el criterio de integral, estamos diciendo lo mismo con otras palabras, de tal manera que cuando desde la programación podamos intervenir en una de las variables del problema, estamos automáticamente interviniendo en las otras.

También es una realidad que definir bien un problema es tener ya medio camino andado, de allí que según sea el análisis, así será la intervención. Para estudiar este tema a fondo hay un libro que nos ha dado mucha luz en el tratamiento del tema. Se trata del libro *Desarrollo a Escala Humana*, cuyos datos figuran también a pie de página (2).

El punto de partida de la programación social son las necesidades reales y sentidas por las personas y las comunidades.

Esta investigación parte de ciertos postulados que a la hora de hablar de programación pueden ser de notable utilidad:

- Las necesidades humanas son finitas, pocas y clasificables.
- Las necesidades son las mismas en todas las culturas y en todas las épocas históricas, lo que cambia a través del tiempo y de la cultura son las maneras o los medios utilizados para satisfacerlas.
- Uno de los aspectos que define una cultura es la elección de satisfactores (respuestas a esas necesidades) en calidad y cantidad.
- Un cambio cultural consiste precisamente en reemplazar los satisfactores tradicionales por otros nuevos y diferentes.
- Cualquier necesidad humana no resuelta revela una pobreza humana.

Dentro de la clasificación, de cara a hacer el análisis de la realidad, los autores clasifican las siguientes pobreza o necesidades:

D) POBREZAS A TENER EN CUENTA EN EL ANALISIS DE LA REALIDAD

— Pobreza de subsistencia: debido a la alimentación y abrigo insuficiente.

— Pobreza de protección: debido a sistemas de salud ineficaces, a la violencia, a la inseguridad, a la carrera armamentista, etc.

(2) CEPAUR. Fundación DAG Hammarskjöld. Upsala, 1986.

— Pobreza de afecto, debido a la opresión, al autoritarismo, a las relaciones de explotación con el medio natural.

— Pobreza de entendimiento: debido a la deficiente calidad de la educación.

— Pobreza de participación: debido a la marginación y discriminación de mujeres, niños, ancianos, minorías...

— Pobreza de identidad: debido a la imposición de valores extraños a culturas locales y regionales, emigración forzada, exilio político.

— Pobreza de libertad, de ocio, de creatividad.

Hasta aquí, la clasificación. Será tarea de la programación tenerlas en cuenta y elaborar la estrategia de tal manera que con una o unas respuestas se intente luchar en forma simultánea contra la mayor cantidad de pobreza posibles, para no caer en las respuestas puntuales que están muy lejos de las deseadas. No es que sean indeseables por sí mismas, habra momentos que será necesario hacerlas, pero la riqueza de la programación consiste justamente en poder evitarlas, ya que, pensando con anticipación, pueden abordarse directa o indirectamente desde varios ángulos.

Pondré un ejemplo para aclarar este concepto de globalidad que considero clave, para evitar caer en la habitual queja de falta de recursos. Un proyecto, por ejemplo, de medicina preventiva, con un grupo de mujeres jóvenes, con niños pequeños. La primera necesidad a que intenta dar respuesta, y a primera vista, es la de protección de la salud, y por tanto de la subsistencia. Sin embargo, y todo depende de la metodología empleada, satisface simultáneamente, estimula y educa para hacer al grupo menos vulnerable en sus necesidades de entendimiento, participación, creación, identidad, libertad y otras.

Programar de este modo integrado es una estrategia que previene las respuestas asistenciales exclusivas y por tanto permite ir rompiendo el círculo vicioso de la asistencia que tantas veces contraponemos al círculo vicioso de las necesidades convertidas en pobreza.

Otra conceptualización clave a la hora del análisis de la realidad es la consideración de la necesidad como una carencia de algo, pero sin embargo es también la potencia, la posibilidad, la tensión hacia la superación.

Cuando programamos tendremos que tener en cuenta entonces este segundo aspecto de las necesidades para que, como dijimos ante-

riormente, no nos quedemos detenidos y paralizados en el lugar que las necesidades se dan cita con notable puntualidad, y sólo se nos ocurre afirmar: «es muy difícil intervenir». Cuando una persona, una comunidad, está afectada por un problema común, habrá que despertar los «resortes» para que la motivación de salir adelante siga en pie y se incremente su capacidad para poder hacerlo.

No sólo tendremos en cuenta la motivación para salir que posee ese grupo o persona, sino simultáneamente la capacidad para hacerlo y las oportunidades del entorno.

Resumiendo: en el análisis de la realidad observaremos y detectaremos:

- cuál o cuáles son las necesidades;
- qué motivación está presente para poder salir;
- qué capacidad interna, en recursos personales o grupales, tiene esa persona o grupo para salir adelante;
- qué oportunidades del entorno, de las que están, o de las que les ofreceremos, se le brindan;
- cuánto está dispuesta esa comunidad para salir adelante;
- cuánto de lo que les pasa es vivido como propio.

Hace falta destacar este último apartado, ya que por más que los agentes sociales veamos la realidad muy clara, es imprescindible conocer cuánto de claro lo tiene la comunidad. ¿No será que fallamos en esta devolución de la información a la hora de comenzar a actuar en un grupo? ¿No será también esta desinformación uno de los motivos de la paralización que a veces observamos y que nos produce una notable impotencia? ¿Nos detenemos a contrastar las necesidades que nosotros hemos detectado con las necesidades sentidas por la comunidad «destinataria»?

Hoy, al principal defecto, en materia metodológica —a la inversa que en años anteriores, donde se hacían acciones sin haber analizado lo suficiente la realidad—, es utilizar demasiada energía en el análisis de la realidad, es recopilar una cantidad extensa de datos y no saber cómo utilizarlos por falta de creatividad. ¿No nos estará faltando el preguntarles a los más interesados en el proyecto cuáles son las alternativas que ellos mismos proponen para su solución y cotejarlas con las que hemos creado nosotros? ¿No nos evitaría esto uno de los errores de los que hablábamos antes: que lo que se hace desde la pro-

gramación, no sea consecuencia de lo que se necesita, de lo que se estudia?

E) UNAS REFLEXIONES SOBRE FINALIDADES Y OBJETIVOS

No me detendré a enumerar las cualidades y distinciones, precisiones y clasificaciones que de los objetivos se ha escrito. Creo que está lo suficientemente bien precisado. Sólo unas observaciones sobre la importancia de apuntar bien la dirección hacia el fin.

Con la apariencia de una finalidad oportuna: la contribución a una mejora de la calidad de vida de ciertos grupos humanos, para que vivan con mayor dignidad, y con la correcta formulación al escribirla en el proyecto, pueden esconderse otras finalidades no expresadas, tácitas, pero no por ello ausentes. Dijimos anteriormene que la programación no es nunca neutral. A alguien beneficia. Por ejemplo, en nuestro caso, la finalidad puede ser la lucha contra la pobreza, aunque sin embargo, pueden existir otras finalidades paralelas, que hagan que sea difícil ver cumplida la finalidad: por ejemplo, que subsista el proyecto, que subsista el grupo de acción, que los colectivos necesitados nos sigan necesitando, finalidades todas que no se plantean de manera consciente, pero que sí deben estar presentes, ya que es tan común comprobar las dependencias que se crean en el trabajo con el mundo de la marginación, y hasta se las llega a nombrar con el pronombre posesivo «mis» niños, «mis» mujeres.

Estas incoherencias son las que —en ocasiones— se observan entre los objetivos y los fines, o en los objetivos y las finalidades en sí mismas. Puede suceder que el fin esté claramente propuesto, pero que los objetivos no conduzcan a dicho fin. Las coherencias habrán de buscarse además en los procedimientos utilizados. Por ejemplo, cuando lo que el fin se propone es la promoción de la gente, los objetivos tenderán a ser llevados a la realidad de una manera participativa. Cuántas veces nos encontramos con finalidades claramente expresadas, y objetivos en conjunción con el fin, pero el modo elegido para llevarlos a la práctica revela una directividad notable. He aquí la incoherencia que habrá que evitar.

Si queremos trabajar con perspectivas de transformación profunda, deberemos encuadrar nuestra programación dentro del contexto en la que se desarrollará. Habrá que tener en cuenta otras programaciones que en forma simultánea se están llevando a la práctica en el mismo te-

ritorio, para analizar también las otras finalidades y objetivos más amplios, y prevenirse contra las incoherencias que puedan existir entre las programaciones. No vaya a ser que el mismo colectivo se encuentre afectado por dos procesos contradictorios. Es este el tema de la coordinación imprescindible en el campo de la acción social.

F) LOS RECURSOS

En la realidad de la programación es necesario comentar algo sobre los recursos, pero no de los convencionales, que son los que generalmente escasean, sino sobre aquellos no convencionales que de saber utilizarlos bien, se multiplican. Para ampliar estos conceptos, conviene consultar la pág. 77 de la obra citada *Desarrollo a Escala Humana*.

Tradicionalmente nos referimos, cuando nombramos recursos, a los provenientes de medios económicos, recursos materiales y recursos humanos. Dos palabras sobre estos últimos como integrantes de los recursos no convencionales.

Establecemos una comparación entre ellos y obtenemos que:

Los recursos convencionales	Los recursos no convencionales
(Por ejemplo: el dinero)	(Por ejemplo: la solidaridad)
— se agotan en la medida que se utilizan.	— se pierde en la medida en que no se ejercita, en que no se utiliza.
— el dinero que se da es dinero que se pierde.	— la solidaridad que se da es solidaridad que crece.
— son para acumular: allí crean «desarrollo».	— potencian un desarrollo que va más allá de la necesidad de acumulación.
— se caracterizan por la escasez.	— se caracterizan por la abundancia.
— facilitan el inmovilismo y el conservadurismo.	— tiene un gran poder transformador, transforman la energía social en procesos de transformación más profundos.

Unos y otros estarán vinculados por una relación de complementariedad.

Cuando programamos, lo primero que salta a la vista es la escasez de recursos convencionales, y puede servirnos este desánimo para evitar la transformación profunda encontrando un motivo patente que justifique el inmovilismo. El gran reto de nuestras programaciones serán incluir entre sus objetivos el desarrollo de los recursos no convencionales como la solidaridad, la conciencia social, la cultura organizativa, la capacidad de gestión, la energía solidaria de una comunidad, la cualificación y el entrenamiento ofrecido por instituciones de apoyo, la capacidad de dedicación y entrega de agentes externos, etc. Aprendiendo a trabajar con lo que sí existe, pero a veces está adormilado, veremos progresar nuestros proyectos, y serán en sí mismos proyectos de desarrollo, sin llegar a ver inmediatamente el fin que nos proponemos, pero creando desarrollo en sí mismo. Quizá este modo de trabajar sea también fuente de nuevas motivaciones para contrarrestar desánimos e impotencias muy deseosos de llegar a unos resultados que se hacen esperar. La metodología en general tendrá que ir sufriendo los mismos cambios que van viéndose en otros campos de la ciencia, como, por ejemplo, la educación: frente a una educación que tendía a educarnos para llegar, se está creando toda una corriente educativa, que nos prepara para vivir no tanto la etapa terminal sino la misma etapa del proceso educativo, respetando cada vez más los pasos que conducen a la meta y no teniendo la meta como algo allá lejos y hasta agobiante. Cuando niño, hay que hacerse mayor, y cuando mayor, había que ocultar la edad. En metodología, cuando hablamos de procesos, estamos diciendo esto mismo: cuando un grupo se propone unas metas, la meta es la que le tiene en tensión hacia adelante, pero son los mismos pasos los que mantienen la motivación viva y los que en sí mismos crean desarrollo de personas y comunidades. No programemos sólo para llegar a la meta, sino también para crear desarrollo en el caminar.

La supervisión como instrumento de intervención social

Jesús Hernández Aristu
Doctor en Ciencias de la Educación
Profesor de la Universidad Pública de Navarra

INTRODUCCION

Tal vez llame la atención al lector el título de este artículo. Tradicionalmente hemos entendido la Supervisión (SPV) como un instrumento de formación de los trabajadores sociales, quizá también de la formación de psicoterapeutas o, fuera del mundo de lo social, como instrumento de control sobre calidad de trabajos y productos, pero, ¿la SPV como instrumento de intervención social? En la siguiente exposición haremos referencia al sentido que el autor da al concepto de SPV. En ella hablamos de la socialización y de su importancia para los campos de la intervención social, nos detendremos en conceptos como interacción, mediación y lenguaje para después, integrar en ellos el concepto de supervisión como reflexión de la praxis de profesionales de ayuda, como instrumento de adquisición de identidad profesional. Asimismo haremos referencia a un ejemplo de la actividad del autor como supervisor y formularemos finalmente algunas indicaciones de carácter práctico a tener en cuenta en el transcurso de las sesiones de SPV (1).

Si buscamos un común denominador para los profesionales de ayuda, psicólogos, pedagogos, trabajadores sociales, educadores sociales, incluso agentes de pastoral, el común denominador de todos ellos es que su actividad está dirigida a ayudar a personas a que dentro de un entorno social participen en y desarrollen los recursos sociales, económicos, culturales, espirituales. Dicho en una fórmula sociológica ta-

(1) Los lectores que quieran profundizar sobre temas como SPV, Acción comunicativa en su dimensión social, psicológica, sistémica y práctica como intervención social, véase la obra del mismo autor: *Acción comunicativa e intervención social*. Editorial Popular. Madrid, 1990.

les profesionales ayudan a las personas a que participen en el «mundo de la vida» (Lebenswelt) (Habermas 1990, II, 161 y sigs.) (2), ya sea evitando «perturbaciones» en el proceso de socialización, o favoreciendo el proceso de tal manera que los individuos logren sintonizar «con las formas de vida colectivas» (201), —trabajo social preventivo y socioeducativo—, sea propiciando la adquisición de «competencias generalizadas de acción» (161), actuando, por ejemplo, en el área de asesoramiento y acompañamiento de grupos sociales como jóvenes, y en general personas que se encuentran en un proceso de cambio evolutivo o social: el paso de una etapa de la vida a otra con sus correspondientes necesidades, «situaciones problemáticas», crisis de vida, etc. (ver Erik Erikson, 1985), o el cambio de rol social, por ejemplo, de trabajador a pensionista, ya sea finalmente realizando tareas de ayuda al desarrollo integral de la persona, en la búsqueda de sentido, en la adquisición de niveles más altos del saber y del ser, por ejemplo, en la educación permanente de adultos, en el trabajo sociocultural y comunitario.

La tarea última y común para todos esos profesionales y otros de carácter social que pueden ir apareciendo podemos determinar con una fórmula habermasiana, es la de integración social, que consiste en «que las situaciones nuevas que se presenten en la dimensión del espacio social queden conectadas con los estados del mundo ya existentes» (200), de tal manera que permanezca reformulada la identidad colectiva, grupal, comunitaria. En el espacio individual-personal, que las situaciones nuevas del tiempo histórico puedan ser conexas con el mundo existente, es decir, que la sociedad vaya integrando sucesivamente a las generaciones jóvenes.

En definitiva lo que se pretende es garantizar a grupos y personas individuales en ellos una identidad que al mismo tiempo que es cambiante, por las nuevas situaciones, sea siempre y al mismo tiempo reconocible como la misma.

Concluyendo, pues, que la tarea última de los profesionales de ayuda en sus diversas parcelas de intervención no es otra que la de apoyar a personas, grupos o colectivos a la adquisición y en su caso a la renovación o recuperación de identidades fuertes. Esto supone evi-

(2) Véase también en una breve exposición el concepto Lebenswelt en la sociología en J. BERLAIN RAZQUIN: «La reconstrucción del proceso de racionalización occidental según J. Habermas: Mundo de la vida, crisis y racionalidad sistémica». En *Revista de estudios políticos*, núm. 67. Madrid, 1990, págs. 153-188.

dentemente que tales profesionales se deben caracterizar por una identidad clara respecto a su propia persona y a su profesión. Reconocemos una identidad fuerte y clara cuando el individuo como profesional de ayuda se caracteriza por saber ser, saber estar y saber hacer o intervenir. La realidad sin embargo se caracteriza por una relativamente generalizada «indefinición» de tales profesionales, que les lleva a veces a competir por o defender espacios profesionales.

Por otro lado y paradójicamente es frecuente encontrar diversos profesionales interviniendo «interdisciplinariamente» en los mismos áreas de lo social, en equipos de servicios primarios de salud, de salud mental, de reinserción, de animación sociocultural o comunitario, servicios sociales de base, equipos de orientación psico-pedagógicos, etc.

Y aquí es también donde, entre otras razones, se fundamenta la necesidad «generalizada» de reflexión en los equipos de trabajo, en grupos de personas de la misma profesión, o incluso de diversas profesiones, es decir, la necesidad de supervisión. Las formas de reflexión o supervisión pueden ser de diversa índole, en grupo, con un experto supervisor o sin él, individual, con ayuda de un asesor.

Nosotros nos referimos en este artículo a la supervisión grupal con ayuda de un experto.

Habida cuenta que los procesos de adquisición y renovación de identidades sociales y personales son similares, haremos referencia en este trabajo a la adquisición de identidad social-personal de los individuos a través de lo que se conoce en las ciencias sociales como «proceso de socialización», para después explicar analógicamente el proceso de supervisión como un proceso de adquisición de «identidad profesional», es decir, de un saber ser, estar y actuar como profesionales de lo social. Los medios de los que nos servimos en la SPV son similares a aquellos que propician, en el proceso de socialización, la identidad personal. Como en el caso de la identidad personal, la profesional está sometida a cambios, de tal modo que su definición sea siempre provisional, nunca definitiva.

EL CONCEPTO DE SOCIALIZACION

Por este concepto entendemos con Geulen/Hurrelmann (1980): «el proceso por el que nace y se desarrolla la personalidad (del individuo) en dependencia recíproca con el medio social y material que le

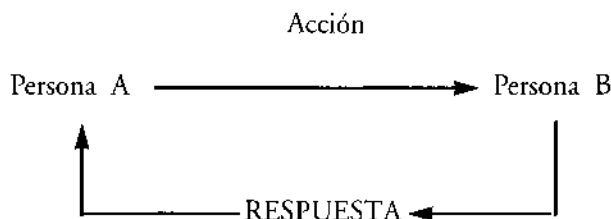
es transmitido» (p. 51), o como nos dicen Ziegler y Child: «el proceso total por el que un individuo mediante transacciones con los demás, desarrolla sus patrones específicos de conducta y experiencia socialmente relevantes» (Schaffer, 1988, 171). En resumen que el individuo y a través del proceso de socialización, llega a formarse una personalidad que le permite actuar en provecho propio, satisfaciendo sus necesidades por lo menos en buena parte y cumpliendo también en parte con las necesidades y exigencias de la sociedad a la que pertenece.

Si reparamos un momento en las definiciones anteriormente mencionadas, encontramos dos aspectos en los que queremos insistir en este artículo: la interacción como instrumento de socialización por un lado, y por otro, el mundo mediatizado (Habermas) por los demás miembros de la sociedad. Es precisamente en ese juego interactivo, entre individuo y otras personas (el otro generalizado de H. Mead) en donde el individuo alcanza «la unidad de persona» (Mead, 1985, 184). Habermas por su parte prefiere hablar de «identidad», definiéndola como «la estructura simbólica que permite a un sistema de la personalidad (al individuo) asegurar la continuidad y la consistencia en el cambio de sus circunstancias biográficas y a través de sus diversas posiciones en el espacio social» (Mc Carthy, 1984, 394). Esto es, el individuo a través del proceso de socialización puede llegar a decir «yo», deslindándose, diferenciándose «del mundo externo natural, del mundo interno o psíquico, de los demás, es decir de la sociedad y del lenguaje» (Habermas, en Auwaerter, 1976, 344), y ello en la continuidad del tiempo y del espacio. Ese «yo» no es tal que fuera absolutamente independiente de la sociedad que lo ha propiciado, sino que es al mismo tiempo un yo «responsable». Independencia y responsabilidad, individualidad y solidaridad son binomios que caracterizan un «yo» socializado o perteneciente a un entramado social. Habermas nos dice que un yo de estas características ha adquirido la «competencia comunicativa» como resultado de su proceso de socialización (Habermas, 1987, I y II). En ese proceso los otros («generalized other», de Mead, el otro significativo de Berger y Luckman) juegan un papel muy importante. Hasta tal punto esto es así que Berger y Luckman (1986) dicen que «no sólo vivimos en el mismo mundo, sino que participamos cada uno en el ser del otro» (165). Desde una perspectiva más antropológica que psico-social Martin Buber (1979) nos dice que «el individuo se convierte en yo en el tú» (169). Gabriel Marcel, filósofo existencialista francés, nos dirá: «Incluso me atrevo a

afirmar que el existir pertenece a la esencia del otro» (Marcel/Behler, 1969, 113). El profesional de ayuda que de alguna manera toma la posición de «otro significativo» para su cliente se convierte en mediador de realidad social, posibilitándole a «participar en el mundo de la vida compartido» (Habermas, 1987 I, 31 y 434; y II, 169 y sig.). De ahí que podamos afirmar como tradicionalmente se ha hecho desde otras teorías del trabajo social que la interacción, la relación entre profesional de ayuda y cliente se convierte en el punto de referencia obligada en el quehacer profesional de ayuda.

INTERACCION Y RECIPROCIDAD

El término de interacción, aunque ya hace referencia a la acción entre dos o más personas, sin embargo se entiende con frecuencia cuando la referimos a la relación entre profesional de ayuda y cliente como algo que va en una dirección única, del profesional al cliente, como si éste fuera un mero receptor de aquello que el profesional trasmite. Pero esto no es en la realidad así. Cualquier acción sobre un organismo vivo, máxime si se trata de un ser humano, origina una respuesta que influye a su vez sobre la causa inicial de la primera acción. Gráficamente lo podemos expresar así:



Por tanto podemos concluir que la interacción se caracteriza por ser un acto recíproco. En términos abstractos, la reciprocidad es elemento definidor de cualquier relación entre personas, también, por tanto, si ésta es entre profesional de ayuda y cliente. Así lo han confirmado los maestros de Palo Alto (U.S.A.) cuando dicen: «La mayoría de los estudios existentes parecen limitarse sobre todo a los efectos de la persona A sobre la persona B, sin tener en cuenta igualmente que todo lo que B hace influye sobre la acción siguiente de A» (Watz-

lawick, 1987, 36) y ello en un proceso indefinido, lo que se ha convenido en denominar proceso de «feedback o retroalimentación». Pero esa cita pudiera llevarnos a caer en otro error bastante frecuente, a saber que existe en la interacción algo así como temporalmente un «inicio». Efectivamente esto no es así. La reciprocidad se da ya en el mismo momento en que dos personas están físicamente presentes, perceptibles la una a la otra a través de cualquiera de los sentidos.

La mera presencia entre dos personas es ya intercambio de mensajes, es ya interacción, es ya comunicación. Algo de esto debió intuir P. Freire cuando nos advertía que «No se puede educar sin ser educado» (P. Freire, 1970, 81). Yo creo que esta frase resume muy bien la implicación personal y recíproca que se da en todo proceso educativo en general y en el de ayuda en particular. En toda interacción de ayuda están presentes todo el peso de la historia personal de cada uno, de su modo de ser, percibir y ver el mundo y la vida, presentes los intereses, los valores, etc., todo lo que configura la personalidad actualizada de cada uno. Pero hay más. Los mensajes que los sujetos intercambian no son de cualquier tipo, no lo hacen de un modo aséptico, como quien envía noticias objetivas a taquígrafo o telégrafo, sino que como nos dice el propio Watzlawick: En la interacción nos estamos «ofreciendo definiciones de nuestra relación, o para decirlo de un modo más riguroso, cada uno trata de determinar la naturaleza de su relación» (Watzlawick, 1987, 129). Erwin Goffman va más allá y nos define una relación-interacción «como la influencia recíproca» (Goffman, 1987, 27).

LA AYUDA SOCIAL COMO MEDIACION

Aunque ya con estos datos la situación relacional se complica de un modo significativo, ello no es todo. En cada momento de la relación las personas implicadas reproducen y transmiten la propia sociedad en la que viven y a la que pertenecen, incluso la propia clase social de la que proceden. Si a todo ello se añade además que en una relación de ayuda la definición de la misma estará condicionada al hecho de que cada uno de ellos, el profesional de ayuda y el cliente, representa (Goffman) un rol distinto, con lo que ello implica de complementariedad y reciprocidad (Watzlawick), en las expectativas, en el status social, en las normas de comportamientos y en otros elementos inherentes a sus roles, entonces podremos decir que la «com-

plejidad» es la característica más destacada de cualquier relación, pero más todavía si cabe cuando ésta es de ayuda. Habermas lo resume así: «La acción comunicativa (en la interacción, nota propia) se basa en un proceso cooperativo en que los participantes se refieren simultáneamente a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo, aun cuando en su manifestación sólo subrayan temáticamente uno de estos tres componentes» (Habermas, 1987, II, 171).

EL LENGUAJE SIMPLIFICA Y CONCENTRA SIGNIFICACIÓN

Claro que con el fin de poder manejarnos en situaciones tan complejas el hombre, o si se prefiere, la sociedad ha desarrollado instrumentos que nos permiten «reducir complejidad». Como nos recuerda Luhman (1987) en su obra maestra *Sozialsysteme*, «cada comunicación es un proceso de selección», de tal manera que «en la elección (el individuo) constituye la selección, es decir, la información; activando así la atención selectiva (del otro) y con ello en definitiva inicia y mantiene el proceso de comunicación (184-185). El instrumento que permite reducir complejidad son el lenguaje y todos los demás símbolos que la sociedad ha creado para que a través de sus significados los individuos podamos entendernos. Tal vez algún lector pudiera pensar que si esto es así, que el lenguaje reduce complejidad, se ha solucionado el problema: La complejidad se convierte en simplicidad y de ese modo se explica que la vida relacional fluya en ese vaivén de influencias y contrainfluencias recíprocas de la vida cotidiana. Pero esa dimensión del lenguaje es solamente una parte de la realidad, la otra es que, a través del lenguaje, ya sea hablado, escrito o gesticulado, representamos simultáneamente en la interacción nuestra realidad personal y social. Berger y Luckman (1986) hablan de «universo simbólico», que es como «la matriz de todos los significados objetivizados socialmente y subjetivamente reales» (125). H. Mead (1982) prefiere hablar del «carácter simbólico del lenguaje» o de «símbolos significantes» (115). Nosotros por nuestra parte nos inclinamos por decir que el lenguaje concentra significación.

Como profesionales de ayuda, los trabajadores sociales, psicólogos o educadores sociales y otros profesionales de lo social no son instrumentos «neutros» en el proceso de integración social, ello signifi-

caría convertir a los clientes-sujetos en «objeto» de nuestros intereses personales, institucionales y/o sociales, abandonarles a las fuerzas ciegas de nuestra inconsciencia o relegarles a su propio impulso. Como nos recuerda Freire (1973), «no hay educación neutral» (89). Todo acto educativo y de ayuda o bien constituye un paso hacia la humanización, hacia la liberación del individuo o colectivo, o es un impedimento, un obstáculo hacia ella. «El resultado no se decide en la buena voluntad del educador (del profesional de ayuda), tampoco en sus ideas más o menos liberales, sino en su modo concreto de educar (de intervenir)» (Hernández, 1990, 76).

LA SUPERVISION COMO AYUDA A LOS PROFESIONALES DE LO SOCIAL

Esa complejidad de la interacción de la que venimos hablando y que se manifiesta en el lenguaje hace que para incidir en un sentido integrador en las relaciones (inadecuadas) de determinadas personas, nuestros clientes, con su entorno físico, social o interpersonal (ver Germain y Gitterman, 1983), es necesaria una creciente profesionalidad. Es verdad que en este momento a nivel nacional nos encontramos con que algunas profesiones han adquirido el status de tales, reconocidas socialmente y avaladas por formación reglada académicamente; tales son la profesión de psicólogo, de pedagogo, de médico, de trabajador social, de psiquiatra, etc., aunque no todas ellas de igual modo están preparadas para incidir en lo social. Pero es que además existen otros profesionales sin reconocimiento social, sin formación reglada, en proceso de elaboración de su perfil, como son educadores sociales, educadores familiares, animadores socioculturales, etc., que sin embargo, y por urgente necesidad social, están ya actuando junto a los demás profesionales. Como quiera que fuere y en cualquier caso, la supervisión puede ayudar a esclarecer tanto los perfiles profesionales, como la cooperación entre ellos. Pero no solamente por la necesidad de esclarecer imágenes profesionales, sino también porque la intervención social es un acto que entraña tal complejidad que para poder seguir siendo profesionales sin sucumbir a la frustración, a la desilusión, al cansancio, incluso a la desesperanza, son necesarios espacios y tiempos de reflexión. Schmiedbauer (1977) estudió estos estados de ánimo en los profesionales de ayuda, lo que llamó «el síndrome de los profesionales de ayuda», constatando que son muy fre-

cuentes entre tales profesionales, y de además éstos, si bien son muy propensos a ayudar (a otros), son por el contrario muy reacios a dejarse ayudar. La supervisión se presenta como una ayuda a los profesionales de ayuda.

LA SUPERVISION COMO REFLEXION DE LA PRAXIS

Prescindiendo ahora de la problemática que puede esconderse tras esa actitud, lo que sí refuerza la investigación de Schmiedbauer es la necesidad para tales profesionales de tematizar todos aquellos aspectos presentes en la «compleja» actividad de intervenir como profesionales en lo social. Esta presencia no es siempre evidente, y su influencia puede ser decisiva en el éxito o en el fracaso de la intervención social. Estos aspectos son:

1) La sociedad y las instituciones de las que se sirve para conseguir la integración social y personal de grupos o personas.

2) Las relaciones que surgen necesariamente en el quehacer mediador entre las personas implicadas en el proceso, por ejemplo, los equipos de trabajo.

3) La personalidad del propio profesional, su historia personal, social y profesional. Por ejemplo, la imagen que de su profesión tiene él mismo, la clase social a la que pertenece, los valores que prima, etc. Todo ello es consciente o inconscientemente decisivo en su intervención social.

4) El bagaje instrumental, técnico, metodológico del que dispone el propio profesional para cumplir con sus tareas.

5) El propio sujeto al que se quiere ayudar, sus resistencias, su historia social y personal, su proceso evolutivo, etc.

Concluyendo, podemos decir que estos cinco elementos son los que actúan e interactúan en todo proceso de ayuda. De su combinación o engranaje y acoplamiento va a depender el éxito o el fracaso de la intervención social. Muchos de los fracasos, de los sentimientos de culpabilidad, de la ansiedad y estrés que sufren con frecuencia profesionales de ayuda surgen precisamente de no deslindar o diferenciar o no tener en cuenta esa complejidad que venimos acentuando. La supervisión que nosotros propiciamos tiene necesariamente en cuenta como marco de referencia esos cinco elementos y se presenta como

una ayuda a los profesionales de ayuda, para que aprendan, desde la propia experiencia contrastada con otros, a comprender primero y manejarse después en el entramado complejo que le presenta cada acción, cada intervención social o educativo-social. En la vida real, ni se da la situación ideal ni rara vez la catastrófica. La supervisión como práctica quiere ayudar al profesional a acercarse poco a poco, y siempre relativamente a su forma ideal de actuación profesional por un lado, y por otro a encontrar satisfacción personal en su quehacer social, en definitiva, a ser un mejor profesional y disfrutar en y del trabajo.

El concepto de supervisión pues que hoy presentamos se diferencia de la que se realiza como control de alguien sobre la actividad profesional de otro y acentúa su carácter de AYUDA. Es ayuda psicológica, en cuanto que tiene en cuenta la personalidad del propio agente social. Es ayuda social, en cuanto que tiene como referencia el marco social e institucional en sus implicaciones en la acción o intervención social. Es psico-social, en cuanto en el centro de la atención están los procesos interaccionales, del agente con los demás miembros de la institución, que de alguna manera intervienen en la acción social, con el propio cliente y con otras posibles personas en torno al cliente, y por último, es ayuda práctica en cuanto que quiere mejorar la capacidad de intervención, el saber hacer, el perfeccionar los modos, sus métodos y técnicas a la hora de actuar.

Tal vez pudiera considerar el lector exagerada la pretensión de la supervisión. Sin embargo, el supervisor, como profesional de ayuda tiene en cuenta los cinco elementos mencionados, al igual que su colega profesional de lo social los tiene (debería tenerlos) presentes si quiere actuar con éxito. Es decir, para el supervisor valen las mismas indicaciones de tipo teórico-práctico que para los (demás) profesionales de ayuda y que hemos expuesto anteriormente. De ahí que presentemos la supervisión como un método o instrumento de intervención social y además con carácter modelístico. La SPV incluye los mismos elementos que la propiamente dicha intervención social: la interacción, la mediación y como instrumento el lenguaje, amén de unos métodos y técnicas que posibilitan la reflexión.

En la SPV hay unos clientes, los supervisandos, y uno o varios mediadores, el supervisor y los miembros del grupo. Existe además un objetivo fundamental, que es la «re-definición» de la propia identidad profesional-personal del supervisando, que le permita en su

vida profesional actuar con más profesionalidad, con más eficacia y también con más satisfacción personal. Instrumento de trabajo es el lenguaje, en todo su significado amplio. En este sentido el mismo silencio es portador de mensajes.

Se podría objetar que según esa descripción de lo que es y quiere la SPV, que ésta no presenta ninguna diferencia con lo que es o quiere ser la intervención social, y que reduce a los profesionales de ayuda a receptores a su vez de ayuda. Efectivamente, entiendo que nada debe extrañar que esto sea así. En cualquier caso existe una diferencia en cuanto que «las necesidades» son de carácter muy distinto, la de integración personal-social en el caso de los clientes del trabajo social, de reflexión en el caso de los profesionales de ayuda. El objetivo último en unos y otros es la redefinición de su identidad personal-social en un caso, personal-profesional en el otro. Los procesos a través de los que se consigue este objetivo son en uno y otro caso cuando menos similares a los de la socialización en general.

El punto de partida en la SPV es la misma experiencia problemática del profesional de lo social. Problemática en cuanto que el profesional debe sentir que su actuación en algún momento o aspecto del ejercicio de su profesión le produce insatisfacción, le sugiere interrogantes, sentimientos de culpabilidad o de inseguridad o alguna otra señal de insatisfacción personal. La SPV propicia un proceso de esclarecimiento, de desvelamiento de las causas o del origen de tal desarmonía, descubriendo el entramado complejo de influencias y contrainfluencias en el que se encuentra la propia experiencia-intervención profesional y dónde radica o cómo ha surgido la (deficiente) intervención.

El punto de partida es el relato de la experiencia vivida, de su contenido objetivo, de su contenido vivencial y de su contenido significativo. Estas dos últimas dimensiones de la experiencia tienen que ver con el mundo de los sentimientos, de las emociones y de los valores.

Ese proceso de esclarecimiento o desvelamiento de la realidad es de carácter reflexivo en el sentido más etimológico de la palabra *reflectare* = doblar, quebrar, para ver qué ha ocurrido, cómo ha ocurrido y cuál es el significado para el profesional supervisado, es decir, para establecer el diagnóstico de la situación. Pero además la SPV busca la perfección del profesional. No basta sólo saber lo que ha ocurrido, sino que además interesa saber cómo hacerlo mejor, es de-

cir, desarrollar estrategias de intervención. Para ello necesitamos saber si el obstáculo o la dificultad viene de fuera, institución, cliente o miembros del equipo, o procede más bien del propio supervisando, de posibles traumas psíquicos, de ciclos vitales no cerrados o por otros motivos de índole intrapsíquica, o por último si el origen radica en la deficiente capacidad técnico-metodológica. Por tanto la supervisión además de implicar un *diagnóstico*, implica una *evaluación* de la acción, y por último, la SPV pretende mejorar *la capacidad de intervención*. De alguna manera podemos afirmar que la SPV es reflexión y (proyección de) acción.

BREVE RELATO DE UN EJEMPLO DE SPV

Un grupo de profesionales de ayuda, entre los que había tres trabajadores sociales, dos educadores especializados y dos monitores de tiempo libre, se dirigen al autor de este artículo «para que les ayude a reflexionar» sobre una experiencia de tiempo libre con jóvenes y niños minusválidos programada y realizada por ellos a encargo de una institución pública. Después de la experiencia hay síntomas de disgusto en alguno de ellos y tendencias a evitarse en la vida cotidiana y una sensación generalizada de malestar.

En la primera sesión acordamos primero el tiempo que le quieren dedicar a la reflexión. Acordamos tres sesiones, con disponibilidad de aumentar el número de ellas si fuera necesario. El supervisor propone que cada uno cuente su experiencia y haya intervenciones por parte de los demás en el sentido de un Feedback reflexivo. En el transcurso de la reflexión se va centrando la problemática en uno de los cinco elementos anteriormente mencionados: las relaciones recíprocas entre los miembros del equipo, que se manifiestan en la cuestión de la jerarquización dentro del equipo de «(ideológicamente definido) iguales». Efectivamente, hay dos miembros del equipo, un educador y una trabajadora social, los de más edad, emparejados afectivamente, los que asumen posiciones de autoridad frente a los otros, que consideran «prohibido» (implicitamente por no encajar en la ideología de la igualdad) cualquier destacamiento autoritario y se dedican por ello a torpedear toda decisión que los dos van tomando, como ellos dicen «por la necesidad que hay de autoridad», y de que alguien tome decisiones. Como en el transcurso del programa de tiempo libre, está (implicitamente) prohibido tematizar la autoridad (no debe existir,

luego no existe), el conflicto se desplaza al terreno de los valores y argumentan que mientras para unos la puntualidad es muy importante, para otros no tiene demasiado valor, importante es el grado de satisfacción que siente cada cliente en la actividad del momento. Esta actitud de unos y otros amenaza con romper toda cohesión de convivencia del conjunto, clientes y profesionales, por lo que los otros dos miembros ven reforzada la «urgente» necesidad de que alguien decida lo que debe ser «para el bien de todos».

En el transcurso de la supervisión, se «permiten» cuestionar unos su tabuización de la autoridad y esclarecer otros los criterios de legitimidad de la autoridad y de las funciones de la misma, concluyendo todos que la próxima vez ya en la programación y preparación habrá que delimitar competencias, prever conflictos y el modo de solucionarlos durante la propia intervención social.

MODELO PRACTICO DE SUPERVISION

Antes de describir los cuatro pasos por los que transcurre una sesión de supervisión a fin de que el lector pueda hacerse una idea aproximada de la misma quiero mencionar algún otro aspecto que va unido a la supervisión que aquí presentamos. En primer lugar al tratarse de una supervisión grupal hay que tener en cuenta los principios teórico-prácticos de la dinámica de grupos, sobre todo en lo que se refiere a sus etapas evolutivas (Lewin, Tuckman). Asimismo la SPV se orienta en los mismos principios deontológicos que el trabajo social: el respeto por la persona, su autonomía y su autorresponsabilidad, principios que han sido asumidos expresamente por C. Rogers y discípulos en su *Terapia Centrada en la Persona*. Igualmente quiero hacer referencia a la importancia del principio del «aquí y ahora» de la sesión de trabajo de supervisión tal y cual lo defiende Fritz Perls en su *terapia guesáltica*, en cuanto que en él se reproduce el «entonces y allí» de la situación profesional, objeto de reflexión.

He aquí, pues, los cuatro pasos por los que transcurre «idealmente» una sesión de supervisión y algunas normas orientativas de conducta que pueden favorecer la reflexión grupal.

1. El supervisando cuenta, espontáneamente, si no se ha preparado de antemano, al grupo una experiencia profesional, teniendo en

cuenta los cinco puntos del esquema y su significación actual para él. La indicación para el supervisando es: Relata tu experiencia a nivel objetivo, vivencial y significativo.

2. El resto de miembros ayudan a completar el relato, en sus tres dimensiones: datos objetivos, datos emocionales y significativos, de tal manera que puedan comprender lo más perfectamente posible la situación y al propio supervisando. El efecto es que el propio supervisando va entendiendo mejor su propia situación: En este paso son importantes las cuestiones de comprensión. De ahí que las indicaciones para los miembros del grupo son:

a) Escucha activamente, es decir, estate atento a lo que el supervisando relata y a lo que no relata en su descripción sobre los aspectos objetivos, subjetivos, y dentro de éstos a los emocionales y su significado, en referencia a los elementos mencionados.

Es importante estar atento también a lo que no se dice, porque puede ser una pista de que el supervisando está evitando algo, o no tiene conciencia, no le da importancia, significado a alguno de los elementos objetivos, a las vivencias o a los significados.

b) Evita interpretaciones, si te falta algo para comprender al supervisando, hazle saber el qué, hasta que hayas entendido. Esta norma va a evitar preguntas inquisitorias sobre su (del supervisando) vida profesional. Expresiones como: para poderte entender bien necesito saber..., me llama la atención que no hayas dicho nada sobre..., son más apropiadas que decirle a alguien: Por qué no hiciste tal cosa, o por qué no nos cuentas lo que hiciste..., que probablemente pongan en marcha más los mecanismos de defensa. La cuestión no es retórica, sino que encaja con nuestra concepción en el sentido de propiciar una comunicación «libre de presiones, coerciones y dominios externos», al evitarlas el supervisando podrá concentrarse más en su autoexploración. La paráfrasis o verbalización de contenidos objetivos, emocionales y significativos tal cual lo practica Rogers puede ser una magnífica técnica para llegar a comprender mejor el relato y a través de él la situación en su complejidad. No hay que olvidar que uno se entiende asimismo mejor a través de la comprensión de los demás.

c) Estate atento a las reacciones internas (toma contacto contigo mismo) tuyas al oír el relato del compañero: reacciones del cuerpo y reacciones psíquicas y mentales. Dolores y tensiones, movimientos corporales, fantasías, pensamientos, recuerdos, ideas percepciones,

sentimientos, emociones, descubrimientos, etc., que te originan la persona que relata y su relato.

3. En esta fase los participantes devuelven al supervisando lo que les ha sugerido a través de su escucha activa la comprensión de la situación del supervisando y del propio supervisando en ella. (Ronda de Feedback expreso y consciente.) En esta fase la norma para los que dan el Feedback es: Hazle partícipe al supervisando de todo o de parte de lo que te ha sugerido su relato, su persona, comunicándole tus pensamientos como pensamientos tuyos, tus descubrimientos como tus descubrimientos, tus fantasías como tus fantasías, y así sucesivamente. Lo que se pretende es evitar en esta fase la instrucción del que cree saber mejor las cosas, los consejos baratos del que no está implicado directamente en la situación, los juicios de valor del que se erige en juez de lo bueno y de lo malo, de lo correcto y lo falso en la intervención social (ver T. Gordon, 1970, cap. VI). Para el supervisando es la norma en esta fase: Escucha atentamente y comprueba en ti que es lo que dice o produce cada una de las intervenciones de los demás miembros del grupo, comprobando qué es lo que te ayuda y lo que no te ayuda en la comprensión de tu situación y si hay aspectos que te sirven para tu futura acción. Estas dos fases suelen ir muy unidas, a veces es difícil separarlas en la práctica.

Suele ocurrir con frecuencia que en esas dos fases el problema se focaliza en un tema o en uno de los elementos, acentuando una vez los aspectos institucionales, otros los relacionales, otros los personales o intrapsíquicos, en otras ocasiones los instrumentales. La razón fundamental de estas dos normativas, tanto para el que habla como para el que escucha, viene dada por el hecho de que también la supervisión es un proceso interactivo, y nuestras reacciones, comprensiones, sentimientos sólo se entienden desde la influencia y contrainfluencia que ejercemos recíprocamente los unos sobre los otros. Por eso interesa descubrir qué es lo propio y qué es del otro en la interacción. El resultado es una responsabilización de cada uno de lo suyo, al mismo tiempo que se descubre la influencia que ejerce lo propio en el otro y viceversa. Este mismo ejercicio ayuda a comprender la situación interaccional del profesional en sus implicaciones propias y ajenas. Esta fase acaba cuando todo el conjunto del grupo tiene la impresión de no haber nada más que añadir a lo dicho. Cuando existe una especie de consenso entre los miembros del grupo en el sentido de que la situación ha sido clarificada, y el supervisando sabe mejor lo que quiere, lo que puede y el cómo lo quiere realizar. Es una especie de unísono

no, o equilibrio entre los miembros del grupo y el propio supervisando.

4. El supervisando primero, los demás miembros después, van comunicándose recíprocamente lo que la sesión de supervisión les ha aportado.

5. A veces conviene hacer una ronda de metacomunicación, en el sentido de que cada uno pueda decir cómo ha vivido la sesión y las diversas intervenciones habidas en ella.

6. En sesiones de aprendizaje, para estudiantes en los diversos campos de la acción social, o en la formación de supervisores se puede explicitar teóricamente el proceso recorrido en la sesión. Para este trabajo, un vídeo que grave la sesión puede ser una gran ayuda. El supervisor, como experto, debe estar atento fundamentalmente a que se cumplan las normas e interviene en el sentido de las mismas. Sus técnicas, dependerán de su repertorio. En mi caso me sirvo de técnicas como la verbalización, a veces hago dramatización, otras uso técnicas de inspiración gestáltica, otras me oriento en la programación neuro-lingüista, a veces uso el método de la problematización inspirado en P. Freire, etc., según las circunstancias y los temas.

CONCLUSIONES

El modelo de SPV que presentamos es un instrumento de reflexión que posibilita la creación y mantenimiento de identidades profesionales-personales. Se sirve de similares medios, procesos, técnicas que la sociedad en la creación de identidades sociales-personales: los otros significantes (el supervisor y los miembros del grupo), el lenguaje y el deslindamiento de los elementos implicados; lo social-institucional, lo interrelacional, lo intrapsíquico y lo operativo.

Por otra parte se convierte en modelo de intervención social en cuanto que los profesionales de lo social deben ayudar a sus clientes de modo similar a lo que lo hace el supervisor con ellos a participar en el mundo de la vida, deslindándose de lo social, de lo intersubjetivo, de lo subjetivo y de lenguaje, es decir, a crear identidades fuertes.

Como puede observarse la actividad de supervisor es también muy compleja y supone conocimientos y habilidades propias. Tal vez llegemos en España alguna vez a la figura profesional del supervisor como profesional de ayuda a los profesionales de lo social, como ocurre ya en

otros países. Mientras tanto deberemos seguir reflexionando e intercambiando modelos existentes ya en nuestro país de cara a perfilar de un modo generalizado las características, formación y áreas de intervención de tales profesionales supervisores. Ojalá sirvan las reflexiones que aquí presentamos como humilde aportación a la discusión.

BIBLIOGRAFIA

- AUWAERTER y otros: Seminar: Kommunikation, interaktion. Identität. Suhrkamp, Frankfurt, 1976.
- BERGER, P., y LUCKMANN, T.: *La construcción social de la realidad* Amorrotu/Murguía, Madrid, 1986.
- BOETTCHER, H.: *Sozialpädagogik im Ueberblick, Versuch einer systematischen Agogik*. Herder, Freiburg, 1975.
- BUBER, M.: *Das Dialogische Prinzip*, Lambert/Schneider. Heidelberg, 1979.
- CHAFFER, H. P.: *Interacción y socialización* Visor, Madrid, 1989.
- ERIKSON: *El ciclo vital Completado*. Paidós, Barcelona, 1985.
- FREIRE, P.: *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI. Buenos Aires, 1970.
- : *¿Extensión o comunicación?* Siglo XXI. Buenos Aires, 1973.
- GERMAIN y GITTERMAN: *Praktische Sozialarbeit*. Deas Life Model der sozialen Arbeit, Enke, Stuttgart, 1983.
- GEULEN/HURRELMANN: *Zur Problematik einer umfassenden. Sozialisations-therie*. En: Hurrelmann/Ulich (hrsg.) *Handbuch der Sozialisationsforschung*. Luchterhand, Neuwied, 1980.
- GOFFMAN, E.: *La presentación de la persona humana en la vida cotidiana*. Amorrotu. Buenos Aires.
- GORDON, T.: *Parents Effectiveness Trainging*, The «Nolose» Program for Raising responsible Children. Petr H. Wyden, Inc., New York, 1970.
- HABERMAS, J.: *Teoría de la acción comunicativa*. Tomos I y II. Taurus. Madrid, 1987.
- HERNANDEZ, J.: *Pedagogía del Ser*. «Prensas Universitarias Zaragoza». Zaragoza, 1990.
- KRAPOHL, L.: *Erwachsenenbildung. Spontaneität und Planung*. IBS. Aachen, 1987.
- LUHMANN, N.: *Sozialsysteme*. Suhrkamp. Frankfurt, 1987.
- MARCEL, G., y BEHIER, E.: *Sein und Haben Schoning*. Paderborn, 1969.
- MC CARTHY, T.: *La teoría crítica de J. Habermas*. Taurus. Madrid, 1987.
- MEAD, H.: *Espíritu, persona y sociedad*. Paidós. Barcelona, 1985.
- PARSONS, T.: *Societies*. Prikcenton, 1966.
- PERLS, F.: *El enfoque guesáltico*. Cuatro vientos. Santiago de Chile, 1986.

- ROGERS, C.: *La psicoterapia centrada en el cliente*. Paidós. Barcelona.
- SCHMIEDBAUER, W.: *Die hilflosen Helfer*. Rowohlt. Reinbeck, 1977.
- WATZLAWICK, P. y otros: *Teoría de la comunicación humana*. Herder. Barcelona, 1987.

Los procesos de reinserción de grupos marginados

Lola Arrieta Olmedo
Psicóloga. Psicoterapeuta
Asoc. Cooperativa Alfonso VI

«Para llegar a *hacerse cargo* de lo que es la realidad
es preciso *encargarse* de la realidad
aunque esto nos lleva muchas veces a *cargar* con la realidad.»

(Ignacio ELLACURIA.)

1. INTRODUCCION Y REVISION DE CONCEPTOS

1. La marginación supone siempre una *radical injusticia* porque, salvadas las disquisiciones teóricas del que se automargina por deseo, elección, etc., es «la limitación del disfrute de los logros sociales o el bloqueo total para acceder a los mismos». En resumen, el *nivel de calidad de vida* en lo físico o en lo psíquico está deteriorado.

2. La marginación se refiere siempre a una *situación* que «*padece*» determinadas personas en cuanto *componentes de grupos* (entendidos como *colectivos*) que por la forma de *categorizarse* (= nombrarse) desde el «afuera» (= grupo social dominante) quedan estigmatizados, esto es, que por el solo hecho de oír determinados conceptos (drogadicto, loco, pobre, transeúnte, delincuente, paralítico, ciego, ladrón, terciarista, negro, etc.) se disparan en nuestro interior una serie de imágenes que configuran la idea que nosotros tenemos de estas personas (= juicios implícitos de valor) y nos mueven a determinadas conductas cuando estamos ante ellos (= normas explícitas de comportamiento), conductas que pueden generarse desde los sentimientos más variados: pena, miedo, rabia, agresividad, indiferencia, y que se traducen en: ayuda caritativa, evitación, persecución, castigo, no hacer nada, etc.

3. La marginación, en la mayoría de los casos, es *impuesta*; esto significa que el sujeto nace en ella o con ella, o le afecta en un momento determinado de su vida. El sujeto *la padece pasivamente* al menos al principio y esta situación genera *dinámicas de pensamiento* y

conducta de legítima defensa a fin de mantener un cierto equilibrio que le permita vivir de una forma más o menos normalizada. Así van definiéndose sus roles en medio del mundo de todos: «aparcados», «sometidos», «reactivos», «listillos», «aliados con la marginación misma», «enfrentados».

4. La evolución de la conciencia de marginación de estos colectivos e incluso la lucha por superarla es una cuestión polémica y compleja que queda *totalmente condicionada* por la *relación* que se establece entre los llamados «*grupos NORMALIZADOS*» (= los que tienen el poder económico y político, los que disfrutan de un alto nivel de calidad de vida y todas las clases medias que tratan de imitar a los primeros, «sociedad de los tres tercios»), y los «*grupos MARGINADOS*» (= colectivos en estado de necesidad, carencia o desventaja en relación a los grupos normalizados).

4.1. La *Reinserción* es la *cara opuesta* de la situación de marginación y, como tal, afecta a *todos los aspectos de la persona* que como *ser social* lo que vive es siempre fruto del interjuego de fuerzas entre su *adentro* (componentes biológicos y dinamismos psíquicos) y su *afuera* (proceso de socialización, condiciones de vida: vivienda, trabajo, familia, etc.) como ya hemos dicho en otras ocasiones. La *Reinserción social* plena sólo es posible con otro modelo de desarrollo.

4.2. La *Reinserción* es, pues, una realidad compleja que en cada momento y situación habrá que definir en su realidad, objetivos y límites, y que trabajarla supone implicarnos en *PROCESOS de GRUPOS* con una metodología acorde con nuestros objetivos.

5. Por *PROCESOS* (que la palabra viene del latín y significa «*ir hacia adelante*», «*progresar*») entendemos *fases secuenciadas* que se suceden en el tiempo, transformaciones que se enlazan unas con otras a partir de un conjunto de influencias.

Los procesos no son ni *uniformes* ni *homogéneos*, siempre suponen *cambio*, y estas resultantes o «*conjunto de efectos*» dependen mucho de cómo se han llevado a cabo la intervención y las condiciones (= variables extrañas) que le han afectado.

6. Por *Reinserción* nunca entendemos proceso de *sometimiento* de una persona y/o grupo a los intereses, normas y conductas del grupo social dominante, sino *capacidad* para superar una situación vital de dependencia socio-económica, desarrollo de un poder adquisitivo propio y saber pensar por sí mismo, saber discriminar todas las solici-

taciones del exterior y llegar a desarrollar una función social de la cual se beneficia el propio sujeto o grupo marginado y la comunidad en la que está inserto.

2. REVISION DE LOS DISTINTOS MODELOS GRUPALES Y ELECCION DE ENFOQUE

Toda acción nos remite siempre a una teoría. A la hora de plantearnos los *procesos de inserción de grupos marginados* vamos a hacer, en primer lugar, una revisión de los Modelos de Grupo de los que podemos partir como base para nuestro trabajo.

El estudio e investigación de los grupos a lo largo del presente siglo ha estado muy condicionado a las circunstancias históricas concretas de los países que han pagado las investigaciones con el fin de descubrir estrategias y recursos para la influencia en los grupos, de tal manera que las colectividades se orienten según los intereses del *Poder Establecido* (= Estado Fuerte = Padre = Líder).

La pregunta original para el estudio de los Grupos es:

2.1. *¿Qué nos mantiene unidos en una sociedad y más específicamente en un determinado orden social?*

La pregunta surge en Europa ante la profunda *crisis social* desencadenada por el proceso de industrialización capitalista.

Las ideas freudianas psicoanalíticas son las que toman más cuerpo para configurar un *modelo de grupo* y una forma concreta de funcionamiento.

Freud dice:

«Lo que mantiene unidos a los miembros de una sociedad son los lazos afectivos que los vinculan a un mismo dirigente o líder en un proceso de identificación colectiva».

Aparece así el *Modelo Individual de Grupo* de corte puramente psicoanalítico.

Se define al grupo como un *agregado de personas* y como un todo común y unitario perfectamente ordenado por la jerarquía.

El *conflicto* surge a la hora de compaginar las necesidades del individuo y las necesidades del grupo.

La *resolución de dicho conflicto* pasa por pedir al individuo el cambio.

El *Proceso Grupal* se pone, pues, en función del cambio de los individuos y no se cuestiona para nada el todo del grupo. AYESTARAN ha recogido el pensamiento de R. KÄES que nos ayudará a entender bien los procesos de los grupos.

«Cada Modelo Grupal tiene unos organizadores socio-culturales que nos sirven para hacernos la representación del objeto-grupo.

Estos organizadores consisten en figuraciones de modelos (prácticos o teóricos) de relaciones interpersonales, grupales y colectivas.

Su valor fundamental estriba en que nos ofrecen imágenes colectivas míticas para la existencia del grupo».

«Los organizadores sociales definen la cultura, es decir, el código común a todos los miembros de una formación colectiva organizada; este código se compone de prácticas sociales y de sistemas sociales de representaciones, tales como ritos, mitos, ideologías.

Y a su vez, todos estos elementos admiten variaciones más o menos amplias en función de las necesidades de los diferentes miembros del grupo».

Por eso, para entender muy bien la *Representación Social* que actúa como *organizador* de un grupo, hay que observar la *dinámica de relaciones humanas* que se genera en los miembros.

El *Modelo Individual* se inspira en el *Modelo Socio-Cultural Paterno* (de tradición Judeo-cristiana y Psicoanalítica).

Las características de este modelo son:

— Modelo centrado en la *autoridad* del Padre, Líder, Estado Fuerte, dominado precisamente por esta Ley del Padre.

— Cada miembro se define a sí mismo en el grupo con referencia a esta autoridad: El Padre Fuerte es el que puede y sabe todo.

— La cohesión del grupo está en función de la *identificación* de los miembros con esa misma autoridad o idea central que se propone.

— Esta misma sumisión provoca a su vez sentimientos de culpa y necesidad de reparación.

Si aplicamos estas ideas al trabajo social de nuestros días con grupos marginados, nos encontramos con que:

— Se identifica la *autoridad del grupo* con el *Estado Fuerte* (= el Padre), que tal y como está organizado, conoce las necesidades de sus miembros, y legitima y pone en marcha políticas sociales acordes con estas necesidades.

— Los *grupos* en su buen o mal funcionamiento, se identifican con «lo que son las personas».

— *Las personas*, sobre todo los marginados, son gente a la que «hay que enseñar a cambiar» porque no saben, no pueden.

— Los animadores de los grupos se transforman en «agentes» frente a los «pacientes», que son los usuarios de los programas *diseñados* a partir de diagnósticos individuales de corte médico, psicológico, jurídico o social, pero que nada tienen que ver con el *Estudio Integral* de la *situación* que padece el marginado.

— Las *Relaciones Interpersonales* no existen. Se provoca la rivalidad, el individualismo y la dependencia cuando no el «pillaje» entre lo que son ofertas sociales y demandas de los usuarios. La relación siempre *dicotomizada y dual*.

— Los *Criterios de Evaluación* se miden por estadísticas de éxito o fracaso, de aumento o disminución de marginados.

- Si los sujetos *se someten* y cambian según las propuestas: Éxito.

- Si los sujetos *se rebelan* y se desvían: Fracaso.

— La *cohesión grupal* se mide en función de «agregados de personas sometidas» (alta cifra de participación en actividades puntuales y de beneficio inmediato que se utiliza para «cerrar bocas» y/o «cazar» votos).

— Las *actitudes que se fomentan* son: la baja autoestima, la dependencia, la sumisión, la cronicidad de las marginaciones, la poca responsabilidad, el bloqueo de la creatividad.

Expresiones coloquiales de Educadores y Agentes Sociales, así como del pueblo llano, evidencian cómo nos funciona este Modelo Individual paterno:

«En un barrio o pueblo se propone una actividad cultural de animación socio-cultural. Acuden pocos. La gente comenta: "Si es que así no se puede hacer nada, es que la gente de este pueblo es de lo que no hay... ¡Hay cada uno! Pero convoque usted una reunión y diga que se regala dinero, ya verá cómo vienen, ya verá... Y es que mientras las personas no cambien..."»

La atención individualizada y personalizada es muy importante, y en el trabajo social no sólo no la ponemos en duda sino que la apoyamos, pero dentro de un *Proceso de Inserción*.

De lo contrario, agudiza el asistencialismo.

2.2. A mediados de siglo, en torno a los años 50, surge la *AMERICANIZACION de la PSICOLOGIA*.

La conveniencia pragmática de los grupos en el poder no permite preguntarse por el espacio y la función que pueden ocupar y desempeñar determinados colectivos de marginados en el interior de una sociedad concreta sino cuáles son las *necesidades e intereses* del *Orden establecido* y cómo hacer para conseguir el *Progreso* y la *Adaptación* de todos sus miembros a estos intereses.

En la historia de Estados Unidos este planteamiento se explica por la avalancha de *inmigrantes* que llega y por las crecientes exigencias del Capitalismo Industrial, así como las presiones que esas exigencias imponen a la vida social y cultural.

Las urgencias son, pues:

- 1) Integrar a los recién llegados al sistema establecido.
- 2) Adaptarlos a la cultura y estilo de vida dominante.
- 3) Búsqueda del máximo beneficio que supone la máxima eficacia en lo referente a trabajo, economía, en función de los intereses del sistema.

La Psicología Social y el estudio de los grupos orienta la investigación por ahí. La pregunta que subyace es:

¿Qué hacer para que los individuos se adapten, se integren, se inserten en el orden social establecido?

El despliegue de estudios en esta etapa es sorprendente; se puede decir que es el tiempo en el que la Psicología Social adquiere carácter de Ciencia.

Aparece así el llamado *Modelo Grupal*, inspirado en los presupuestos de *Lewin*, *Cartwright*, *Biñón* y la *Escuela Inglesa de TAVIS-TOCK*.

El presupuesto básico de este modelo es considerar al *pequeño grupo* como un «campo de fuerzas que organiza y estructura al grupo en cada momento, creando su propia cultura, sus propias normas de funcionamiento y asignando papeles a cada miembro como resultante de su funcionamiento total».

El *conflicto* surge cuando hay disidencias en el interior del grupo, rompiendo su cohesión y bloqueándose el proceso de avance.

La *resolución del conflicto* pasa, pues, por la búsqueda del consenso entre los miembros.

El *proceso grupal* y el logro del cambio se plantea así:

«Si trabajamos a los individuos en el grupo pequeño, hacemos que se pongan en juego sus dinamismos afectivos y sus potenciales de energía; por la interacción mutua se aprenderán una serie de dinámicas que les facilitará el cambio. Un cambio *aquí/ahora* en el interior del grupo (*adentro*) que los individuos, por extensión, serán capaces de practicar y realizar en el *allá/entonces*, es decir, en el *afuera* del grupo».

Este Modelo grupal se inspira en el Modelo Socio-Cultural Materno.

Las características son:

— En este Modelo, las relaciones interpersonales no se organizan en torno a la figura del padre o líder, sino en torno al Grupo, que se convierte en *REFUGIO*, lugar de *fusión afectiva*, instancia que genera seguridad y garantías.

— Cada miembro se difumina en sus límites individuales, y la conciencia de la *propia individualidad* es sustituida por la experiencia de la *participación en los sentimientos comunes*, es el llamado —en términos terapéuticos— *contagio afectivo*.

— La cohesión del grupo exige acentuar la importancia de los afectos, de la acogida incondicional, dejando a un lado la agresividad que amenaza siempre con la *aparición de las individualidades y de los conflictos interpersonales*.

— Más que favorecer la *autonomía personal*, a través de la expresión directa de los intereses personales, los grupos prefieren acentuar *lo que tienen de común con los miembros*.

— Este tipo de Dinámica Grupal se encuentra mucho en grupos con finalidad filantrópica; en ellos, a veces, se agudiza la acogida, mientras que la agresividad y la diferencia se colocan fuera del grupo.

Si aplicamos estas ideas al Trabajo Social de nuestros días con grupos marginados, nos encontramos que:

— *La pertenencia a un grupo es la meta que sostiene y alimenta a los individuos, cuando lo han descubierto como «objeto deseable».*

— *Las personas son en cuanto pertenecientes a un grupo con sentimientos comunes.*

— *El animador fomenta la pertenencia en el llevarse bien, colaborar y cumplir las reglas señaladas, no expresar disidencias, acoger. Todo lo orienta al grupo y desde el grupo.*

— *Las relaciones interpersonales existen en la medida en que hay buenas relaciones entre los miembros. La aparición de la agresividad bloquea al grupo con mucha facilidad.*

Hay una cierta tendencia a la formación de «guettos».

— *Los criterios de evaluación se fijan a partir del grado de armonía existente en el grupo. Si el grupo «se lleva bien» y se cumplen las reglas, se considera que avanza. Si en el grupo surgen conflictos se considera que no funciona.*

— *Cohesión grupal se da en la medida en que se da homogeneidad de los miembros.*

— *La actitud que más se fomenta en este tipo de grupos es la acogida incondicional y el bienestar individual; pero, al estar ausente el ejercicio de la confrontación, no se potencia la asertividad individual ni la conciencia de grupalidad que hacen posible afrontar con autonomía las situaciones difíciles. Así la pertenencia en el grupo, con el paso del tiempo, tiene efectos de incubadora que desvitaliza más que alimenta el crecimiento y la inserción misma.*

Los límites de este enfoque, tan utilizado con éxito en el laboratorio, surgen de la vida misma.

Los conflictos de los grupos marginados van mucho más allá del mundo afectivo y relacional; surgen de las condiciones de vida. Por eso, aunque este modelo de grupo es importante para generar riqueza de comunicación y comprensión personal en ambientes permisivos, ni las organizaciones industriales, ni las educativas, ni las militares encuentran aquí recursos para sus intereses.

Expresiones coloquiales de participantes de estos grupos, subrayan por sí mismas estos límites:

«Sí, claro, aquí es muy fácil hablar —decía una señora en un grupo de amas de casa— pero, vaya usted a mi casa (dirigiéndose al animador de grupo) cuando, por la noche, vuelve mi marido borracho, a ver quién escucha.»

El rebrote de racismo al que estamos asistiendo, la orientación de la política actual en cuanto a la Ley de Extranjería, la Tercera Edad, los borradores de la Ley de Menores, las aplicaciones concretas de la nueva Ley de Acción Social, nos hacen pensar si no se está repitiendo en nuestro país las inquietudes de los americanos en los años 50.

2.3. Urge pues, volver a reflexionar los problemas y volver a reflexionar las teorías y la metodologías.

Al cuestionarnos este dato previo del *Orden establecido* y darnos cuenta que es un verdadero *desorden* que arroja al margen a un tercio de esta sociedad, la pregunta cambia radicalmente, porque pensar en *Procesos de Reinserción* no es pensar en cómo adaptarse a lo que ya hay, sino *¿cómo librarnos de lo que hay y establecer un nuevo orden social?*

No se trata aquí de negar radicalmente un Marco Social, pero sí ponerlo en cuestión. Tal y como existe no es criterio normativo ni de muchas personas ni de muchos grupos.

Lo que nos preocupa, pues, es saber cómo las personas pueden liberarse de las presiones establecidas y construir un orden social diferente más justo y más humano donde se rompan desigualdades (no sólo se suavicen diferencias).

Autores como Peter BERGER y LUCKMANN, GOFFMAN y sobre todo la corriente de psicólogos europeos, entre los que citaré a TURNER, TAJFEL y MOSCOVICI (aunque ya encontramos antecesores como FOULKES, de la escuela de TAVISTOCK), emprenden la investigación y el estudio por otros derroteros.

Aparece así el llamado *Modelo Psico-Social de Grupo*.

El presupuesto básico es considerar al Pequeño Grupo como un sistema abierto en *interacción constante* con el sistema total y *lugar de referencia* desde donde llevar a cabo cambios.

El *conflicto* es una realidad tan obvia como la vida misma, y fruto de influencias diversas del *adentro* y del *afuera* del grupo. Está presente siempre y se cuenta con él.

La *resolución del conflicto* supone tomar conciencia de él, definirlo con todos sus elementos, es decir, con una perspectiva situacional, y afrontarlo de forma diseñada y estratégica, poniendo en juego *procesos Creativos e Innovadores*.

El Proceso del Grupo es la resultante de la presión e interacción entre el grupo minoritario y el grupo de referencia.

Dicho de forma coloquial: lo que vive el grupo siempre es fruto de lo que viven y sienten sus miembros como sollicitación y/o presión desde el *afuera* y la forma de organizarse, proyectarse, asimilarlo y responder que se hace desde el *interior*.

Este *Modelo Psico-Social* se inspira en el *Modelo Socio-Cultural Fraternal* (representado por la Leyenda de los Caballeros de la Tabla Redonda).

— Un modelo grupal de *iguales*, equiparables y bien diferenciados todos sus miembros.

— Organizados en *democracia horizontal* y régimen autogestionario.

— Modelo de grupo penetrado por una fantasía de *autogestión*.

— Sus miembros no se definen en función de un líder, ni de una autoridad ni del grupo mismo, sino en función de una *realidad común* que les reúne a todos y les hace organizarse para conseguir determinadas metas.

Si aplicamos estas ideas al Trabajo Social con Grupos Marginados nos encontramos que:

- La *pertenencia* a un grupo es un *medio*, una plataforma que facilita a sus miembros la lucha por superar su marginación. La forma de pensar y actuar es un dato previo con el que vamos a contar.

- Las *personas* son una fuerza para el grupo mismo, pues aportan iniciativas y trabajo para la tarea común.

- El *Animador* fomenta la *participación* y promueve la *creatividad*; es un miembro más con una función específica de organización y dinamización que no le sitúa ni por encima ni por debajo del resto de los miembros.

- Las *relaciones interpersonales* son de colaboración. Todos somos *equiparables*, todos somos necesarios, nadie tiene la verdad absoluta ni es completo; todos podemos contribuir para el logro de algo, todos podemos dar y recibir.

- Los *criterios de Evaluación* se ponen en la capacidad de elevar la autoestima individual y grupal, así como en el desarrollo de las capacidades de autonomía y creatividad para llevar a cabo cambios, de ha-

cer análisis globales de lo que ocurre y de generar alternativas para los conflictos.

Se trata de desarrollar recursos defensivos facilitadores de integración, cambio y superación de las marginaciones múltiples, desarrollando acciones valiosas para los miembros del grupo minoritario y para el grupo total referencial en el que se está inmerso.

- La *cohesión grupal* supone capacidad de sentirse implicados en un proceso de cambio.

- Las *Actitudes que se fomentan* en este tipo de grupos son: la autonomía, la creatividad, el funcionamiento mental abstracto y global que trasciende los límites de lo inmediato, la cooperación y la superación, así como la progresiva emancipación. El grupo es trampolín, pero... no meta-aparcamiento.

Las límites de este enfoque están en:

- La falta de mentalización de los mismos animadores para actuar desde este planteamiento.

- En la exigencia de implicación con el grupo de marginados.

- En la presiones del afuera, que a veces son tan fuertes que no permiten ver resultados a corto plazo.

- En la falta de entrenamiento práctico para orientar la animación desde esta perspectiva y hacer diseños acabados, y definir muy claramente las expectativas para saber, en cada momento del proceso, en qué aspectos tenemos que incidir.

Lo confundidor de la situación actual es que teóricamente se proponen modelos sistémicos de trabajo social, pero a la hora de hacer el «aterrizaje concreto» no están ni bien delimitados los objetivos por falta de una definición clara del punto de partida, ni se utilizan instrumentos operativos para incidir en el «adentro» y «afuera» del grupo.

2.4. *Hacia un MODELO INTEGRAL COMUNITARIO.*

A la hora de elegir Modelo para el trabajo con grupos marginados, nosotros abogamos por un Modelo de *síntesis*, que si bien tiene su base en este tercer modelo Psico-social, no por eso rechazamos la necesidad de atender individualmente a determinados sujetos, sobre todo en un primer momento en el que no existe ni conciencia del problema, ni conciencia de su situación, o están limitados por sus mismas deficiencias (pienso, por ejemplo, en grupos de disminuidos

1.	INDIVIDUAL	GRUPAL	PSICOSOCIAL
2. Este modelo lo proponen.	Políticas Totalitarias.	Políticas de Bienestar.	Políticas de Solidaridad.
3. Autores.	Corriente psicoanalítica ortodoxa.	Dinámica de grupos. K. Lewin.	Psicólogos Sociales Europeos, Moscovi, Turner, Tajfel.
4. Organizaciones Socioculturales.	Modelo paterno.	Modelo materno.	Modelo fraterno/Autogestivo/Tionario.
5. Grupo.	Agregado de personas.	Personas en interacción.	Fuerza viva desde donde llevar a cabo los cambios.
6. Proceso de grupo (idea base).	En función de los miembros, «los grupos son lo que son las personas».	En función de la dinámica, «el grupo funcionará bien cuando todos estemos de acuerdo».	En función de la interacción adentro-afuera. «El grupo siempre vive conflictos, fruto de la vida misma, de lo que pasa adentro y afuera, esa es nuestra riqueza y nuestro avance.»
7. Conflicto.	«Cuando el grupo marcha mal la culpa es de fulano y mengano.»	«La culpa de que el grupo marche mal es que las personas del grupo tenemos expectativas diferentes.»	«Lo que nos crea conflicto siempre es fruto de influencias diversas de dentro y fuera del grupo.»
8. Forma de intervención (Método de trabajo).	«Cambiamos a las personas individualmente y el grupo cambiará.» • Acciones individuales. • Gestos aislados. • No proceso. • Búsqueda de sometimiento.	«Hagamos que las personas hablen entre sí y se pongan de acuerdo y el grupo avanzará.» • Fomento de comunicación. • Fomento de relaciones interpersonales, aceptación incondicional, entendimiento mutuo. • Consenso intragrupo.	«Hagamos proceso juntos.» «Hagamos recuento de nuestra riqueza, de nuestras necesidades.» «Hagamos análisis y reflexión de lo que pasa y cómo pasa en cada momento.» «Hagamos diseño de objetivos a corto, medio y largo plazo.»

psíquicos), ni tampoco negamos la existencia de grupos-puente en los que los sujetos hagan su experiencia emocional correctora, pero siempre desde este modelo referencial. Pero todas estas intervenciones (individual, uso de determinados recursos, etc.) son partes e instrumentos de un proceso, no finalidades en sí mismas (ver síntesis en el gráfico n.º 1).

3. INDICADORES PARA EL PROCESO ORGANIZATIVO DE UN GRUPO DE REINSECCIÓN

Ya vamos a pensar en concreto, poniéndonos en el lugar de cualquier animador o equipo de animadores que desde sus inquietudes, su profesión, sus puestos de trabajo, se deciden a actuar con un colectivo concreto en una comunidad local determinada.

La primera pregunta que surge es: *¿Qué hacemos? ¿Por dónde empezamos?*

Pues, si no queremos ser meros «hacedores de cosas» vamos a dar los siguientes pasos.

3.1. *Pensar la marginación en términos de Situación.*

El supuesto básico del que partimos es que, según nos preguntemos por una realidad y según formulemos los *problemas*, así vamos a actuar. Se trata de enunciar de forma clara todos los factores externos e internos, remotos y próximos que dan lugar a que determinado conflicto sea.

Esta es una elección personal que hay que realizar sin esperar a que toda la sociedad llegue a ella. El cambio lo «*empujamos*» entre todos.

3.2. *Conocer el PUNTO DE PARTIDA del colectivo concreto con el que vamos a intervenir: ANALISIS/INTER-GRUPAL.*

Pensemos cada uno, para seguir mejor el esquema, en ese colectivo que nos espera: jóvenes, ancianos, minusválidos, transeúntes, etc., y vayamos recorriendo los siguientes puntos:

1. *Ubicación de esta minoría dentro del contexto local:*

— *Condiciones de vida* (vivienda, trabajo, economía, costumbres). Se puede conocer por medio de datos ya existentes (encuesta, padrón, investigaciones hechas).

— *Forma de nombrar (categorizar) a este colectivo.* Se puede conocer por sencillos sondeos de opinión, por discusión de grupos, por análisis de contenido. Las preguntas claves son: ¿Quiénes son según tu forma de pensar, los viejos del barrio, los chavales esquineros? ¿Qué habría que hacer con ellos?

— *La función social e influencia que ejerce este colectivo.* Este punto es muy importante, nos introduce en la dinámica relacional que pre-existe entre este colectivo y su medio. ¿Están reconocidos, integrados, excluidos, etc.? La pregunta clave es: ¿Para qué sirven o podrían servir a la comunidad local estos colectivos? (Los instrumentos para conocer este punto son los mismos que los del anterior.)

2. *Conocer las leyes, decretos, disposiciones y mecanismos de opinión que se generan para con esta minoría.*

— Se trata de hacer una *revisión sobre la legislación y medidas de intervención específica* que se está llevando a cabo desde cada Comunidad Autónoma o ciudad local (Ayuntamiento, Diputación, etc.)

— También el tratamiento que los medios de comunicación local hacen sobre estos colectivos (si son ignorados, estigmatizados, si provocan conmiseración, etc.)

Es necesario conocer también los *recursos locales que ya hay en marcha*, o que ha habido. Sigue siendo un problema importante la dispersión de fuerzas, los «guettos», la multiplicación de Programas lanzados desde distintos signos y colectivos que denuncian la búsqueda de intereses institucionales y partidistas más que el interés auténtico por los colectivos marginados.

Supone además, una forma implícita de *legitimar* al colectivo con el que vamos a intervenir, en cuanto que lo nombramos, lo situamos como objeto de reflexión y de preocupación positiva.

3.3. *Deducir necesidades y esbozar el plan de acción. Organizar las estructuras de apoyo.*

Esta fase tiene una función motivadora en la comunidad local. Es de desear que en este momento ya esté implicada una minoría del grupo con el que se desea intervenir (según el colectivo que sea, hay más o menos posibilidades).

— Se trata de *nombrar las necesidades concretas* que este colectivo tiene (teniendo en cuenta todo el proceso anterior) y esbozar el *Plan para iniciar la Acción*.

Un plan *creativo y realista*, bien diseñado en su proceso y metodología, que empalme con el punto de partida del grupo y que tenga desde el principio (en su misma concepción) una funcionalidad social de la que se puedan beneficiar no sólo los mismos individuos, sino la comunidad local donde está inserto.

Esta fase requiere muchos contactos y negociaciones a fin de buscar recursos humanos y económicos para *legitimar* la acción.

— Se trata de construir las *Estructuras de Apoyo humanas* que van a actuar «a modo de intermediarios» y a desempeñar funciones de: apoyo, acompañamiento, asesoramiento, complementación para el trabajo del mismo grupo, saneamiento de imagen del colectivo en distintas áreas: económicas, de gestión, psico-sociales, pedagógicas, jurídicas, etc.

Dada la complejidad que supone un proceso de reinserción, la existencia de este tipo de estructuras es otra variable indispensable a la hora de pensar la viabilidad de dicho proceso.

— Las relaciones que conviene establecer entre los miembros del grupo de reinserción y los «equipos intermediarios» deben ser simétricas, equiparables y solidarias, con la certeza de que *juntos* se construye y se logra un Proyecto; de no ser así, caemos en el paternalismo o en la trampa de las relaciones de dominio-dependencia. Somos *todos* los que hacemos posible el Proceso, y no sólo aquellos que controlan los aspectos económicos o legales.

Este punto me parece vital, y —curiosamente— dado «por supuesto» demasiadas veces. Sin embargo, en la práctica encontramos todavía algunas posturas ambiguas que no facilitan aquello de TURNER (1974):

«Los individuos aprenden a construir la estructura social de valores y normas a través de la actividad rutinaria. Los valores sociales más importantes son aquellos que subyacen al sentido común, a las prácticas de relación rutinarias y cotidianas».

En esta dinámica, pues, nos jugamos el cambio de actitudes. «Nuestra actuación es una representación teatral, nuestra forma de actuar y relacionarnos define y expresa modélicamente la realidad social» (GOFFMAN, 1971).

Estas *estructuras de apoyo* humano habrá que buscarlas en el seno

de la comunidad local e incluso más allá de ella. La intervención misma de los animadores va en esa línea.

— Se trata también de lograr espacios y medios adecuados donde el Grupo pueda reunirse, y llevar a cabo su acción. Se hace indispensable, según la experiencia, un despacho de contacto al que puedan acercarse todas aquellas personas que demandan necesidades.

Incluye también el uso de diferentes medios de comunicación para la puesta en marcha del Proyecto. Y sobre todo, urge que en esta fase se haya ido formando —por el contacto directo— *grupo de referencia* representante de todo el colectivo a quien va dirigida la acción, para que, desde el principio, todas las negociaciones puedan hacerse desde un «*nosotros*» real.

3.4. *La puesta en marcha del Grupo (análisis de la realidad intra-grupal).*

En esta fase, los marginados que se han ido reuniendo o los directamente implicados con ellos, van entrando en una dinámica de organización primaria del grupo.

En principio, si ha habido una oferta concreta (un taller, una actividad remunerada, etc.), la mayoría acude «a ver qué pasa», a «ver qué saca», muy fijado en un objetivo inmediato vinculado a su necesidad específica, con una cierta pasividad propia del que desconoce, del que tiene miedo, del que no se siente «perteneciente» a un grupo.

Es fundamental que, como animadores, *contemos con ello*. El cambio de actitudes es fruto de *largos procesos* y está condicionado por intervenciones concretas.

Para la puesta en marcha del grupo, según nuestra experiencia, *se hace indispensable*:

1) *El contacto inicial con cada persona*. La entrevista inicial. No cuidamos suficiente este momento. Se trata del encuentro personal, individual e individualizado, la expresión de la necesidad concreta que cada uno nombra como puede, según el mundo vital en el que está inmerso.

La preparación técnica de los animadores para estas primeras entrevistas es clave para poder establecer una verdadera relación solidaria (sabiendo que el interlocutor viene con una necesidad muy puntual), y ampliar el foco del problema así como sugerir la propuesta de integración en el grupo de referencia. Hay individuos concretos

con los que esta atención individual nos llevará (por sus circunstancias) mucho tiempo, antes de poderles proponer ninguna actividad de grupo.

2) *Los contactos iniciales con el grupo.* Introducción de Dinámica relacional favorecedora de Proceso.

Cuando se trata de actividades ofertadas a todo un colectivo, y cuando las personas acuden con una expectativa concreta y hasta reduccionista (obtener dinero, aprender un oficio, etc.) habrá que contar con un desajuste inicial que en principio conviene tener muy en cuenta. Puede servir: delimitar muy bien bases generales amplias, fomentar mucho la escucha para introducir la conciencia de *proceso y construcción conjunta* del proyectos, formular muy claramente objetivos grupales y medios de acción concreta, así como diseñar una estructura mínima de organización y funcionamiento del grupo (reglas, normas básicas).

Es muy distinto transmitir al grupo —en el comienzo— sensación de ambigüedad, vaguedad, desorganización (porque todo está por pensar) o rigidez excesiva (porque todo está atado y bien atado), que transmitir consistencia y seguridad de que el proyecto lo vamos a llevar a cabo juntos, por eso desde el principio introducimos una dinámica relacional en la que: la información, la observación, la reflexión, el análisis de conflictos, la toma de decisiones, los cambios y la intervención organizada de la mayoría (cada uno en sectores diferenciados), son herramientas de trabajo; por eso, aunque están claras las referencias de grupo —a modo de andamios o cimientos—, todo está por construir.

Estos contactos iniciales facilitan el ajuste, la motivación e integración para la participación, y una dinámica de funcionamiento *no* presidida por presiones y urgencias (que se van a presentar muchas), sino por una actitud de trabajo conjunto.

3) *Conocer el ADENTRO del grupo: Análisis de la realidad intragrupal.*

La experiencia nos dice que no es tarea fácil re-orientarse en una dinámica interna favorecedora de superar las marginaciones. Ni tampoco para nosotros, animadores, acompañar a estos grupos.

En los grupos marginados existen muchas descompensaciones que, fácilmente, hacen que se dispare la ansiedad y se llegue a situaciones críticas que parecen llevar al grupo al caos o a la desintegración.

Conocer el punto de partida del grupo en su *adentro* lo consideramos una *clave fundamental* para explicarnos este momento e introducir la *dinámica relacional oportuna*.

Las variables en las que —por observación— nos fijamos, siguiendo el modelo Psico-social, son:

a) *La identidad personal*. Si se autovaloran o se sienten muy devaluados (aunque las expresiones verbales puedan confundirnos a simple vista). La experiencia da que la autoestima de los grupos marginados está *muy resentida*, y la falta de esperanza junto con la frustración y la pasividad están muy acentuadas.

b) *La idea de grupo y la valoración del grupo mismo*. Es decir, la expectativa concreta de lo que esperan encontrar en ese grupo y el valor que en sí mismo le conceden.

La experiencia da que la idea es muy mágica: «grupo para mis intereses, y ¡ya!». Se vive como un espacio que, de funcionar bien, tiene que producir beneficios inmediatos. El diálogo, la confrontación, el encontrarse con el diferente o con el «espejo» de sí mismo, la certeza de poder llevar a cabo una tarea juntos, es algo inimaginable al menos al principio.

c) *La relación que se establece entre los miembros y con el equipo de animadores*.

El grupo minoritario suele ser el reflejo y espejo de la situación que se rechaza. «¿Qué podemos hacer nosotros tal y como estamos»? «Mira ése...». «Pues anda, que ése...»

Esta percepción genera una dinámica relacional de dominio-dependencia. «Desde fuera se nos tiene que ayudar, pues si no, no podemos hacer nada.»

La organización de comportamientos defensivos en la relación es directamente proporcional al grado de presión y rechazo, así como a la frustración experimentada.

d) *El análisis de los conflictos y dificultades*.

Suele ser reduccionista y culpabilizador. La culpa de que algo no funciona la tiene *alguien* concreto. Se hace muy difícil ponerse en la perspectiva del otro, contemplar elementos de análisis globales; fácilmente se toma la parte por el todo y la falta de información y de conocimientos, así como del funcionamiento complejo de la sociedad, contribuyen a agudizar esta problemática.

	FASES DEL PROCESO	ACCIONES	CONCLUSIONES
ENTRADA	Pensar las marginaciones en términos de situación.	• No etiquetar, no reduccionismos. • Si describir factores externos e internos.	• Se amplía la perspectiva de los animadores de cara a la intervención. • Se deducen campañas de cara a la opinión pública.
PROCESO ORGANIZATIVO	Conocer el punto de partida del grupo: «afuera». Análisis Inter-grupo.	• Ubicación de la minoría marginada en el contexto local: - Condiciones de vida. - Forma de categorizar a la minoría. - Función social que realiza. • Conocer leyes, decretos, disposiciones y mecanismos de opinión que afectan a la minoría marginada. • Recursos y programas ya en marcha para la atención de esta minoría.	• Se focaliza detalladamente la situación de la minoría marginada. • Se deduce lo que podemos esperar de los participantes en un primer contacto: en cuanto a expectativas, conductas, ecétera.
	Deducir necesidades. Plan de acción. Generar estructuras de apoyo.	• Elaboración de un plan creativo y realista. • Contactos, negociaciones con el medio. • Organización de equipos de apoyo para asesorar/negociar/acompañar en el proceso. • Lanzamiento de la oferta.	• Se delimita la acción. • Se genera marco de referencia consistente. • Relación detallada de recursos y necesidades con los que contamos.
SALIDA	Puesta en marcha del grupo y conocimiento de la situación relacional de partida del grupo: «Adentro». Análisis Intra-grupal.	• Contacto inicial con cada persona. • Contactos iniciales con el grupo. • Análisis del «Adentro»: - Identidad personal. - Identidad grupal y valoración del grupo. - Relaciones que se establecen. - Análisis de conflictos.	• Se generan vínculos. • Se «ajustan expectativas». • Se introduce dinámica participativa y solidaria.

Hacer este análisis de la *situación relacional* que el grupo vive y actualiza en el aquí/ahora, va a ser indispensable para «comprender lógicamente» lo que pasa, saber qué podemos esperar a corto plazo e introducir recursos de contención, así como reorientar *progresivamente* la dinámica hacia un cambio.

Este análisis nos permite ya concretizar la acción que hasta este momento era un proyecto general.

Es un trabajo de evaluación permanente para rectificar lo necesario, a partir de la marcha del grupo. (El resumen de este capítulo lo expreso en el gráfico n.º 2.)

4. EL PROCESO DEL GRUPO DE REINSECCIÓN

Hablar de los procesos por los que pasa un grupo de trabajo es una cuestión compleja que requiere una exposición más amplia. Voy a limitarme aquí a describir dos aspectos que considero fundamentales:

4.1. Las etapas o fases fundamentales por las que atraviesa un grupo.

4.2. Los indicadores —eje que provocan dinámicas creativas y generadoras de cambio.

4.3. *El proceso de grupo considerado desde la perspectiva evolutiva de fases por las que pasa.*

Desde la definición de *Proceso de Grupo* como la presión constante de fuerzas *inter-grupos/intra-grupos*, la diferenciación de fases es un concepto relativo, pues en cualquier momento se pueden presentar situaciones críticas que favorecen o entorpecen el avance del grupo en el logro de sus objetivos. Lo importante será mantener una dinámica de avance y la posibilidad de evidenciar estos avances aún en los momentos más críticos, de tal manera que el grupo pueda explicarse en todo momento lo que pasa, y confiar en su propia capacidad interna para llevar adelante la tarea que se propone.

El proceso del grupo y el cambio va a consistir en un incremento progresivo de fuerzas que permitan modificar esta presión del exterior y avanzar en logros positivos de reinsección por parte de sus integrantes.

Al hablar, pues, de fases evolutivas podría dar la impresión de que

existe en los grupos una sucesión rígida de etapas que deben darse necesariamente en todos.

Cada grupo tiene su historia evolutiva; por otro lado, la evolución no siempre es progresiva, se dan retrocesos, retorno a situaciones superadas.

Existen, además, grupos «abiertos» en los que continuamente entran y salen individuos y funcionan como un autobús circular, y grupos «cerrados», o «semiabiertos», como aquellos que se reúnen por un tiempo concreto y para una tarea específica, y tienen comienzo, un tiempo de desarrollo y un final.

Sin embargo, si los miembros del grupo cambian y este cambio va ligado a procesos grupales, podemos hablar de una evolución del grupo como tal.

Los distintos autores hablan de fases, sin ponerse de acuerdo ni en el número ni en el contenido de cada una como tal. Vamos a distinguir tres fases, según mi experiencia:

1. Fase inicial

Fenomenológicamente esta fase está ligada a las *expectativas* y a la situación de punto de partida de cada miembro. Y suscita muchos temores y recelos ante lo nuevo, esto es, la tarea a realizar o la discusión misma. La situación grupal se transforma así en una fuente de angustia.

Al mismo tiempo, existen esperanzas, expectativas suscitadas por la situación misma de la que se viene o por lo que se espera conseguir a partir de la oferta hecha.

Los logros que se esperan se imaginan mágicos e inmediatos, y las primeras relaciones, tanto entre los miembros del grupo como con los animadores, son una fuente constante de turbación y sorpresa, actualizándose aquí y ahora todos los modelos de relación aprendidos y practicados por cada uno en otros grupos primarios anteriores (familia, ambiente social).

En esta fase la comunicación de los miembros es individual, cada cual dice lo que se le ocurre, pero cuando se habla del grupo cada uno habla de sí mismo, existe poca interacción entre los miembros.

Las intervenciones del Animador en esta fase tienen que ser orienta-

das a la *acogida*. Se trata de facilitar ese *clima flexible* donde la expresión de cada uno pueda darse.

Es también momento de aportar *información clarificadora* sobre la tarea que se pretende, a fin de apaciguar ansiedades e introducir una dinámica motivadora y de trabajo conjunto.

También ayudará mucho el *reforzar el ser individual de cada uno* más allá de sus dificultades. Es como transmitir el mensaje: «Tú estás aquí y nos haces falta, contamos contigo tal como eres ahora».

La *forma de relación* del animador con el grupo y con cada uno de los miembros, así como el modo de enfocar la tarea y las cuestiones todas que van surgiendo en el grupo va a ser fundamental; es el momento de introducir *por el hacer, no por la palabra*, una forma de relación distinta.

Si en el grupo se producen desajustes, confusiones o existen circunstancias externas que ponen en peligro el avance, hay que *nombrarlo abiertamente* y entrar en una tarea de *discriminación* a fin de ofrecer luz a los participantes y romper las ansiedades; se trata de aportar contención grupal desde nuevas formas de abordar las dificultades.

Conviene introducir ya en esta fase una *dinámica participativa* que entrene al grupo en la certeza de que el progreso del grupo depende de la discusión y aportación de todos. Todo ello es posible poniendo a la consideración del grupo cuestiones concretas del proyecto y de la marcha de la tarea que exige *toma de decisiones y ejecución ordenada* de las diferentes acciones, tanto en el interior como en el exterior del grupo. Poco a poco se van asumiendo pequeñas responsabilidades y experimentando los primeros avances.

En esta primera fase, las diferencias individuales estarán muy agudizadas y el animador estará atento a administrar su apoyo directo a aquellos miembros más débiles o más descompensados, sin olvidar que la clave está en introducir una dinámica que fomente la cohesión y el trabajo conjunto.

En la resolución de esta primera fase con una evaluación que sirva de retroalimentación y avance, se juega uno la buena marcha del proceso del grupo.

Normalmente esta fase concluye con ciertos reajustes necesarios para una mayor eficacia en la tarea. Reajustes que tienen que ser vividos por todo el grupo como indicadores de que el *proceso participati-*

vo es una realidad, y que se refieren a reglas concretas de funcionamiento, aspectos organizativos, etc.

El tiempo que puede llevar esta fase es de dos-tres meses, aunque va a depender mucho del tiempo total propuesto.

2. Fase intermedia

Es la etapa más larga. Esta fase está ligada al *pleno desarrollo de la tarea*. El grupo ya existe como tal, aunque el grado de pertenencia de los miembros puede estar muy diferenciada.

El grupo ya tiene conciencia de *proyecto*, las responsabilidades están repartidas, el interés es grande y la capacidad de interesarse unos por otros está mucho más desarrollada.

Se despierta la conciencia de pertenencia en cuanto que los miembros del grupo se preocupan por lo que afecta a la tarea, por las repercusiones y formas de ser considerados desde el afuera.

Aparecen abiertamente conflictos relacionales, pero se ha despertado ya la capacidad de ponerse en la perspectiva del otro.

Ya que hay conciencia de que los logros que se consigan son fruto de largos y aunados esfuerzos y que trascienden, en ocasiones, sus propias posibilidades, de ahí la necesidad de complementarse y hablar muy abiertamente todo lo que ocurre. Así mismo el grupo descubre que para lograr lo que se propone hace falta ampliar sus conocimientos, desarrollar sus habilidades, recibir apoyo del exterior.

La comunicación se hace más intra-grupal en interpersonal y se atisba la necesidad (todavía mínima) de la comunicación *inter-grupos*. Se inicia la *confrontación*.

Las intervenciones del Animador en esta fase tienen que ir orientadas a facilitar estructuras para que los miembros del grupo activen el *desarrollo de sus capacidades* y se sientan potentes y eficaces. Es un tiempo de actividad fuerte e intensa.

Es también el momento de ampliar el *campo de conciencia* de cada uno. Ante las nuevas experiencias positivas de logro y avance, se hace posible introducir pequeños análisis de lo que pasó hasta ahora y de enfatizar la posibilidad del cambio.

Es tiempo de introducir *análisis de realidad*, de despertar al hecho de que somos muchos, somos colectivo los que estamos en esta situación, y de conocer el hecho de que no es sólo por causas personales por

lo que uno está así, sino por muchos elementos estructurales. Se introduce, pues, una *formación crítica* con la que «ya se puede» como grupo.

En esta fase, muchos problemas latentes de los distintos individuos van a comenzar a aparecer al haber hecho ya un proceso de *normalización* que permite aflorar la salud de cada uno y que se abandonen defensas. La atención personalizada en medio del grupo y el apoyo del grupo como tal en estos momentos (sin abandonar la tarea) va a ser una clave decisiva para introducir el principio de la *diferencia* y de la *normalización*.

La *expresión de las diferencias de ser, de opinar, de afrontar la vida*, se convierten en la mejor garantía de su potencia y riqueza.

La *confrontación de la propia vida y tarea* a la luz de las circunstancias y acontecimientos que surgen desde dentro y desde fuera, son la referencia a partir de la cual el grupo reflexiona y avanza.

Hay que activar la *creatividad* y ensayar *formas nuevas* de afrontar situaciones que hasta ahora se veían sin salida.

En este momento, la experiencia de *relación animador-grupo* se hace de lleno cooperativa y solidaria.

La *función de las estructuras de apoyo* se llena ahora de sentido, y no sólo se acepta sino que se busca por iniciativa de los participantes.

La sensación de potencia es manifiesta y, *desde la evaluación, se celebra* y se activa.

No hay que olvidar que los momentos difíciles y críticos se van a presentar de lleno en esta fase. El apoyo de los animadores tiene que activarse entonces sin que nos despieste la idea de «pero... si ahora vamos bien, ¿qué pasa?».

En el grupo ya aparecen subgrupos bien diferenciados que estrechan sus relaciones más allá del marco de trabajo.

En esta fase conviene *introducir* intervenciones en el «afuera» a fin de que los miembros del grupo vayan afrontando la relación con el exterior como clave para lograr la inserción y no alimentar fuerzas regresivas que llevarían al grupo a convertirse en «incubadora», bloqueando así el proceso vivido.

3. Fase final

En esta etapa, lo fundamental va a ser trabajar y consolidar su proyección en el exterior si lo que se lleva a cabo es una tarea laboral

de reinserción. Aquí los miembros ya tienen que situarse como verdaderos *trabajadores útiles*, cuya responsabilidad y eficacia venga validada por el exterior.

Es el tiempo de *PROYECTO*:

Desde el punto donde hemos llegado, ¿qué podemos hacer? En esta etapa se gesta un nuevo plan de *acción* y se activa la negociación con el exterior para legitimar y dar continuidad al proceso que se ha llevado a cabo.

Puede hacerse difícil en este momento la integración de nuevos miembros, o la emancipación y abandono de otros; sin embargo, esta es la clave de un buen remate del proceso.

Cada uno *se diferencia* de nuevo de los otros, ya que el grupo de reinserción no es un fin, sino un medio.

Esta misma diferenciación exige que el «salto de cada uno» se haga en su momento y no todos al mismo tiempo. La habilidad para poder vivir esta etapa con éxito está en introducir esta dinámica casi desde el principio, y en ir introduciendo gradualmente en el grupo nuevos miembros que «*empujen*», como dice FOULKES, reestructuren y traigan «sangre nueva» del exterior.

Es tiempo de hablar de la *vida en su totalidad*, de hacer análisis profundos de lo vivido y de las capacidades conseguidas, de reestructurar la organización nueva de la vida y de tomar decisiones.

Se trata también de acompañar «*a distancia*», ya que la nueva iniciativa de organización tiene que hacerse desde los miembros del grupo y no desde los animadores.

Las *intervenciones del animador* en esta fase tienen que ser más «*indirectas*» que directas. Propone, sugiere, anima, cuestiona, empuja y tiene sobre todo que transmitir convicción profunda y objetiva en la capacidad de los miembros del grupo.

Es tiempo de facilitar actividades de conexión con el exterior que inviten a «tomarse en serio» la tarea del «salto».

Como es el momento del *proceso organizativo* del grupo, urge incidir en el medio para exigir recursos y plataformas desde donde poder llevar a cabo la plena reinserción.

La culminación y celebración de esta fase tiene también un «*efecto modelico*» para los que vienen detrás: «aquí hay futuro, esto es posible».

Urge también una evaluación a fondo sobre *lo que ha servido y lo*

que ha entorpecido, a fin de mantenernos en esta actitud de investigación permanente.

Por todo lo dicho, quiero reiterar que la evolución adecuada de estas fases está condicionada profundamente a la incidencia de los fenómenos de presión externa. El ejemplo más claro es: «Si un grupo de trabajo logra una producción competitiva y sus productos no se comercializan adecuadamente o no se logra una remuneración suficiente, se hace inviable al mantenimiento del grupo».

Proceso humano centrado en la tarea y *Gestión* van, pues, íntimamente unidos, como dos caras de una misma moneda.

4.2. *Los indicadores-eje que provocan dinámicas creativas y generan cambio innovador.*

Quisiera, por último, resumir las claves que, según nuestra experiencia, hacen posible acompañar a los grupos de una forma coherente con este modelo.

1. *Definición clara de la tarea y significado vital de la misma.*

La oferta tiene que ser explícita y muy bien diseñada, y tiene que conectar cuanto antes con los intereses vitales de los miembros del grupo, así como con sus necesidades actuales.

Muchos grupos fracasan porque sus tareas no son atractivas y el grupo las vive como meras formas de entretener o de «hacerles pagar lo que reciben».

Para que la motivación se active, se hace necesario un diálogo con *cada sujeto* para detectar todas sus necesidades y evidenciar las que más le apremian; la propuesta de una tarea grupal facilitadora de inserción tendrá que ir acompañada en muchas ocasiones de otra serie de medidas de apoyo (educativa, económicas, sociales, jurídicas, etc.) sin las cuales la persona no puede afrontar ni incluso interesarse por una *ayuda concreta* cuyos efectos son a largo plazo.

Por otro lado, las *tareas* tienen que ajustarse a las posibilidades del sujeto aquí/ahora, de lo contrario se provocará un desajuste y el fracaso prematuro e innecesario que puede interceptar definitivamente un proceso de reinserción.

De ahí la necesidad de disponer de tareas múltiples para las distintas fases del proceso y para las distintas formas de marginación.

Las *tareas* tienen que ser funcionales y útiles para la comunidad. Esto exige esfuerzo y creatividad a la hora de diseñar programas de inserción y de invertir fondos.

La *tarea* así concebida es la mejor justificación de la existencia del grupo como «*espacio fuerte donde llevar a cabo cambios*».

Desde una tarea concreta y bien legitimada se puede ir ampliando la perspectiva de necesidades de los mismos componentes de los grupos y abrirse progresivamente a otros intereses que, de momento —prisioneros de su marginación—, ni conocen ni les importan (intereses culturales, intereses sociales, análisis crítico, reflexión, posible asociacionismo, etc.).

2. *Pedagogía basada en el Modelo de Competencia: Refuerzo permanente de identidad positiva.*

Se trata de potenciar y activar desde el principio todas las capacidades yóicas de los componentes de grupo. Los marginados tienen problemas pero, antes, son personas. Tratarles como tal es la clave número uno.

Activar en la dinámica diaria de trabajo la capacidad de percibir, atender, memorizar, pensar, planificar, explorar, ejecutar, coordinar sus acciones. Estas funciones —y lo han demostrado los estudios sobre la Psicología del self— actúan con eficacia dentro de un cierto margen de condiciones, a pesar de que existan fuerzas tendentes a debilitarlas o interferirlas (estas fuerzas son las conductas defensivas fruto de los conflictos creados entre las condiciones de realidad, impulsos y prohibiciones).

Estos dos tipos de funciones: las básicas y las defensivas, actúan simultáneamente y se intercambian influencias. De ahí la importancia, científicamente demostrada, de proponer a los grupos tareas y formas de hacer facilitadoras de activar funciones básicas, integradoras y organizadoras para los sujetos y los grupos.

Este intercambio es el que explica que la *terapia ocupacional* logre modificar las fuerzas de los sujetos por el reforzamiento de las funciones perceptivas, de planificación y ejecución motora, así como activar otras funciones integradoras al tener que afrontar dificultades para que dicho trabajo sea reconocido y útil desde el exterior.

Los animadores activan todas estas funciones cuando en el grupo se practican las siguientes reglas:

a) *Información clara y objetiva* de todo lo que influye o afecta al grupo, tanto desde el interior como desde el exterior (proyectos, cuentas, dificultades, etc.).

b) Reparto de *responsabilidades* y tareas. No se trata de que los

animadores «lo lleven todo» en función de su competencia (no siempre probada; desde luego, si actuamos así lo que se prueba más bien es nuestra incompetencia); se trata más bien de llevar a cabo —y desde el principio— una tarea compartida.

c) Introducir desde el comienzo del grupo una *dinámica participativa*, en la que la gestión compartida sea una práctica cotidiana.

d) Reconocimiento explícito de las *capacidades y avances* de cada miembro del grupo y del grupo todo, así como de los *errores* que vamos cometiendo (participantes y animadores) mediante un proceso de *autoevaluación y evaluación continua* que facilite el avance y la planificación y búsqueda de los recursos necesarios para ello.

e) Experiencia vivenciada por todo lo anterior de que las *diferencias, dificultades y equivocaciones* nos acompañarán cotidianamente, pero organizados y juntos, podremos afrontarlas.

Dentro de este apartado del Modelo de Competencia nos parece importantísimo señalar la fuerza que tienen las influencias ambientales para el desarrollo de estas funciones.

El grupo familiar y el grupo ambiental (el medio) juegan un papel fundamental.

Incidir en el medio es otra clave —desde esta perspectiva— que contribuye a *reforzar o debilitar* la fuerza misma del grupo de inserción.

Cuando aparecen ataques, descalificación, negación de posibilidades de cambio, sobreexigencias para estos sujetos, desde el interior y exterior del grupo, así como la incidencia reiterada en sus errores y limitaciones, se bloquea radicalmente el avance.

Desde aquí volvemos a justificar el valor terapéutico de los recursos ambientales como: trabajo tutelado, ayudas económicas dentro de proyectos de ocupación, grupos de recreo, asociacionismo. Todos estos recursos, así animados, ofrecen contextos de verificación y ensayo de la competencia de los sujetos.

3. *Relaciones de trabajo simétricas y de cooperación.*

Ya hemos señalado en los anteriores capítulos la importancia radical de este apartado.

Sólo quiero enumerar una serie de rasgos que nos permiten aproximarnos al perfil del animador de grupos.

- a) Capacidad de crear vínculos e interesarse realmente por las personas del grupo.
- b) Capacidad de desarrollar iniciativa y espontaneidad.
- c) Actitud de «buen docente» que activa todos los recursos didácticos a su alcance para facilitar el aprendizaje y activar el proceso de *logro* del grupo.
- d) Expresarse abiertamente, con claridad y respeto, y tener claridad de objetivos y métodos.
- e) Saber «administrarse» adecuadamente en su relación con el grupo en su conjunto y con cada persona, a fin de lograr un equilibrio en el trato entre «estar cerca y potenciar autonomía».
- f) Potenciar una dinámica relacional favorecedora de cooperación.

Son muchas las cosas que se podría decir sobre este punto pero, ya que no trata más que de enunciar indicadores, lo dejo para otro momento.

4. *Intervención multidimensional y simultánea en el adentro y en el afuera del grupo.*

Termino donde comencé este artículo.

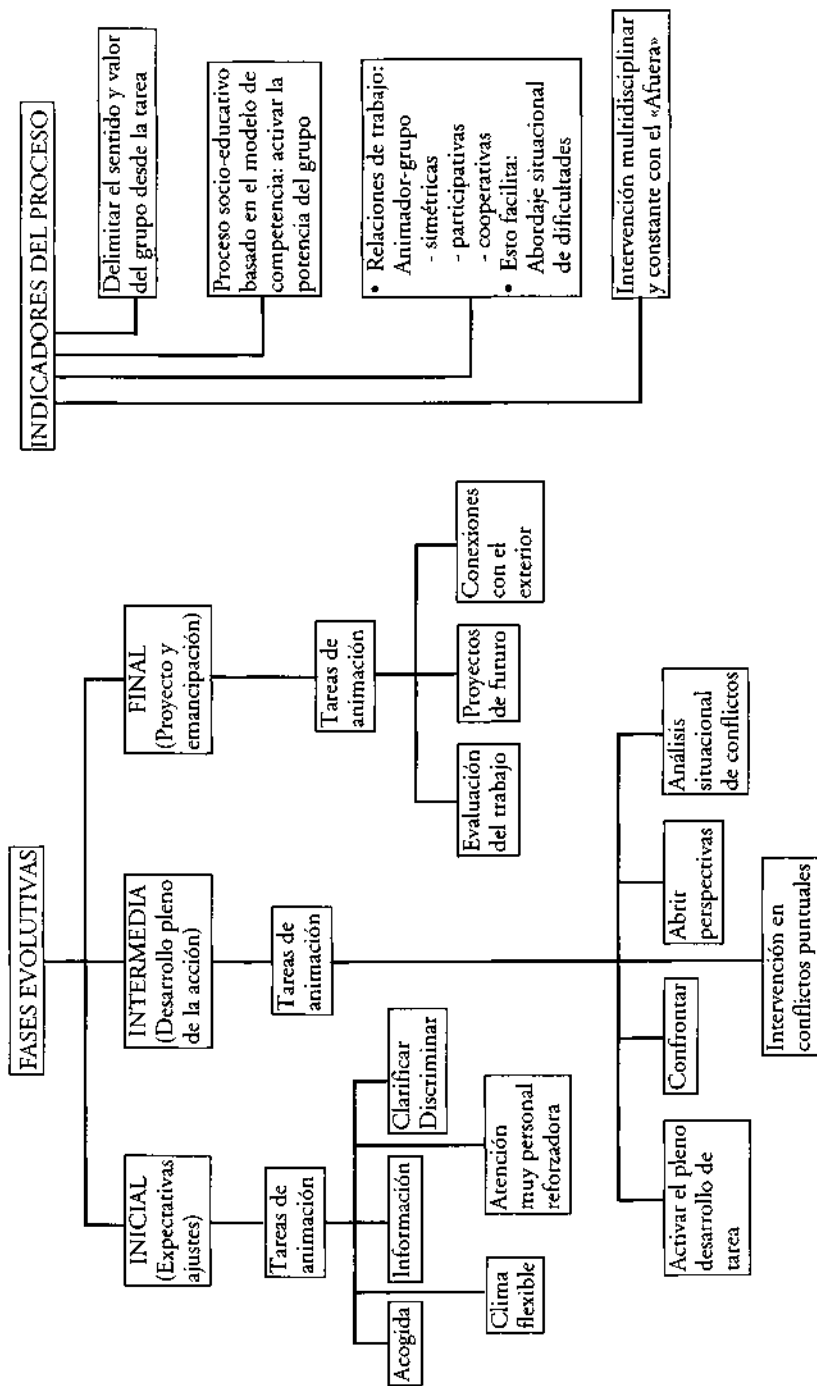
Como ya hemos expresado, la intervención directa en *procesos de reinserción* requiere una *intervención indirecta* constante y permanente con la ciudad local y con sus ámbitos.

Activar la concienciación de estos problemas, reivindicar leyes y medidas justas.

Trabajar por la legitimación y reconocimiento de la utilidad de estos colectivos es tarea sin la cual todo el esfuerzo anterior se pierde como la espuma (el resumen de este capítulo lo recojo en el gráfico n.º 3).

LOS PROCESOS DE REINSENCION

Gráfico n.º 3



CONCLUSIONES

Mi mayor preocupación, en los innumerables encuentros con animadores y educadores, es que la sensación de complejidad nos conduzca al desánimo, o nos haga cerrarnos en estos planteamientos porque su misma densidad nos hace sentirnos como inviables, buscando otras metodologías más sencillas, pero *no* globalizadoras.

La alternativa está ahí, en la certeza de que somos muchos a lo largo y ancho de nuestra geografía los que tratamos de «forzar» la historia para que cada vez se tengan más en cuenta los intereses y necesidades de estos colectivos.

Mantengámonos en diálogo y reflexión constante y estrechemos lazos de amistad y trabajo todos los que tratamos de hacer de nuestra tarea verdadero proceso creativo de solidaridad.

Reflexiones sobre el cuánto, el modo y el destino de los recursos destinados a la acción social

Francisco Javier Alonso Torrén
Sociólogo. EDIS

De modo muy acertado alguien me resumió en una frase corta el secreto de la complicada tarea de gobernar y me desveló de modo clarividente los secretos que ello encierra. «Se gobierna —me dijo— desde los presupuestos».

Aunque parezca una simpleza, la frase tiene toda la enjundia del mundo. No son los programas, ni las ideologías, ni los grandes discursos los que definen y tipifican la acción de gobierno. No son los gestos, ni las palabras los que hacen que una política sea liberal, socialista, socialdemócrata, autocrática, participativa, progresista o conservadora. Son los criterios que orientan de hecho el reparto del dinero y de los bienes públicos, y no sólo el reparto sino incluso su recaudación.

Cómo y a qué se destinan los recursos y qué efectos económicos y sociales produce el cumplimiento de la ley de presupuestos de cada ejercicio, acaban expresando claramente cuál es el modo, el talante y el tipo de gobierno, que en muchos casos modifican e incluso contradicen las siglas y el programa oficial del Partido que sustenta al Gobierno.

El rodaje democrático español ha posibilitado, ya a estas alturas, distinguir las palabras de los hechos y de los resultados.

EL DISCURSO SOBRE POLÍTICA SOCIAL

Hablar de Política Social o de políticas destinadas a favorecer el estado de Bienestar Social de los ciudadanos es hablar de recursos téc-

nicos, humanos, materiales, de infraestructura y *sobre todo económicos* destinados a programas y servicios universalizados y para todos los ciudadanos, pero más y principalmente para los sectores más necesitados.

Una buena política de Bienestar Social tiende necesariamente a igualar las situaciones de desigualdad cubriendo las carencias de todo tipo que padecen determinados sectores de la sociedad.

En términos macropolíticos y a nivel de presupuestos generales del Estado o de los entes locales (Ayuntamientos, CC.AA, Diputaciones) se entiende comúnmente por Gasto Social o Presupuesto destinado a Gasto de Protección Social todo lo que se emplea en *Educación y Cultura, en Sanidad, en Seguridad Social, en Servicios Públicos (policía, transportes, comunicaciones, prevención y seguridad, etc.)* y otros menores destinados a la llamada *acción social o asistencia social* que tiene como destinatarios casi exclusivos a los desheredados de la fortuna, a los pobres y a los marginados sociales por una u otra razón.

Los sindicatos y muchos analistas económicos y de política social llaman en España repetidamente la atención de la opinión pública y critican al Gobierno o a los Gobiernos la baja cuota presupuestaria destinada a gasto de protección social por comparación a lo que significa ese mismo concepto presupuestario en otros países de la Comunidad Económica Europea, a los países de nuestro entorno y a la media comunitaria.

Sin duda es así, y a pesar de los esfuerzos realizados por elevar en puntos el porcentaje del presupuesto destinado a estos gastos sociales, España está todavía a mucha distancia de la mayoría de los países de Europa y son patentes los déficits y carencias en el terreno de la Educación Pública, la Sanidad, la Seguridad Social, las Comunicaciones y un largo etcétera de Servicios, que evolucionan a un ritmo manifiestamente mejorable.

LA DESIGUALDAD EXISTENTE

Por otro lado los estudios de Estratificación Social y Económica de la población española reflejan, o mejor, muestran con claridad que los niveles de desigualdad existentes son aún muy graves, y que si descienden hacia posiciones de menor desigualdad, el fenómeno se produce a lentísimo ritmo y tiene connotaciones de gravedad extrema en

las capas más pobres que de algún modo lo son cada vez más y de manera mas grave, al no elevarse su nivel en el mismo grado que lo hace la sociedad en general y las capas más ricas en particular.

Es grave la existencia de pobreza en capas sociales que en términos de porcentaje están cercanas a la quinta parte de la población, pero yo entiendo que lo es aún más el fenómeno socioeconómico detectado en cada investigación que se realiza por sociólogos y economistas de prestigio, y aun de «prestigio oficial», de la tremenda «desigualdad» existente en la posesión, el uso y el disfrute de los dineros, los bienes y los servicios. La desigualdad es sin duda la causa de la pobreza, y de algún modo es más alto el porcentaje de personas en situaciones de pobreza y marginación cuanto mayor es el grado de desigualdad en «el reparto del pastel» en un colectivo regional, por ejemplo, concreto.

Por citar brevemente un dato de sobra conocido y que aparece en documentos oficiales de la misma C.F.E., en España más del 20% de las personas viven en *situación de pobreza* y alrededor del 5/6% en situación de *extrema pobreza* o de pobreza severa. Repetidamente se ha hecho eco DOCUMENTACION SOCIAL de estos hechos y no es mi intención ahora el abundar en este tema, sino sólo citarlo de pasada a modo de recordatorio y como formando parte del hilo conductor de mi reflexión.

Está claro que este sector de la población se beneficia de parte de los llamados gastos sociales generales, aunque en menor proporción de los que su peso demográfico representa.

ESA PARTE RESIDUAL DE LOS PRESUPUESTOS...

Pongo aquí en voz alta, en esta pequeña colaboración, mi reflexión, que se centra en *esa parte residual de los presupuestos* de las administraciones públicas, a cuya cuantía habría que sumar lo que la sociedad civil de modo altruista y voluntario a través de las organizaciones humanitarias (confesionales o no) destina a la llamada *acción social* o a la *asistencia social* que, aunque en teoría se destina a la totalidad de la población en forma de programas o servicios básicos o de atención social primaria, de hecho y en la práctica son sus usuarios y beneficiarios, digamos que en más del 80% de los casos, los marginados, necesitados y menesterosos.

En los sondeos y encuestas aplicados a muestras representativas de la población y/o de las familias en las que se introduce la cuestión directa sobre si *«se ha acudido alguna vez a los Servicios Sociales (Centro Social, despacho de la asistenta social, utilización de servicios, etc.) de su barrio o pueblo»*, la respuesta es: *No nunca*, en más del 90% de los casos, y sólo alrededor del 10% de la población (depende de zonas y barrios) es usuario esporádico o asiduo de esos servicios.

La correlación existente entre usuarios de estos servicios de atención, promoción y/o asistencia, y clase social, económica y cultural pobre, es muy estrecha, de tal modo que son ellos (no todos, sólo algunos) los que principalmente los utilizan, como por otra parte no podía ser de otra manera.

Si se extiende el concepto de la asistencia y el Servicio a la utilización de Centros destinados a resolver o paliar problemas específicos de ciertos sectores sociohumanos (ancianos, minusválidos, infancia con problemas, drogadictos y alcohólicos, etc.) y a las *asociaciones* de acción social de todo tipo que realizan programas y actividades en la misma línea, cuando éstos son de bajo precio (no de baja calidad necesariamente) o cuando incluso son gratuitos, también es meridianamente claro que se destinan preferentemente (no a todos, sí a algunos) a los pobres, o a las clases sociales más desfavorecidas.

No hace falta realizar investigaciones muy sofisticadas para intuir o para conocer hasta qué punto son verdad las aseveraciones que voy haciendo. Basta el sentido común y la observación de lo que realmente sucede.

EL INCREMENTO PRESUPUESTARIO DESTINADO A ACCION SOCIAL

En la última década —y habrá que decirlo y repetirlo con claridad, porque ello es de justicia—, en toda España, y más en unas Comunidades que en otras, esa parte residual de los presupuestos destinada a acción social, integración, bienestar social o como se la quiera titular según administraciones, ha crecido de un modo muy destacado.

He tenido la oportunidad de estudiar el tema en los presupuestos de la Comunidad de Madrid y en el Ayuntamiento de la capital en los últimos 6-7 años e incluso retrotraerme hasta 1975.

Por dar un solo dato significativo diré que de 1975 a 1989 los presupuestos en términos relativos (porcentaje sobre el total del presupuesto) se han cuadruplicado (es cuatro veces mayor), y desde 1985 a 1989 se han duplicado. Se ha efectuado un incremento muy notable en la cuantía y en la calidad de los recursos destinados a atender sectores y poblaciones marginales, y esto ha sucedido en todo el Estado —Administración Central y Administraciones periféricas—, aunque, como apunto más arriba, en algunas la cuantía y la calidad se cuidan más y mejor que en otras. Suele suceder que las regiones con mayor calidad de renta y de vida y con menores problemas de pobreza y marginación (Cataluña, País Vasco, Baleares, etc.) tienen instaurados servicios más completos y de mayor calidad y viceversa. Es el omnipresente efecto Mateo.

Desde la puesta en funcionamiento del Estado de las Autonomías, y a medida que éstos han comenzado a funcionar con sus actuales competencias, se ha transferido casi por completo a las administraciones periféricas (CC.AA., Diputaciones, Ayuntamientos) la acción social, la integración, la asistencia social... La Administración Central mantiene el Ministerio de Asuntos Sociales con tareas paralelas a las de las administraciones periféricas y en los Ayuntamientos, al menos en los de cierta importancia, funciona un área y una Concejalía con presupuesto propio destinado a atender estos servicios.

Trabajadores sociales de atención básica o especializada han proliferado en todos los niveles y se crean muchos Centros, Servicios y Programas que se esfuerzan por atender la demanda social existente.

Todo esto hay que decirlo, ya está en el ánimo de todos los que se preocupan o se ocupan de la política social y de acción social, el conocimiento y el reconocimiento del hecho.

LOS SOLAPAMIENTOS PRESUPUESTARIOS Y EL EFECTO CASCADA

Habrà también que decir que el estudio económico de los recursos presupuestarios de las administraciones (Central, autonómicas, locales), de los centros de Servicios, de las ONGs, de las asociaciones, etc., no son sumables, y no lo son porque, en gran parte, son los mismos que se solapan y que «en cascada» van pasando del Estado a la Autonomía, de la Autonomía a los Ayuntamientos y de los Ayunta-

mientos a los Centros o a las asociaciones, y de maneras y modos variados y heterogéneos, con el correspondiente coste de gestión, lentitud y burocracia.

Es difícil, en una investigación concreta, terminar concretando la cuantía real destinada a acción social, y más saber a ciencia cierta cuánto en verdad se aplica a los destinatarios por los diferentes costes de gestión, que suelen variar entre el 5 y el 15%, según los casos, al menos oficialmente.

Están además las grandes organizaciones no gubernamentales: Cruz Roja, Cáritas, ONCE, etc., éstas en diversa medida reciben también «ayudas» económicas de los mismos presupuestos, y las asociaciones menores —multitud— que en menor cuantía son «apoyados» económicamente por los mismos presupuestos. No es la intención de este artículo, ni hay espacio para ello, detallar en términos de cuantías reales estas situaciones, que llevarían a realizar un amplio estudio económico, hoy factible por la publicación de una considerable información al respecto. Pero sí quiero afirmar un hecho muy llamativo y saliente: entre el 96 y el 97% del total del dinero (recursos económicos) destinado a la acción social en España *proviene de los Presupuestos del Estado o de las Administraciones periféricas*. Menos del 4% de los recursos económicos en acción social se recauda a través de aportaciones voluntarias (cuotas, campañas, etc.) de la ciudadanía.

En términos globales el hecho tiene varias lecturas. Desde cierta perspectiva es muy positivo que la sociedad que cotiza y paga los impuestos que generan los presupuestos, y a través de esa vía, sea la que «financie» la acción social destinada a los más desfavorecidos.

Desde otra óptica se refleja en el dato la grave carencia de conciencia social y solidaridad por parte de la sociedad civil que tan poco contribuye «voluntariamente» a solucionar problemas sociales. La solidaridad voluntaria de la ciudadanía es escasa.

Hay que hacer notar no obstante que esta proporción global de la proveniencia de los presupuestos no se cumple por igual en todos los Centros, Servicios o Asociaciones. Hay organizaciones como Cáritas, por ejemplo, que si bien reciben una parte substancial de su presupuesto de las Administraciones, la mayoría de sus recursos proviene de aportaciones voluntarias. Otros, por el contrario, viven casi exclusivamente de las subvenciones de la Administración. Entrar a examinar estas situaciones en detalle sería tarea interesante pero también se sale del tema y de la intención de estas reflexiones.

CON TODO, LO MUCHO, ES MUY POCO...

Haciendo una estimación aproximada del montante global, «no solapado», del dinero destinado a la acción social en España, y por deducción de algunas investigaciones sobre Recursos Sociales realizadas en algunas regiones españolas, estaríamos hablando de unos 400.000 millones de pesetas más o menos. No llegaría al medio billón e incluiría las cantidades destinadas por la Seguridad Social a las pensiones de todo tipo destinadas a los colectivos más necesitados.

Soy consciente de la dificultad de aportar datos exactos y concretos y por tanto me limito a aportar una cantidad aproximada. Ese sería el presupuesto de la totalidad de los Centros de atención a sectores, como los ancianos, los minusválidos, los toxicómanos y el largo, etc. de los llamados sectores marginados de todo el Estado, y el montante de los gastos de todos los servicios y programas, y qué duda cabe que es una cantidad apreciable. Es mucho, y sin embargo es muy poco porque no llega a significar ni siquiera el 1% del PIB nacional lo que estaríamos destinando actualmente a acción social específica a favor de los desfavorecidos.

Es poco porque de ese presupuesto casi la mitad en su destino final (centros y servicios) la pagan los usuarios no pobres o menos pobres y el porcentaje de acción gratuita sería entonces del 0,5% del PIB.

Es poco porque la acción limitada por el presupuesto apenas llega a cubrir una parte de la demanda sentida por la población, y la demanda registrada en «listas de espera» —menor que la sentida— la va solucionando el tiempo, que va mandando al otro mundo a muchos solicitantes, o no la va solucionando nadie.

Es poco porque la demanda crece lógicamente cuando aparecen los servicios, y nuevas demandas sociales aparecen sin respuestas existentes, y si existentes, éstas sólo son testimoniales. Piénsese en la atención, por ejemplo, a la demencia senil, o a colectivos de inmigrantes de relativamente reciente aparición. Y es poca sobre todo, porque por una comparación elemental de porcentajes, el 0,5%, o el 1% si se quiere del PIB es cuatro o cinco veces menor que el tanto por ciento (5-6%) de la extrema pobreza (población en esa situación) nacional, sin tener en cuenta en esta comparación al resto de la población en situación apurada de pobreza más moderada.

Así pues, reconociendo lo que los poderes públicos han hecho

por este sector específico de la política social, y lo que la ciudadanía a través de su aún escasa vertebración asociativa va haciendo, el esfuerzo que la situación exige es grande para poder conseguir unas líneas de política social, si no más igualadora, al menos que solucionen los más graves problemas de lucha contra la pobreza y erradicación de plagas sociales.

Y POR FIN, LOS CRITERIOS DEL REPARTO DE ESTOS RECURSOS

Cuando se estudia una realidad concreta (una región, una ciudad, por ejemplo) y se analizan sus recursos o mejor la distribución de sus recursos económicos, humanos, de ubicación de Centros y servicios de acción social específica destinada a colectivos que los necesitan, aparecen con bastante claridad algunos fenómenos de los que habría que medir su intensidad en cada caso. Son estos:

— Inexistencia de criterios racionales en la línea de igualar lo desigual. Dar más al que tiene menos, aplicar más donde hay más necesidad.

— Introducción lenta y paulatina de criterios estrictamente demográficos. Reparto de recursos según el peso demográfico de barrios o zonas, en la consideración previa equivocada de que todos son iguales.

— Distribución efectiva de los recursos tan desigual y dispareja que hace que los barrios o sectores de una región o ciudad con menores problemas, o sencillamente más ricos y acomodadas resulten ser las mejor dotadas para atender a sus pequeños sectores de población en pobreza o dificultad, y viceversa, carencia o exigüidad de recursos, centros y servicios en los barrios o sectores geográficos más pobres y con mayores problemas en colectivos más numerosos. Es otra vez más el cumplimiento del efecto Mateo, en algunos casos llevado a extremos alarmantes.

— Los recursos de la acción social se destinan a atender a colectivos o sectores socio-humanos cuya problemática es sentida por la sociedad como más grave, más extendida. Así la mitad o más de estos recursos van a parar a los ancianos, mientras que nuevas pobreza o nuevas marginaciones (mujeres maltratadas, niños abandonados, etc.) acaparan pequeños porcentajes o cantidades testimoniales.

— La distribución, en fin, de los recursos de Acción Social sigue en cierto sentido las leyes del mercado, los de la demanda que exige la oferta, y las leyes de la presión social de los grupos que, más o menos organizados a partir de la toma de conciencia de sus problemas, van exigiendo soluciones.

Hasta aquí mis reflexiones sobre la actual situación de esta parcela importante de la política social. Soy consciente de la dificultad que entraña precisar los datos que yo sólo he pretendido presentar por aproximación. Está pendiente una rigurosa investigación que confirme o modifiquen parte algunas de mis reflexiones. De lo que sí estoy bastante seguro es que de los recursos destinados a la acción social en favor de los que más la necesitan es una asignatura que la sociedad española tiene pendiente.

Entre la protección social y el bienestar social

Gregorio Rodríguez Cabrero

Profesor en el Departamento de Sociología
de la Facultad de Ciencias Económicas en la
Universidad Autónoma de Madrid.

1. LAS CLAVES TEORICAS DEL DEBATE ACTUAL EN POLITICA SOCIAL

El debate sobre el tipo o tipos de política social a adoptar en el contexto actual de los profundos cambios sociales que está afrontando nuestro país, ocupa en la actualidad un lugar privilegiado del debate político general e intelectual y en la práctica de la concertación social de manera especial. En dicho debate están interviniendo diferentes factores internos y externos de muy diferente tenor, que es preciso tomar en consideración para comprender la complejidad que entraña la definición de una política social coherente, efectiva, solidaria y plural.

Desde el lado exterior dos son los factores que están ya condicionando la definición de la política social: a) Por una parte, la integración en la CEE es un condicionante positivo que actúa si no en favor de una equiparación a los niveles más elevados de protección de la CEE, que no es el caso ni es relevante, sí al menos en favor de una mayor aproximación a los niveles medios de bienestar social que predominan en la Comunidad Europea en cantidad y en calidad. b) Por otra parte, la reorientación histórica que está teniendo lugar en los modelos de bienestar social, subraya la necesidad de un redimensio-

Nota de la Redacción: Este artículo es una reproducción literal del VIII capítulo del libro *Reflexiones sobre Política Económica*, editado por Editorial Popular. Madrid, 1990. Se cuenta con la autorización del Instituto Sindical de Estudios y del autor.

namiento de la relación entre instituciones públicas y privadas en la oferta de bienestar social, un énfasis en la efectividad de los servicios y prestaciones y en su calidad, y la necesidad de un cierto giro desde el corto plazo (protección social por la vía de actuación en la demanda o «incapacidad» del ciudadano) al largo plazo (bienestar social por la vía de actuación sobre la oferta o «capacidad» activa del ciudadano) redefiniendo la relación entre Estado y sociedad en la oferta del bienestar social.

Desde nuestra experiencia interna podemos señalar algunos factores que condicionan la orientación y objetivos de las políticas de protección social, como son: la transformación progresiva durante la pasada década de las instituciones tradicionales de protección social de tipo profesional en instituciones de tipo universal; las tensiones acaecidas entre las políticas de ajuste y las políticas de protección social a lo largo de la pasada década; el papel crucial de las políticas sociales en su contribución a una relativa estabilidad social en un contexto de profundas mutaciones sociales; el progresivo envejecimiento de la población, que ya está condicionando la prioridad de las políticas de protección en la sanidad, pensiones y servicios sociales, y, por último, el cambio de énfasis, tanto en el debate como en el diseño de políticas, desde la protección general a la integración específica de los colectivos sociales más desfavorecidos y que están al margen de la universalización de los derechos sociales del Estado de Bienestar.

Al señalar de manera sucinta estos factores sociales, estamos enfatizando en la necesidad de comprender en el debate de la política social tanto los elementos de *homogeneización* de la política social de nuestro país con las de otros países de la CEE, como los factores de diferenciación que tienen que ver con los avatares específicos de nuestra historia social.

Los factores de homogeneización se pueden sintetizar en el predominio de políticas sociales de tipo reformista en los países centrales durante las últimas cinco décadas. La política social se concibe, cuando menos, como un instrumento con capacidad de «reformar» el sistema capitalista haciendo de éste un espacio social asimétrico habitable para los diferentes grupos y clases sociales y, cuando más, con la capacidad de «transformar» las pautas de acumulación privada, poniéndola al servicio de la profundización de la igualdad y de la producción de consumos colectivos orientados a la satisfacción de necesidades sociales.

En ambos casos estamos ante modelos institucionales de política social: el primero, de orientación social-liberal, definiendo los mínimos sociales para la integración de cualquier ciudadano por el hecho de serlo, normalmente definido en términos de renta mínima o umbral de pobreza; el segundo, de tipo socialdemócrata, con el objetivo de ampliar el mínimo social hacia políticas de promoción e integración. En cualquier caso, los dos enfoques de tipo reformista suponen la superación de la concepción de la política social del siglo XIX, basada en el control de los pobres (leyes de pobres) y en la gestión del tiempo de trabajo (leyes de fábrica), que se corresponden con sistemas liberales sin derechos sociales ni democracia universal, y el inicio de la construcción, desde finales del pasado siglo, de políticas sociales que se sitúan de forma contradictoria entre las necesidades de gestión de los procesos de trabajo (el fordismo) y la realización de la producción en masa a través de la estructuración de la sociedad de consumo (1), así como la sustitución del control de los pobres por políticas de bienestar aplicadas de forma progresiva a través de largos procesos de cambio y conflicto social.

Políticas sociales que denominamos institucionales porque el Estado va a ser progresivamente el lugar donde se diriman no pocos conflictos sociales y donde se concentren los recursos necesarios para la gestión de la reproducción social. El Estado, las políticas estatales, se van a desplegar tanto en forma de derechos sociales o reforzamiento de los vínculos de integración social (comunidad), como en forma de mecanismos de control social (asociación). La tensión latente entre ambos objetivos —protección y control— forma parte de la experiencia histórica del Estado de Bienestar, y la llamada crisis del Estado de Bienestar no es sino una manifestación histórica concreta de esa tensión contradictoria que denominamos Reforma Social, en el contexto de los cambios sociales que están teniendo lugar en el capitalismo tardío.

De este modo la reforma social, que se inicia con el tránsito de la pequeña producción y el subconsumo a la producción en gran escala y la sociedad de consumo, abre un largo período histórico reformista en gran parte de los países del centro capitalista y su periferia más inmediata, en los que la gestión de la producción y de los procesos de

(1) LUIS ENRIQUE ALONSO BENITO: *Proceso de trabajo y objeto de consumo, Apuntes para un análisis de su evolución conjunta*. «Sociología del Trabajo» núm. 8, 1989/90.

trabajo en mercados transformados, se articula con la gestión organizada de la reproducción social en sociedades donde se consolidan los derechos sociales.

Los factores de homogeneización obligan, en su análisis, a explicaciones de casi obligado sesgo funcional que, siendo en gran parte correctas, sólo pueden ser superadas y refinadas a través del análisis de los factores de *diferenciación* social, es decir, mediante el recurso al análisis de los procesos históricos en que se materializa la política social de cada país, el desarrollo de los conflictos sociales en la configuración de dicha política, la influencia de los procesos de industrialización y de sus élites dirigentes en el despliegue de la reforma social y la presencia de las diferentes instituciones sociales estatales en la resolución del conflicto social y en la vertebración del bienestar social.

Haciendo una síntesis elemental de las experiencias históricas nacionales en política social, podemos diferenciar dos modelos generales de desarrollo de la política social:

A) El primero, que podemos denominar como modelo de *Estado de Bienestar*, surge de forma progresiva durante los años veinte y treinta del presente siglo en países de tradición política liberal, en los que la política social se concibe como la expansión progresiva de los derechos sociales —o materialización de los derechos políticos democráticos— y adopta la forma de reforma social pactada, de forma explícita o implícita, con el objetivo de integración de las clases trabajadoras en el sistema capitalista.

B) El segundo modelo es el llamado *Estado Social*, a veces identificado erróneamente con la concepción socialdemócrata del Estado, que surge a finales del pasado siglo de la mano de Bismarck y que tiene una clara orientación conservadora. La política social se concibe como una integración desde arriba de las clases trabajadoras, en países sometidos a acelerados procesos de modernización social y económica, en parte como compensación a la inexistencia de libertades y exclusión del movimiento obrero organizado, y en parte como mecanismo de integración nacional. Está orientada, sobre todo, al control organizado de la reproducción de la fuerza del trabajo (el sistema profesional de seguros sociales) y se materializa en forma de reforma social autoritaria o integración subordinada, desde arriba, de las clases trabajadoras.

De este modo, mientras el Estado de Bienestar se concibió como un conjunto de instituciones *complementarias* de las economías cor-

porativas en expansión, *evolutivas* y no rupturistas con las instituciones económicas capitalistas, y *negociables* entre capital y trabajo bajo el arbitrio asimétrico del Estado, el Estado Social no democrático se concibió como un conjunto de instituciones *compensatorias* de los costes del crecimiento económico capitalista, *subordinadas* a los intereses económicos y sociales dominantes y *dictadas* desde arriba bajo la presión de los conflictos sociales.

Estos dos grandes modelos históricos fueron fundiéndose (Alemania Federal, Italia) o aproximándose (España) en las décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial, bajo distintos modelos de Estados sociales del bienestar que articulaban los requerimientos del capitalismo organizado con las demandas de la democracia de masas, y que permitió el crecimiento de la producción en masa, la planificación de la reproducción de la fuerza de trabajo, la redistribución de la renta y la resolución negociada de la cuestión social.

En los primeros años sesenta se producen los síntomas iniciales del agotamiento del modelo de crecimiento de posguerra. Las políticas de demanda sometidas a la presión organizada de las capas trabajadoras y al impacto continuado de los límites financieros y organizativos del sector público para absorber las demandas sociales, van a sufrir una alteración (2) reorientándose en favor de políticas de oferta que tratan de restablecer las potencialidades de rentabilidad del capitalismo organizado (la llamada crisis de acumulación en el neomarxismo o los fallos del gobierno en el neoliberalismo) así como su autoridad o legitimidad cuestionada (la crisis de legitimación en el neomarxismo y el exceso de democracia en el neoliberalismo).

Desde la experiencia histórica general de los Estados de Bienestar se podría decir que la *visión reformista* de los *sistemas de protección social* empieza a enfrentarse a la *visión crítica* de las opciones de *bienestar social* de muy diferente signo. Este enfrentamiento relativo va a tener lugar en dos fases temporales: a) Una primera, fuertemente *ideológica* y polarizada alrededor de los enfoques neomarxistas y neoliberales que, sin entrar aquí en matices (3), no ven ya viable el proyecto de Estado de Bienestar, ante lo cual plantean ya la opción del des-

(2) DAVID ANISI: *La posibilidad actual de un nuevo pacto keynesiano*, pág. 9, de R. Muñoz del Bustillo (Ed), «Crisis y futuro del Estado de Bienestar», AU, Madrid, 1989.

(3) GREGORIO RODRIGUEZ CABRERO: *Fundamentos teóricos de la política social*. Mimeo, 1990.

mantelamiento y privatización, y la radicalización del Estado de Bienestar en la forma de Estado socialista del Bienestar. Esta primera fase comprende la década de los años sesenta y primeros ochenta. b) La segunda fase, desde los primeros años ochenta hasta la actualidad, es una fase de debate *pragmático* y plural en la que se inscriben diferentes corrientes en favor del redimensionamiento del Estado de Bienestar, dando paso a una mayor presencia de la sociedad civil o modelos plurales de bienestar en los que se concede una importancia fundamental al tercer sector e, incluso, al mercado, sin negar el papel del Estado como agente histórico de reproducción, al menos desde las posiciones no neoliberales.

Entre la ideologización del debate de los años setenta y el pragmatismo de los años ochenta se han producido importantes cambios sociales en la mayoría de los países con Estado de Bienestar, si bien a diferentes ritmos y bajo distintos contextos. De forma sintética esos cambios, de los que participa plenamente la experiencia de la política social de nuestro país, ni se han traducido en el desmantelamiento del Estado de Bienestar, ni en una profundización de dicho modelo. No ha tenido lugar un retroceso estructural ni una quiebra de la legitimidad del Estado de Bienestar, sino una revisión teórica e ideológica de los objetivos y medios de dicho modelo, que van desde la valoración crítica de su efectividad hasta la oposición relativa a la expansión ininterrumpida de las instituciones estatales por parte de muy diferentes fuerzas sociales y económicas.

La experiencia de los años ochenta en política social nos señala que el Estado de Bienestar ha seguido siendo un conjunto estratégico de instituciones en la producción de bienestar social, que ha contribuido con cierta eficacia a reducir el impacto de la crisis y sus efectos sociales y a recrear una paz social relativa en la que se ha redefinido la jerarquía del aparato productivo, configurando una nueva estructura ocupacional y plasmando nuevas formas de consumo.

Sin embargo es cierto que en este proceso de cambio hay que destacar dos importantes efectos: el primero es que ha emergido una amplia periferia de grupos sociales a los que el Estado de Bienestar no ha llegado, dada la contención real del gasto social, la escasa capacidad de organización de los grupos situados en dicha periferia y el propio impacto dual de la crisis; el segundo, es que ha tenido lugar una importante crítica social, de desigual signo, a la burocratización de los modos de intervención del Estado y a su limitada capacidad para ha-

cer frente a las nuevas formas de marginación y pobreza, así como la demanda de una oferta más diversificada y de calidad respecto de los sistemas públicos de protección social.

Habiendo alcanzado los sistemas de protección social su madurez histórica en cuanto universalización de los derechos sociales, parece llegada la hora de debatir cómo, sobre la base de este logro histórico irrenunciable, es posible construir un sistema de bienestar social abierto plenamente a la oferta social, con una mayor preocupación por las necesidades individuales y la calidad de las prestaciones y con una orientación de integración social activa frente a la simple protección estatal pasiva. No se trata, como señalaremos luego, de cuestionar la presencia y papel del Estado de Bienestar, sino de enriquecer las políticas de protección con políticas de integración en las que es fundamental el protagonismo de la sociedad y de los ciudadanos, así como la apertura a diferentes formas de construcción del bienestar social activo.

2. DEL ESTADO AUTORITARIO DEL BIENESTAR AL ESTADO DEMOCRATICO DEL BIENESTAR. REFLEXIONES SOBRE LA EXPERIENCIA ESPAÑOLA

2.1. Históricamente hablando, la reforma social se abre paso en nuestro país a partir de finales del siglo XIX, y sus principales instituciones se definen y aprueban a partir de 1900. Sin embargo, la reforma social española estará sometida a los avatares y convulsiones sociales característicos de un proceso de industrialización tardía, vertebrado alrededor de oligarquías y caciquismos incapaces de comprender el sentido reformador de las leyes sociales. La guerra civil española supuso una pausa en este proceso histórico, pero lo cierto es que la abortada reforma social de la II República va a emerger bajo la forma de reforma social impuesta, primero bajo una forma totalitaria subconsumista y, a partir de 1960, bajo una forma autoritaria institucional que acompañará al proceso de modernización capitalista de nuestro país.

La reforma social bajo el franquismo va a discurrir en dos etapas. La primera, a la que aquí sólo hacemos una breve referencia, es la

continuación y ampliación de los sistemas de seguros sociales de corte profesional a partir del desarrollo del INP, pero que introduce un cambio de tendencia mediante la creación del Seguro Obligatorio de Enfermedad en 1942. La segunda etapa, realmente importante, es la que se inicia a partir de 1960 con la aceleración del proceso de modernización social y económica, y en la que se inicia el proceso de construcción del Estado Autoritario del Bienestar como respuesta a los nuevos procesos de trabajo y producción, a la dinámica de la concertación social y a las necesidades de creación de ciertos consumos colectivos.

La tesis que aquí sostenemos es que a partir de los primeros años sesenta tiene lugar un proceso de cambio desde una reforma social residual a otra reforma social de tipo institucional. Este proceso va a venir acompañado de varios cambios institucionales, como la ley del seguro de desempleo de 1961, la ley de hospitales de 1962 y, sobre todo, la ley de bases de la Seguridad Social de 1963, que ponen los fundamentos del proceso posterior de universalización de los sistemas de protección social; cambios en la dinámica del gasto público social que se traducen en un fuerte crecimiento del gasto, en la segunda mitad de la década de los años sesenta, en términos de tasas de crecimiento interanual y con elasticidades superiores a la unidad (ver cuadros 1 y 2). Baste considerar que el gasto social de las AA.PP. pasa de ser el 36,6% del gasto total de dichas administraciones en 1960 al 54,9% en 1970, lo que se traduce en una fuerte ampliación de la protección social en la sanidad (el SOE tenía una cobertura en 1960 del 43% de la población española, que pasa a ser el 74% en 1970) y en el sistema de pensiones de la Seguridad Social, cuyo número tiene un crecimiento del 191% entre 1960 y 1973, pasando de 1.052.000 pensiones en 1960 a 3.066.000 en 1973. El fuerte crecimiento económico de aquellos años, los conflictos sociales de la segunda mitad de los años sesenta, la progresiva integración de nuestra economía en el espacio europeo comunitario y la fuerte demanda social no explicitada de bienes públicos, son factores que están en la base de la aceleración en el proceso de expansión y universalización de los sistemas de protección social.

Los primeros años setenta, hasta la transición política, van a acelerar el proceso de universalización de la protección social bajo la presión de importantes conflictos sociales, demandas del aparato productivo, presión indirecta de las clases medias urbanas y clima internacional favorable a la expansión de los sistemas de protección social.

La ley general de educación de 1970 y la ley de perfeccionamiento y financiación de la Seguridad Social de 1972 son sin duda hitos institucionales en la aceleración histórica del proceso de universalización del Estado Autoritario del Bienestar, hasta el punto de que el crecimiento del gasto social se situará por encima del crecimiento económico, en el quinquenio 1970-75, donde se concentrarán las mayores tasas de crecimiento acumulativo anual del gasto social de todo el período 1970-88. Las tasas de crecimiento del gasto en sanidad y pensiones, por ejemplo, que se pueden ver en el cuadro 1, situadas muy por encima de las tasas medias de crecimiento del gasto social, pueden ayudar a explicar la expansión del sistema de pensiones y la profundización de la universalización del sistema público de sanidad que, incluso, eleva sus prestaciones medias a mayor ritmo que el gasto total del sistema sanitario de la seguridad social. Excepción a este proceso será el sistema educativo público, que se verá impotente para afrontar la fuerte demanda social teniendo que dar una amplia entrada a la oferta privada subvencionada y no subvencionada.

Dado el carácter reflexivo general de este trabajo no vamos a detallar de manera pormenorizada la tesis general aquí mantenida. Baste señalar aquí que el crecimiento del gasto social, en definitiva la consolidación de la reforma social, y la redistribución de la renta en favor de las rentas del trabajo, son dos factores internos que van a estar en la base del modelo específico de transición política, hasta el punto que podemos decir que sería impensable comprender la reforma social democrática de 1977-78 sin valorar el capital social aportado por la reforma social autoritaria del tardofranquismo. La legitimidad democrática del Estado Social de la Constitución de 1978 tiene uno de sus fundamentos materiales en el proceso de universalización de la protección social aportado por la reforma social autoritaria.

2.2. Las demandas sociales por largo tiempo pospuestas, el incremento del paro y sus efectos sociales y el propio efecto movilizador de la transición política supusieron un fuerte incremento del gasto social. Si bien es cierto que el quinquenio 1975-80 no es el de máxima intensidad en el crecimiento del gasto social, sí lo es en cuanto a crecimiento porcentual, de forma que el gasto social gana seis puntos porcentuales del PIB en esos años, pasando de ser el 13,9% sobre el PIB en 1975 al 19,5 en 1980. Son los años 1976-78 el trienio de máxima intensidad del crecimiento del gasto social de las dos décadas pasadas y que se corresponden con el llamado período constitucional. El denominado bienio progresista (4), con el avance de la reforma fis-

cal, permitió un fuerte crecimiento del gasto social y la ampliación de políticas redistributivas que actuaron como mecanismo de legitimación del sistema democrático y como compensación a las políticas de contención salarial que se inician con el Pacto de la Moncloa. Se podría decir que con la transición política se institucionaliza un sistema de flujo de rentas de las capas sociales activas hacia las pasivas, pensionistas y parados sobre todo, que en eso consiste sobre todo la naturaleza histórico-social del Estado de Bienestar.

Sin embargo, a finales de los años setenta el fuerte incremento del gasto social no logra alcanzar los niveles necesarios para la adecuada satisfacción de necesidades sociales, ni es comparable aún con los niveles medios de gasto de la CEE. A pesar de ello, el gasto social entra en una nueva dinámica de *contención y reestructuración*, debido a factores como: a) La aplicación progresiva de políticas de oferta que reorientan el gasto en favor de la reestructuración del aparato productivo y conteniendo el ritmo de crecimiento del gasto social. No se va a producir una reducción del gasto social en prácticamente ningún país central, sino su contención en términos reales y una redistribución interna del gasto en favor de partidas como sanidad y desempleo y en detrimento de gastos como educación y vivienda, es decir, una redistribución de los mismos. En el caso español este comportamiento tiene matices propios, como luego veremos. b) Por otra parte, el agotamiento del modelo de crecimiento de los años sesenta va a suponer un énfasis en las políticas de reconversión frente a las de política social en un contexto de profunda internacionalización de la producción. En nuestro país, como en los países de nuestro entorno político y económico, la política social pasa a ocupar una posición de subordinación, casi explícita, a las políticas económicas centradas en el logro de la flexibilidad y eficiencia del sistema productivo.

El último período de gobierno de la UCD afronta ya la desaceleración en el ritmo de crecimiento del gasto social, que, en el caso de los bienes tutelares, constituye un claro estancamiento. Así, el gasto en educación y sanidad se estanca en cuanto a participación en el PIB, su elasticidad es inferior a la unidad y las prestaciones reales medias y reducen hasta 1988 en el caso de la sanidad y hasta 1984 en el de la educación. En lo que se refiere a la garantía de rentas, la madu-

(4) JOSÉ V. SEVILLA SEGURA: *Economía política de la crisis española*. Crítica, Barna. 1985.

ración del sistema de pensiones de la Seguridad Social impide el freno al crecimiento de este tipo de gasto, pero se inicia una desprotección galopante del desempleo a partir de la ley Básica de Empleo en 1980 y un deterioro de las prestaciones por ILT. Mientras, el ritmo de crecimiento del gasto económico será superior al del gasto social a partir de 1978 y hasta 1983.

La reforma social democrática de los gobiernos socialistas entre 1983-88 se desarrollará sobre un doble eje no exento de contradicciones: por una parte, las reformas del sistema educativo (LODE), del sistema sanitario (ley de Sanidad), reforma de la LBE, entre otras, van a acelerar el proceso de universalización del Estado de Bienestar que, en 1990, se puede considerar muy avanzado y con desarrollos importantes en el terreno de la educación y de los servicios sociales, aunque existen lagunas importantes en la protección por desempleo y en la lucha contra la pobreza; por otra parte, este proceso viene acompañado de problemas importantes en cuanto a la intensidad protectora de los sistemas de protección social, y que afectan a la suficiencia de determinados tipos de pensiones, el paro de larga duración, la protección de colectivos específicos y la calidad de prestaciones, como en el caso de la sanidad.

Así, hasta finales de 1988 se podría decir que la política de protección social en general se define por su éxito en cuanto a universalización del Estado de Bienestar, pero a costa de la intensidad protectora o calidad de algunas de las prestaciones y servicios. En este período 1983-88 podemos diferenciar dos etapas: la de 1983-85, en la que las tasas de crecimiento interanual del gasto social son tres veces superiores a las del PIB y donde el esfuerzo es notable en el gasto en bienes tutelares o servicios públicos, y donde ya constatamos un deterioro en la intensidad del crecimiento en garantía de rentas respecto del período 1980-83; y el período 1985-88, durante el cual el crecimiento del PIB es superior al del gasto social, rompiendo una tendencia histórica que se inicia en la década de los años sesenta, y que incide sobre todo en los gastos de garantía de rentas y en menor medida en los bienes tutelares. Ello no ha sido a costa, como pudiera pensarse, del crecimiento de los gastos económicos, sino de la política de reducir la deuda pública. Dicho de otra manera, los resultados económicos del período 1985-88 se destinaron con mayor énfasis a la reducción de la deuda pública que a la intensificación de la acción protectora. Habrá que esperar a principios de 1990 para que se inicie un proceso de intensificación de la acción del Estado de Bienestar, que en modo algu-

no cabe interpretar como una determinación de ampliar las funciones estatales de la política social, sino de «compensar» el sacrificio social de los años precedentes a la mejora del aparato productivo privado y público, y de «retomar» la protección de colectivos específicos marginados del bienestar social, así como de profundizar en la calidad de los sistemas públicos y en la incorporación de la sociedad a las políticas de bienestar.

No podemos hacer aquí una evaluación detallada de la política social de los últimos ocho años, pero sí señalar los rasgos principales de la misma de cara a una posterior reflexión sobre tendencias futuras. En primer lugar, el gasto social de nuestro país está aún alejado de los niveles medios de la CEE y del esfuerzo realizado por buen número de países de la OCDE. Las diferencias en el primer caso suponen, tal como se ha señalado por parte de Lagares (5), que los niveles de cobertura del gasto público español, medido en unidades de poder de compra, en 1985, eran el 59% de la media comunitaria en educación, 78% en sanidad y 85% en seguridad social, superando el nivel 100 los servicios generales —111,9— y los servicios económicos —102,5—, constatándose un deterioro de la norma comunitaria para el caso de la sanidad, durante la primera mitad de la década pasada, y una mejora relativa en el caso de la educación.

En segundo lugar, hemos de constatar, a pesar del crecimiento del volumen de recursos, el relativo estancamiento del peso de la seguridad social en relación al PIB, a pesar de que la población protegida por este sistema ha aumentado en algo más de seis millones y medio de personas, cinco millones y medio en el caso del INSALUD y más de un millón de nuevas pensiones. Este estancamiento se ha traducido en que el gasto en garantía de rentas y en sanidad tengan una elasticidad inferior a la unidad, algo casi desconocido en la evolución histórica del gasto social. En todo caso, la maduración del sistema ha supuesto un doble movimiento de «racionalización» marcado por la reforma de 1985 —que introduce la carencia cualificada, la revalorización de las pensiones sobre inflación prevista y el control de las pensiones por invalidez— y de «asistencialización» o de equiparación de las pensiones en torno a un mínimo que, hasta 1988, suponía que el 82% de las pensiones de la seguridad social fueran inferiores al SMI y que algunos colectivos, como las viudas, estuvieran en condi-

(5) MANUEL LAGARES CALVO: *Niveles de cobertura del gasto público en España*. «Papeles de Economía Española», núm. 37, 1988.

ciones de clara inferioridad. Aunque la pensión media mensual en pesetas de 1980 no cae, y mejora posiciones respecto al salario mínimo, no podemos olvidar que durante el período 1983-88 sólo ganan poder adquisitivo las pensiones con cónyuge a cargo y las viudas con más de 65 años, alrededor del 14% del total, mientras que perdieron poder adquisitivo las situadas sobre la mínima, en torno a la mitad de las pensiones, quedando estancado en el resto (viudas con menos de 65 años, jubilados e inválidos sin cónyuge a cargo).

Finalmente cabe señalar el deterioro en tres ámbitos específicos de la política social: A) En el de la protección a la familia, que no sólo reside en la reducción del gasto real desde 1973 hasta hoy, sino sobre todo en la ausencia de una reformulación de la protección a la familia no por vía fiscal —que no tiene eficacia redistributiva al no variar las deducciones en función de los niveles de renta ni beneficiar a las familias situadas debajo del mínimo exento— sino centrando la protección en función de los hijos y protegiendo de manera especial los nuevos tipos de familias y, en concreto, las monoparentales sin recursos. B) El segundo ámbito se refiere a la protección por desempleo; la reforma de la ley Básica de Desempleo en 1984 frenó un intenso proceso de desprotección, aumentando las cuantías de la percepción hasta el SMI y creando un sistema de protección asistencial para los mayores de 55 años; pero se excluía, hasta 1988, la protección de los parados de larga duración (el 43% de los parados a finales de 1988 llevaban más de dos años en paro) y con la importancia de la contratación temporal se acortaban los períodos de protección en caso de desempleo. C) Finalmente, hay que destacar el hecho de la práctica universalización del sistema público sanitario entre 1983 y 1989, acompañado de un deterioro del nivel asistencial, del que es responsable, además de otros factores institucionales y políticos, el deterioro de las prestaciones reales medias durante los últimos diez años, que ha afectado sobre todo a la atención primaria, verdadero eje de la reforma sanitaria de 1986, que se ve impotente para romper con lo que algunos autores denominan hospitalocentrismo, y que no es sino la imagen de un sistema sanitario dual en el que el sistema público no es capaz de imponer un modelo de funcionamiento basado en la calidad, la descentralización y la educación sanitaria (6).

En definitiva, podemos decir que hasta finales de 1988 la reforma

(6) JESUS M. DE MIGUEL: *La estructura del sector sanitario español*. Tecnos, Madrid, 1983. JOSEF A. RODRIGUEZ, *Salud y sociedad*, Tecnos, Madrid, 1987.

social completa prácticamente el proceso de universalización en el ámbito de la sanidad y el sistema educativo, sufre un gran retraso en la protección de la población desempleada y quedan algunas lagunas en el sistema de pensiones —la ley pendiente sobre pensiones no contributivas—, siendo dos importantes avances los que se producen en la universalización de la enseñanza preescolar y en el desarrollo de los servicios sociales; sin embargo, este proceso se apoya en el retroceso de la intensidad protectora en la sanidad y desempleo y, en menor medida, en el sistema de pensiones de la Seguridad Social. En suma: universalización sobre un sistema de prestaciones medias reales no efectivas ni suficientes.

La conciencia social de este hecho se sintetiza, con todos los matices que queramos, en la huelga de diciembre de 1988, que marcará un punto de reflexión decisivo sobre diferentes aspectos de la vida política española y, entre ellos, sobre la evolución del Estado de Bienestar español. Los acuerdos entre el Gobierno y los sindicatos sobre diferentes aspectos de la protección social, en 1990, nos señalan que se ha apostado por una profundización e intensificación de los sistemas de protección social existentes, al mismo tiempo que se están poniendo las bases para un debate más amplio sobre las políticas de protección social futuras que deben ser adoptadas, no sólo por el Estado, sino por el conjunto de los ciudadanos y sus organizaciones sociales, sobre lo que a continuación haremos unas breves reflexiones finales.

3. HACIA UNA GESTION PLURALISTA DEL BIENESTAR. ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL

Las políticas sociales de los años ochenta han estado caracterizadas en la gran mayoría de los países centrales por el pragmatismo tanto en el discurso, como en la práctica política. El Estado de Bienestar no ha retrocedido, pero sí reorientado sus modos de intervención (menos productor, más subvencionador y financiador), reasignando sus recursos en función de cambios demográficos y nuevas necesidades (la importancia del envejecimiento de la población y, por tanto, de las políticas para la Tercera Edad), y enfatizando en las políticas de promoción e integración además de las de protección.

Desde el punto de vista teórico-político, las políticas sociales de

los noventa van a estar caracterizadas, en gran medida, por el pragmatismo, lo cual, si por una parte supone un aproximación entre el debate político y la diversificación concreta del Estado de Bienestar, por otra parte puede implicar la adopción de políticas sociales «adaptativas» a los requerimientos del crecimiento económico como condición *sine qua non* de la dinámica del gasto social o «defensivas» del *status quo* tradicional del Estado de Bienestar. En sus versiones extremas, se trataría de enfoques estrictamente economicistas y corporatistas del Estado de Bienestar.

Si aceptamos, y creemos que ello es correcto, que el Estado de Bienestar ha permanecido a lo largo de la crisis como un conjunto de instituciones con capacidad para paliar los efectos del cambio y la crisis, reducir el impacto de los conflictos sociales y afrontar el coste de la maduración de los sistemas de protección social, entonces cabe seguir pensando en su dimensión reformadora bajo nuevas condiciones institucionales e ideológicas, que podrían cifrarse del modo siguiente:

a) El Estado de Bienestar ha sido relativamente eficiente a lo largo de los años en que se ha redefinido parte del nuevo aparato productivo y tecnológico, y sobre todo ha sido un mecanismo de legitimación de los cambios actuales y de sus costes sociales, y ello a pesar de los límites y lagunas de nuestro sistema de protección social.

b) Sin embargo, ha tenido lugar una modificación parcial del consenso sobre los objetivos y modos de intervención de dicho tipo de Estado, debido no sólo a los condicionantes de los nuevos procesos de trabajo y consumo, sino también a la crítica popular o apoyo crítico de los ciudadanos al Estado de Bienestar que, durante los últimos años, ha venido reorientando parcialmente sus objetivos. Ello ha puesto en el centro del debate la posibilidad de la reestructuración desde abajo del Estado de Bienestar: menos control y más participación, en competencia con los enfoques de reestructuración desde arriba: más control y más segmentación.

c) Dicha reestructuración debe hacer frente a dos demandas: la primera, en cuanto a los objetivos, se trataría de reforzar los sistemas de protección social con políticas de promoción e integración y que potencien la participación de los ciudadanos. Ello supone el desarrollo de políticas activas de integración donde los individuos y grupos no tengan que estar pasivamente protegidos por el Estado, sino que puedan y deban asumir su responsabilidad en la integración laboral y social en general. Se trata no tanto de un proceso de adaptación

cuanto de modificación o reforma profunda del Estado de Bienestar a las necesidades de la sociedad.

La segunda demanda se refiere a los modos de intervención del Estado a la búsqueda de la máxima efectividad de los recursos destinados al bienestar, lo que se traduce en la potenciación de una «gestión pluralista del bienestar», que en cada país adoptará una forma concreta; se trata, por tanto, de introducir de pleno derecho el tercer sector, grupos intermedios, sindicatos y organizaciones específicas de la juventud, mujer y tercera edad en la producción del bienestar social.

En suma, las dos demandas se sintetizan en la incorporación de la sociedad a la definición de las necesidades sociales bajo criterios de responsabilidad y participación y en la pluralidad de los modos de intervención o producción del bienestar bajo criterios de eficiencia, efectividad y descentralización. Demandas que no enfrentan al Estado con la sociedad civil, pues no se trata de una relación necesariamente contradictoria excepto bajo circunstancias específicas de dictadura, sino que redefinen su relación complementaria. No se trata tanto de menos Estado y más sociedad civil, lo que no deja de ser un simplismo desconocedor de los cambios sociales en el capitalismo tardío, sino de redefinir los modos de relación entre ambos niveles bajo los criterios antedichos, pues si el monopolio estatal de la producción del bienestar puede devenir en burocratización, cabe perfectamente pensar que el predominio de la sociedad civil en sociedades industriales devenga en sociedad incivil, donde los grupos sociales menos organizados y hábiles quedarán en los márgenes o extrarradios de la sociedad.

Finalmente, y refiriéndonos al caso español, creemos que el debate debe partir de la consideración de la historia pasada y reciente del Estado de Bienestar. Estamos ante un tipo de Estado de Bienestar de tamaño medio que ha sido capaz de resolver en gran medida la universalización de la protección social con lagunas pendientes en la protección del desempleo, nuevos tipos de familias y grupos específicos de población, pero que tiene que afrontar a lo largo de la presente década varios desafíos: el coste del envejecimiento de la población, la integración de grupos específicos de población menos favorecidos, la mejora de la calidad de las prestaciones en sanidad, pensiones y desempleo y la garantía de una renta mínima de integración para todo ciudadano.

En este desafío el Estado tiene una responsabilidad crucial miran-

do a la historia pasada y al peso específico de la sociedad civil, que no puede inventarse de un día para otro. La *extensión* de los derechos sociales aún no ha finalizado y en ello el Estado tiene una responsabilidad definitiva por mucho tiempo en cuanto agente de racionalización social. Por su parte la sociedad tiene igualmente una responsabilidad decisiva mirando hacia el futuro y los límites actuales en la intervención del Estado de Bienestar, y que consiste en la *profundización* de los derechos sociales a partir de la potenciación de la producción de bienestar bajo criterios de participación y calidad.

No se trata de objetivos incompatibles, sino complementarios, y a ello puede contribuir un debate abierto y no polarizado que necesariamente seguirá desarrollándose en el futuro inmediato.

El debate, en suma, se centra en el tipo de modernización viable para este país en los años futuros bajo el contexto de la transnacionalización económica, la realidad del cambio sociotécnico y la ampliación y diversificación de las demandas de calidad de vida y bienestar de los ciudadanos y trabajadores de este país.

Ello supone abrir el debate desde el angosto «crecer y luego repartir» a repensar los objetivos del crecimiento, la posibilidad de combinaciones alternativas de bienestar y la propia racionalidad del modelo o modelos a elegir. La política económica, así como la política social son, al fin, la cristalización en el tiempo de un conglomerado de intereses y conflictos entre grupos sociales con diferente grado de poder social. Pero, en cualquier caso, sí cabe señalar *a priori* que no existe una sola política económica que por su supuesta infalible bondad justifique cualquier coste social. No existe el crecimiento económico neutro; y desde este punto de vista sería preciso hablar, sin disociación ni subordinación, de crecimiento (política económica) y del destino del crecimiento (política social); también de constreñimientos transnacionales, pero igualmente de posibilidades nacionales o, como señalaba recientemente Elías Díaz, «lo mismo que hay *cuentas* que sin falta se deben echar y comprobar... hay también *cuentos* que son verdad o que, aún siendo ficción, dicen muy bien cómo debiera ser la realidad. Para nada se está propugnando el reino de la arbitrariedad y de la irracionalidad; sólo el de la igualdad y solidaridad» (7); por último, como señala Fernando Esteve en el volumen que recoge este trabajo, la expansión del mercado no implica la racionalidad y hay que

(7) ELÍAS DÍAZ: *Cuentos y Cuentas*. Diario «El País», 12 enero 1990.

tener en cuenta que la búsqueda de la eficiencia a toda costa puede generar importantes costes sociales en forma de darwinismo excluyente para unos grupos, compulsión consumista en otros y ostentosa agresividad también en otros. En definitiva, si, a pesar de nuestro extraordinario crecimiento económico, mejora de la eficiencia productiva y menor regulación, nuestro sistema de protección social está supeditado al PIB —incluso no creciendo a pesar de las posibilidades reales de este último—, si la redistribución de la renta es más negativa, y no somos capaces de evitar la aparición de nuevas formas de marginación —y esto son hechos y no prédica moral alguna—, entonces tendremos que discutir la *cuentas* del realismo situacional desde *cuentos* de distinto signo que den cabida a la solidaridad frente a la tendencia actual de producción de bienes situacionales, a la participación de la sociedad frente a la disciplina unilateral del mercado (8).

Con ello no estamos sosteniendo la alternativa de la expansión incontrolada de las instituciones estatales, lo que sería contradictorio con lo dicho anteriormente y la propia dinámica del bienestar social, sino la profundización del Estado de Bienestar bajo criterios de efectividad y calidad, dando amplia cabida a la variada gama de ofertas sociales que favorezcan la satisfacción de necesidades individuales, sin fomentar la individualización a ultranza del bienestar social, que fomenten la transparencia y eficiencia sin el recurso único a la mercantilización, y que favorezcan la participación sin el prerequisite de desmovilización de los grupos interesados en la misma. Sin profundización del Estado de Bienestar, el curso histórico del proceso de modernización sólo puede ampliar la gama de insolidaridades y externalidades: pero, igualmente, sin el desarrollo de nuevas formas de intervención social, la satisfacción del bienestar sólo puede ser más opaca.

En definitiva, los límites y lagunas del Estado de Bienestar español señalan que el curso histórico de la reforma social no ha finalizado, en lo que se refiere a la expansión de los derechos sociales ni al contenido de los mismos, y la década de los noventa puede ser una oportunidad para consolidar el Estado de Bienestar en el seno de una sociedad también de bienestar.

(8) F. QUESADA y otros: *¿Retorno o disciplinamiento de la sociedad civil?* Revista «Sistema» núm. 79, julio 1987.

Cuadro 1

TASA DE CRECIMIENTO INTERANUAL ACUMULATIVO DEL GASTO ADMINISTRACIONES PUBLICAS

GASTOS	1960-65	1965-70	1970-75	1975-80	1980-85	1980-83	1983-85	1985-88
1. GASTOS GENERALES Y DEFENSA	4.16	0.43	6.68	4.30	4.40	5.71	2.46	2.69
2. BIENES TUTELARES	4.94	8.27	10.17	7.35	5.12	2.79	8.72	4.30
2.1 Enseñanza.....	4.15	17.20	7.35	11.15	2.73	0.80	5.70	4.87
2.2 Sanidad	4.57	28.79	13.95	5.28	5.25	0.99	11.98	1.45
2.3 Vivienda	3.24	-18.49	2.64	5.89	7.90	4.61	13.03	21.88
2.4 Otros	20.41	0.40	8.09	5.48	13.49	23.07	0.51	-2.45
3. GARANTIA DE RENTAS	15.35	19.39	9.35	10.20	6.21	7.42	4.41	2.36
3.1 Pensiones	17.61	11.84	11.37	11.74	5.81	6.70	4.50	3.13
3.2 ILT/INP	-2.51	53.08	16.51	6.77	-2.27	0.23	-5.89	0.25
3.3 Desempleo	-6.60	21.78	33.86	28.24	14.86	18.49	9.62	0.35
3.4 Familia	-4.77	90.95	-3.26	-16.22	-13.78	-11.79	-16.67	-16.00
3.5 Otros	23.64	3.30	4.85	8.12	4.79	5.08	4.36	7.32
4. GASTOS ECONOMICOS.....	6.21	2.59	2.20	10.07	10.28	14.79	3.85	0.55
5. INTERESES DEUDA Y S. C.	16.28	-14.93	-0.09	10.94	36.54	22.63	60.42	10.98
TOTAL	7.18	5.88	7.40	8.25	7.62	7.71	7.47	3.26
PIB	8.42	6.51	5.19	1.76	1.37	0.92	2.05	4.19
GASTOS SOCIALES (2+3).....	8.54	13.38	9.73	8.88	5.73	5.42	6.21	3.20

Cuadro 2

ELASTICIDAD GASTOS ADMINISTRACIONES PUBLICAS

Clasificación funcional. Ptas. 1980

GASTOS	1960-65	1965-70	1970-73	1973-75	1975-78	1978-80	1980-83	1983-85	1985-88
1. GASTOS GENERALES Y									
DEFENSA	0.82	0.75	0.97	1.10	0.94	1.20	1.15	1.01	0.96
2. BIENES TUTELARES	0.85	1.09	1.12	1.13	1.18	1.10	1.06	1.13	1.00
2.1 Enseñanza	0.82	1.61	1.03	1.08	1.32	1.18	1.00	1.07	1.02
2.2 Sanidad	0.83	2.59	1.30	1.14	1.14	1.04	1.00	1.20	0.92
2.3 Vivienda	0.78	0.26	0.80	1.11	1.01	1.21	1.11	1.23	1.60
2.4 Otros	1.69	0.74	0.92	1.25	1.15	1.04	1.81	0.97	0.82
3. GARANTIA DE RENTAS ...	1.36	1.77	1.09	1.11	1.29	1.15	1.21	1.05	0.95
3.1 Pensiones	1.50	1.28	1.12	1.19	1.37	1.16	1.18	1.05	0.97
3.2 ILL/INP	0.59	6.13	1.47	1.13	1.29	0.99	0.98	0.85	0.89
3.3 Desempleo	0.47	1.95	1.37	2.44	2.51	1.27	1.62	1.15	0.89
3.4 Familia	0.52	18.52	0.92	0.72	0.53	0.71	0.67	0.67	0.52
3.5 Otros	1.93	0.86	1.00	0.98	0.71	1.90	1.13	1.05	1.09
4. GASTOS ECONOMICOS ...	0.90	0.83	0.93	0.93	1.21	1.22	1.47	1.04	0.90
5. INTERESES DEUDA Y S. C.	1.42	0.33	1.00	0.78	1.17	1.32	1.79	2.47	1.21
TOTAL	0.94	0.97	1.04	1.07	1.17	1.16	1.22	1.11	0.97
PIB	1.00	1.00	1.00	1.00	1.00	1.00	1.00	1.00	1.00
GASTOS SOCIALES (2+3)	1.01	1.37	1.11	1.12	1.24	1.13	1.14	1.08	0.97

Fuente:Elaboración propia a partir de CNE, CAP, Cuentas liquidación Seguridad Social, Presupuesto CC.AA., y CC.LL.

Cuadro 3

GASTOS DE PROTECCION SOCIAL CEE
Gastos corrientes sobre el PIB

	1970	1975	1980	1982	1984	1985	1987	1990
ALEMANIA	21.5	28.0	28.7	29.4	28.5			26.4
PAISES BAJOS	20.8	28.1	30.4	33.1	32.8			32.2
LUXEMBURGO	16.4	22.4	26.4	27.4	25.2			24.4
DINAMARCA	19.6	25.8	29.7	31.1	28.9			27.0
BELGICA	18.5	24.5	28.1	30.4	29.6			—
FRANCIA	19.6	22.9	25.9	28.5	29.4			28.4
REINO UNIDO	15.9	19.5	21.7	23.8	24.6			22.8
ITALIA	17.4	18.8	22.8	25.8	27.3			26.4
IRLANDA	13.2	19.4	20.6	23.2	23.9			23.3
ESPAÑA	9.5	12.1	15.7	17.1	17.4		17.8	18.0
GRECIA	—	—	13.3	18.8	20.0			20.2
PORTUGAL	—	—	14.6	15.7	15.2			13.4
Media CEE	19.0	24.7	24.9	26.8	27.1			25.6

España: 1970, 1975 y 1980. Estimación IELSS EUROSTAT.

Gráfico 1

**PARTICIPACION SOBRE EL PIB DEL GASTO
ADMINISTRACIONES PUBLICAS. Ptas. 1.980**

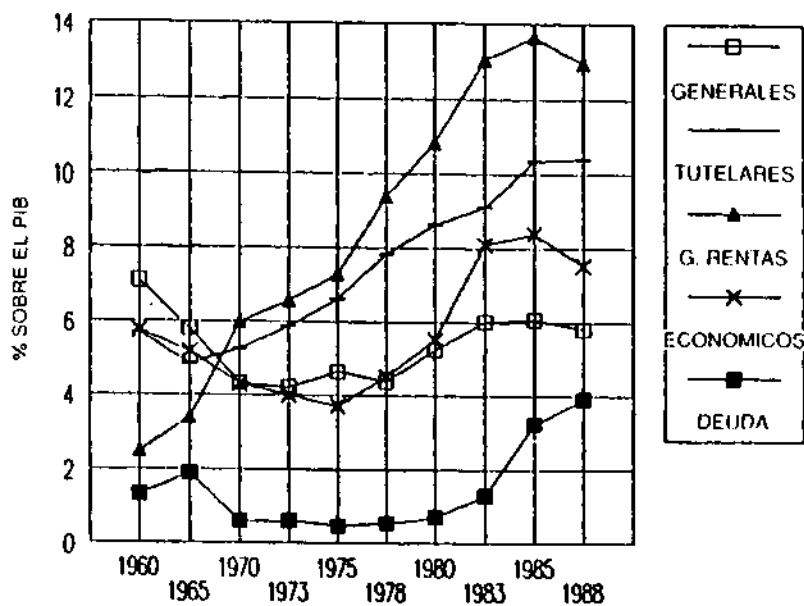
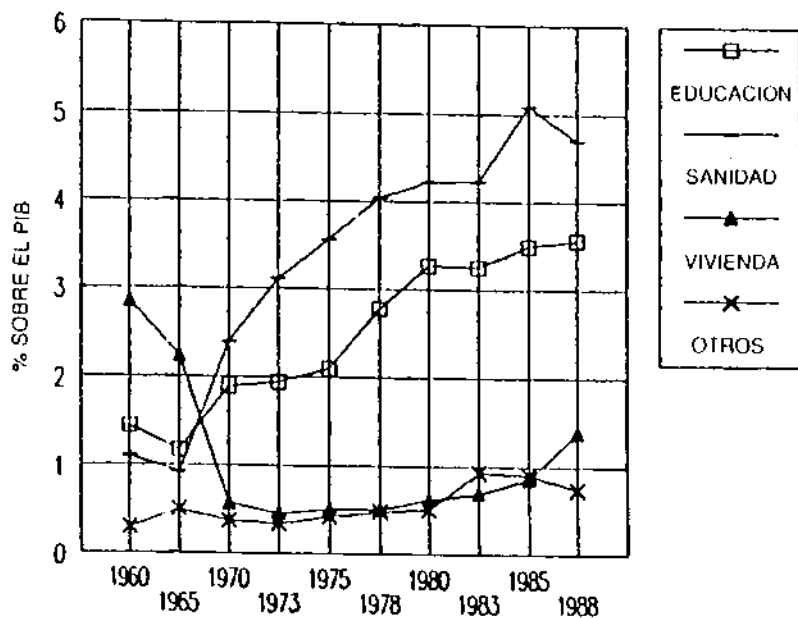


Gráfico 2

**PARTICIPACION SOBRE EL PIB DEL GASTO
EN BIENES TUTELARES AA.PP. Plas. 1.980**



Intervención en el campo de las toxicomanías

Miguel Angel García Sánchez

Coordinador del Servicio
de Atención a las Toxicomanías
Cáritas Diocesana de Salamanca

Este trabajo quiere ser una reflexión en voz alta de tres años de experiencia del Servicio de Atención a las Toxicomanías de Cáritas Diocesana de Salamanca. Es por lo tanto una palabra que sale de un camino de entrega y búsqueda de respuestas válidas desde un contexto concreto.

Será una narración de este proceso abierto. Tres años es poco tiempo para sacar conclusiones determinantes. Serán sencillamente intuiciones que ante nuestros ojos se expresan ciertas en el hoy.

CONOCER LA REALIDAD ANTES DE INTERVENIR

El complejo mundo de las toxicomanías no nos era desconocido al equipo que iniciamos el Servicio. Llevábamos cerca de diez años moviéndonos en barrios periféricos animando diversas Asociaciones juveniles y promoviendo iniciativas de prevención y promoción en el campo de los menores y jóvenes así como en la dinamización social. Pero, con todo ello, nos pareció conveniente estudiar más detenidamente el campo específico de las toxicomanías. Para ello seguimos cuatro caminos complementarios:

1. Sintetizar las intuiciones y experiencias que cada cual traíamos de los barrios, la comprensión de que las toxicomanías se engloban en un problema más amplio, como es la situación de los menores y jóvenes, las familias y la calidad de vida de los propios suburbios.
2. La realización de un «autoanálisis» sobre los estereotipos que tanto los medios de comunicación social como la imagen que la sociedad tiene sobre las drogas estaban condicionando nuestra vi-

sión y por lo tanto la actuación futura: «droga = sustancias ilegales = heroína = consumidor joven = delincuente = marginado = irrecuperable = sólo solución con separación en institución cerrada = SIDA...»

3. Revisión de estudios realizados en Salamanca (EDIS, Enrique Valdeón...) que nos confirmaron la teoría del «iceberg» en la que aparece entre 1/8 y 1/10 parte del problema real de consumo de sustancias psicoactivas.

4. Realización de un trabajo de campo pisando calle, acercándonos a los ambientes donde se consume y trafica, visitando a las propias familias, escuchando a los colectivos de afectados, dialogando con los profesionales que estaban trabajando tanto en prevención como asistencia. Sin duda alguna fue lo que más nos ayudó a comprender, desde dentro, este fenómeno. Comprendimos inmediatamente que las múltiples facetas e implicaciones lo hacían complejo y a veces oscuro, que no podíamos hablar de soluciones mágicas sino de intentos de respuesta que necesitaban ser complementados desde otros ámbitos. También fue un momento de encuentro con mucha gente que sufría y también que luchaba, daba su trabajo, esfuerzo por «hacer algo».

En lo que se refería a las respuestas institucionalizadas o programas que se llevaban a cabo, se encontraban:

— Prevención: Ayuntamiento (seguimiento, prevención de las toxicomanías), Ministerio de Educación y Ciencia (en el ámbito escolar), Asociaciones de barrio (desde la educación de calle, asociacionismo y actividades de tiempo libre), Cáritas Diocesana a través del proyecto de lucha contra la marginación infanto-juvenil.

— Asistencia: Equipos de Salud Mental y Unidad de Desintoxicación del Clínico y Psiquiátrico.

— Reinserción: acciones puntuales de CEAS, Grupos de base y Cáritas Diocesana.

— Asociaciones de autoayuda: dos, comenzando.

— Comunidades terapéuticas: en Castilla y León profesionalizadas (Spiral, Aldama y Adroga), Proyecto Hombre (en León —Astorga—, y en Zamora) y otras (Evangélicos, el Horizonte...).

Atención aparte merece la implantación del Plan Regional Sobre Drogas que se presentaba como marco de actuación que hiciese posi-

ble una coordinación y articulación de recursos y respuestas. Al inicio, con más intención que realidad, se fue consolidando como el eje organizativo y de colaboración interinstitucional, tanto por las líneas de acción que aportaba como la constitución de las Comisiones provinciales de coordinación técnica.

La valoración que nos merecían las respuestas fue la siguiente: buena sensibilidad en los profesionales y adecuada preparación técnica, cierta sensibilidad institucional y social, pero resultaba insuficiente para apostar por programas con futuro y dotados suficientemente. Se echaba en falta coordinación real y apoyo social, una trama que sostuviese la prevención, motivación y, por supuesto, reincidencia.

POSIBILIDADES QUE OFRECIA CARITAS COMO INSTITUCIÓN

Cáritas posibilitaba una respuesta seria y con cierta permanencia. Era lógico situar el Servicio dentro de una actuación más global y normalizada y, por último, aportaba una forma de intervenir basada en la persona, la implicación social, opción clara por los más desfavorecidos y siempre desde un talante de acogida y gratuidad.

En este sentido fueron determinantes:

1. La existencia de un proyecto global de lucha contra la pobreza y marginación, con especial apuesta por el desarrollo de la conciencia social y la potenciación de la trama comunitaria.

2. Reconocimiento y credibilidad social, institucional y por parte de los profesionales por la línea mantenida, el talante en el trabajo y la implantación en barrios y pueblos, así como por los servicios prestados en una lectura permanente de la realidad y respuestas más coherentes en cada momento.

3. Por el dinamismo, agilidad y libertad de no sentirse atados a otros intereses que los propios afectados y el proceso de cambio social. Esto posibilitaba hacer proyectos a medio y largo plazo.

4. La opción por los últimos, por los que nadie llega, nos sitúa en la «no duplicidad» sino en la colaboración y complementariedad con otros programas.

OPCIONES Y MARCO TEORICO DE INTERVENCION

La persona, consumidor o no, siempre será lo importante, situándola dentro del marco familiar y comunitario. Para ello es fundamental el reducir toda imagen distorsionada, falseada, estereotipada, urge «quitar» etiquetas y situarse siempre en el marco de la normalidad.

Al acercarnos a la realidad, así como al intervenir, lo debemos hacer desde la globalidad, comprendiendo los múltiples mecanismos que se interrelacionan, convencidos de la necesidad de un cambio social. Todo el entramado social ha de estar implicado, favoreciendo la participación tanto del propio afectado como familia, asociaciones, barrio, administración... y más que suplir, integrar las necesidades en las respuestas normalizadas existentes o creando nuevas.

Quedaba así nuestra intervención como apoyo, acompañamiento, motivación dinamizadores del proceso, de recursos y referentes sociales permanentes en cercanía y accesibilidad continua.

Estamos convencidos de que los recursos existentes son mayores que los que aparecen a primera vista: potencialidades familiares, asociativas, sociales... urge el despertar las conciencias y estos recursos. Con todo, hay lagunas claras y serias y es preciso exigir y denunciar, en su caso, la creación de los necesarios.

Y, por último, no hay toxicomanías sino personas dependientes. Esto nos llevó a optar por estudios individualizados y diseñar procesos (casi) para cada situación. Teniendo siempre presente que el objetivo último es la recreación de la persona, ambiente familiar y relacional, ámbitos sociales y comunitarios, no olvidamos el valor de los objetivos intermedios (cualquier avance en el control del consumo, educación para la salud, disminución de la problemática familiar, social, será un éxito relativo).

Esto nos llevó al estudio, diseño y formulación de un marco teórico de comprensión e intervención. Lo denominamos «modelo bio-psico-sociocultural-existencial» o de forma más breve, modelo global o integral, pero teniendo en cuenta las facetas anteriores, o sea:

«*Bio*» porque el aspecto más físico, orgánico, quedaban afectados por el consumo reiterado y abusivo de sustancias y por las condiciones sanitarias de uso.

«*Psico*» porque en el origen, mantenimiento o recuperación existía implicación de la personalidad, relaciones, sociabilidad...

«*Socio-cultural*» porque el factor, sociedad, comunidad, cultura marcan una forma de concebir las drogas, su consumo, y favorecen por la imagen o condiciones socio-económicas el inicio y/o mantenimiento.

«*Existencial*» porque el disgusto por la propia vida o existencia, la ausencia de razones, estímulos profundos para vivir, así como la dificultad por percibir un futuro atractivo, desde el cual desarrollar un estilo de vida incompatible con el uso destructor de drogas, es un aspecto fundamental a la hora de comprender el inicio o mantenimiento del consumo, así como el proceso motivador y la incorporación social definitiva.

Olvidar alguno de estos aspectos no ayudará a comprender adecuadamente este complejo problema. Optar por un modelo global, no significa que nosotros lo tengamos que hacer todo, sino dinamizar recursos para que la respuesta sea integral.

PLAN DE ACTUACIONES

El diseño y elección de acciones se fue realizando progresivamente; en estos momentos abarca:

Prevención

- Prevención inespecífica: Dentro del programa de lucha contra la marginación infanto-juvenil se desarrollan actividades de Apoyo Escolar, Tiempo Libre, Asociacionismo juvenil, Aula de Graduado Escolar y Educación de calle. Se realiza a través de Equipos de barrio formados por un profesional liberado y colaboradores voluntarios.

- Prevención más específica: Grupos de discusión con Asociaciones juveniles, grupos de padres, encuestas y diálogo de resultados en Institutos, Centro de Formación Profesional, Jornadas de Sensibilización de alcoholismo juvenil. En colaboración con el MEC y la Junta de Castilla y León, un programa de prevención de toxicomanías en el ámbito escolar dentro de un programa más amplio de Educación para la Salud.

Contacto, acogida y orientación

- Acercamiento a los ámbitos de consumo o detección precoz de abuso: barrios, zonas de diversión, familias, asociaciones juveniles... de forma activa: escuchar, indagar, preguntar.
- Oficina de acogida y orientación: Abierta todos los días donde se pueden dirigir tanto los afectados como familiares, otros profesionales, Centros de Base..., por teléfono o directamente. Se realiza el primer contacto y se informa sobre el proceso necesario a seguir, recursos existenciales, etc.

Motivación y derivación

- Motivación: Desde el primer contacto hasta el inicio de un tratamiento propiamente dicho, se impone una fase de motivación, consolidación de la primera decisión, preparación de la familia... Se realiza a través de la «primera entrevista» (y la vivencia de saberse acogido), la realización de la historia personal, familiar, social, toxicológica, el ofrecimiento de ayuda y acompañamiento permanente, la transmisión de la posibilidad de un Plan Terapéutico atractivo, coherente, posible; la implicación activa del sujeto, familia, otros recursos, etc.
- Derivación: Desde el primer momento nos ponemos en contacto con otros recursos para dar respuesta a las necesidades que se objetivan: salud, asistencia jurídica..., así como cuando se percibe una motivación suficiente (inestable siempre) se deriva a los Equipos de Salud Mental para estudiar conjuntamente el Plan Terapéutico más adecuado para cada caso. Derivar no significa delegar la responsabilidad. El Servicio de Cáritas será siempre referente social cercano y apoyo continuo, por encima que se decida el Plan que sea o se integre en otros recursos hasta que ya no se vea conveniente.

Apoyo y seguimiento en la fase de rehabilitación

El tratamiento especializado (desintoxicación, terapia individual o grupal...) lo realizan los Servicios públicos Especializados (Unidades de desintoxicación o Equipos de Salud Mental). El diseño del Plan Terapéutico se hace en Equipo Interinstitucional, o sea, Equipo de

Salud Mental, Servicio de Cáritas, y en su caso, CEAS u otros. Cada cual asumirá su parte de responsabilidad. El Servicio de Atención a las Toxicomanías de Cáritas se responsabiliza:

- Apoyo personal permanente, siendo referente social básico tanto para el afectado como la familia, recursos..., dinamizando y gestionando los recursos posibles.

- Apoyo familiar: A través de contactos, entrevistas en el Servicio, visitas al propio domicilio. También se ofrece el Grupo de Apoyo Familiar, que es un recurso creado por el Servicio con reunión quincenal como Escuela familiar a la que asisten un mínimo de dos miembros por familia, hasta un total de siete, de forma estable, y aborda de forma teórica y práctica diversos temas, como la importancia del apoyo familiar, la convivencia, la prevención, y abordaje de las recaídas, el manejo del dinero... Conducido por los profesionales del Equipo del Servicio.

- Apoyo social: Se trata de poner en contacto al toxicómano con los recursos sociales: grupos de apoyo y seguimiento de barrios, asociaciones juveniles, talleres ocupacionales..., en línea de aprendizaje de habilidades sociales y ocupación del tiempo. Del mismo modo se facilitan cauces culturales, cursos, educación de adultos y, en su caso, se favorece la promoción profesional o laboral en contacto con el INEM u otras posibilidades.

En todo momento hay un contacto con algún mediador/responsable de los recursos en los que se integra, evaluando periódicamente el proceso seguido así como las modificaciones a tener en cuenta.

Inserción/Reinserción

Desde el «primer contacto» se inicia un proceso insertador que no terminará hasta la incorporación definitiva a la sociedad en autonomía, con un estilo de vida en el que esté ausente el consumo destructivo de drogas. Será diferente el primer momento o pre-inserción (que incluso consumiendo va distanciándose del ámbito de adicción) a un momento posterior de inserción (o reinserción) propiamente dichas, cuando, después de una desintoxicación, deshabituación y rehabilitación va incorporándose al mundo del trabajo, las responsabilidades sociales y las relaciones normalizadas en autonomía.

A los toxicómanos que han realizado el plan terapéutico en el propio medio, se les ha iniciado ya el proceso insertador, de forma gradual; en cambio, a aquellos que lo han realizado en Comunidades Terapéuticas, varios meses antes de la salida se va gestionando y preparando su vuelta a la normalidad.

Además de gestionar y dinamizar los recursos existentes, Cáritas Diocesana ha facilitado el surgimiento de grupos/familias de acogida alternativos en pueblos y barrios como espacios relacionales adecuados a toxicómanos en fase de rehabilitación o inserción cuando su propio espacio familiar no es válido, puntual o definitivamente.

SERVICIO, EQUIPO Y OTROS RECURSOS

El Equipo base dinamizador está formado por un trabajador social, un psicólogo, un médico y un abogado liberados y formados especialmente en los campos de la marginación y toxicomanías. Se funciona en equipo y con un proceso de formación y autoevaluación permanentes.

La función primordial de este Equipo es la de dinamizador y referente social base permanente, facilitador de recursos e impulsor de contactos con la trama sociocomunitaria existente. Además, acompaña a los equipos de colaboradores, referentes/responsable de actividades y se encarga de la evaluación, modificación del Plan (en colaboración con los Equipos de Salud Mental y otras instituciones o profesionales) y formación de colaboradores, mediadores sociales, etc.

Es fundamental el papel desarrollado por colaboradores voluntarios a tiempo parcial que apoyan las actuaciones tanto a nivel del propio Servicio como en los recursos asociativos y ocupacionales de los barrios.

Comprendemos que más que generar recursos propios es preciso animar el reforzamiento de la respuesta social, cuidando de forma especial potenciar la conciencia social y los recursos existentes.

Ultimamente se ha iniciado una Asesoría Jurídica abierta y un Centro de Documentación.

DESARROLLO DEL SERVICIO FUTURO

La secuencia resumida del proyecto es como sigue:

- Primer año:

- Conocimiento de la realidad: análisis y contacto cercano.
- Primeras relaciones con otros recursos y profesionales.
- Estudio de criterios y metodología de trabajo.
- Inicio de programas.

- Segundo año:

- Consolidación de criterios, metodología, coordinación, así como del Equipo base, colaboradores y programas.

- Coordinación con Cáritas de Avila y León y constitución a nivel Regional del programa, en coordinación con el Plan Autonómico de Castilla y León (C. L.).

- Tercer año:

- Consolidación de las redes de barrio de apoyo y «Grupo de Apoyo familiar», Grupos/familias de acogida.

- Programa de prevención de drogodependencias en el ámbito escolar con el MEC y la Junta de C-L.

- I Jornadas sobre toxicomanías de Cáritas de C-L.

- Evaluación del trabajo realizado en C-L.

El futuro del Servicio de Atención a las Toxicomanías de Cáritas de Salamanca va a venir determinado por la misma problemática de consumo. Como Servicio abierto y dinamizador se irá adaptando en cada momento para ser eso mismo, «servicio» a las personas y a la sociedad. Percibimos un envejecimiento y deterioro progresivo de los consumidores de heroína y que demandan ayuda sanitaria, judicial..., así como un aumento en el consumo de cocaína, que exige una nueva manera de intervenir, al igual que una escalada del consumo abusivo de alcohol de adolescentes y jóvenes. Ya estamos estudiando la respuesta más adecuada desde nuestras posibilidades.

BIBLIOGRAFIA BASE

- ALFONSO SAN JUAN, M., e IBAÑEZ LOPEZ, P. (1987): «Drogas y toxicomanías». Madrid, Narcea.
- Comunidad y drogas: «Cuadernos Técnicos de Estudios y Documentación». Madrid, Ministerio de Sanidad y Consumo.
- ELZO, J.: (1989): «Los jóvenes y su relación con las drogas». Vitoria, Gobierno Vasco.
- «El consumo de drogas en el municipio de Madrid (1989)». Madrid, Ayuntamiento de Madrid.
- FREIXA, F. SOLER INSA, P. A. y Cols. (1981): «Toxicomanías. Un enfoque multidisciplinario». Barcelona, Fontanella.
- FUNES, J., y MAYOL, I. (1989): «Incorporarse a la sociedad». Madrid, Dirección General de Acción Social-Cruz Roja Española.
- GRUP IGIA (1989): «Trabajar juntos pero... Una propuesta metodológica de intervención en el municipio». Barcelona, Grup Igia.
- GRUP IGIA (1989): «Repensar las drogas». Barcelona, Grup Igia.
- MAYOR MARTINEZ, L., y TORTOSA GIL, F. (1990): «Ambitos de aplicación de la psicología motivacional». Bilbao, Desclée de Brouwer.
- NAVARRO, J., y Cols. (1985): «El consumo de drogas en España». Madrid, Dirección General de Acción Social-Cruz Roja Española.
- RODRIGUEZ CABRERO, G. «La integración social de drogodependientes». Madrid (1988). Plan Nacional sobre Drogas.
- RODRIGUEZ ROCA, J., y Cols. (1989): «Drogodependencias y su tratamiento en siete países europeos». Barcelona, INTRESS.
- VEGA, A.: «Las drogas. ¿Un problema educativo?». Madrid (1985). Cincel-Kapelusz.
- VVAA (1987): «Reinserción social y drogodependencias». Madrid, Asociación para el estudio y promoción del bienestar social.

Métodos de intervención con los indomiciliados y transeúntes

Clemente Martín Barroso
Sociólogo
Ramón González Álvarez
Asistente Social

0. MAS ALLA DEL ASISTENCIALISMO

La crisis, tal vez, sea la característica más llamativa a nivel del substrato axiológico que orienta la acción de los trabajadores sociales implicados en la atención de estos colectivos. Hace unos cuantos años la línea de trabajo era clara y sin fisuras. Hoy, en cambio, están sometidos a revisión no sólo los instrumentos y las formas de proceder sino también la identidad misma del colectivo transeúnte. (Más adelante precisaremos la diferencia entre indomiciliados y transeúntes. Por ahora, sirva reseñar que la mayoría de los transeúntes están domiciliados. Y que uno y otro colectivo, aunque se les intente equiparar alternando incluso sus nombres, son tan dispares que en este artículo nos referiremos solamente a los transeúntes.)

Hasta bien entrados los años ochenta, el entramado axiológico de la orientación benéfico-asistencialista se proyectaba en una concreta pretensión, generalizada entre los centros dedicados a la atención de los transeúntes: proporcionarles recursos —insuficientes, escasos y dispersos— para cubrir temporalmente algunas de sus necesidades. Su política se orientaba a socorrer la penuria de una abundante clientela de necesitados, pero también a evitar los riesgos de la ociosidad: holgazanería y delincuencia.

En bastantes centros se les ofrecía solamente y durante unas cuantas noches —algunos las alargaban hasta seis o hasta el día que otros usuarios tuvieran necesidad de la plaza— alojamiento, para que de «sol a sol» «se buscaran la vida» en otra parte y localizaran otro cobijo. Otros dispensaban únicamente comida o ropa. Y en muchos se les proveía de billete o dinero para que se marcharan a otro sitio.

La calidad de estos servicios, así como las motivaciones actitudinales sobre las que reposaban, era, obviamente, muy desigual en equi-

pamiento y en técnicas. Por citar dos variables: desde la colchoneta en el calabozo, y cuando no se hallaba ocupado, que les proponían bastantes corporaciones locales, a la habitación, estrecha y compartida pero limpia y ventilada —«de hotel», en términos de los propios transeúntes— que se les brindaban en otros centros, generalmente de iniciativa social privada. Y desde el trato frío, desconfiado, incluso agresivo, de no pocos «burócratas» y «servidores del orden», a la acogida humana, cálida y «fraternal» de gran parte de los trabajadores sociales, profesionales o voluntarios.

Pero casi todos ellos, como se ha anticipado, participaban de una orientación benéfico-asistencialista, singularizada por el carácter benéfico, parcial y gratuito del amparo que se dispensaba a los que se demostraban indigentes.

Preciso es adelantar que algunas instituciones, los asilos, por ejemplo, tenían como objetivo, desde las limitaciones impuestas por la precariedad de recursos que sufrían, dar una respuesta integral a las necesidades de los transeúntes. Porque estas instituciones los residenciaban y pretendían satisfacer sus necesidades de alimentación, vestido, ocupación, cultura y ocio. Los asilos y otras instituciones similares, por consiguiente, aunque se hallaban inmersas en un marco benéfico-asistencialista, escapaban de su dinámica en esta dimensión. Y preciso es reconocer también que, a pesar de la «mala prensa» con que estas instituciones han sido presentadas por algunos medios, muchos transeúntes y otros colectivos necesitados de techo las echan hoy en falta. De hecho, algunos centros que intentan seguir este modelo de atención, tienen durante todo el año niveles de ocupación relativamente muy elevados. Pero los antiguos asilos o las actuales «residencias» atienden al transeúnte justamente cuando deja de serlo, generalmente en la última etapa de su vida, es decir, cuando su cuerpo se resiste o niega a seguir caminando de ciudad en ciudad o de pueblo en pueblo. Por lo que, estrictamente, no pueden considerarse centros de atención para transeúntes.

La orientación benéfico-asistencialista, aunque determinadas instituciones hayan superado algunos hándicaps, ha campeado durante la década de los ochenta en los servicios de atención al transeúnte. Y también en otros sectores de los servicios sociales incluso bajo literalidad de un nuevo marco legal: el reconocimiento del derecho subjetivo de los ciudadanos a las «prestaciones» de los Servicios Públicos. Porque, pese a la máscara del, frecuentemente, ambiguo y confuso

vocabulario incorporado a los servicios sociales, la arrogancia nominalista no ha conseguido provocar alteraciones significativas en los procedimientos metodológicos y técnicos. Y pese a los notorios avances realizados en el equipamiento material y humano, la realidad, haciendo oídos de mercader, ha permanecido inalterada en esa dimensión. Aunque la «propaganda» instalada difundiera otras imágenes.

Descendiendo al terreno concreto de los transeúntes, los acontecimientos han revelado que con el asistencialismo imperante, al ofrecerles respuestas inadecuadas, se vuelven crónicos y las nuevas incorporaciones de indigentes aumentan sin cesar los efectivos de este colectivo hasta desbordar las crecientes ofertas asistenciales.

Por lo que algunos trabajadores sociales, con espíritu crítico y «quijotesco», inician la roturación de nuevos caminos ideando

1. OTRAS FORMAS DE PROCEDER

Y hacia 1982 unos cuantos «pioneros», responsables de otros tantos centros de Cáritas, tras un prolongado proceso de reflexión, ponen en marcha otras tantas experiencias piloto de reinserción social. Con pocos recursos pero con los pies en la tierra, proyectaron y desarrollaron sus experiencias incluso contra la corriente de dos tendencias en boga: la desinstitucionalización y la gratuidad. «Estas experiencias —escribía en 1985— han optado mayoritariamente por la institucionalización para desarrollar —y con notable éxito...— los procesos de reinserción...» y por «la constante y creciente exigencia en el cumplimiento de las normas establecidas... y en la demanda de una progresiva contraprestación de los servicios que se les ofrecen: nada se tiene que dar gratuitamente.» (Martín Barroso y González Álvarez, 1985, 336-347). Estas dos aportaciones, a nivel de los elementos axiológicos que sustentan hoy las pretensiones de los trabajadores sociales en este campo, se están haciendo ya moneda de uso corriente.

Y más significativo es aún que las líneas básicas operativas de las mencionadas experiencias de reinserción —clima de libertad, integración grupal y local, participación de los transeúntes y sensibilización de las sociedad y asistencia digna—, informadas por el substrato axiológico de la atención integral y por la coordinación intra e interinstitucional, están orientando en la actualidad la acción y, sobre todo, la reflexión de bastantes trabajadores sociales implicados en la atención

del colectivo transeúnte desde instituciones tanto de iniciativa social pública como de iniciativa social privada.

Porque la mayoría de ellos «saben que la cama, el vale para la comida, la ropa o el billete que han venido y continúan ofreciendo a los transeúntes, no sirven para mejorar sus condiciones personales. Más aún, reconocen que con estas ayudas se les impulsa a ir rodando de ciudad en ciudad hasta convertirlos en parásitos sociales» (Martín Barroso, 1990). Saben, porque lo están experimentando día tras día, que este asistencialismo provoca la emergencia, precipita la permanencia y consolida la cronificación en el transeuntismo.

No obstante esta «vivencia», bastantes trabajadores sociales, a pesar de asumir el entramado axiológico de la atención integral y de la coordinación intra e interinstitucional, continúan manteniendo modos de atención asistencialista. Y para justificar su forma de proceder,

- unos alegan «razones político-humanitarias: a ellos se les exige desde “el poder” el descenso-desaparición-erradicación de transeúntes dentro de sus respectivos ayuntamientos sin cargar con los costes de su estabilidad residencial: “Te imponen deshacerte de ellos, no quieren verles en nuestras calles y no vas a dejarles tirados. Les ayudas con lo que puedes”;

- y «otros... aducen motivos trascendentes. El transeúnte es una persona “amada”, hasta el punto de que él les ofrece la oportunidad de hacer realidad aquel pasaje evangélico en el que Jesús proclama: «Lo que hagáis con cualquiera de éstos, conmigo lo hacéis»».

Con las aportaciones precedentes se intenta presentar una obviedad: al final de la década de los ochenta se ha pasado de la «competencia» por la oferta de unos servicios asistenciales, incluso suficientes y de calidad, a la justificación de su mantenimiento.

El modelo de atención asistencialista está en proceso de regresión y decadencia, porque la epidemia que pretendía atajar, la acrecienta. Pero ello no obsta para que la mayoría de los centros dedicados a la atención de transeúntes continúen desarrollando una praxis asistencialista, obligados, en parte, por la acuciante e ineludible necesidad de prestar socorro a otros indigentes que nada o poco tienen de transeúntes. Más adelante abordamos esta cuestión.

Pero las formas modélicas del proceder asistencialista ya no se presentan en sociedad como productos técnicamente cerrados y a reproducir con rigor sino como elaboraciones flexibles y abiertas a otras

iniciativas. Ya no se difunden como panacea sino que se venden como bálsamo de eficacia limitada.

En cambio, el modelo de atención integral, desde la apertura que genera una actitud radical de autocrítica, la fuerza de sus aciertos y el atractivo del riesgo que conlleva su proyección, ha superado, paso a paso, la emergencia testimonial y está irrumpiendo en terrenos de la consolidación.

Y por ello, bastantes esfuerzos de trabajadores y otros agentes sociales se orientan hoy a engrosar el firme y ampliar la calzada de los estrechos y cortos tramos de camino abierto por unos cuantos pioneros que, apenas hace un lustro, propugnaban planes de atención integral —para la prevención del transeuntismo desde los servicios sociales de base, para la integración de transeúntes «reinsertables» desde centros especializados y para la asistencia de transeúntes «no reinsertables» desde servicios específicos—, coordinados con otros servicios sociales y con los recursos de otros sistemas sociales. De hecho, los centros de acogida-orientación para marginados en trance de pasar al transeuntismo y los de integración han aumentado sensiblemente.

El primer reto, pues, que están enfrentando los trabajadores sociales en el sector de los transeúntes gira en torno al despliegue y ajuste de su entramado axiológico frente a la estructuración y dinamización asistencialista que, aunque en retroceso, aún impregnan la mayoría de los servicios de atención al transeúnte. Porque, además de las presiones institucionales tanto políticas como religiosas, la instancia de la clientela dificulta o impide sus pretensiones, como veremos de inmediato.

Pero la crisis de los servicios de atención a los transeúntes se expresa no sólo en los referentes axiológicos que informan su metodología y técnicas, sino también en el paralelo proceso analítico del colectivo transeúnte. Proceso cuyos primeros pasos se encaminan hacia la configuración de otro marco conceptual.

2. PARA LOS «TRANSEUNTES»

La elección del término «transeúnte» para denotar el colectivo que se pretendía diferenciar no puede calificarse de exitosa. (En descargo de los que optaron por este nombre hay que agradecer su voluntad de eludir las connotaciones peyorativas de otros, que, tal vez,

etimológicamente, indiquen con mayor precisión la realidad de este colectivo.) Porque el término seleccionado también ha servido para que se incluyan en el mismo «saco» a individuos marginados o no marginados, que poco o nada tienen en común con los «transeúntes-transeúntes».

A los transeúntes generalmente se les identifica con los usuarios de los albergues. Pero en estos centros «repostan» personas de muy diversa índole: psicópatas, sidosos, temporeros, pobres, ex reclusos, drogadictos, parados, inmigrantes, otros necesitados incidentales y eventuales de techo... y «transeúntes-transeúntes». En opinión de algunos expertos «son contenedores donde se deposita a los que no encuentran acogida en otro lugar».

En la primera mitad de la década de los ochenta se verificó, por ejemplo, la ausencia o irrelevancia de «despsiquiatrizados», ex reclusos, drogadictos no alcohólicos y extranjeros inmigrantes —legales o ilegales— entre los transeúntes. Hoy no se puede afirmar lo mismo. De hecho, bastantes centros están soportando, y cada día más intensamente, la presencia de estos y de otros colectivos que poco o nada tienen en común con los transeúntes.

Esta mezcolanza, que recuerda la situación soportada por las instituciones sanitarias en el siglo VI, imposibilita o dificulta la rentabilidad de los programas de atención. Y los trabajadores sociales son conscientes de que la eficiencia de un tratamiento depende, en primer lugar, de un correcto diagnóstico de la afección soportada por el cliente y, en segundo término, de la aplicación del tratamiento adecuado. Pero en sus centros, con la precariedad de recursos humanos y técnicos que soportan, no pueden dar respuesta ajustada a necesidades tan dispares y complejas. Por lo que la potencial eficacia de sus programas de atención es contrarrestada y/o superada, en muchas ocasiones, por los contagios o por los trastornos, que comportan otras patologías sociales. De forma tal que el deterioro consecuente al transeuntismo mismo, está agravándose aceleradamente con el añadido por otras marginaciones, que amenazan incluso el tradicional «pacifismo» del colectivo transeúnte.

La percepción de esta realidad está provocando entre los trabajadores sociales una reacción tendiente a clarificar la entidad misma del colectivo transeúnte.

El segundo reto, pues, que están tratando de superar los trabajadores sociales implicados en la atención de los transeúntes, es locali-

zar sus características denotativas, las que les distinguen con claridad de los miembros de otros colectivos marginados. Y, simultáneamente, discernir los diferentes tipos de transeúntes.

Este proceso de clarificación parece polarizarse en torno a la concurrencia de cuatro rasgos: itinerancia, pobreza severa, marginalidad y desarraigo social.

Hay ciudadanos itinerantes que no son ni pobres.

Otros padecen pobreza severa, pero no se sienten ni viven como marginales. (El transeúnte, en cambio, quiere aunque no puede ser lo que el ciudadano «medio» es pero tampoco se resigna a ser lo que él es. Se muestra desviado en el modo de vida, pero no en los valores. Soporta sentimientos contradictorios —se siente abandonado de todo el mundo y apreciado por muchos— y del interés por el riesgo-aventura pasa a la evasión-fatalismo.)

Y otros ciudadanos siendo itinerantes, pobres y marginales, no están desarraigados. (El transeúnte, sin embargo, aun estando domiciliado, no tiene residencia estable, carece de vinculaciones familiares sólidas y de relaciones sociales, vive desligado de los subsistemas sociales, incluso de las instituciones que le protegen, hacia las que, con frecuencia, se muestra hostil o indiferente.)

Por lo que tiende a considerarse transcúnte al itinerante que es pobre, que se siente marginal y que se halla socialmente desarraigado. Características que no comparte ningún otro colectivo. Ni siquiera el de los indomiciliados que pueden mantener —y de hecho así ocurre en la mayoría de las ocasiones— hasta vinculaciones familiares y relaciones sociales.

Pero esas características no se presentan de igual forma en todos los transeúntes. Como tampoco todos los enfermos de corazón tienen la misma dolencia. Un soplo cardíaco se distingue de un infarto o de un paro cardíaco. Y los expertos aplican, consecuentemente, tratamientos diferentes.

También entre los trabajadores sociales se tiene el convencimiento de que es preciso discernir diferentes tipos de transeúntes para atenderles diferenciadamente. Por lo que en sus reflexiones tienden a localizar las características singulares de los diferentes tipos de transeúntes. A título de ejemplo, sintetizamos la exposición, que con esta finalidad, realizamos el pasado año en las Jornadas sobre Transeúntes de Cáritas Regional de Valencia.

El PRETRANSEUNTE viene caracterizado por la *pobreza severa* y una cierta propensión hacia la aventura y el riesgo. Mantiene en común con otros pobres severos la condición de parado intermitente —tendiendo a estar más tiempo en paro que acupado en trabajos marginales—, la residencia en zonas marginadas, la recurrencia a los cauces marginales de subsistencia —limosna, chapuza, venta callejera...—, la reducción a las relaciones sociales en paralelo —con personas de su mismo ambiente—, las relaciones familiares frecuentemente conflictivas, la recurrencia reiterada a los servicios asistenciales no especializados y el contacto-adicción a «su» droga: el alcohol. Pero se diferencia de los otros pobres severos por su «rebeldía» ante la situación. No se resigna. Y se desplaza ocasionalmente para «probar suerte».

En el TRANSEUNTE NOVATO puede observarse ya la *dependencia institucional*, «labrada» en su relativamente corto «rodaje» por los centros asistenciales y albergues: con un año en el «carril» consiguen estabilizarse en el «oficio». Rebotan de centro en centro con una experiencia cargada de frustraciones y desesperanzas: parado de larga duración y con unos hábitos laborales deteriorados. La residencia ya no es estable sino esporádica: cuando vuelve a su «casa», para en ella tanto como en cualquier otro albergue y generalmente retorna al «hogar» para llevar a los suyos lo allegado en cauces marginales de subsistencia y para «demostrar» que no le va tan mal. Pero las relaciones con la familia tienden a enfriarse o volverse conflictivas. Sus contactos con los servicios asistenciales *especializados* son frecuentes, aunque también continúa recurriendo habitualmente a otros cauces marginales de subsistencia. El círculo de sus relaciones sociales se reduce y se especializa: algunos usuarios de albergues y/o algunos otros «sin techo» como él. El contacto-adicción a la droga-alcohol se agudiza.

La *marginalidad* es el rasgo diferenciador del TRANSEUNTE VETERANO. Tras unos pocos años —no más de tres— en el «oficio», suelen aparecer los síntomas de la repelencia entre lo que es y lo que desea ser —uno de los rasgos más impresionantes de su trágica realidad—, con la quiebra de su autoestima exteriorizada en el desaliento habitual y la ausencia o degradación de su higiene personal. Su relación con el trabajo es una triste historia del pasado. Sus hábitos laborales se encuentran muy deteriorados. No reside. Flota en los centros. Usuario habitual de albergues «seleccionados». Pero también «pasea» ocasionalmente por «pensiones»: cuando consigue suficientes recursos en los cauces marginales de subsistencia, que suele «domi-

nar». Algunos alcanzan tal «maestría» en el dominio de estos cauces que les sirve para salir del transeuntismo. Porque obtienen ingresos para «vivir como un señor», «alquilando» «sus puestos» —puerta de las iglesias, centros públicos, esquinas o pasos de peatones frecuentados— entre sus colaboradores. Las relaciones familiares son muy débiles, distanciadas, en trance de desaparición para los que permanecen en el transeuntismo. Ni siquiera los que salen del carril con los recursos que les proporciona su red de colaboradores las restablecen. Suelen emprender otras «aventuras» «sin comprometerse a nada con nadie». Las relaciones sociales se circunscriben al ámbito del transeuntismo, aunque seleccionando entre los transeúntes a sus compañeros y entre los trabajadores sociales a sus protectores. La dependencia del alcohol se acentúa.

Entre los TRANSEUNTES CRONICOS ya es realidad el *desarraigo social* con el consiguiente trauma del síndrome de soledad. A pesar de cohabitar con «comparsas», él «vive con nadie», se siente solo, los «otros» y lo «otro» —exceptuando algún fiel animal— no cuentan. El trabajo, la familia, el compañerismo, la patria chica, el trato recibido en muchos centros asistenciales... son historias para olvidar. La salud se convierte en problema preocupante para *ellos mismos*. La dependencia del alcohol se agudiza. Y el deterioro personal se acelera vertiginosamente. Generalmente llegan a esta situación pasados los tres años en el transeuntismo.

Con este proceso de clarificación de tipos de transeúntes los trabajadores sociales están librando una batalla profunda para que los centros de transeúntes se dediquen exclusivamente a transeúntes, articulando programas diferenciados en función de las necesidades específicas de cada tipo de transeúnte. Porque los rasgos esbozados en los apartados precedentes expresan claramente la existencia de distintos tipos de transeúntes. Del «novato» —se ha recurrido a esta terminología para insinuar la devastadora incidencia del tiempo transcurrido en el transeuntismo— al «crónico» median pronunciadas diferencias. Situaciones tan discrepantes reclaman, obviamente, tratamientos dispares.

Y a pesar de las enormes dificultades con que tropiezan los trabajadores sociales en la proyección de su entramado axiológico, como se anticipó anteriormente, la línea de atención integral está abriéndose camino y superando la etapa testimonial de hace unos cuantos años. Cada día hay más experiencias orientadas a prevenir la incorporación

de los pretranseúntes al transeúntismo, a drenar el colectivo transeúnte mediante procesos de integración y a derivar hacia otros servicios a los transeúntes no reinsertables que precisan de una asistencia residencial.

Los trabajadores sociales de este sector también son conscientes de que otros colectivos soportan necesidades tan o más graves —«despsiquiatrizados» sin familia que les acoja, drogadictos y sidosos sin plaza en centros adecuados, parados sin recursos para cubrir los costes de una modesta residencia, ex reclusos con el «oficio y beneficio» de la calle, migrantes e indomiciliados sin techo...—. Pero ellos también saben, porque lo viven día tras día, que no pueden dar una respuesta adecuada a unos problemas tan complejos y tan diferentes con sus escasos recursos. Y que la actual mezcolanza y penuria repercute negativamente en todos los usuarios de los centros, cuya pretensión básica era atender a los transeúntes.

El momento actual de estos servicios, por consiguiente, se halla definido por la pretensión de encontrar una respuesta ajustada a las necesidades de este colectivo, cuyas líneas básicas son la superación del asistencialismo mediante la articulación de unos servicios de atención integral a los diferentes tipos de transeúntes. Tarea que se encuentra obstaculizada por la carencia de recursos institucionales para otros colectivos que, soportando graves necesidades que no pueden atender adecuadamente, les demandan cobijo. Los trabajadores sociales, pues, se debaten entre la ilusión de abrir nuevos derroteros para atender a los transeúntes y la desesperanza de encontrar ante sus puertas cada día más necesitados y en peores condiciones por los que pueden hacer muy poco. Tan poco que los transeúntes y ellos mismos salen malparados.

BIBLIOGRAFIA

- Transeúntes*. D.I.S. «Documentación Social», núm. 20. Octubre-diciembre, 1975. Cáritas Española, Madrid.
- Varios: *Reinserción Social del transeúnte*. Jornadas Internacionales de Estudio. Cáritas. Zaragoza, 1984.
- Transeúntes y Albergues*. C. MARTIN BARROSO. «Documentación Social», núms. 60-61. Julio-diciembre 1985. Cáritas Española. Madrid.
- ALVARO RODRIGUEZ: *Transeúntes e Indigentes*. Ayuntamiento de Madrid, 1986.
- Varios: *Jornadas Internacionales sobre reinserción social del transeúnte*. FEMP Madrid, 1986.
- Departamento de Transeúntes de Cáritas Diocesana de Zaragoza. *En medio del laberinto*. Cáritas Diocesana. Zaragoza, 1987.
- C. MARTIN BARROSO y R. GONZALEZ ALVAREZ: *Volver a ser*. Experiencias y evaluación de reinserción social de transeúntes. Cáritas Española. Madrid, 1989.
- C. MARTIN BARROSO: *La reinserción social de transeúntes*. Texto multicopiado. Jornadas sobre transeúntes. Cáritas Regional de Valencia, 1989.
- V. DIEZ TOMÉ y C. VIELVA MARTINEZ: *Transeúntes marginados en Cantabria*. Diputación Regional de Cantabria. Santander, 1990.

Experiencia educativa con gitanos

Avelina Zorrilla Torras
Luis Felipe Martín Lluch
Profesor de EGB

«¿Qué difícil es
cuando todo baja
no bajar también!»

(ANTONIO MACHADO)

INTRODUCCION

La educación no es un hecho aislado, en el proceso educativo influyen familia, cultura, ambiente social, vivienda, situación laboral, escuela.

Pero determinados sectores de la población se encuentran con una diferencia negativa comparada con el resto: viven en condiciones infrahumanas, su cultura no es aceptada, su entorno físico es agresivo, sus familias están desestructuradas, viven situaciones de paro, etc.

Cuando todos los factores que influyen son negativos, se produce una situación de *sub*-marginación.

La única respuesta de promoción social que les ofrece la sociedad es la escolar y además sin coordinación con otras acciones globales que se tendrían que dar. En todo caso, se aplican acciones represivas dirigidas a esta población que lógicamente son los que más molestan socialmente porque su educación, carencias y marginaciones de todo tipo producen comportamientos sociales fuera de la norma, que son los únicos mecanismos de supervivencia que la sociedad les obliga a emplear.

La escuela actualmente no está cumpliendo su papel fundamental, que es educar intelectual, física y socialmente, pero aún así es un posible factor de cambio siempre que vaya unido con los otros factores que forman parte del proceso educativo.

Algunos colectivos hacen esfuerzos para que esto no se produzca, incluso hay alguna ley que lo favorece.

La experiencia escolar en la que nos vamos a centrar se ha realizado con población marginada social y culturalmente —gitanos-gitanas—, en un barrio de Madrid, La Celsa.

La Celsa es un «ghetto» chabolista situado en la Junta Municipal de Vallecas-Puente. Está compuesto por población gitana: unas 150 familias, con una media por unidad familiar de 5,5 miembros.

Su forma de vida ha sido hasta hace tres años la chatarra y la venta ambulante (prohibida y perseguida en estos últimos años).

Actualmente un 85% más o menos vive de la venta de droga.

En el barrio existen los siguientes servicios:

— Una U.T.S. (Unidad de Trabajo Social) dependiente del Consorcio para el realojamiento de la población marginal de Madrid, con dos años de funcionamiento.

— Una escuela infantil, funcionando casi desde la creación del barrio. En junio de 1990 se suprimió el colegio público, que llevaba abierto veinte años. Los niños-as se matricularon en los Colegios de la zona Entrevías-Pozo.

REALIDAD EDUCATIVA Y RESPUESTA ESCOLAR

La mayoría de la población con edad comprendida entre los 16 y 30 años tienen un analfabetismo funcional.

A partir de los 30 años, la gran mayoría tiene un analfabetismo absoluto.

Por otro lado la incidencia de la escuela infantil de La Celsa es un dato importante a destacar por la influencia que tiene en los niños que han pasado por ella, no todos los niños de 0 a 4 años han estado escolarizados. Esto ha supuesto para muchos unas carencias a niveles educativos, sociales, alimenticios, que sólo desde los primeros años de vida se pueden compensar.

La escuela a lo largo de estos años ha logrado matricular a todos los niños en edad escolar de 4 a 16 años. Esto no implica el que ha-

yan asistido. Algunos no han pasado ni una semana continuada en ella, por muy diferentes motivos.

Existe un rechazo de casi toda la población marginal hacia la escuela, porque no coincide con sus expectativas. La escuela informa, no forma.

Los chicos y las chicas suelen dejar la escuela a los 11 años. Estos mozos y mozas comienzan a sentirse y ser considerados hombres y mujeres a edades muy tempranas y la escuela no tiene respuesta para ellos.

La escuela que ha funcionado en La Celsa era una escuela pública dentro del sistema escolar establecido.

Las peculiaridades de sus alumnos eran:

1. Los niños y niñas tenían dificultad en su expresión oral, y por tanto esto condicionaba su aprendizaje.
2. Carecían de hábitos de salud.
3. Muchos de ellos estaban sobre-protegidos y otros abandonados por sus familias.
4. Existía un índice alto de absentismo escolar motivado por:
 - a) Venta de droga. Esto provoca gran desestructuración familiar y desmotivación hacia todo, excepto al consumo.
 - b) Desinterés familiar y falta de valoración escolar. Muchos niños venían a la escuela por su cuenta, hay casos en que incluso se lo prohíben.
 - c) Venta ambulante: La disminución de esta actividad hace que no necesiten mandar a los niños al colegio mientras salen a vender.
 - d) Falta de actuación de los servicios sociales estatales, locales y municipales que pueden intervenir con esta población marginal.
5. Los niños de esta zona solían expresar los diversos tipos de estado de ánimo, con todo tipo de reacciones de agresividad, debido a la inseguridad y malestar social en el que viven.

El nivel de conocimientos es inferior en comparación con el resto de la población (llegan como máximo a un 5.º de E.G.B.). No influye en absoluto en ello su nivel de inteligencia, sino su situación de marginación social (1).

(1) «Escuela y Marginación». Trabajo realizado por la Asociación de Desarrollo Gitano.

6. Falta de conocimiento de otros entornos físicos diferentes al suyo (viven en un «ghetto»; sus padres apenas les sacan del barrio, con lo que están sumidos en un aislamiento tanto físico como social).

Para responder a las características del barrio y de los niños-as en concreto (2), la escuela partía de los siguientes criterios:

— No puede estar al margen de los problemas que atravesaba esta población gitana, que presenta una doble marginación, étnica y social. Mientras vivan en condiciones de vida infrahumanas y no tengan derecho a una vivienda digna y a un trabajo reconocido por la sociedad, la labor educativa se verá muy condicionada por este contexto.

No se puede pensar en una escuela nueva sin que vaya unida a un cambio real de toda población marginal que posibilite su incorporación social.

Dado que su ambiente es hostil para una educación coherente y liberadora, nuestros esfuerzos irán dirigidos a que este ambiente submarginal desaparezca, no apoyando sus estructuras sino denunciándolas.

La escuela no tiene fuerza por sí sola sin contar con el apoyo, interés y trabajo de instituciones y personas que tienen el deber de estar implicadas en toda esta problemática.

Tendíamos a establecer como bases fundamentales.

Pensábamos que la escuela del barrio debía ser:

- Abierta.
- Flexible.
- Participativa.
- Compensadora.
- Solidaria.

Esto lo concretamos en los siguientes objetivos generales:

En relación a los alumnos:

- Llegar a una total escolarización de los alumnos del barrio.
- Adquisición de los conocimientos necesarios y útiles para la vida. (Resaltando la importancia de aprender a leer y escribir.)

(2) Es la escuela la que tiene que adaptarse a los niños-as y no los niños a ella.

— Desarrollar la capacidad de expresión por medio del juego, partiendo de sus intereses y facilidad para todo tipo de ejercicios físicos.

— Compensar los déficits educativos que presenta esta población, tanto a nivel madurativo en general como de convivencia.

— Desarrollo de hábitos de convivencia y socialización que favorezcan su incorporación social y su salida del «ghetto».

— Subsanan la carencia de servicios en el barrio:

- Comedor.
- Higiénicos.
- Sanitarios.

— Mejor y mayor adaptación de la escuela al niño y a las circunstancias específicas del barrio.

— Considerar el proceso de aprendizaje como algo móvil y activo, llevando a cabo estudios, investigaciones y reflexiones sistematizadas que sean base de una aplicación posterior más efectiva.

— Dar mayor valoración a la participación de los padres, incorporándolos de una forma paulatina y sistematizada en la dinámica de participación del centro.

Con relación a los padres:

En relación a los padres de nuestros alumnos y población adulta en general, la escuela apoyaba todas sus reivindicaciones, siempre que fueran encaminadas a un cambio real de sus condiciones de vida.

Igualmente se les hacía partícipes de todos los trabajos y actividades que en la escuela se lleven a cabo. Dentro de un proceso de una dinámica realmente participativa (A.P.A.).

En cuanto al profesorado:

— Ser flexibles, pero con un respeto a las mínimas normas de convivencia antes expresadas.

— Comprometidos a trabajar en equipo (llevar a cabo el proyecto educativo del centro).

— Con visión de una pedagogía abierta a estas circunstancias especiales y, por tanto, con un trabajo no limitado al que se considera exclusivamente escolar. Esto no excluye el que reivindicamos la participación de otros profesionales de la educación y servicios sociales.

En el cuadro siguiente se recogen las acciones, objetivos y actividades más significativas realizadas en los últimos años.

CUADRO DE LAS ACCIONES REALIZADAS ESTOS ULTIMOS AÑOS		
ACCIONES MAS IMPORTANTES	OBJETIVOS	ACTIVIDADES
Programa de desarrollo de las bases para la incorporación social de los niños y niñas gitanas en edad escolar.	Favorecer el desarrollo social, la convivencia de los niños de este barrio y una adecuada relación con todos los entornos que componen la sociedad.	- Dinámica de participación interna. - Juegos cooperativos. - Trabajos de grupo. - Conocimiento de servicios públicos y su utilización.
Programa de reducción de retraso escolar.	- Detección de los déficits instructivos. - Elaboración de una pedagogía adaptada.	- Adecuación de objetivos mínimos. - Seguimiento y evaluación del proceso.
Departamento de Apoyo y Seguimiento escolar.	- Favorecer la escolarización de todos los niños y niñas del barrio. - Conseguir el desarrollo de las capacidades según nivel-edad.	Realización de actividades recreativas en otros entornos. Intercambios con otros centros. Convivencias periódicas, acampadas, granja escuela, colonias escolares.
Investigación entre rendimiento y asistencia.	Con el fin de dar respuesta a las causas de retraso escolar y de desescolarización.	
Elaboración de materiales adaptados al entorno del niño: Lecto-escritura, Lenguaje oral, Talleres...		
Programa seguimiento escolar y prevención de la mendicidad.	Diagnóstico de los motivos.	Actividades de capacitación para evitar el absentismo.

Programa específico de educación física para chicos y chicas.	El objetivo fundamental era el desarrollo de la convivencia y socialización en vías a una incorporación escolar.	- Conocimiento y desarrollo corporal. - Aprendizaje de juegos y deportes que les faciliten su relación con otros colegios.
Organizaciones flexibles de alumnos.	Romper la estructura de aula organizando agrupaciones temporales de alumnos según actividades, niveles y edad.	Rincones en Preescolar. Talleres en C. Inicial y Medio.
Programa de animación a la lectura.		
Programas de educación para la salud.		- Comedor escolar como actividad pedagógica. - Utilización de duchas. - Salud buco-dental.
Programas de acción con padres-madres y alumnos.	Seguimiento escolar de participación general.	
Acciones específicas con jóvenes de 12 a 16 años.	Evitar el abandono familiar. Dar una mínima capacitación pre-profesional.	
Participar en el Plan de realojamiento de esta población.	Procurar que haya una correcta escolarización de los alumnos que se realojan.	
Colaboración con los servicios educativos y sociales de la zona y en los centros donde se escolarizan los niños-as.		- Proyectos coordinados con esos servicios. - Participación del profesorado del equipo de La Celsa en el apoyo y seguimiento de los niños incorporados.
Realización de Talleres Escolares.	Es una forma de motivación a la vez que de aprendizaje de técnicas creativas y manipulativas.	- Teatro. - Lecto-escritura. - Experimentos, inventos. - Madera. - Juegos.

ANALISIS DE LOS RESULTADOS DEL COLEGIO PUBLICO MARIA PASCUAL

En estas zonas no tienen sentido términos como «fracaso escolar», al igual que baremar resultados según certificados de escolaridad, graduado escolar, etc.

Los resultados obtenidos a nivel personal de cada niño, son variados, y en algunos casos muy positivos, dependiendo de épocas, de familias, del ambiente del barrio... Las familias que llegaban a un grado de promoción social mayor, dejaban el barrio para irse a vivir a otras zonas más normalizadas (los padres y sus hijos han pasado por la escuela, pero no podemos evaluar el grado de influencia que ha tenido la escuela en ese desarrollo, no ha habido un trabajo de seguimiento familiar).

Las familias que quedaban en el barrio seguían teniendo el mismo nivel de marginación. Para ellas y sus hijos, la escuela pública de La Celsa no ofrecía resultados positivos porque:

— No llegan a alcanzar un nivel de desarrollo que les facilite una incorporación social.

— Sus niveles de aprendizajes de técnicas instrumentales básicas siguen teniendo una diferencia de varios años con referencia al resto de la población.

— La escuela no les facilita el acceso al mundo laboral.

— El grado de interés de los padres hacia esta escuela continuaba siendo muy escaso.

VIAS ALTERNATIVAS DE ESCOLARIZACION DE LOS NIÑOS DE LA CELSA

A nivel escolar veíamos dos alternativas:

1. *Escuela en La Celsa.*

Transformación de la escuela adaptándola mucho más a las necesidades del barrio, de su población y al proceso de desarrollo social comunitario, que conjuntamente con otros agentes, la escuela podría cumplir.

Serían válidas escuelas abiertas y acordes con las situaciones sociales en las que viven, que no estén tan fuertemente condicionadas por la burocracia administrativa, tan sujetas a programas, forma de adquisición de recursos, adscripción de profesorado, no viabilidad en la creación de equipos docentes y aislados de todas las demás entidades sociales y administrativas que tengan que ver con la educación.

2. *Escolarización en escuelas fuera de La Celsa.*

Incorporación escolar de los alumnos-as de La Celsa en los centros públicos de la zona, que aunque tengan las mismas dificultades que el C.P. de La Celsa, a nivel administrativo, burocrático, tienen la gran ventaja que sin mucho esfuerzo de la Administración (y bajo sus pocas estructuras legales ya creadas al efecto) los niños y niñas puedan aprender a convivir con otros niños de diferentes culturas, entorno..., aspecto que sabemos por muchas experiencias de otros colectivos, colegios, han dado en muchas ocasiones mejores resultados por cumplir un aspecto fundamental para la educación, que es la relación social-afectiva estable y el verdadero intercambio social (lógicamente este proceso necesita una adaptación de la escuela).

Hasta hace cuatro años, todos los intentos habían sido enfocados hacia la primera «Escuela en La Celsa», pero las barreras para llevarla a cabo entorpecían más que favorecían el proceso socio-educativo.

De acuerdo con la población, los profesionales que trabajaban en el barrio y los servicios educativos, elegimos la segunda. El inicio del proceso de realojamiento era un buen momento para comenzar una escolarización en otros Centros, a pesar de que la mitad de las familias serán realojadas en el mismo barrio (se prevé que se construyan viviendas unifamiliares en la misma Celsa).

Por lo tanto el Colegio María Pascual se cerró en junio de 1990 y las familias matricularon a sus hijos-as en los colegios de la zona.

CONSIDERACIONES GENERALES

Las vías de solución no vienen dadas por la intervención de entidades y actuaciones AISLADAS. El aspecto educativo debe enclavarse dentro de un tronco global de desarrollo comunitario, teniendo en cuenta otros aspectos tales como sanitarios, sociales, vivienda... que a la escuela se le escapa.

Cualquier escuela no tiene recursos por sí sola para cubrir las necesidades socio-educativas y paliar el grado de desprotección al que han llegado un tanto por ciento cada vez más elevado de menores en la actualidad.

Para que todos tengan el mismo derecho a la educación, se deben dar actuaciones de diferencia positiva con los «diferentes».

En concreto, en los barrios marginados, toda acción debe ir dirigida a eliminar los «ghettos» del tipo que sean y los poderes públicos estatales y locales deben actuar en los barrios con programas globales, enmarcados en proyectos de desarrollo comunitario.

Toda escuela necesita urgentemente que en la práctica se dé:

— Una autonomía de funcionamiento a los centros (no sólo curricular) y dotarles de recursos humanos, materiales y de formación con el fin de que se dé una adaptación de los proyectos de Centro a la realidad socio-educativa de la población que atiende —es la escuela, fundamentalmente, la que tiene que adaptarse a los niños y no los niños a la escuela.

— Una sensibilización de toda la sociedad, y comunidades escolares por tanto, para que los niveles de solidaridad, respeto y convivencia no se queden en un texto de «Declaración de Derechos Humanos». Sin olvidar que el luchar para que esto se consiga nos corresponde a todos, pero en mayor medida a los que poseen mayor grado de poder, sea económico, político o cultural.

Equipo Preescolar Na Casa. Métodos de intervención en el medio rural

«Cada necesidad tiene una solución,
cada solución tiene su camino.»

(Mac Living)

Antes de exponer en qué consiste Preescolar Na Casa como método de intervención en el medio rural, resulta imprescindible hacer una somera referencia a la situación que da pie al origen de esta modalidad de acción en el campo gallego.

GALICIA EN EL FURGON DE COLA

En los años 70 Galicia figura, dentro del cuadro de renta *per cápita* de España, en el furgón de cola. Los gallegos, disconformes con su suerte, rompían con su tierra y con su familia, tomando el tren de la emigración con rumbo a capitales españolas y países extranjeros, en busca de un mejor destino, para ellos y los suyos, dispuestos a aceptar actividades laborales desdeñadas por los trabajadores de las ciudades y países receptores. Este éxodo daba lugar a que las pirámides de población se asemejaban más bien a árboles; salvo en las principales ciudades y villas, el crecimiento demográfico resultaba negativo.

A los países donde trabajaban los emigrantes, también llegaban los emisarios de los bancos y Cajas de Ahorro para repatriar sus esfuerzos y privaciones convertidos en divisas, que engordaban los pasivos, que, a su vez, mediante la taumaturgia bancaria se convertían en activos financieros, potenciadores de riqueza allende Galicia. Por los caminos de asfalto y de hierro se despoblaba Galicia, por los laberintos bancarios huía el dinero y por los hilos metálicos aéreos se exiliaba la energía eléctrica. Los oscuros pantanos sepultaban las mejores tierras y las viviendas de los agricultores. En muchos casos los exploradores, mediante el dominio de hábiles artilugios bancarios, pagaban, de hecho, a los expropiados con una simple libreta de ahorro. Nunca tan acertado el dicho de un célebre campesino gallego: «*El listo vive del tonto, y el tonto, del trabajo*».

Esto es un exponente de la situación de desarrollo, o mejor, de falta de desarrollo en que se encontraba Galicia. Grupos muy concienciados le atribuían la condición de colonia, que requería planteamientos políticos radicales.

La situación cultural no era mejor que la situación socio-económica. Sin embargo, existía el convencimiento firme de que *resulta imprescindible para el desarrollo de un pueblo la elevación de su nivel cultural* y, por consiguiente, su nivel educativo.

Con esa conciencia surge la búsqueda de una respuesta que coadyuve a superar las carencias educativas. En los estudios oficiales de aquel momento se afirmaba que el 82% de los escolares gallegos sufrían retraso escolar. Y también se afirmaba que la mejor selectividad era la carencia de educación preescolar, resultando una discriminación eficaz y una marginación definitiva.

Ante esta situación, los que más tarde serían los promotores de *Preescolar na Casa*, comienzan a pensar en cuál sería el camino a recorrer para conseguir una solución a la necesidad de educación preescolar para los niños del mundo rural dispersos en más de 30.000 núcleos de población.

Primer intento

Se empieza por hacer jornadas de estudio y reflexión sobre la situación y sobre la necesidad de que las instancias oficiales creen soluciones a la problemática educativa puesta de manifiesto. Se dirigen escritos a los medios de comunicación, a los organismos oficiales y a todas aquellas personas que se estima tienen capacidad de decisión. Esto parece que fructifica en la creación de más puestos preescolares en las ciudades y en las villas. Sin embargo, se llega a la conclusión de que por este camino muchos niños del mundo rural no iban a poder disfrutar de la escolarización preescolar. Este no era camino suficiente para la solución pretendida. Había que buscar otro medio.

Segundo intento

El pensamiento de Machado: «*Caminante no hay camino, se hace camino al andar*» estaba presente en los comprometidos en el intento. Algunos caen en la cuenta de que ellos, antes de ir a la escuela, habían

recibido una preparación por parte de sus padres, orientada a una mejor entrada en el colegio.

Reflexionando sobre este recuerdo se piensa en organizar un medio o un método de trabajo que ayude a los padres a adquirir conocimientos para que trabajen con sus hijos. Así surge la idea de lo que más tarde se denominaría «*PREESCOLAR NA CASA*», con el objetivo de convencer a los padres de la importancia de la cultura y de la necesidad de comenzar el proceso educativo antes de los seis años, y de facilitarles las orientaciones para que ellos asuman su papel de protagonistas capacitados en la educación de sus hijos.

Se habla con unos y con otros de la idea. La pregunta central que se lanzaba era esta: *¿Qué te parece un método educativo para ayudar a los padres a que trabajen escolarmente con sus hijos antes de entrar en la escuela?*

Hay tres respuestas, que por su significación se reproducen en su manifestación cronológica:

— Primera respuesta de un Director de Instituto de Enseñanza Media: *«Es una barbaridad»*.

— Segunda respuesta de un ingeniero Agrónomo, Agente de Extensión Agraria: *«Los padres del campo tienen mucho trabajo y no tienen tiempo para ello»*.

— Tercera respuesta de un Profesor de Filosofía de la Escuela de Magisterio: *«Me parece magnífico, esto fue lo que hicieron mis padres conmigo»*.

Esta contestación era la que deseaban los promotores de la idea, y ya no se pregunta más y se entra en la fase de cómo hacer, qué camino recorrer, qué medios emplear.

Antes de seguir adelante es necesario hacer unas precisiones: Esta actividad que se pretende nace fundamentalmente por razones sociales; algunos de los primeros impulsores eran ajenos al campo de la docencia y desconocían cualquier experiencia educativa que les pudiera servir de referencia o modelo para la acción proyectada; sin embargo, ya en los inicios de la elaboración del proyecto y de su realización participan profesionales de la educación.

SE EMPRENDE EL CAMINO

Primer período

A principios de 1977 se comienza la actividad.

Se eligen cuatro localidades, teniendo en cuenta que en ellas ya había experiencias de formación y de trabajo en común. (Más adelante se describirá la forma de trabajar.)

Al mismo tiempo se dirige una encuesta a todos los párrocos de Galicia, en la que había tres preguntas, que se estimaban clave para el futuro proyecto:

— *¿Cuántos niños hay en su parroquia de tres a cinco años que no asisten a un aula de preescolar?*

— *¿Estaría usted dispuesto a convocar una reunión con los padres de esos niños?*

— *¿Estaría usted dispuesto a colaborar en un posible programa de orientación preescolar a estos padres?*

Segundo período

A la vista de los resultados, se llegó al convencimiento de que la acción era posible. Se presentó el Proyecto al Ministerio de Educación, que nombró tres profesores de E.G.B. en comisión de servicios.

Se convocaba a los padres a las reuniones. Se exponían las razones de nuestra invitación a que trabajasen con sus hijos, que fundamentalmente eran estas: la necesidad de la cultura en los tiempos actuales y en los que se avecinan, la importancia de los primeros años en el proceso educativo, papel decisivo de los padres en la educación de sus hijos y demostrar por la vía de la experiencia que los padres son capaces de participar eficazmente en la educación de sus hijos.

Fundamentalmente los agentes orientadores que dirigían las reuniones semanales con los padres y los niños eran colaboradores voluntarios, principalmente maestros y sacerdotes, en coordinación con el equipo de los tres profesores destinados en el programa, que a su vez elaboraban orientaciones y también celebraban reuniones con los padres y los niños.

De esta forma, se vino actuando durante dos años. Adolecía de

bastantes fallos, contenidos deficientes, desviación de los objetivos propuestos, falta de preparación adecuada, escaso seguimiento de que la idea seguía siendo válida, pero había que reajustar la manera de actuar.

Tercer período, actual

Se da un salto cuantitativo, se pasa de tres profesores a once, a plena dedicación también destinados por el Ministerio de Educación, disminuyendo el número de colaboradores voluntarios. (En el curso actual participan como profesores-orientadores del Programa 22 profesores de Educación Compensatoria, además de 12 voluntarios y 10 contratados a cargo de una subvención del Ministerio de Asuntos Sociales.)

Al mismo tiempo se da un paso cualitativo, se redefine la acción, los principios que la sustentan, preparación periódica de los profesores-orientadores, esclarecimiento de los objetivos y las metas, seguimiento más directo de la actividad.

DESCRIPCION DE PREESCOLAR NA CASA

Es la acción educativa realizada por los padres, las familias y los niños entre 0 y 6 años del mundo rural gallego, en su propia casa por medio de las experiencias, actividades diarias, aprovechamiento del entorno de una manera consciente reflexiva y programada.

Preescolar na Casa es un programa educativo, adaptado al medio rural gallego, que pretende dar una respuesta efectiva a la necesidad de educación infantil, implicando a los padres y al resto de la familia en este proceso.

Para esto es necesaria la ayuda y colaboración de unos orientadores (profesionales) que, junto con los padres, reflexionan, profundizan y sistematizan, y también son necesarios unos materiales especialmente elaborados por estos profesionales.

Esta acción educativa, que tiene lugar o se realiza en casa con aprovechamiento del mismo entorno y en la que los agentes principales son los niños y sus padres, se apoya fundamentalmente en unas reuniones periódicas y programadas.

FUNDAMENTACIONES TEORICAS DEL PROGRAMA

Aunque Preescolar na Casa ha tenido desde siempre una orientación práctica, ha debido buscar razones teóricas para encontrar apoyos eficaces que permitiesen desarrollar el programa. Así a lo largo de los años se han hecho afirmaciones como las que siguen:

— Donde predomine la ignorancia y la incultura necesariamente habrá atraso, dependencia, marginación e injusticia. Al contrario, donde haya saber y cultura habrá mayores posibilidades de prosperidad, libertad y justicia, ya que éstos desempeñan un papel de primer orden para realizarse como personas e indispensable para desenvolverse en los cambios humanos, profesionales, económicos y sociales que lleva consigo la sociedad urbana, industrial y tecnológica.

— De la mano de las vulgarizaciones de los estudios de Bloom se cree en la decisiva importancia educativa de los primeros años de vida. *Preescolar na Casa* decía: «*Os nenos non agardan*», «Los niños no esperan».

— Siguiendo a Ajuriaguerra y otros autores se decía que «la estimulación es esencial para el mantenimiento, el desarrollo y la maduración de los sistemas neuronales» y «si los estímulos externos no existen o son insuficientes, la organización de la corteza cerebral se detiene o se realiza incorrectamente, incluso estando el córtex anatómicamente preparado para funcionar».

— También se afirmaba, basados en la evidencia, que los padres, fuente de seguridad y primeros mediadores entre el niño y el mundo, son siempre imprescindibles en el proceso educativo, y más cuando la institución escolar no existe o es poco adecuada.

— Situados en la tradición de la Escuela Moderna, se afirma que el propio entorno contiene todos los elementos de la educación y que el aprendizaje ha de ser activo, cooperativo y lúdico, y más recientemente, en contacto con la teoría genética de la adquisición de conocimientos y desarrollo intelectual, se propugna el carácter estructurante de la actividad del alumno. El conocimiento en el niño ni es innato ni es una copia de la realidad; tampoco se puede transmitir sólo oralmente; se va construyendo en gran medida desde dentro, actuando sobre las cosas, estableciendo o provocando relaciones entre los objetos y los acontecimientos y recibiendo las influencias de las cosas y de las personas sobre el sujeto que conoce. Alguien ha dicho que Preescolar na Casa es todo él una situación constructiva.

OBJETIVOS DEL PROGRAMA

Los objetivos más generales que se formulan son los siguientes:

- Que todos participen de los bienes de la cultura y del saber con mayor amplitud por medio de la educación.

- Que los niños del campo no estén en condiciones preescolares de inferioridad y no sean víctimas del fracaso escolar.

- Lograr unos niños física y psíquicamente sanos, intelectualmente competentes (curiosos, observadores, comprobadores, creadores...) y afectivamente equilibrados (con una autoimagen positiva, seguros en su relación con los demás).

- Que los padres sigan participando en el proceso educativo del niño en la fase escolar.

- Que los padres asuman ámbitos de formación distintos del escolar en respuesta a sus necesidades.

Estos objetivos se intentan conseguir a través de unos padres, madres y familia:

- Conscientes de la importancia de la acción educativa en los primeros años del niño, y conscientes de los papeles a desempeñar por la familia y por la escuela en esta edad.

- Conocedores de las necesidades fisiológicas y psíquicas, intelectuales, afectivas y motrices de los niños, de las posibilidades de la educación infantil y de las tareas y actitudes más convenientes.

- Dispuestos a trabajar en la educación de sus hijos de forma reflexiva, sistemática y constante.

LINEAS DE TRABAJO

- Empezar temprano, cuando las posibilidades de desarrollo son mayores y los déficits todavía no han aparecido.

- Llevar a cabo una acción programada, con objetivos claros, y duradera, que abarca en este caso de los 0 a los 6 años de los niños.

- Dirigirse al niño como un todo, no a una de sus parcelas específicas desvinculadas del funcionamiento global.

- No aislar al niño de su propio ambiente, sino activar los medios materiales y personales disponibles para una estimulación global y equilibrada.

CURRÍCULO

El currículo que se va diseñando abarca aspectos como:

Pensamiento lógico-matemático: clasificaciones, seriaciones, concepto de número, estructuración espacial y temporal, establecimiento de todo tipo de relaciones entre objetos y conjuntos.

Lenguaje comprensivo y expresivo: establecimiento de relaciones dialógicas entre adultos y niño con conversaciones, cuentos, juegos; enriquecimiento del vocabulario y de estructuras lingüísticas, desarrollo de la función simbólica, con representaciones por imágenes, sonidos, etc.; especial atención a la expresión plástica.

Conocimiento físico: observación y experimentación con los objetos que rodean al niño, explorando sus cualidades con todos los sentidos, jugando con todo tipo de materiales, como agua, arena, arcilla, telas, palos, frutos, semillas, cajas, papeles, pinturas...; intentando diseñar situaciones parecidas a experimentos, de tal forma que el niño pueda hacerse la pregunta de ¿qué pasará si...? y manifestar sus suposiciones.

Iniciación a la lecto-escritura: motivación con libros de imágenes y cuentos e integrando la lectura y escritura en la vida cotidiana; método de iniciación; ejercicios de grafomotricidad.

Psicomotricidad: juegos motores muy sencillos a realizar con los padres y familiares, que incluyen ritmo, equilibrio, coordinación...

El trabajo con los padres se centra en los siguientes núcleos:

— Conocimiento de la importancia educativa de los primeros años del desarrollo del niño.

— Conciencia de las capacidades de los padres para educar y desarrollo de actitudes de autoestima en los padres y en los niños.

— Exposición y justificación de temas claves de la didáctica preescolar renovada.

— Conocimiento de aspectos importantes del cuidado del niño, tales como salud, alimentación, riqueza y variedad de estímulos, etc.

METODOLOGIA DE LA ACCION

Convocatoria

Se realiza un contacto general con las familias y dada la dispersión, aislamiento, falta de comunicación de unas aldeas con otras, la convocatoria intentamos que responda a las necesidades concretas de cada lugar y familia.

Distinguimos zonas y familias que conocen o les suena ya Preescolar na Casa, y otras que no conocen o lo conocen poco.

En el *primer caso, zonas donde se conoce el Programa*, y siempre teniendo en cuenta la situación concreta (desplazamiento, posibilidades o medios, etc.). Se hace una reunión de zona bastante amplia, convocando a todos los padres de aldeas más o menos próximas incluso a veces a nivel ayuntamiento.

¿Por qué así? Porque queremos que ya los padres participen en la organización y ellos mismos decidan quiénes y dónde se pueden reunir a lo largo del curso, tomando responsabilidades desde el principio.

¿Quién hace esta convocatoria?

— En algunos casos el mismo orientador, partiendo de datos que tiene de las familias, conseguidos bien por medio del juzgado, bien por medio de los curas.

— En otros casos la convocatoria la hace la persona que llamamos animador, que no interviene directamente en el programa, pero anima, avala, y suelen ser curas o personas conocedoras de las zonas y de la gente.

— Hoy día se está dando mucho el papel de animadores en padres que ya participaron en Preescolar na Casa y ellos mismos se encargan de animar y convocar a otras padres.

En el *segundo caso, zonas de nueva actuación* de Preescolar na Casa la forma de convocar o de un primer contacto serían las visitas familiares. En este caso el orientador visita a cada familia en su propia casa para desde el nivel familiar invitar y animar a participar en el Programa.

¿Por qué? Porque creemos que es importante conocer la situación real de cada familia para desde ahí responder mejor a sus necesidades concretas, observando posibilidades, modos de vida, medios, convivencia (con quienes viven los niños), comunicaciones, distancias.

También creemos que la relación en el mundo rural tiene que establecerse desde el nivel familiar, donde hay poca posibilidad de cercanía, de un trato más igual, más diálogo, etc. *«Es el orientador el que viene a mi casa y me invita personalmente. Viene él a mi propio medio»*. Las visitas familiares nos ayudan a descubrir los casos o situaciones con menos posibilidades, de más marginación.

Para no perder la riqueza que supone la visita familiar intentamos en casi todos los casos partir de aquí para convocar a la reunión más global, también importante para que los mismos padres decidan dónde y quiénes se pueden reunir.

Reunión

Una vez formado el grupo y decidido el lugar empezamos las reuniones con padres y niños cada dos semanas. Generalmente todos se comprometen a seguir el programa.

Una reunión tipo tiene una duración de dos horas como mínimo dependiendo esto también del número de padres y niños.

Normalmente una reunión consta de las partes siguientes:

1. *Saludo y acogida*. Diálogo encaminado a ver cómo les fue durante esa quincena intentando la espontaneidad de cada uno. Presentación por parte de los niños y comentario de las actividades hechas en casa, valorando mucho la creatividad de padres y niños y el aprovechamiento del entorno, así como las actividades de la vida cotidiana.

2. Se realizan una o varias *Actividades* implicando a los padres, no como expectadores del orientador y los niños. Para esto utilizamos todo tipo de materiales, dando prioridad a los del propio entorno que están al alcance de todos. Se da mucha importancia también al juego, cantos, etc. Todas estas actividades intentan servir de ejemplo de lo que se puede y debe hacer en casa, dando lugar muchísimas veces a una gran creatividad por parte de los padres.

Dejamos claro que esta reunión es para: motivar, aclarar, animar, potenciar, orientar, reflexionar y buscar la mejor forma de actuar, pero el trabajo fundamental empieza cuando acaba esta reunión hasta la siguiente.

3. *Presentación de la quincena siguiente*. Se intenta buscar entre todas actividades que estén de acuerdo con el tema de la quincena, además de las propuestas ya programadas en el material que se entrega a cada familia.

4. Mientras los niños juegan en una alfombra, moqueta... con juguetes comunes para favorecer la relación entre ellos, el compartir, etcétera, se profundiza en algún tema concreto acerca de los *Problemas de la educación*, partiendo siempre de la necesidad de los padres y de los niños, bien porque surge como algo sentido que están viviendo, bien elegido con anterioridad de algún libro, revista... (El dibujo en el niño. El juego y los juguetes. La enuresis. Control de esfínteres. Celos, etc.)

Los padres participan con regularidad y con interés a pesar de que a veces les supone realizar bastante desplazamiento para poder juntarse de distintas aldeas.

— Recogida de cuentos, adivinanzas, refranes...

— Recogida de materiales: hojas, palos, semillas, hierbas, flores...

El esquema de las *sucesivas reuniones* quincenales sería el siguiente:

- Comunicación espontánea.
- Intercambio de experiencias.
- Revisión de la quincena anterior.
- Preparación de la quincena siguiente teniendo en cuenta los puntos fundamentales fijados a principio de curso.
- Investigación y reflexión sobre nuestra práctica educativa.
- Intercambio de libros, juguetes y otros materiales.
- Otras cuestiones: Elaboración de pautas de observación de las familias, preparación de la reunión del grupo general.
- Colaboración con la revista, radio, televisión, etc.

Reunión general: Una vez al mes se reúne todo el equipo para aunar criterios, objetivos, programar, reflexionar, evaluar y formarse.

Dos veces al año se organiza un cursillo de varios días de duración para profundizar más en la formación, impartido por miembros del equipo y/o personas afines al programa.

Medios

Los niños y los padres, además de la colaboración de los orientadores y de las reuniones, tienen a su disposición para sus actividades y formación:

— *Material Didáctico*, según los niveles de aprendizaje de los niños:

- I nivel, para niños sobre tres años.
- II nivel, para niños sobre cuatro años.
- III nivel, para niños que tienen alrededor de cinco años.
- Materiales para padres de niños de 0 a 3 años.

Además se promueven actividades educativas que tengan como base el entorno o medio del niño y de la familia y que a partir de las cuales se consiga un desarrollo educativo integral: lógico-matemática, lenguaje oral, psicomotricidad, dramatización, música, plástica, habilidad manual...

— *Revista*, al alcance de todos los padres que participan en el programa, y con una periodicidad a padres, niños y a la sociedad en general.

— *Radio*, con la emisión de dos programas semanales de media hora de duración, destinados a padres, niños y a la sociedad en general.

— *Televisión*, con la realización de un programa semanal de media hora de duración.

— *Biblioteca*, a disposición de padres, orientadores y niños.

— *Ludoteca*.

LOGROS

— Los padres, después de años sin contacto alguno con la formación personal, una vez dejada la escuela, se despreocupan de todo; retoman al integrarse en el programa un proceso de aprendizaje, no sólo en el campo educativo sino en todos los aspectos que tienen relación con su vida.

— Los padres se van implicando en lo que es común partiendo de la reflexión que hacen juntos, se van comprometiendo cada vez más en todo tipo de acción comunitaria, incidiendo en toda la familia y comunidad vecinal. Lucha, reivindicaciones, logros de un mejor bienestar o calidad de vida.

— Las reuniones suponen un medio eficaz de participación, diálogo, comunicación espontánea... ya que en el mundo rural escasean plataformas de encuentro.

— Participación de los padres:

- en la reuniones;
- en casa.
- Progreso en la autoestima, aceptación de lo que son.
- Incidencias positivas en la vida familiar implicando a todos: padres, abuelos, niños...
- Valoración y aprovechamiento del entorno.
- Preocupación por observar y potenciar los avances de sus hijos.
- Los padres se convierten en educandos y conparticipes en el desarrollo del niño. Se pasa de una escolarización en casa a un proceso educativo global, y de una educación con un tiempo limitado a una educación en todo momento.
- Existe un incremento de demanda por parte de los padres. Son muchos los que al llegar el momento de participar en el programa se ponen en contacto con Preescolar na Casa. Lo que comenzó como oferta se va convirtiendo en demanda.
- Lo que en un primer momento se consideró un sustituto de la escuela, se considera hoy que tiene una entidad suficiente en sí mismo.
- El interés y entusiasmo de los niños motiva a los padres.
- En los niños se ve claro el avance en la comunicación y espontaneidad.
- Asimismo, se nota en los niños un avance en seguridad, autoestima, autonomía...
- Surgen más los porqués en los niños.
- Intercambian con normalidad sus propios cuentos y juguetes.
- Una contribución sencilla y eficaz a la restauración y desarrollo del tejido social cercano e incluso menos cercano.
- A partir del Programa Preescolar na Casa han surgido algunas experiencias de desarrollo de ámbito más amplio.
- Establecimiento de programas educativos, semejantes a Preescolar na Casa fuera de Galicia, denominados, casi todos, «Preescolar en Casa».
- En el curso actual están participando en Preescolar na Casa más de 2.500 familias en reuniones periódicas.

— Además de éstos, son muchos más los que siguen las orientaciones que se transmiten en los dos programas de Radio y en el de Televisión.

CONCLUSION

En contra de la opinión, bastante generalizada, sobre la atonía y falta de tiempo de la gente del mundo rural, se puede decir que todavía es posible una acción de desarrollo rural, siempre que exista un programa de trabajo serio y continuado y sea respuesta a las necesidades de ese medio.

En esta experiencia se da cumplimiento al dicho atribuido a Mac Living: *«Cada necesidad tiene una solución, cada solución tiene su camino»*.

Indice

Mónica Martín Torres
Remedios Alves Rodríguez

I. INDICE CRONOLOGICO

51. La España rural (abril-junio 1983).
52. Paz y desarme (julio-septiembre 1983).
53. La acción social (octubre-diciembre 1983).
54. Democracia económica y participación (enero-marzo 1984).
55. Tiempo libre, tiempo para educar (abril-junio 1984).
- 56/57. Pobreza y marginación (julio-diciembre 1984).
58. Los jóvenes en España (enero-marzo 1985).
59. Menores marginados (abril-junio 1985).
- 60/61. Transeúntes y albergues (julio-diciembre 1985).
- 62/63. El paro a debate (enero-junio 1986).
64. Los Servicios Sociales en España (julio-septiembre 1986).
65. ¿Ha cambiado España? (octubre-diciembre 1986).
66. Los inmigrantes en España (enero-marzo 1987).
67. Ciudad y calidad de vida (abril-junio 1987).
68. Economía social y empleo (julio-septiembre 1987).
69. Metodología para el trabajo social (octubre-diciembre 1987).
70. Animación socio-cultural (enero-marzo 1988).
71. Bienestar social en los años 80 (abril-junio 1988).
72. Agricultura, vida rural y asociacionismo (julio-septiembre 1988).
73. Cambio democrático y cultura política (octubre-diciembre 1988).
74. Infancia moderna y desigualdad social (enero-marzo 1989).
75. Juventud y Trabajo (abril-junio 1989).
76. Riqueza y Pobreza (julio-septiembre 1989).
77. España y la C.E.E. (octubre-diciembre 1989).
78. Renta Mínima y Salario Ciudadano (enero-marzo 1990).
79. Trabajo Social y Servicios Sociales (abril-junio 1990).
80. Política Social: Responsabilidad Pública y participación Social (julio-septiembre 1990).

II. INDICE TEMATICO

1. Acción Social

- ALONSO TORRENS, Javier: *Análisis de la situación española y perspectiva de la misma*. Núm. 53 (1983), págs. 9-32.
- AZNAR LOPEZ, Manuel: *La acción social en el Estado de las Autonomías*. Núm. 53 (1983), págs. 63-74.
- CABRA DE LUNA, Miguel Angel, y PAZ THIEBAUT, María: *Análisis de la actuación del Gobierno en la Acción Social*. Núm. 53 (1983), págs. 169-184.
- CARITAS ESPAÑOLA: *La Acción Social y Cáritas*. Núm. 53 (1983), págs. 115-128.
- COLOMER SALMONS, Montserrat: *Áreas o campos de la Acción Social*. Núm. 53 (1983), págs. 75-83.
- SANCHEZ MORO, Carmen: *Metodología general y específica para trabajar en la Acción Social*. Núm. 53 (1983), págs. 85-92.
- VARIOS: *Departamentos de Acción Social de Cáritas*. Núm. 53 (1983), págs. 129-157.

2. Agricultura

- ALBERRUCHE HERRAIZ, M.^a Desamparados: *Obligaciones legales de las empresas de economía social en el medio agrario*. Núm. 72 (1988), págs. 201-220.
- CALATAYUD PIÑERO, Enedina, y YUSTA GARCIA, Arturo: *La estructura de la empresa agraria*. Núm. 52 (1983), págs. 31-54.
- CAMILLERI LAPEYRE, Arturo: *Recursos financieros para el campo*. Banco de Crédito Agrícola y Cajas Rurales. Núm. 72 (1988), págs. 183-200.
- GUILLÉN ROMAN, Miguel Angel: *Formas de Sociedades y agrupaciones agrarias*. Número 72 (1988), págs. 221-234.
- GAVIRIA, Mario: *Éxito económico y fracaso social de la agricultura española del fin de siglo*. Núm. 72 (1988), págs. 149-164.
- GOICOECHEA G., Cesáreo, y ESTERUELAS H., Luis M.^a: *La agricultura española ante la adhesión a la C.E.E.* Núm. 51 (1983), págs. 191-206.
- LOPEZ GARCIA, J.L.: *Tecnificación y comercialización de los productos agrarios: consecuencias en la vida rural*. Núm. 51 (1983), págs. 79-92.
- MEDINA MARTI, Francisco: *Los problemas de la agricultura española ante el posible ingreso en el Mercado Común Europeo*. Núm. 51 (1983), págs. 207-227.
- MONTOLIO HERNANDEZ, José M.^a: *Sociedades agrarias de transformación: el Estado de la cuestión*. Núm. 72 (1988), págs. 165-182.
- MUNOZ ALAMILLOS, Angel: *Las empresas multinacionales en el sector agroalimentario español*. Núm. 51 (1983), págs. 175-189.
- ORTEGA, José Luis: *La regulación de los mercados agroalimentarios*. Núm. 72 (1988), págs. 61-80.

- RODRIGUEZ FRAGUAS, José Antonio: *La política comunitaria de estructuras y las explotaciones agrarias españolas*. Núm. 72 (1988), págs. 33-50.
- SANCHEZ JIMÉNEZ, José: *Agricultura, campesinado y vida rural en España (Análisis y perspectivas)*. Núm. 72 (1988), págs. 13-32.
- SANCHEZ JIMÉNEZ, José: *Cien años de «cuestión agraria» en España (1883-1983)*. Núm. 51 (1983), págs. 11-30.
- SANCHEZ VELLISCO, Cleto: *La agricultura en la España de hoy: la adhesión a la C.E.E. y a las políticas para el campo*. Núm. 72 (1988), págs. 51-60.
- DE TAPIA, Emiliano, y MARTIN, Carlos: *Notas sobre el sindicalismo agrario*. Núm. 72 (1988), págs. 121-140.

3. Animación sociocultural

- ARNANZ VILLALTA, Enrique: *Animación sociocultural: Diagnóstico y prospectiva*. Núm. 70 (1988), págs. 185-192.
- ARMENGOL I SISCARES, Carles: *Hacia un proyecto de animación sociocultural*. Núm. 70 (1988), págs. 33-50.
- BARRADO GARCIA, José María: *Algunos problemas de animación sociocultural y algunas hipótesis de avance*. Núm. 70 (1988), págs. 215-223.
- CUSO PORREDON, Jordi: *Acción cultural y militancia*. Núm. 70 (1988), págs. 121-129.
- FERNANDEZ GARCIA, Pedro A.: *Niveles de intervención del animador sociocultural. Una propuesta desde la FEETLC*. Núm. 70 (1988), págs. 55-63.
- FORCADA I CASANOVAS, Josep M.ª: *Dimensión cultural de la animación sociocultural. Presencia de los «mass media»*. Núm. 70 (1988), págs. 131-140.
- GOMEZ PÉREZ, Carmina: *La animación sociocultural. Conceptos fundamentales*. Número 70 (1988), págs. 11-32.
- IZULAIN, Patxi, y A. FERNANDEZ, Pedro: *Algunos criterios generales a la hora de elaborar un plan de formación de animadores socioculturales*. Núm. 70 (1988), págs. 51-57.
- LOPEZ DE AGUILERA, Iñaki: *La dimensión social de la animación sociocultural: Promoción y desarrollo de la sociedad civil*. Núm. 70 (1988), págs. 81-120.
- PLACER UGARTE, Félix: *Animación sociocultural y acción pastoral*. Núm. 70 (1988), págs. 143-155.
- PLACER UGARTE, Félix: *Las dimensiones educativas de la animación sociocultural*. Núm. 70 (1988), págs. 65-79.
- RAMOS ESTAUN, Antonio: *La legislación estatal y autonómica sobre animación sociocultural*. Núm. 70 (1988), págs. 157-184.
- RIVA, Fernando: *Principales problemas y posibles respuestas a la animación sociocultural*. Núm. 70 (1988), págs. 205-213.
- SALAS LARRAZABAL, María: *Animación sociocultural. Modelos de intervención*. Núm. 70 (1988), págs. 193-204.

4. Bienestar social

- ALONSO TORRENS, Fco. Javier: *La acumulación de indicadores sociales de malestar y bienestar en los dos extremos de la escala de estratificación de la sociedad*. Núm. 76 (1989), págs. 93-99.
- ANGULO, Javier, y NAVARRO, José: *Los movimientos Sociales y Comunitarios ante el Bienestar Social*. Núm. 71 (1988), págs. 159-173.
- ARAGONÉS, Juan Ignacio, y AMÉRIGO, María: *Satisfacción residencial: un concepto de calidad de vida*. Núm. 67 (1987), págs. 133-154.
- CASADO, Demetrio: *La noción del bienestar social*. Núm. 71 (1988), págs. 11-15.
- GARCIA COTARELO, Ramón: *Proceso histórico del bienestar social: la consolidación del Estado del bienestar*. Núm. 71 (1988), págs. 17-38.
- GARCIA LIZANA, Antonio: *Los poderes públicos y el bienestar social*. Núm. 71 (1988), págs. 147-158.
- GARCIA ROCA, Joaquín: *El bienestar social en el horizonte español de los 90*. Núm. 71 (1988), págs. 203-223.
- GOMIS DIAZ, Pedro Luis: *Eurobienestar-88 (análisis comparativo sobre bienestar social en las Comunidades Europeas)*. Núm. 71 (1988), págs. 39-65.
- JIMÉNEZ FERNANDEZ, Adolfo: *Políticas y programas de bienestar social en España*. Núm. 71 (1988), págs. 137-146.
- LEON CHAVEZ, Willy Rogelio, y MORENO MARTIN, Florentino: *Bibliografía sobre Bienestar Social*. Núm. 71 (1988), págs. 253-266.
- MAYORAL PEÑA, Carmen: *Selección de textos y documentos internacionales básicos sobre el Bienestar Social*. Núm. 71 (1988), págs. 241-252.
- MORENO IZQUIERDO, José Angel: *Hacia una radicalización del bienestar social: crisis, política económica y necesidades fundamentales*. Núm. 71 (1988), págs. 91-108.
- MORENO MARTIN, Florentino: *Cómo documentarse en temas relacionados con el Bienestar Social*. Núm. 71 (1988), págs. 267-271.
- MORENO MARTIN, Florentino, y LEON CHAVEZ, Willy Rogelio: *¿Qué se ha escrito en España sobre bienestar social?* Núm. 71 (1988), págs. 225-240.
- PASCUAL I ESTEVE, José M.: *Los recursos dedicados al Bienestar Social en España y sus repercusiones sociales y económicas*. Núm. 71 (1988), págs. 121-135.
- REIG, Ramiro: *La crisis del Estado de bienestar*. Núm. 71 (1988), págs. 67-90.
- ROVIRA I FORNS, Joan: *Contribución de las entidades no lucrativas al bienestar social*. Núm. 71 (1988), págs. 175-181.

5. La ciudad

- BLANCO ABARCA, Amalio: *El hecho urbano: su significado psicosocial*. Núm. 67 (1987), págs. 21-42.
- CORRALIZA RODRIGUEZ, José Antonio: *La ciudad y la calidad de vida*. Núm. 67 (1987), págs. 9-20.

- FERNANDEZ DOLS, José Miguel: *La racionalidad de la ciudad imposible*. Núm. 67 (1987), págs. 105-120.
- HERNANDEZ, Bernardo: *La ciudad, la salud y el comportamiento social*. Núm. 67 (1987), págs. 173-180.
- HERNANDEZ Y HERNANDEZ, Fernando: *Los nuevos espacios de la ciudad: criterios para las propuestas del diseño y la participación de los usuarios*. Núm. 67 (1987), páginas 121-132.
- JIMÉNEZ BLASCO, Beatriz Cristina: *Diferenciación residencial y áreas sociales de la ciudad*. Núm. 67 (1987), págs. 219-230.
- LOPEZ BARRIO, Isabel: *Ruido y sus efectos en la población. El caso de Madrid*. Núm. 67 (1987), págs. 203-218.
- POL, Enric, y DOMINGUEZ, Manuel: *Calidad de vida en la ciudad: claves para su comprensión contextual*. Núm. 67 (1987), págs. 231-242.
- RODRIGUEZ SANABRA, Francisco: *La ciudad, ¿monotonía o sobrecarga?* Núm. 67 (1987), págs. 69-82.
- RODRIGUEZ VILLASANTE, Tomás: *La ciudad más que dual: pobreza y alter-acciones*. Núm. 67 (1987), págs. 83-104.
- RUBIO, Víctor J.; HERNANDEZ, José Manuel, y OLIVA M., María: *Las barreras ambientales de la ciudad: obstáculos a la normalización personal y contextual en el caso del retraso mental*. Núm. 67 (1987), págs. 181-202.

6. Comunidad Económica Europea

- ALONSO SOTO, Francisco: *Participación de los trabajadores en la C.E.E. (Análisis de la participación institucional y de los proyectos comunitarios de participación en la empresa)*. Núm. 77 (1989), págs. 113-132.
- BARRADA, Alfonso: *Panorama de la protección social en las Comunidades Europeas*. Núm. 77 (1989), págs. 149-164.
- COLECTIVO IOE: *España, frontera sur de Europa*. Núm. 77 (1989), págs. 101-111.
- GOMIS DIAZ, Pedro Luis: *Balance social de la incorporación de España a la Comunidad Europea (1986-1990)*. Núm. 77 (1989), págs. 9-57.
- HEVIA PELLO, Angel: *La seguridad e higiene en las Comunidades Europeas*. Núm. 77 (1989), págs. 165-175.
- MENA MERCHAN, Bienvenido: *Exigencias educativas de nuestra incorporación a Europa*. Núm. 77 (1989), págs. 81-88.
- ORDAVAS BLASCO, Rafael: *Los fondos estructurales: un balance social*. Núm. 77 (1989), págs. 89-99.
- PICABIA, Luís: *Transición y concertación*. Núm. 77 (1989), págs. 65-70.
- QUESADA POLO, Santiago: *Planteamiento y recomendaciones del Consejo de Europa sobre Seguridad Social y Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), págs. 29-52.
- ROSEINGRAVE, Tomás: *Enfoque y recomendaciones del Comité Económico y Social de la Comunidad Europea relativo a la Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), págs. 125-132.

SALINAS RAMOS, Francisco: *España ante la Europa del 93*. Núm. 77 (1989), páginas 177-194.

7. Cooperativismo

ALONSO SOTO, Francisco: *Las clases de cooperativas. Especial referencia a las cooperativas sanitarias*. Núm. 68 (1979), págs. 147-162.

CALATAYUD PIÑERO, Enedina, y SAINZ VÉLEZ, José Luis: *Las Cooperativas de Explotación Comunitaria de la Tierra*. Núm. 68 (1979), págs. 163-172.

ELENA DÍAZ, Fernando: *Aspectos económicos (de las cooperativas)*. Núm. 68 (1979), págs. 135-146.

LUIS ESTEBAN, José Manuel: *Notas sobre la futura Ley de Régimen Fiscal de Cooperativas*. Núm. 68 (1979), págs. 199-214.

MONTOLIO HERNÁNDEZ, José María: *Estructura y organización de las entidades cooperativas*. Núm. 68 (1979), págs. 123-134.

ORTEGA MARCOS, Santos: *Algunas consideraciones a la Ley General de Cooperativas y su tratamiento a las Cooperativas de Trabajo Asociado*. Núm. 68 (1979), páginas 173-186.

PAZ CANALEJO, Narciso: *Los socios y los asociados*. Núm. 68 (1979), págs. 103-122.

REYNA FERNÁNDEZ, Sebastián: *Innovaciones principales de la nueva Ley General de Cooperativas*. Núm. 68 (1979), págs. 85-92.

SALINAS RAMOS, Francisco: *El Asociacionismo Cooperativo*. Núm. 68 (1979), páginas 187-198.

SALINAS RAMOS, Francisco: *El Cooperativismo en una economía en crisis*. Núm. 54 (1984), págs. 93-119.

SALINAS RAMOS, Francisco: *Índice sistemático y alfabético de la Ley General de Cooperativas*. Núm. 68 (1979), págs. 215-344.

SALINAS RAMOS, Francisco: *Bibliografía*. Núm. 68 (1979), pág. 345.

SANZ JARQUE, Juan José: *Naturaleza y contenido institucional de la nueva Ley General de Cooperativas*. Núm. 68 (1979), págs. 93-102.

VARIOS: *Talleres ocupacionales y cooperativas*. Núm. 62-63 (1986), págs. 341-362.

8. Economía

BIANCHI APALATEGUI, Fernando: *Democracia económica y reforma de estructuras*. Núm. 62-63 (1986), págs. 111-132.

BIANCHI, Fernando: *La «Cogestión» como forma y experiencia de democracia económica*. Núm. 54 (1984), págs. 63-77.

CASTELLS, Manuel: *Reestructuración Económica, revolución tecnológica y nueva organización del territorio*. Núm. 67 (1987), págs. 43-68.

ESCRIBANO, Carlos: *Análisis económico de la pobreza en España, 1973-1987*. Núm. 78 (1990), págs. 249-264.

- GARCIA-NIETO PARIS, Juan N.: *El modelo socio-económico que nos espera*. Núm. 75 (1989), págs. 11-36.
- GINER DE GRADO, Carlos: *El fraude fiscal en España*. Núm. 76 (1989), págs. 137-153.
- MONTOLIO HERNANDEZ, José M.^a, y BONET GRANIZO, Miguel Angel: *Análisis jurídico y económico de la Ley de Sociedades Anónimas Laborales*. Núm. 68 (1987), págs. 39-52.
- SANTIAGO DE PABLO, Francisco Javier: *Desigualdad económica y Social en España a partir de la transición*. Núm. 54 (1984), págs. 35-43.
- VARIOS: *La organización social y económica*. Núm. 62-63 (1986), págs. 363-372.
- VIDAL MARTINEZ, Isabel: *Empleo y empresas de economía social en España*. Núm. 68 (1987), págs. 11-26.

9. Educación

- FEDERACION DE ESCUELAS DE EDUCADORES EN EL TIEMPO LIBRE CRISTIANAS: *Proyecto educativo*. Núm. 55 (1984), págs. 279-291.
- FERNANDEZ DE CASTRO, Ignacio: *Transformación de la cultura obrera*. Núm. 73 (1988), págs. 146-158.
- GARRIDO, María Jesús, y SERRANO, María Isabel: *Una educación posible para unos chicos con alto índice de problemática social*. Núm. 59 (1985), págs. 127-138.
- GONZALEZ RUIZ, Juan: *Los cambios en la educación*. Núm. 65 (1986), págs. 115-126.
- RENAU MANEN, Jesús: *Una nueva oferta educativa*. Núm. 75 (1989), págs. 101-114.
- SANCHEZ TORRADO, Santiago: *Educación y vida activa*. Núm. 75 (1989), págs. 87-100.

10. Emigración-inmigración

- COLECTIVO IOE: *Los inmigrantes en España* (núm. monográfico). Núm. 66 (1987)
- DIAZ, Placer: *Los hijos de emigrantes portugueses en Asturias*. Núm. 59 (1985), páginas 81-87.

11. Estructura Social

- BOERO, Mario: *Apuntes sobre la transformación en la Iglesia y el cambio religioso*. Número 65 (1986), págs. 181-196.
- GALLEGO GOMEZ, M.^a Delfina: *Algunas consideraciones sobre el cambio social y el empresariado en España (1960/1980)*. Núm. 65 (1986), págs. 93-114.
- GINER DE GRADO, Carlos: *Balance del cambio social*. Núm. 65 (1986), págs. 69-92.
- *La España que se ve desde el informe 85 del Defensor del Pueblo*. Núm. 65 (1986), págs. 197-206.

- GONZALEZ-CARVAJAL SANTABARBARA, Luis: *Conciencia social en la España actual*. Núm. 76 (1989), págs. 125-135.
- LORENTE ARENAS, Santiago: *Las nuevas tecnologías vistas desde la sociedad*. Núm. 65 (1986), págs. 55-68.
- LORING, Jaime: *Causas estructurales del subdesarrollo latinoamericano*. Núm. 76 (1989), págs. 59-76.
- NAVARRO, José: *Los Universitarios españoles: Mercado de Trabajo y estructura social*. Núm. 75 (1989), págs. 121-138.
- RODRIGUEZ GONZALEZ, Luis Miguel: *La familia. ¿Una institución que ha cambiado?* Núm. 65 (1986), págs. 127-146.
- ROIZ, Miguel: *Nuevas tecnologías y transformación de la estructura social española*. Núm. 65 (1986), págs. 31-54.
- ROIZ, Miguel: *Una interpretación sociológica de la crisis española de los años ochenta*. Núm. 54 (1984), págs. 45-61.
- SALAS, María: *Mujer española y cambio social*. Núm. 65 (1986), págs. 147-164.
- SANCHEZ JIMÉNEZ, José: *Cambios y permanencias en la España Contemporánea*. Número 65 (1986), págs. 9-30.

12. Juventud

- AGANZO, Andrés: *La juventud, la crisis social y los movimientos de juventud*. Núm. 58 (1985), págs. 29-47.
- *La juventud rural y la crisis de la agricultura*. Núm. 58 (1985), págs. 153-167.
- ALVAREZ ILZARBE, Fefa: *La juventud minusválida*. Núm. 58 (1985), págs. 143-151.
- ARNANZ VILLALTA, Enrique: *Marginación, droga, delincuencia*. Núm. 58 (1985), págs. 205-215.
- CELAYA, Javier, y DOMINGUEZ, Jesús: *Plataforma juvenil por la paz*. Núm. 52 (1983), págs. 151-163.
- CEMBRANO DIEZ, Fernando: *La juventud y el cambio social*. Núm. 65 (1986), páginas 165-180.
- Colectivo IOE: *Los jóvenes ante el trabajo: Cobayas de un nuevo modelo social*. Número 75 (1989), págs. 191-204.
- CORRALIZA RODRIGUEZ, José Antonio: *Los jóvenes, víctimas o amenaza?* Núm. 58 (1985), págs. 9-27.
- ANTONIO FERNANDEZ, José: *La inserción social y laboral de los jóvenes*. Núm. 75 (1989), págs. 47-62.
- MACIAS, Carmen: *Juventud y Servicio Militar*. Núm. 58 (1985), págs. 249-258.
- MACIAS, Carmen, y MARTIN CAÑO, Angel: *Comportamientos sociopolíticos y sindicales de la juventud*. Núm. 58 (1985), págs. 114-125.
- MARTIN DE LA ROSA, Javier: *Juventud, ocio y tiempo... ¿libre?* Núm. 58 (1985), páginas 217-232.
- MENA MERCHAN, Bienvenido: *Juventud, trabajo y educación*. Núm. 75 (1989), páginas 115-120.

- PEREDA, Carlos, y DE PRADA, Miguel Angel: *Jóvenes emigrantes en Europa: Españoles a la deriva*. Núm. 58 (1985), págs. 191-203.
- RODRIGUEZ SANCHEZ, Antonio: *¿Iglesia joven? (¿Los jóvenes tienen sitio en la Iglesia?)*. Núm. 58 (1985), págs. 169-190.
- ROJO TORRECILLA, Eduardo: *Los jóvenes y el marco jurídico laboral. La inserción en el mercado de trabajo*. Núm. 75 (1989), págs. 205-220.
- ROS MANERO, M.^a José: *La juventud estudiantil*. Núm. 58 (1985), págs. 89-113.
- *Juventud - Familia - Mujer*. Núm. 58 (1985), págs. 127-141.
- ROIZ, Miguel: *Hábitos de comunicación y uso de medios entre los jóvenes españoles de los años ochenta*. Núm. 58 (1985), págs. 233-248.
- SALINAS RAMOS, Francisco: *La juventud ante el paro*. Núm. 58 (1985), págs. 49-68.
- VARIOS: *Los jóvenes y el paro*. Núm. 62-63 (1986), págs. 237-244.
- VENTOSA PÉREZ, Víctor Juan: *El centro de animación juvenil de Salamanca: Jalón para un futuro centro regional*. Núm. 58 (1985), págs. 259-270.

13. Mundo rural - Campo

- ARNANZ VILLALTA, Enrique: *Movimientos culturales en el mundo rural*. Núm. 72 (1988), págs. 141-148.
- BAIGORRI, Artemio: *La urbanización del mundo campesino*. Núm. 51 (1983), páginas 143-158.
- CARBALLO, Raquel: *Los colectivos del mundo rural*. Núm. 72 (1988), págs. 105-120.
- CARITAS DIOCESANA DE SALAMANCA: *Experiencia de trabajo en el mundo rural*. Número 51 (1983), págs. 253-260.
- ETXEZARRETA, Miren: *El desarrollo rural: una aproximación a planteamientos actuales*. Núm. 72 (1988), págs. 81-104.
- GRUPO RURAL DE MONEGROS: *Una experiencia del Alto Aragón (Huesca)*. Núm. 51 (1983), págs. 245-252.
- MAESTRE ALONSO, Juan: *La cultura y el mundo rural*. Núm. 51 (1983), págs. 159-174.
- MANZANEDA MUÑOZ, José Luis, y COBALEDA, Alicia: *Reflexiones sobre la evolución de la cabaña ganadera y su problemática (Ganado bovino)*. Núm. 51 (1983), páginas 107-123.
- MOYANO ESTRADA, Eduardo: *Acciones e instituciones para una transformación de la agricultura y la vida rural*. Núm. 51 (1983), págs. 125-141.
- ROIZ, Miguel: *La persistencia del campesinado en la estructura social española*. Número 51 (1983), págs. 55-77.
- TABARES, Esteban: *Los jornaleros y temporeros andaluces: nuestro tercer mundo*. Número 51 (1983), págs. 229-234.
- *Los temporeros españoles en Francia*. Núm. 51 (1983), págs. 235-243.
- VALCACER RESALT, Germán: *Las áreas desfavorecidas en España: Una propuesta de actuación*. Núm. 51 (1983), págs. 93-105.

14. Menores

- ASOCIACION PRO-DERECHOS HUMANOS: *Malos tratos al menor, socialmente aceptados*. Núm. 59 (1985), págs. 9-26.
- BLANCO LOPEZ, María Dolores: *Análisis crítico de la legislación del menor*. Núm. 59 (1985), págs. 151-170.
- CARITAS DIOCESANA DE BARCELONA: *Programa de infancia y familias*. Núm. 59 (1985), págs. 203-211.
- ESNAOLA, María Teresa, y GARCIA FONSECA, Pilar: *La mendicidad infantil en Madrid*. Núm. 59 (1985), págs. 69-79.
- GINER DE GRADO, Carlos: *El defensor de los menores*. Núm. 59 (1985), págs. 47-67.
- *Infancia moderna y desigualdad social*. Núm. 74 (1989).
- LINARES, Esperanza: *Las alternativas familiares frente a la institucionalización de los menores*. Núm. 59 (1985), págs. 171-185.
- LOPEZ LOPEZ, Alejandro: *Medio ambiente, población y marginación infantil*. Núm. 59 (1985), págs. 27-46.
- M.A.C.I. y ALBAYDA (Zaragoza): *Servicio a la infancia marginada*. Núm. 59 (1985), págs. 213-220.
- MARTIN, Pablo: *Situación de los niños a nivel internacional*. Núm. 59 (1985), páginas 97-110.
- MOVIMIENTO DE ATENCION A CIERTA INFANCIA (M.A.C.I.): *La guarda y custodia como una de las alternativas que pueden ofrecerse a la infancia semiabandonada*. Núm. 59 (1985), págs. 187-202.
- PERDOMO, Silvia, y CALDERON, Margarita: *El niño en el complejo penitenciario femenino de Madrid*. Núm. 59 (1985), págs. 89-95.
- ROLDAN GARCIA, Elena: *El Tribunal de Menores: Una institución cerrada*. Núm. 59 (1985), págs. 139-150.
- SALINAS RAMOS, Francisco: *Bibliografía sobre menores*. Núm. 59 (1985), págs. 221-230.
- SOCZKA, L.; PEREIRA, A.; MACHADO, P., y BOAVIDA, E.: *Niños de Musgueira: un estudio sobre la ecología social de un barrio de chabolas*. Núm. 67 (1987), págs. 155-172.
- VALDEON GOMEZ, José E.: *El educador ante el menor. Acción dinamizadora para su prevención y inserción social*. Núm. 59 (1985), págs. 111-126.

15. Ocio - Tiempo libre

- BARCELO, Tomeu, y BARCELO, Gabriel: *Centrarse en la persona. La alternativa no directiva de la educación en el Tiempo Libre*. Núm. 55 (1984), págs. 137-149.
- CLARET VERDU I GONZALEZ, Antoni M., y ARMENGOL I SISCARES, Carles: *El monitor como educador*. Núm. 55 (1984), págs. 187-198.
- COMISION DE SALUD DE ESCOLA DE L'ESPALI (BARCELONA): *Estudio sobre el tabaquismo en los educadores de Tiempo Libre*. Núm. 55 (1984), págs. 125-136.

- ESCUELA DE AIRE LIBRE. CARITAS: *Evolución de la Pedagogía en el Tiempo Libre*. Núm. 55 (1984), págs. 87-98.
- ESTANAN, Santiago: *Sociedad y Tiempo Libre*. Núm. 55 (1984), págs. 35-45.
- FEIXAS I SIBILA, Valentí: *Educación en la imagen en el Tiempo Libre*. Núm. 55 (1984), págs. 99-114.
- GOMEZ, Carmina: *Sociedad y Tiempo Libre*. Núm. 55 (1984), págs. 115-124.
- GOMEZ GUTIÉRREZ, Juan L.: *Empleo educativo del Tiempo Libre como agente preventivo de la inadaptación social*. Núm. 55 (1984), págs. 71-85.
- *Importancia de la Educación en el Tiempo Libre y Política de Juventud*. Núm. 55 (1984) págs. 219-233.
- *Marginación y Tiempo Libre*. Núm. 55 (1984), págs. 235-269.
- MASJUAN, Carles, y ARMENGOL, Carles: *Animación y actividades*. Núm. 55 (1984), págs. 151-168.
- MIRANDA I PÉREZ, Miquel: *Una Pedagogía del Tiempo Libre*. Núm. 55 (1984), páginas 11-33.
- ORCASITAS, José Ramón: *La Organización y Dirección de Servicios en el Tiempo Libre*. Núm. 55 (1984), págs. 169-186.
- PEDRO, Francesc: *Estudio comparativo entre los sistemas de educación en el Tiempo Libre de Francia y Catalunya*. Núm. 55 (1984), págs. 57-69.
- *Planteamientos educativos de los Movimientos de Tiempo Libre*. Núm. 55 (1984), págs. 199-218.
- RAMOS, Antonio: *La Federación de Escuelas de Educadores en el Tiempo Libre Cristianas*. Núm. 55 (1984), págs. 271-277.
- VICENTE, José Alberto: *Identidad del Monitor de Tiempo Libre*. Núm. 55 (1984), págs. 47-56.

16. Paro - empleo

- ARCHILLA, Maricarmen: *El desempleo en Europa*. Núm. 58 (1985), págs. 69-88.
- ARRIETA OLMEDO, Lola: *Importancia de los aspectos psicopedagógicos y sociales en los grupos de trabajo*. Núm. 75 (1989), págs. 139-158.
- BELDA DARDIÑA, Rafael: *¿Qué hacer ante el desafío de una sociedad amenazada por el paro?* Núm. 62-63 (1986), págs. 101-110.
- CARITAS DIOCESANA DE BARCELONA: *Formación y salida laboral de zapateros remendones*. Núm. 62-63 (1986), págs. 434-442.
- CARITAS DIOCESANA DE HUESCA: *Acción solidaria contra el paro*. Núm. 62-63 (1986), págs. 405-414.
- CARITAS DIOCESANA DE TARRAGONA: *La integración laboral de la persona minusválida: un camino por abrir*. Núm. 62-63 (1986), págs. 426-434.
- CARITAS DIOCESANA DE VIZCAYA Y SAN SEBASTIAN: *Mentalizar sobre el paro*. Núm. 62-63 (1986), págs. 373-390.
- CARITAS - ZARAGOZA: *Documento de acción solidaria contra el paro*. Núm. 62-63 (1986), págs. 459-468.

- COLECTIVO PRO-EMPLEO: *Requisitos básicos a tener en cuenta para poner en marcha cualquier proyecto*. Núm. 68 (1987), págs. 79-84.
- COLINA ROBLEDÓ, Miguel: *Relaciones laborales y diálogo social*. Núm. 77 (1989), págs. 133-148.
- COMISION DEL PARO, VALENCIA: *Una apuesta por la empresa social*. Núm. 75 (1989), págs. 167-190.
- DIOCESIS DE MADRID-ÁLCALA: *Comisión diocesana de lucha contra el paro*. Núm. 62-63 (1986), págs. 391-404.
- DIOCESIS DE OVIEDO: *Iniciativas varias*. Núm. 62-63 (1986), págs. 443-458.
- FERRÉS, Marta: *Asociacionismo de gestión, procesos de profesionalización y creación de empleo en el sector de servicios a la comunidad*. Núm. 75 (1989), págs. 63-72.
- GONZALEZ-CARVAJAL SANTABARBARA, Luis: *De una cultura de crisis a una cultura solidaria*. Núm. 62-63 (1986), págs. 81-100.
- GOMEZ SANCHEZ, Valeriano; SOLA RUIZ, Carlos; SALCE, Elvira, y RUIZ ORTEGA, Rafael: *El futuro del empleo: Toma de postura*. Núm. 62-63 (1986), págs. 215-236.
- GRUPO INTERDISCIPLINAR DE VALENCIA: *El paro: desafío cultural*. Núm. 62-63 (1986), págs. 311-316.
- HUGUET, M.^a Dolores, y TUR, Toni: *Servicio de paro*. Núm. 75 (1989), págs. 159-166.
- JOVER TORREGROSA, Daniel: *Municipios y empleo*. Núm. 68 (1987), págs. 59-70.
- LLES LAZO, Carlos: *Desempleo juvenil en la periferia: Parados, pero no quietos*. Número 75 (1989), págs. 37-46.
- MALLA, Pilar, y CALZADA, Carmen: *Paro y marginación. Nuevas formas de pobreza*. Núm. 62-63 (1986), págs. 61-80.
- MARTIN DE LA ROSA, Javier: *Datos para la historia de las iniciativas juveniles de empleo*. Núm. 68 (1987), págs. 53-58.
- OTERO HIDALGO, Carlos: *El programa de iniciativas locales de empleo (ILE)*. Número 62-63 (1986), págs. 189-194.
- PARRA LUNA, F., y GARMENDIA, J.A.: *El modelo sosigem para la regeneración de empleo en España: una conclusión sociológica*. Núm. 62-63 (1986), págs. 133-152.
- ROYO, Eugenio: *Paro, reconversión industrial y participación obrera*. Núm. 54 (1984), págs. 79-91.
- SALINAS RAMOS, Francisco: *Reflexiones en torno al empleo*. Núm. 68 (1987), págs. 71-78.
- SERVICIO DE OCUPACION JUVENIL. AREA DE JUVENTUD. AYUNTAMIENTO DE BARCELONA: *Una iniciativa contra el desempleo: Planes de ocupación juvenil*. Núm. 62-63 (1986), págs. 415-426.
- VARIOS: *Asociaciones de jóvenes contra el paro*. Núm. 62-63 (1986), págs. 317-340.
- *Cambiar, denunciar, rechazar... Reflexiones sobre el paro*. Núm. 62-63 (1986), págs. 245-264.
- *Comunicaciones*. Núm. 62-63 (1986), págs. 297-310.
- VARIOS: *Las políticas de empleo a debate*. Núm. 62-63 (1986), págs. 195-214.
- *Propuestas alternativas al desempleo*. Núm. 62-63 (1986), págs. 283-296.

- *Trabajo y empleo: opinión de los jóvenes*. Núm. 75 (1989), págs. 221-242.
VILLAREJO, Esteban: *Empleo y formación profesional*. Núm. 77 (1989), págs. 71-80.

17. Participación

- ALONSO SOTO, Francisco: *Participación de los trabajadores*. Núm. 54 (1984), páginas 121-139.
ALGUACIL GOMEZ, Julio, y DENCHE MORON, Concha: *Participación ciudadana y metrópoli*. Núm. 67 (1987), págs. 243-257.
CASTRO, Marcos de: *Papel de las Asociaciones de Consumidores en materia de Regulación económica y comercial*. Núm. 54 (1984), págs. 141-157.
FERNANDEZ, Javier: *Una alternativa desde el movimiento por la paz*. Núm. 54 (1984), págs. 159-174.
GINER DE GRADO, Carlos: *Participación y sistema democrático*. Núm. 73 (1988), págs. 41-58.
GONZALEZ SANCHEZ, Margarita, y MENA MERCHAN, Bienvenido: *Práctica participativa y comunidad social*. Núm. 80 (1990), págs. 201-206.
LOPEZ DE AGUILETA, Iñaki: *Estado, sociedad civil y procesos de participación*. Núm. 80 (1990), págs. 11-51.
MARTIN, Pablo: *Responsabilidad pública y participación social*. Núm. 80 (1990), páginas 123-130.
MARTINEZ, Emilio G.: *Autonomía y Solidaridad para una democracia participativa*. Núm. 80 (1990), págs. 69-94.
MENA MERCHAN, Bienvenido: *Participación social y desarrollo comunitario*. Núm. 80 (1990), págs. 207-218.
MERLO, Pilar: *El movimiento asociativo con intervención en drogodependencias y su relación con la Administración*. Núm. 80 (1990), págs. 131-158.
SANCHEZ ALONSO, Manuel: *Metodología de la participación en la acción social*. Núm. 69 (1987), págs. 135-150.
SANCHEZ JIMÉNEZ, José: *Democracia y participación. Secularización del pensamiento y cambio de valores en la sociedad española*. Núm. 54 (1984), págs. 9-34.
SALAS, María: *Movimientos feministas y participación social*. Núm. 54 (1984), páginas 175-186.

18. Paz y desarme

- ALONSO BAQUER, Miguel: *La industria del armamento y las necesidades sociales en España*. Núm. 52 (1983), págs. 85-95.
ALONSO BAQUER, Miguel: *Diversos documentos sobre la paz y el desarme*. Núm. 52 (1983), págs. 177-206.
FELPETO, Andrés: *Glosario de la carrera de armamentos*. Núm. 52 (1983), págs. 207-212.

- *La industria militar en España*. Núm. 52 (1983), págs. 97-100.
- FERNANDEZ RUIZ, Javier: *La objeción de conciencia y la lucha por la paz: la aportación de la defensa no violenta*. Núm. 52 (1983), págs. 165-175.
- GOMIS SANAHUJA, Juan: *Naturaleza de la paz y de la guerra*. Núm. 52 (1983), páginas 9-21.
- IRIART, Carlos: *La política de bloques: 37 años de conflictividad, rearme y chantaje nuclear*. Núm. 52 (1983), págs. 61-84.
- LAGUNA SANGUIRICO, Francisco: *Armamento y Desarrollo*. Núm. 52 (1983), páginas 43-59.
- OLIVERES I BOADELLA, Arcadi: *Los cristianos y su lucha por la paz*. Núm. 52 (1983), págs. 133-150.
- RODRIGUEZ GRACIA, Alberto: *Aproximación histórica a la experiencia de los movimientos pacifistas en Occidente*. Núm. 52 (1983), págs. 113-132.
- *Movimientos pacifistas del Estado español*. Núm. 52 (1983), págs. 213-218.
- RODRIGUEZ MOJON, Marisa: *España ante la Paz y el Desarme*. Núm. 52 (1983), páginas 101-112.
- VINAS, Angel: *Desarme y Desarrollo*. Núm. 52 (1983), págs. 23-41.

19. Pobreza.

- EQUIPO E.C.B.: *La riqueza y la pobreza bajo una perspectiva regional*. Núm. 76 (1989), págs. 101-123.
- ELEJABEITIA, Carmen de: *Riqueza y pobreza al otro lado del espejo*. Núm. 76 (1989), págs. 77-92.
- LLÉS LAZO, Carlos: *Los estudios sobre pobreza y exclusión social en la España de los 80: una visión sintética*. Núm. 76 (1989), págs. 173-188.
- MONOGRAFICO: *Pobreza y marginación*. Núm. 56-57 (1984).
- TAMAMES, Ramón: *Pobreza, penuria y subdesarrollo*. Núm. 76 (1989), págs. 33-40.
- ROJO TORRECILLA, Eduardo: *El Plan de Lucha contra la Pobreza en Euskadi, especial consideración del Ingreso Mínimo Familiar*. Núm. 76 (1989), págs. 155-171.
- VILA, Luis: *¿Cuándo dejará de haber pobres en Europa?* Núm. 76 (1989) págs. 41-57.

20. Política

- ADELL ARGILÉS, Ramón: *Movimientos sociales y cultura política*.
- AGUILA TEJERINA, Rafael del: *El problema del diseño político de la transición en España*. Núm. 73 (1988), págs. 25-40.
- CAZORLA, José: *Cambio social y cultura política*. Núm. 73 (1988), págs. 73-86.
- ELEJABEITIA, Carmen de: *Educación y cultura política*. Núm. 73 (1988), págs. 59-72.
- MONZON ARRIBAS, Cándido: *La transformación de la cultura política de los españoles*. Núm. 73 (1988), págs. 103-122.

- MORAN, María Luz: *Cultura política y democracia en España*. Núm. 73 (1988), páginas 9-24.
- ROIZ, Miguel: *Medios de comunicación de masas y cultura política*. Núm. 73 (1988), págs. 87-102.
- SANCHEZ ALONSO, Manuel: *Cultura organizativa y cultura política*. Núm. 73 (1988), págs. 159-172.

21. Política Social

- EIVIRA, Salce: *La política social que nunca existió*. Núm. 77 (1989), págs. 59-64.
- ESTIVILL, Jordi: *Diez interrogantes para una nueva década, la política social y los Servicios Sociales*. Núm. 79 (1990), págs. 11-20.
- FERNANDEZ MORALES, Presentación: *Política social*. Núm. 53 (1983), págs. 33-45.
- FLJECHA ANDRÉS, José R.: *Legalidad y ética en la sociedad actual*. Núm. 76 (1989), págs. 11-32.
- GARCIA, Arturo: *Evolución Económica y política social en la reciente sociedad española*. Núm. 80 (1990), págs. 53-68.
- GARCIA DE BLAS, Antonio: *Mercado de trabajo en España*. Núm. 62-63 (1986), páginas 21-32.
- GARCIA-NIETO PARIS, Juan N.: *Los retos de una política ocupacional*. Núm. 62-63 (1986), págs. 33-60.
- LOPEZ, M.L.: *La vida asociativa, fermento de las políticas sociales. En busca de un espacio social europeo*. Núm. 80 (1990), págs. 95-121.
- MOLINA CUBILLO, Esperanza: *Las políticas de empleo juvenil*. Núm. 75 (1989), páginas 73-86.
- QUESADA POLO, Santiago: *Función de las organizaciones privadas de interés social en el campo de las políticas sociales: Enfoque del Consejo de Europa*. Núm. 80 (1990), págs. 219-228.
- ROJO TORRECILLA, Eduardo: *Política de empleo: análisis jurídico y socio-económico*. Núm. 62-63 (1986), págs. 153-188.
- ROJO TORRECILLA, Eduardo: *Reflexiones, constataciones y propuestas sobre la política de fomento de empleo*. Núm. 68 (1987), págs. 27-38.

22. Renta mínima

- ALIENA MIRALLES, Rafael: *A la sombra de Speenhamland: Una perspectiva histórica para el Ingreso Mínimo de Inserción*. Núm. 78 (1990), págs. 71-92.
- ARRIETA HERAS, Ignacio: *Ingreso Mínimo Familiar en el País Vasco*. Núm. 78 (1990), págs. 321-328.
- ASIN MENDOZA, María, y TIRADO ARAMENDI, María Pilar: *Diseño y aplicación de la Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), págs. 395-408.

- CARITAS DIOCESANA DE LUCHA CONTRA EL PARO DE MADRID: *Subcomisión de Mentalización y Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), págs. 391-394.
- COMISION DIOCESANA DE LUCHA CONTRA EL PARO DE VALENCIA: *El papel de las asociaciones en el desarrollo de la Renta Mínima de Inserción en España*. Núm. 78 (1990), págs. 417-428.
- CORTÉS NAVARRO, Ana María: *La Renta Mínima o Salario Social en Aragón*. Número 78 (1990), págs. 297-306.
- DEPARTAMENT DE BENESTAR SOCIAL: *Establecimiento de una Renta Mínima de Inserción en Cataluña*. Núm. 78 (1990), págs. 307-312.
- ESCRIBANO, Carlos: *Análisis económico de la pobreza en España, 1973-1987*. Núm. 78 (1990), págs. 248-264.
- ESTIVILL, Jordi: *Las ambivalencias de las rentas mínimas*. Núm. 78 (1990), págs. 111-116.
- FIDALGO VELILLA, José María: *Comisiones Obreras y la Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), págs. 373-378.
- FUNDACION PATRONATO SANTA LUCIA. (PAMPLONA): *La necesidad de una Renta Mínima de Inserción para familias en proceso de promoción*. Núm. 78 (1990), páginas 409-416.
- GALERON DE MIGUEL, Alberto: *El Partido Popular y el Salario Ciudadano*. Núm. 78 (1990), págs. 343-350.
- GARCIA-NIETO, Juan N.: *Concepto y alcance de la Renta Mínima y del Salario Ciudadano*. Núm. 78 (1990), págs. 53-70.
- GARRIDO FERNANDEZ, Miguel: *La propuesta de la Renta Mínima y del Salario Ciudadano a la luz de algunas aportaciones de la psicología profunda*. Núm. 78 (1990), págs. 217-244.
- GARRIDO LUCENO, José María: *Reflexión filosófica sobre la Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), págs. 185-204.
- GONZALEZ-CARVAJAL SANTABARBARA, Luis: *La Renta Mínima Garantizada a la luz de la ética civil*. Núm. 78 (1990), págs. 265-274.
- IBÁÑEZ, José María: *La Renta Mínima Garantizada desde una perspectiva teológica*. Núm. 78 (1990), págs. 275-296.
- LOPEZ LOPEZ, Julia: *Ingresos mínimos y organización territorial*. Núm. 78 (1990), págs. 175-184.
- MARAVALL GOMEZ, Héctor: *El Salario Social y las propuestas de Izquierda Unida*. Núm. 78 (1990), págs. 333-342.
- MILANO, Serge: *Protección Social y Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), págs. 117-124.
- MORENO IZQUIERDO, José Angel: *Aspectos económico-financieros de la Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), págs. 245-248.
- PÉREZ AMOROS, Francisco: *La Renta Mínima en el contexto estatal: ¿Qué posibilidades tiene el Estado de intervenir en la configuración y regulación de la Renta Mínima?* Núm. 78 (1990), págs. 161-174.
- QUESADA POLO, Santiago: *Planteamiento y recomendaciones del Consejo de Europa sobre Seguridad Social y Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), págs. 29-52.

- QUEVEDO AGUADO, María Paz: *La propuesta de la Renta Mínima y el Salario Ciudadano desde un modelo constructivista de la personalidad en el medio psicosocial*. Núm. 78 (1990), págs. 205-216.
- RAMÍREZ IZQUIERDO, Florián: *PSOE y Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), págs. 329-332.
- RENES, Víctor, y LINARES, Esperanza: *Cáritas ante la Renta Mínima: Interrogantes y propuestas*. Núm. 78 (1990), págs. 93-110.
- REVILLA RODRIGUEZ, Carlos: *CDS y la Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), págs. 351-354.
- ROJO TORRECILLA, Eduardo: *La Renta Mínima en el contexto internacional*. Núm. 78 (1990), págs. 149-160.
- ROSEINGRAVE, Tomás: *Enfoque y recomendaciones del Comité Económico y Social de la Comunidad Europea relativo a la Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), págs. 125-132.
- SALINAS, Francisco: *Renta Mínima de Inserción a debate*. Núm. 78 (1990), págs. 387-390.
- SERGE, Marie-Alice: *Renta Mínima de Inserción. Ley de la RMI. Aspectos evaluativos*. Núm. 78 (1990), págs. 133-148.
- VAZQUEZ, Elena: *Ingreso Mínimo de Integración. Comunidad de Madrid*. Núm. 78 (1990), págs. 313-320.
- ZAGUIRRE, Manuel: *Unión Sindical Obrera y Renta Mínima*. Núm. 78 (1990), páginas 379-383.
- ZUFIAUR, José María, y FRADES, Jaime: *La UGT y el Ingreso Mínimo Garantizado*. Núm. 78 (1990), págs. 355-372.

23. Servicios Sociales

- ALONSO TORRÉNS, Francisco Javier: *La investigación sociológica en la planificación de los Servicios Sociales*. Núm. 64 (1986), págs. 61-84.
- ARENAS, Josep: *Notas para una tipología de los Servicios Sociales*. Núm. 64 (1986), págs. 105-114.
- AZNAR LOPEZ, Manuel: *Reforma de la Seguridad Social y legislación autonómica de Servicios Sociales: Notas para la sinfonía incompleta de la protección social*. Número 64 (1986), págs. 85-104.
- CASADO, Demetrio, y GUILLÉN, Encarna: *Los Servicios sociales en perspectiva histórica*. Núm. 64 (1986), págs. 9-22.
- CASADO, Demetrio: *Notas sobre bienestar social y servicios sociales*. Núm. 53 (1983), págs. 47-62.
- CASALS-MONTSE OBIOS, Ignaci: *Radiografía a la atención social primaria*. Núm. 64 (1986), págs. 115-124.
- DEI, VALLE GUTIÉRREZ, Antonio: *Reflexiones en torno a la búsqueda de un nuevo mo-*

- delo de servicios sociales y su implantación a nivel local y comunitario.* Núm. 64 (1986), págs. 23-42.
- CASAS I AZNAR, Ferrán: *Reflexiones sobre los Servicios Sociales en Cataluña.* Núm. 64 (1986), págs. 183-196.
- CHARROALDE VALLES, Javier I.: *Prestaciones básicas de Servicios Sociales. El Plan Concertado.* Núm. 79 (1990), págs. 111-124.
- FERNANDEZ PAMPILLON, Angel: *Prestación de Servicios: modalidades contractuales y obligatorias: voluntariado.* Núm. 64 (1986), págs. 153-172.
- GARCIA ROCA, Joaquín: *Modelos de Servicios Sociales y lucha contra la marginación.* Núm. 64 (1986), págs. 43-60.
- COLECTIVO IOE: *Las necesidades sociales: Un debate necesario.* Núm. 71 (1988), páginas 109-120.
- MALAGON JIMÉNEZ, Santos: *Una experiencia con el Plan Concertado.* Núm. 79 (1990), págs. 125-136.
- MARTIN BARROSO, Clemente, y GONZALEZ ALVAREZ, Romani: *Los Servicios Sociales de la Comunidad Autónoma de Madrid.* Núm. 64 (1986), págs. 214-228.
- MERCHAN GOMEZ, Francisca, y CUNCHILLOS PONTE, M.^a Esperanza: *Servicios Sociales comunitarios en Andalucía.* Núm. 64 (1986), págs. 173-182.
- MORCUENDE TIMON, Feliciano: *Los Servicios Sociales en Extremadura.* Núm. 64 (1986), págs. 197-
- PELAÉZ OCHOTORENA, Elena: *Una experiencia de integración: los departamentos de Servicios Sociales en el Reino Unido.* Núm. 53 (1983), págs. 159-168.
- SALINAS RAMOS, Francisco: *Bibliografía sobre Servicios Sociales.* Núm. 64 (1986), página 229.
- ZABARTE, María Eugenia: *Los Servicios Sociales como instrumentos de protección social: aspiraciones y logros legislativos.* Núm. 79 (1990), págs. 35-48.

24. Trabajo social

- AGUILAR, Manuel; CORERA, Concepción; GAVIRIA, Mario, y LAPARRA, Miguel: *Una docena de mitos, síndromes, límites y mistificaciones acerca de los Servicios Sociales y el Trabajo Social.* Núm. 79 (1990), págs. 217-244.
- ALVAREZ ANTON, José Ricardo: *Fuentes de documentación de Trabajo Social y Servicios Sociales.* Núm. 79 (1990), pág. 245.
- DEL CASTILLO ALVAREZ PUJOL, M.^a: *Metodología seguida en la Escuela Universitaria de Trabajo Social de Valladolid.* Núm. 69 (1987), págs. 217-228.
- BURREL, Malus; GALINDO, Eva; SAENZ, Esther; SARRADO, Margarita, y VICENTE, Herminia: *El proceso de intervención: fases del trabajo y técnicas.* Núm. 69 (1987), págs. 167-194.
- CASADO, Demetrio: *Viejos y nuevos problemas sociales e intervención social.* Núm. 69 (1987), págs. 11-26.
- COLECTIVO DE TRABAJADORES SOCIALES DE EMPRESA DE MADRID: *El Trabajo Social en la empresa.* Núm. 79 (1990), págs. 181-192.

- COLOMER SALMONS, Montserrat: *La metodología y las técnicas en el trabajo social*. Núm. 69 (1987), págs. 121-133.
- DÍAZ, Ana Isabel; MALAGON, Santos; RODRIGUEZ, Alfonsa, y ZAMANILLO, Teresa: *Lugar que ocupa el trabajo social en el sistema de servicios sociales*. Núm. 69 (1987), págs. 195-207.
- DOMENECH, Rosa: *Marco socio-político del Trabajo Social y de los Servicios Sociales*. Núm. 79 (1990), págs. 65-82.
- GAITAN MUÑOZ, Lourdes: *El Trabajo Social como disciplina y como profesión en el ámbito interprofesional*. Núm. 79 (1990), págs. 99-100.
- GARCIA ROCA, Joaquín: *Metodología de la intervención social*. Núm. 69 (1987), páginas 27-52.
- HERNANDEZ ARISTU, Jesús: *Metodología de trabajo social en Europa. Visión de conjunto y análisis crítico*. Núm. 69 (1987), págs. 87-108.
- HERNANDEZ MANSO, Ana María: *Trabajo Social y Renta Mínima*. Núm. 79 (1990), págs. 209-216.
- ITUARTE TELLAECHE, Amaya: *Trabajo Social y Servicios Sociales: Aportes para una clarificación necesaria*. Núm. 79 (1990), págs. 49-64.
- JIMÉNEZ PUADO, Concepción: *Trabajo Social en el sistema educativo*. Núm. 79 (1990), págs. 145-160.
- MALIA, Pilar: *El trabajo social en las instituciones privadas*. Núm. 64 (1986), páginas 125-136.
- *La participación en el Trabajo Social*. Núm. 79 (1990), páginas 137-144.
- MARCHIONI, Marco: *Reflexiones en torno a la metodología de la intervención social en las nuevas condiciones de hoy*. Núm. 69 (1987), págs. 53-67.
- MORERAS, Paloma de las: *Trabajo Social hospitalario*. Núm. 79 (1990), págs. 161-170.
- PAZ ALONSO QUIJADA, María de la: *El plan de estudios en la Escuela Universitaria de Trabajo Social*. Núm. 69 (1987), págs. 209-216.
- PORCEL MUNDO, M.^a Amparo: *La intervención del trabajador social en la planificación, gestión y desarrollo de los servicios sociales*. Núm. 79 (1990), págs. 83-98.
- RED VEGA, Natividad de la, e IZQUIETA ETULAIN, José Luis: *La animación comunitaria: Apuntes metodológicos*. Núm. 69 (1987), págs. 151-166.
- RODRIGUEZ, Alfonsa, y CASTANYER, Montserrat: *Trabajo Social, Servicios Sociales y Salud Mental*. Núm. 79 (1990), págs. 171-180.
- SALAS LARRASABAL, María, y LOPEZ DE CEBALLOS, Paloma: *Metodologías para el trabajo social*. Núm. 69 (1987), págs. 109-120.
- ZAMANILLO, María Teresa: *Lo viejo se renueva. Un perfil del trabajador social de hoy*. Núm. 79 (1990), págs. 21-34.
- *Reflexiones sobre el método en el trabajo social*. Número 69 (1987), págs. 69-85.
- ZAYAS, Inmaculada de: *El Trabajo Social en la Economía Social*. Núm. 79 (1990), págs. 193-208.

25. Transeúntes

NÚMERO MONOGRAFICO: *Transeúntes y albergues*. Núm. 60-61 (1985).

26. Voluntariado

ASCOLI, Ugo: *Voluntariado organizado y sistema público de «Welfare»: Potencialidad y límites de una cooperación*. Núm. 71 (1988), págs. 183-202.

CASADO, Demetrio: *Acción voluntaria y responsabilidad política*. Núm. 80 (1990), págs. 171-198.

COLECTIVO IOE: *Participación ciudadana y voluntariado social*. Núm. 80 (1990), págs. 159-170.

MAGRANER, Ana, y HERNANDEZ, M.^a Victoria: *Reflexiones sobre el trabajo social voluntario*. Núm. 53 (1983), págs. 93-114.

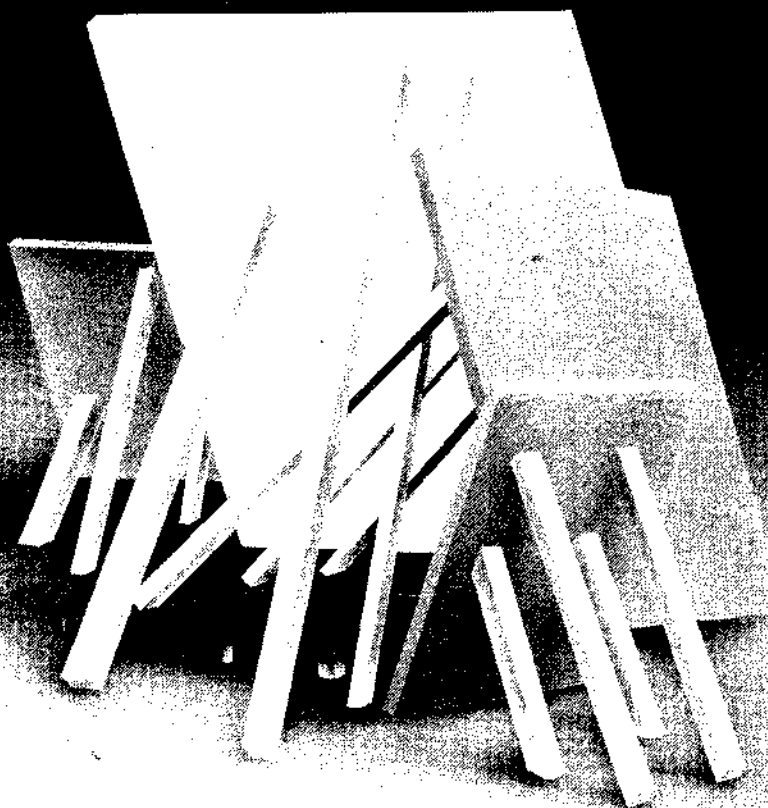
REÑES, Víctor: *El voluntariado en la Acción Social*. Núm. 64 (1986), págs. 137-152.

VILLASANTE, Tomás R.; DENCHE, Concha, y ALGUACIL, Julio: *Alternativas para el voluntariado activo*. Núm. 80 (1990), págs. 179-200.

DOCUMENTACIÓN SOCIAL

REVISTA DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA

Trabajo Social y Servicios Sociales



N.º 79 (abril-junio), 1990 - Edita: CARITAS ESPAÑOLA
San Bernardo, 99 bis - 28015 MADRID - Teléfono (91) 445 53 00

Precio: 800 ptas. ejemplar

SUMARIO

- 5 ● Presentación.
- 11 ● 1. Diez interrogantes para una nueva década, la política social y los Servicios Sociales.
Jordi Estivill
- 21 ● 2. Lo viejo se renueva. Un perfil del trabajador social de hoy.
María Teresa Zamanillo
- 35 ● 3. Los Servicios Sociales como instrumentos de protección social: aspiraciones y logros legislativos.
María Eugenia Zabarte
- 49 ● 4. Trabajo Social y Servicios Sociales: Aportes para una clarificación necesaria.
Amaya Ituarte Tallaeche
- 65 ● 5. Marco socio-político del Trabajo Social y de los Servicios Sociales.
Rosa Domenech
- 83 ● 6. La intervención del trabajador social en la planificación, gestión y desarrollo de los servicios sociales.
M.^a Amparo Porcel Mundó
- 99 ● 7. El Trabajo Social como disciplina y como profesión en el ámbito interprofesional.
Lourdes Gaitán Muñoz
- 111 ● 8. Prestaciones básicas de Servicios Sociales. El Plan Concertado.
Javier I. Charroalde Valles
- 125 ● 9. Una experiencia con el Plan Concertado.
Santos Malagón Jiménez
- 137 ● 10. La participación en el Trabajo Social.
Pilar Malla i Escofet
- 145 ● 11. Trabajo Social en el sistema educativo.
Concepción Jiménez Puado
- 161 ● 12. Trabajo Social hospitalario.
Paloma de las Moreras
- 171 ● 13. Trabajo Social, Servicios Sociales y Salud Mental.
Alfonsa Rodríguez y Montserrat Castanyer
- 181 ● 14. El Trabajo Social en la empresa.
Colectivo de Trabajadores Sociales de Empresa de Madrid
- 193 ● 15. El Trabajo Social en la Economía Social.
Inmaculada de Zayas
- 209 ● 16. Trabajo Social y Renta Mínima.
Ana María Hernández Manso
- 217 ● 17. Una docena de mitos, síndromes, límites y mistificaciones acerca de los Servicios Sociales y el Trabajo Social.
Manuel Aguilar, Concepción Corera,
Mario Gaviria y Miguel Laparra
- 245 ● 18. Fuentes de documentación de Trabajo Social y Servicios Sociales.
José Ricardo Álvarez Antón

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

	PRECIO
N.º 66 Los inmigrantes en España (Enero-marzo 1987)	900 ptas.
N.º 67 Ciudad y calidad de vida (Abril-junio 1987)	650 ptas.
N.º 68 Economía Social y Empleo (Julio-septiembre 1987)	1.000 ptas.
N.º 69 Metodología para el trabajo social (Octubre-diciembre 1987)	600 ptas.
N.º 70 Animación Sociocultural. Modelos de Intervención (Enero-marzo 1988)	650 ptas.
N.º 71 Bienestar social en los años 80 (Abril-junio 1988)	700 ptas.
N.º 72 Agricultura, vida rural y asociacionismo (Julio-septiembre 1988)	700 ptas.
N.º 73 Cambio democrático y cultura política (Octubre-diciembre 1988)	700 ptas.
N.º 74 Infancia moderna y desigualdad social (Enero-marzo 1989)	1.200 ptas.
N.º 75 Juventud y trabajo (Abril-junio 1989)	700 ptas.
N.º 76 Riqueza y pobreza (Julio-septiembre 1989)	700 ptas.
N.º 77 España y la CEE. Balance social (Octubre-diciembre 1989)	700 ptas.
N.º 78 Renta Mínima y Salario Ciudadano (Enero-marzo 1990)	1.000 ptas.
N.º 79 Trabajo Social y Servicios Sociales (Abril-junio 1990)	800 ptas.
N.º 80 Política Social: Responsabilidad Pública y participación Social (Julio-septiembre 1990)	800 ptas.
N.º 81 Formas de Intervención en la Acción Social (Octubre-diciembre 1990)	800 ptas.

PROXIMO TITULO

N.º 82 El sindicalismo en España (Enero-marzo 1991)	
--	--

DOCUMENTACION SOCIAL

PUEDE LEER EN ESTE NUMERO LOS SIGUIENTES ARTICULOS:

Presentación.

Un universo complejo. Los paradigmas en la intervención social.

Métodos de intervención social: algunas preguntas.

Ideologías de la Intervención Social en la España de los 90.

Aspectos prácticos del proceso de programación y evaluación.

La supervisión como instrumento de Intervención Social.

Los procesos de reinserción de grupos marginados.

Reflexiones sobre el cuánto, el modo y el destino de los recursos destinados a la acción social.

Entre la protección social y el bienestar social.

Intervención en el campo de las toxicomanías.

Métodos de intervención con los indomiciliados y transeúntes.

Experiencia educativa con gitanos.

Métodos de intervención en el medio rural.

Indices.



DOCUMENTACION SOCIAL
San Bernardo, 99 bis, 7.º
28015 MADRID
Teléfono 445 53 00